

Kurt Vonnegut

**Pájaro
de celda**

EDITORIAL ARGOS VERGARA, S. A.
Barcelona

Título de la edición original:
«JAILBIRD»

Traducción
José M. Álvarez y Angela Pérez

Cubierta
Miguel Ortiz

Copyright © 1979, 1980 by Kurt Vonnegut
Publicado por convenio con Dell Publishing Co., Nueva York, N.Y., U.S.A.

Editorial Argos Vergara, S. A.
Aragón, 390, Barcelona-13 (España)

ISBN: 84-7017-932-2

Depósito Legal: B. 25.858-1980

Impreso en España - Printed in Spain
Impreso por Chímenos, S. A., Dr. Severo Ochoa, s/n.,
Coíl de la Manya, Granollers (Barcelona)

*Para Benjamín D. Hitz,
íntimo amigo de mi juventud,
Padrino de mi boda.
Ben, solías hablarme de
Libros maravillosos que acababas de leer,
Y luego yo imaginaba que
También los había leído.
Sólo leías lo mejor, Ben,
Mientras yo estudiaba química.
Hace tanto que no nos vemos.*

PRÓLOGO

Sí, Kilgore Trout está otra vez de vuelta. No pudo triunfar fuera. Lo cual no es ninguna desgracia. Hay muchísima buena gente que no puede triunfar fuera.

Recibí una carta esta mañana (16 de noviembre de 1978) de un desconocido, un joven llamado John Figler, de Crown Point, Indiana. Crown Point es famoso porque de su cárcel se fugó el atracador de bancos John Dillinger en plena Gran Depresión. Dillinger escapó amenazando a su carcelero con una pistola hecha con jabón y betún. Su carcelero era una mujer. Descanse en paz su alma, y también la de ella. Dillinger fue el Robin Hood de mi primera juventud. Está enterrado cerca de mis padres (y cerca de mi hermana Alice, que le admiraba aún más que yo), en el cementerio de Crown Hill, en Indianápolis. También está allí, en la cima de Crown Hill, en el punto más alto de la ciudad, James Whitcomb Riley, «el poeta de Indiana». Mi madre conoció a Riley muy niña aún.

Dillinger fue sumariamente ejecutado por agentes del FBI. Le acribillaron en un lugar público, aunque él no intentó escapar ni ofrecer resistencia. Por eso no tiene nada de reciente el poco respeto que me inspira el FBI.

John Figler es un estudiante de bachiller muy respetuoso de la ley. Dice en su carta que ha leído casi todo lo mío y que ya está en condiciones de exponer la única idea que subyace en el núcleo de la obra de mi vida hasta hoy. Le cedo la palabra: «Puede fallar el amor, pero prevalecerá la cortesía.»

Esto me parece cierto... y completo. Así que me veo ahora en la vergonzosa posición de tener que admitir, a los cinco días de mi cincuenta y seis aniversario, que no tenía por qué haberme molestado en escribir varios libros. Habría bastado con un telegrama de ocho palabras.

En serio.

Pero este vislumbre genial del joven Figler me llegó demasiado tarde. Casi había acabado ya otro libro... éste.

Hay en él un personaje secundario, «Kenneth Whistler», inspirado en un hombre de Indianápolis de la generación de mi padre. El inspirador se llamaba Powers Hapgood (1900-1949). Se le menciona a veces en las historias del movimiento obrero norteamericano por sus valerosas proezas en huelgas y en las protestas por las ejecuciones de Sacco y Vanzetti, y demás.

Sólo le vi una vez. Comí con él y con mi padre y con mi tío Alex, el hermano más pequeño de mi padre, en el restaurante Stegemeier's, en el centro de Indianápolis, cuando regresé a casa de la parte europea de la Segunda Guerra Mundial. Fue en junio de 1945. Aún no se había tirado la primera bomba atómica en el Japón. Eso pasaría un mes después. Imaginaos.

Yo tenía veintidós años y aún llevaba uniforme: era un soldado de primera clase que había colgado los estudios de química en la Universidad de Cornell antes de ir a la guerra. Mis perspectivas no parecían buenas. No había negocio de la familia en el que entrar. La empresa de arquitectura de mi padre estaba ya difunta. Mi padre, arruinado. De todos modos, acababa de comprometerme a casarme, pensando: «¿Quién si no una esposa

dormiría conmigo?»

Mi madre, como ya he dicho *ad nauseam* en otros libros míos, había renunciado a seguir viviendo, dado que ya no podía ser lo que había sido en la época de su matrimonio: una de las mujeres más ricas de la ciudad.

Fue mi tío Alex quien concertó aquella comida. Él y Powers Hapgood habían sido compañeros en Harvard. Harvard aparece constantemente en este libro, aunque yo nunca estuve allí. Enseñé luego allí, brevemente y sin sobresalir por nada... mientras mi hogar se hacía pedazos.

Confíé esto a uno de mis alumnos, lo de que mi hogar se hacía pedazos.

A lo cual dio esta respuesta: «*Se nota.*»

El tío Alex era tan conservador políticamente que no creo yo que hubiese comido con Hapgood a gusto si no hubieran sido condiscípulos en Harvard. Hapgood era por entonces empleado de un sindicato, vicepresidente del CIO local. Su mujer, Mary, había sido candidata a la vicepresidencia de los Estados Unidos por el partido socialista varias veces.

De hecho, la primera vez que yo voté en unas elecciones nacionales, voté por Norman Thomas y Mary Hapgood, sin saber siquiera que ella era de Indianápolis. Ganaron Franklin D. Roosevelt y Harry S. Truman. Yo creía ser socialista. Creía que el socialismo sería bueno para el hombre corriente. Como soldado de infantería de primera, yo era, sin duda, un hombre corriente.

La comida con Hapgood se debió a que yo le había contado al tío Alex que quizás intentase buscar trabajo en un sindicato cuando me licenciasen. Por entonces, los sindicatos eran instrumentos admirables para arrancar algo así como justicia económica a los patronos.

El tío Alex debió pensar más o menos esto: «Válgame Dios. Hasta los dioses luchan en vano contra la estupidez. Pero, en fin, al menos hay un hombre de Harvard con quien se puede hablar de este sueño ridículo.»

(Fue Schiller el primero que dijo eso de la estupidez y de los dioses. Esta fue la respuesta de Nietzsche: «Hasta los dioses luchan en vano contra el aburrimiento.»)

Así que el tío Alex y yo nos sentamos en una mesa de Stegemeir's, delante, y pedimos cervezas y esperamos a que llegasen mi padre y Hapgood. Venían cada uno por su cuenta. Si hubiesen venido juntos, no habrían tenido de qué hablar por el camino. Por entonces, mi padre había perdido ya todo interés por la política y la historia y la economía y cosas semejantes. Le había dado por decir que la gente hablaba demasiado. Para él, las sensaciones significaban más que las ideas... sobre todo la sensación de materiales naturales en la yema de los dedos. Unos veinte años después, cuando ya se estaba muriendo, llegó a decir que le hubiese gustado ser alfarero para poder hacer todo el día tortitas de barro.

Eso fue para mí muy triste... porque mi padre era una persona muy culta. Y me parecía que estaba desechando sus conocimientos y su inteligencia, lo mismo que un soldado en retirada puede desechar el fusil y el macuto.

A otras personas les parecía maravilloso. Era un hombre muy querido en la ciudad. De manos extraordinariamente hábiles. Y era siempre cortés e inocente. Consideraba santos a todos los artesanos, por muy ruines o estúpidos que fueran.

Por cierto que el tío Alex no era capaz de hacer nada con las manos. Ni tampoco mi

madre. Ni siquiera era capaz de preparar un desayuno o coser un botón.

Powers Hapgood sabía extraer carbón. Eso fue lo que hizo tras graduarse en Harvard, mientras sus condiscípulos ocupaban sus puestos en los negocios de la familia y en corredurías y en bancos y demás: él extraía carbón. Creía que un verdadero amigo de los trabajadores también debía ser trabajador él... y bueno, además.

Así que he de decir que mi padre, en la época en que llegué a conocerle, cuando también yo era ya más o menos adulto, era un buen hombre en plena retirada de la vida. Mi madre ya se había rendido y había desaparecido de nuestro cuadro de organización. Así que yo siempre he tenido un aura de derrota por acompañante. Y por eso me han encantado siempre los bravos veteranos como Powers Hapgood y tros, aún ávidos de información de lo que pasaba realmente, llenos aún de ideas para arrebatar la victoria de las fauces mismas de la derrota. «Si voy a tener que seguir viviendo —he pensado—, será mejor seguirles.»

Una vez intenté escribir un relato en el que mi padre y yo nos reuníamos en el cielo. De hecho, una primera versión de este libro empezaba así. Yo tenía la esperanza de llegar a ser en el relato un buen amigo suyo. Pero el relato se complicaba perversamente, como suele pasar con los relatos cuando tratan de individuos reales a quienes hemos conocido. Al parecer, en el cielo la gente podía tener la edad que quisiera, siempre que hubiera vivido tal edad en la tierra. Así, por ejemplo, John D. Rockefeller, el fundador de la Standard Oil, podía tener cualquier edad hasta los noventa años. King Tut, cualquiera hasta los veintinueve, y así sucesivamente. Me desilusionó, como autor del relato, el que mi padre decidiese tener sólo nueve años en el cielo.

Yo, por mi parte, había decidido tener cuarenta y cuatro: respetable, pero también muy atractivo aún. Mi desilusión con mi padre se convirtió en vergüenza y rabia. Era igual que un lémur, como lo son los niños a los nueve años, todo ojos y manos. Tenía una reserva inagotable de lápices y cuadernos y andaba siempre siguiéndome los pasos, dibujándolo todo e insistiendo en que admirase los dibujos que acababa de hacer. Los recién conocidos me preguntaban a veces quién era aquel chiquillo tan raro, y yo tenía que decir la verdad porque en el cielo no se podía mentir: «Es mi padre.»

Los abusones disfrutaban haciéndole sufrir, porque no era como los otros niños. No se entretenía con las conversaciones de los niños ni con los juegos de los niños. Así que le perseguían y le agarraban y le quitaban los pantalones y los calzoncillos y los tiraban por la boca del infierno. La boca del infierno era como una especie de pozo de los deseos sin cubo ni polea. Podías asomarte y oír los alaridos desmayados de Hitler y Nerón y Salomé y Judas y gente así, allá, a lo lejos, abajo, muy abajo. Yo me imaginaba a Hitler, que sufría ya el máximo calvario, encontrándose periódicamente la cabeza cubierta con los calzoncillos de mi padre.

Y siempre que le robaban sus prendas, mi padre acudía corriendo a mí, rojo de rabia. Y yo a lo mejor estaba con alguien a quien acababa de conocer y a quien estaba impresionando con mi urbanidad... y aparecía mi padre, dando alaridos y con el pajarito ondeando al viento.

Me quejé a mi madre del asunto, pero me dijo que no sabía nada de él ni sobre él, pues sólo tenía dieciséis años. Así que no me quedaba más remedio que aguantarle, y lo único que podía hacer era gritarle de vez en cuando: «¡Por el amor de Dios, papá, por qué demonios no quieres crecer!»

En fin, el relato insistía tanto en ser desagradable, que dejé de escribirlo.

Pero entonces, en julio de 1945, padre entró en el Restaurante Stenegeir's, aún muy vivaz. Tenía más o menos la edad que tengo yo ahora, era viudo y no sentía el menor interés por volver a casarse ni manifestaba deseo visible de ningún género de amante. Tenía un bigote como el que tengo ahora yo. Yo entonces iba afeitado del todo.

Estaba terminando una prueba terrible: un colapso económico mundial seguido de una guerra mundial. Los soldados empezaban a regresar a casa en todas partes. Lo natural sería pensar que mi padre comentara eso, aunque fuera un comentario sobre la marcha, y que hablase de la nueva era que nacía. Pero no fue así.

Habló, por el contrario, de un modo absolutamente delicioso, de una aventura que le había sucedido aquella mañana. Yendo en coche por la ciudad, había visto que estaban derribando una casa vieja. Se detuvo y decidió echar un vistazo más de cerca al almacén. Advirtió que el umbral de la puerta principal era de una madera extraña, que decidió, por último, que era álamo. Creo que tenía unas ocho pulgadas por cuatro pies de longitud. Tanta admiración demostró por aquella madera, que los del derribo se la dieron. Le pidió a uno un martillo y sacó todas las puntas que vio.

Luego la llevó a un taller... para que le hicieran tablas con ella. Ya decidiría más tarde qué hacer con las tablas. Quería, sobre todo, ver las vetas de aquella madera insólita. Tuvo que garantizar en el taller que no quedaba ninguna punta en la madera. Lo garantizó. Pero quedaba una. Había perdido la *cabeza* y no se veía. La sierra circular lanzó un chirrido aterrador al tropezar con la punta. Salió humo de la cinta que intentaba hacer girar la sierra atorada.

Mi padre tuvo que pagar una sierra nueva y una cinta nueva, además, y le dijeron que no volviera a aparecer por allí con madera usada. De cualquier modo, estaba encantado. La historia era una especie de cuento de hadas, con una moraleja para todos.

Tío Alex y yo no mostramos una reacción demasiado intensa ante aquel relato. Como todos los de mi padre, quedaba tan limpiamente empaquetado y tan cerrado como un huevo.

En fin, pedimos más cervezas. Con el tiempo, el tío Alex sería uno de los cofundadores del capítulo de Alcohólicos Anónimos de Indianapolis, aunque su esposa decía a menudo, y con ahínco, que él, personalmente, jamás había sido alcohólico. Empezó a hablar de la Empresa Conservera Columbia, una fábrica de conservas que William, el padre de Powers Hapgood, también hombre de Harvard, había fundado en Indianapolis en 1903. Fue un famoso experimento de democracia industrial, pero yo nunca había oído hablar de él. Eran muchas las cosas de las que nunca había oído hablar yo.

La Empresa Conservera Columbia hacía salsa de tomate y chile y «catsup» y algunas cosas más. Dependía enormemente de los tomates. La empresa no tuvo beneficios hasta 1916. Pero en cuanto los tuvo, el padre de Powers Hapgood empezó a dar a sus empleados una parte, pues consideraba que los trabajadores tenían derecho a ello en todo el mundo. Los otros dos principales accionistas eran sus hermanos, también hombres de Harvard... y estaban de acuerdo.

Así pues, formó un consejo de siete obreros, que debía recomendar al consejo de dirección cuáles debían ser los salarios y las condiciones de trabajo. El consejo, sin que nadie le estimulase a hacerlo, había declarado ya que no habría períodos de paro forzoso estacional, pese a tratarse de una industria tan estacional, y que habría vacaciones pagadas,

y que los servicios médicos de los trabajadores y de quienes de ellos dependiesen serían gratuitos, y que se pagaría a los enfermos y que habría un plan de jubilaciones y que el objetivo último de la empresa era que ésta, mediante un plan de distribución de acciones-beneficios, pasase a ser propiedad de los obreros.

—La empresa fracasó —dijo el tío Alex, con firme y torva satisfacción darwiniana.

Mi padre nada dijo. Puede que ni escuchase.

Tengo ahora a mano un ejemplar de *The Hapgoods, Three Earnest Brothers** de Michael D. Marcaccio (The University Press of Virginia, Charlottesville, 1977). Los tres hermanos del subtítulo eran William, el fundador de Empresa Conservera Columbia, Norman y Hutchins, también hombres de Harvard, ambos periodistas y editores y escritores de libros de tendencia socialista en Nueva York y sus proximidades. Según el señor Marcaccio, Empresa Conservera Columbia fue un éxito muy notable hasta 1931, en que la Gran Depresión la golpeó mortalmente. Se desprendió entonces de muchos trabajadores, y los que quedaron vieron mermado su salario en un cincuenta por ciento. Se debía mucho dinero a Continental Can, que insistía en que la empresa se comportase de un modo más convencional con sus empleados... aunque éstos fuesen accionistas, como lo eran la mayoría. El experimento había terminado. Ya no había dinero para pagarlo. Los que habían recibido acciones por la participación en beneficios poseían ahora pequeños fragmentos de una empresa que estaba casi muerta.

Tardó un tiempo en hundirse del todo. En realidad, seguía existiendo cuando el tío Alex y mi padre y Power Hapgood y yo comimos juntos aquel día. Pero era ya una empresa distinta, que no pagaba ni un céntimo más que cualquier otra. Por último, en 1953, se vendió lo que quedaba de ella a una empresa más fuerte.

Por fin entró Powers Hapgood en el restaurante; era un anglosajón del Medio Oeste muy normal, con un traje barato. Llevaba un emblema del sindicato en la solapa. Estaba contento. Conocía un poco a mi padre. Al tío Alex le conocía muy bien. Se disculpó por llegar tarde. Había estado en el Juzgado declarando sobre posibles violencias de un piquete de huelga de hacía unos meses. Él no había tenido nada que ver personalmente con el asunto: ya quedaban atrás sus tiempos heroicos. Nunca volvería a pelear con nadie, ni volverían a pegarle palos en las rodillas ni a meterle en la cárcel.

Era un gran conversador, con muchas más historias maravillosas de las que hubiesen contado nunca mi padre o mi tío Alex. Le encerraron en un manicomio después de dirigir los piquetes cuando la ejecución de Sacco y Vanzetti. Tuvo enfrentamientos con los organizadores del United Mine Workers de John L. Lewis, al que consideraba demasiado de derechas. En 1936, fue agente del CIO en una huelga contra la RCA en Camden, Nueva Jersey. Le detuvieron. Cuando varios miles de huelguistas rodearon la cárcel en una especie de linchamiento a la inversa, el alguacil consideró preferible ponerle de nuevo en libertad. Y más historias, muchísimas más. Como digo, he puesto lo que recuerdo de algunas de las cosas que contó en boca de un personaje imaginario de este libro.

Al parecer, había estado también contando historias toda la mañana en el Juzgado. El juez estaba fascinado, y también casi todos los demás que asistieron al juicio... probablemente por aquellas aventuras tan nobles y generosas. Al parecer, el juez había

* Los Hapgood, tres hermanos emprendedores. (*N. de los T.*)

animado a Hapgood a seguir y seguir. En aquellos tiempos, la historia del movimiento obrero era una especie de pornografía, y aún más en éstos. En las escuelas públicas y en los hogares de la gente bien, era y sigue siendo bastante tabú explicar historias de los sufrimientos y hazañas de los obreros.

Recuerdo el nombre del juez. Se llamaba Claycomb. Lo recuerdo con tanta facilidad porque su hijo «Moon» y yo habíamos sido compañeros de clase en el instituto.

El padre de Moon Claycomb, según Powers Hapgood, le hizo esta pregunta justo antes de la hora de comer:

—Señor Hapgood —le dijo—. ¿Por qué un hombre de familia tan distinguida y de tan excelente educación como usted decidió vivir así?

—¿Por qué? —dijo Hapgood, según Hapgood—. Por el Sermón de la Montaña, Señoría.

Y el padre de Moon Claycomb, dijo esto entonces:

—Se aplaza la sesión hasta las dos.

¿Qué era exactamente el Sermón de la Montaña?

La predicción que hizo Jesús de que los pobres de espíritu recibirían el reino de los cielos; que todos los que llorasen serían consolados; que los mansos heredarían la tierra; que los que tuviesen hambre y sed de justicia serían hartos; que los misericordiosos alcanzarían misericordia; que los limpios de corazón verían a Dios; que los pacíficos serían llamados hijos de Dios; que los perseguidos por causa de la justicia recibirían también el reino de los cielos. Y etc. etc.

El personaje de este libro inspirado por Powers Hapgood está soltero y tiene problemas con el alcohol. Powers Hapgood estaba casado y, que yo sepa, no tenía problemas graves con el alcohol.

Hay otro personaje secundario, al que llamo «Roy M. Cohn». Está sacado del famoso anticomunista y abogado y hombre de negocios llamado, bastante directamente, hemos de admitirlo, Roy M. Cohn. Le incluyo con su amable permiso concedido ayer (2 de enero de 1979) por teléfono. Le prometí que no le perjudicaría y que le presentaría como un abogado asombrosamente eficaz en la acusación y en la defensa de cualquiera.

Mi querido padre guardó silencio durante buena parte de nuestro viaje de vuelta a casa tras aquella comida con Powers Hapgood. Íbamos en su Sedan Plymouth. Conducía él. Unos quince años después le detuvieron por saltarse un semáforo en rojo. Y se descubrió entonces que llevaba veinte años sin permiso de conducir: lo que significa que no tenía permiso de conducir aquel día que comimos con Powers Hapgood. Su casa quedaba fuera, más o menos en el campo. Cuando llegamos al límite de la ciudad, dijo que, si teníamos suerte, veríamos a un perro muy divertido. Era un pastor alemán, dijo, que apenas podía mantenerse en pie por la cantidad de veces que le habían atropellado los automóviles. El perro aún salía arrastrándose a cazarlos, con los ojos llenos de valor y rabia.

Pero no apareció aquel día. Existía realmente. Le vi otro día que iba yo solo. Estaba allí acurrucado al borde de la carretera, dispuesto a hundir sus dientes en el neumático delantero derecho. Pero su ataque resultaba patético. Apenas si le funcionaban ya los

cuartos traseros. Podría haber arrastrado igual un baúl de camarote con la potencia de sus patas delanteras sólo.

Fue precisamente el día que tiraron la bomba atómica en Hiroshima.

Pero volvamos al día en que comí con Powers Hapgood.

Cuando metió el coche en el garaje, mi padre dijo al fin algo sobre la comida. Le desconcertaba la forma apasionada con que había analizado Hapgood el caso Sacco y Vanzetti, sin duda uno de los errores judiciales más agriamente discutidos de la historia norteamericana.

—Sabes —dijo mi padre—, yo no tenía ni idea de que se pusiese en duda su culpabilidad.

Hasta tal punto era mi padre puramente artista.

En este libro se menciona un violento enfrentamiento entre huelguistas y policía y soldados llamado la Matanza de Cuyahoga. Es una invención, un mosaico compuesto con fragmentos tomados de relatos de muchos motines de este tipo de tiempos no tan lejanos.

Es una leyenda en la mente del personaje principal de este libro, Walter F. Starbuck, cuya vida quedó accidentalmente conformada por la Matanza, aunque tuviese lugar ésta la mañana de Navidad de 1894, mucho antes de que Starbuck naciese.

La cosa fue así:

En octubre de 1894, Daniel McCone, fundador y propietario de la Cuyahoga Bridge and Iron Company, entonces la principal empresa de Cleveland, Ohio, informó a sus obreros, a través de los capataces, que tenían que aceptar una reducción del 10 por ciento en sus salarios. No había sindicato. McCone era un ingenierillo mecánico tenaz e inteligente, autodidacta, hijo de unos obreros de Edimburgo, Escocia.

La mitad de su fuerza de trabajo, unos mil hombres, bajo la dirección de un vulgar fundidor con dotes oratorias, Colin Jarvis, abandonó el trabajo, forzando el cierre de la fábrica.

Les resultaba casi imposible alimentar y cobijar y vestir a sus familias ya sin aquella reducción en los salarios. Todos eran blancos. La mayoría nacidos en Estados Unidos.

La naturaleza se condolió aquel día. El cielo y el lago Erie eran de color idéntico, el mismo gris peltre mortecino.

Las casitas hacia las que se dirigieron cansinamente los huelguistas quedaban cerca de la fábrica. Muchas de ellas eran propiedad, al igual que las tiendas del barrio, de la Cuyahoga Bridge and Iron Company.

Entre los cansinos huelguistas, tan amargados y marginados como los demás, al parecer, había espías y agentes provocadores contratados y muy bien pagados, en secreto, por la Agencia de Detectives Pinkerton. Esa agencia aún existe y prospera, y es ahora una subsidiaria propiedad absoluta de la RAMJAC Corporation.

Daniel McCone tenía dos hijos, Alexander Hamilton McCone, que contaba por entonces veintidós años, y John, de veinticinco. Alexander se había graduado honrosamente en Harvard el mayo anterior. Era dulce, tímido, tartamudo. John, el hijo mayor y el aparente heredero de la empresa, había abandonado sus estudios en el Instituto de Tecnología de Massachusetts en el primer curso, y había pasado a ser desde entonces el

ayudante de más confianza de su padre.

Todos los trabajadores, huelguistas y no huelguistas, odiaban al padre y a su hijo John, pero reconocían que éstos sabían más en cuanto a moldear hierro y acero que ninguna otra persona del mundo. En cuanto al joven Alexander: les parecía afeminado y estúpido y demasiado cobarde hasta para acercarse a los hornos y las fraguas y los martillos, donde se hacía el trabajo más peligroso. Los obreros a veces le decían adiós con el pañuelo, para proclamar su futilidad como hombre.

Cuando Walter F. Starbuck, en cuya mente está esta leyenda, preguntó años más tarde a Alexander por qué se le había ocurrido ir a trabajar a un lugar tan inhóspito después de Harvard, teniendo además en cuenta que su padre no había insistido en ello, tartamudeó una respuesta que, una vez descifrada, decía así: «Yo creía entonces que un rico debía tener alguna idea del sitio del que salía su riqueza. Fue un detalle muy juvenil por mi parte. Las grandes riquezas deben aceptarse sin ponerse en entredicho o rechazarse de plano.»

En cuanto a los tartamudeos de Alexander antes de la Matanza de Cuyahoga eran poco más que notas de adorno que expresaban su excesiva modestia. Nunca se quedaba mudo más de tres segundos, con todos sus pensamientos aprisionados dentro.

Y, en cualquier caso, no habría podido hablar mucho en presencia de un padre y un hermano tan dinámicos. Aun así, su silencio era para ocultar un secreto que cada día le daba más satisfacciones: empezaba a entender el negocio tan bien como ellos; antes de que ellos anunciaran una decisión, él casi siempre sabía cuál sería y cuál debería ser... y por qué. Nadie más lo sabía aún, pero, qué demonios, él también era industrial e ingeniero.

Cuando llegó la huelga de octubre, se le ocurrieron muchas posibles soluciones, aunque no hubiese pasado por una huelga nunca. Harvard quedaba a un millón de kilómetros de distancia. Nada de lo que allí había aprendido pondría en marcha la fábrica de nuevo. Pero lo haría la Agencia de Detectives Pinkerton, y lo haría la policía... y quizás la Guardia Nacional. Antes de que su padre y su hermano lo dijeran, Alexander sabía que había muchos hombres en otras partes del país lo bastante desesperados como para aceptar un trabajo casi a cualquier precio. Cuando su padre y su hermano lo dijeron, Alexander aprendió algo más sobre los negocios: había empresas, que se fingían con frecuencia sindicatos, cuyo único negocio era reclutar a tales hombres.

A finales de noviembre, las chimeneas de la fábrica eructaban humo de nuevo. A los huelguistas ya no les quedaba dinero para el alquiler ni para la comida y el combustible. Todo gran empresario de trescientas millas a la redonda había recibido sus nombres, así que sabía lo alborotadores que habían sido. Su dirigente nominal, Colin Jarvis, estaba en la cárcel, esperando juicio por una acusación de asesinato amañada.

El 15 de diciembre, la mujer de Colin Jarvis, que se llamaba Ma, encabezó una delegación de veinte mujeres de otros huelguistas hasta la entrada principal de la fábrica. Dijeron que querían ver a Daniel McCone. Éste les mandó a Alexander con una nota garrapateada, que Alexander se sintió capaz de leerles en voz alta sin la menor dificultad de pronunciación. La nota decía que Daniel McCone estaba demasiado ocupado para conceder tiempo a desconocidos que no tenían nada que ver ya con los asuntos de la Cuyahoga Bridge and Iron Company. Indicaba también que habían tomado erróneamente la empresa por una organización caritativa. Decía que en sus iglesias o en sus comisarías de policía podrían darles una lista de organizaciones a las que era más razonable que pidieran

ayuda... si de verdad necesitaban ayuda y creían merecerla.

Ma Jarvis dijo a Alexander que su mensaje era aún más simple: los huelguistas volverían al trabajo en las condiciones que fuera. Les estaban desahuciando de sus casas a casi todos y no tenían adonde ir.

—Lo siento —dijo Alexander—. Yo lo único que puedo hacer es volver a leer la nota de mi padre si usted quiere.

Alexander McCone diría, muchos años después, que este encuentro no le inquietó lo más mínimo por entonces. Se puso, en realidad, contentísimo, dijo, al ver que resultaba una «... maq-maq-máquina» tan eficaz.

Un capitán de policía dio entonces un paso al frente. Advirtió a las mujeres que estaban infringiendo la ley al reunirse en tan gran número como para obstaculizar el tráfico y constituir una amenaza para la seguridad pública. Les ordenó que se dispersaran de inmediato, en nombre de la ley.

Así lo hicieron. Se retiraron cruzando la vasta plaza que había ante la entrada principal. La fachada de la fábrica se había proyectado para que recordase a las personas cultas la Piazza San Marco de Venecia, Italia. La torre del reloj de la fábrica era una reproducción a escala dos por uno del famoso campanario de San Marco.

Sería desde el campanario de esa torre desde donde Alexander, su padre y su hermano presenciarían la Matanza de Cuyahoga la mañana de Navidad. Llevaría cada uno sus propios prismáticos. Y llevaría también cada uno su pequeño revólver.

En el campanario, no había campanas. Y abajo en la plaza no había ni cafés ni tiendas. El arquitecto había proyectado la plaza sobre bases puramente utilitarias. Proporcionaba sitio suficiente a los carros, *buggiss* y tranvías tirados por caballos en su ir y venir. El arquitecto había sido también práctico respecto a las virtudes de la fábrica como fuerte. Si las turbas pretendían irrumpir por la puerta principal, tendrían que cruzar antes todo aquel espacio abierto.

Sólo un periodista, del *Cleveland Plain Dealer*, que es en la actualidad una publicación de la RAMJAC, se retiró, cruzando la plaza, con las mujeres. Le preguntó a Ma Jarvis qué pensaba hacer después.

Poco podía hacer ella, desde luego. Los huelguistas ya ni siquiera eran huelguistas, eran simples parados a quienes echaban de sus casas.

De todos modos, dio una valerosa respuesta: «Volveremos», dijo. ¿Qué otra cosa podía decir?

Le preguntó entonces cuándo volverían.

La respuesta probablemente no era más que poesía cristiana de la desesperanza, con marco invernal.

—La mañana de Navidad —dijo.

Esto se publicó en el periódico, y sus directores lo consideraron una promesa amenazadora. Y la fama de las inminentes Navidades de Cleveland se extendió por todas partes. Empezaron a llegar a la ciudad, como si esperasen alguna especie de milagro, gentes que simpatizaban con los huelguistas: predicadores, escritores, activistas sindicales, políticos populistas, etc., etc. Eran enemigos declarados del orden económico, tal como estaba estructurado entonces.

Edwin Kincaid, gobernador de Ohio, movilizó una compañía de infantería de la

Guardia Nacional para proteger la fábrica. Eran campesinos de la parte sur del estado, elegidos porque no tenían amigos ni parientes entre los huelguistas, ninguna razón para considerarlos otra cosa que alteradores irracionales del orden. Representaban un ideal norteamericano: ciudadanos soldados sanos y animosos, que se ocupaban de sus actividades normales hasta el momento en que el país necesitaba un despliegue impresionante de armas y disciplina. Debían aparecer como surgidos de la nada, para consternación de los enemigos de la patria. Una vez resuelto el problema, desaparecían de nuevo.

El ejército regular del país, que había combatido a los indios hasta que los indios no pudieron combatir más, se reducía a unos treinta mil hombres; en cuanto a las utópicas milicias, estaban formadas casi en su totalidad por jóvenes campesinos, pues la salud de los obreros industriales era muy mala y su horario de trabajo muy prolongado. Por otra parte, en la guerra hispano-norteamericana iba a descubrirse que los milicianos eran peor que inútiles en el campo de batalla, tan deficiente era su instrucción militar.

Y esa fue sin duda la impresión que sacó el joven Alexander Hamilton McCone de los milicianos que llegaron a la fábrica la víspera de Navidad: que no eran soldados. Llegaron en un tren especial por un desvío que terminaba dentro de las altas verjas de hierro de la fábrica. Salieron de los vagones a la plataforma de carga como si fuesen pasajeros ordinarios que llegasen a resolver asuntos diversos. No llevaban abotonados del todo los uniformes, y a muchos hasta les faltaban botones. Algunos habían perdido los sombreros. Casi todos llevaban maletas y paquetes cómicamente anticastrenses.

¿Los oficiales? Su capitán era el administrador de correos *de* Greenfield, Ohio. Sus dos tenientes eran unos hijos gemelos del presidente del Banco de Greenfield. El administrador de correos y el banquero habían hecho favores al gobernador. Los nombramientos eran la recompensa. Y los oficiales, a su vez, habían recompensado a los que les habían complacido de algún modo, nombrándoles sargentos o cabos. Y los soldados, por su parte, electores o hijos de electores, tenían a su alcance, si les apetecía usarla, la posibilidad de destruir las vidas de sus superiores con el desprecio y el ridículo, que podían prolongarse generaciones.

Y en el andén de carga de la Cuyahoga Bridge and Iron Company, el viejo Daniel McCone tuvo que preguntar por fin a uno de los soldados que andaban dando vueltas por allí al tiempo que comían:

—¿Quién manda aquí?

Y quiso la suerte que le hiciera tal pregunta al propio capitán, que contestó:

—Bueno... supongo que soy yo, si es que hay alguien que mande.

Digamos en su favor que, aunque armados con bayonetas y municiones, los milicianos no harían daño a un alma al día siguiente.

Les alojaron en un taller de máquinas vacío. Durmieron en los pasillos. Todos traían comida de casa. Jamones y pollos asados, pasteles y tartas. Comían lo que les apetecía y siempre que les apetecía y convirtieron el taller de máquinas en una especie de merendero. Y lo dejaron como un basurero. Los pobres no se daban ni cuenta.

Sí, y el viejo Daniel McCone y sus dos hijos pasaron también la noche en la fábrica: en catres plegables en sus oficinas, al pie de la torre del reloj, y con el revólver cargado debajo de la almohada. ¿Cuándo harían su banquete de Navidad? A las tres en punto de la tarde

siguiente. Entonces el problema ya estaría resuelto. El joven Alexander utilizaría su magnífica formación cultural, lo había dicho su padre, para componer y recitar una buena oración de acción de gracias antes de la comida.

Entretanto, los guardias oficiales de la compañía, reforzados por agentes de Pinkerton y policías de la ciudad, patrullaron por turnos delante de las verjas de la empresa durante toda la noche. Los guardias de la empresa, que normalmente iban armados sólo con pistola, tenían también rifles y escopetas, prestadas por amigos o traídas de casa.

A cuatro hombres de Pinkerton se les permitió dormir toda la noche. Eran algo así como especialistas. Eran tiradores de primera.

No fueron los clarines los que despertaron a la mañana siguiente a los McCone. Fue un estruendo de martillos y sierras, que cotorreaba por toda la plaza. Los carpinteros estaban construyendo un andamiaje muy alto, junto a la puerta principal, al lado de las verjas. El jefe de policía de Cleveland debía subir en él, para que le viese todo el mundo. En el momento oportuno, debía leer la Ley Antidisturbios de Ohio a la multitud. La ley exigía esta lectura pública. Y decretaba que cualquier reunión ilegal de doce o más personas debía disolverse en el plazo de una hora una vez leída la disposición. Si los reunidos no se dispersaban, incurrían en un delito que se castigaba con pena de diez años a cadena perpetua.

La naturaleza volvió a colaborar: empezó a caer una nieve menuda.

Sí, y un coche cerrado tirado por dos caballos blancos entró traqueteante en la plaza a toda prisa y se detuvo junto a la entrada. A la temprana luz del alba bajó de él el coronel George Redfield, yerno del gobernador (y enviado por él), que llegaba de Sandusky para ponerse al mando de los milicianos. Era propietario de una serrería y además estaba introducido en los sectores de la alimentación y del hielo. Carecía de experiencia militar, pero iba ataviado como si perteneciera a la caballería. Llevaba un sable que le había regalado su suegro.

Se dirigió inmediatamente al taller de máquinas para preparar a sus soldados.

Poco después, llegaron los carros de la policía antidisturbios. Eran policías normales de Cleveland, pero armados con escudos de madera y lanzas romas.

Ondeó una bandera norteamericana en lo alto de la torre del reloj, y se izó otra en el asta que había junto a la entrada principal.

Iba a ser sólo puro teatro, pensaba el joven Alexander. No habría muertos ni heridos. La actitud de los hombres lo indicaba. Los propios huelguistas habían comunicado que vendrían con sus mujeres y sus hijos, y que ninguno llevaría armas... ni siquiera un cuchillo con hoja de más de siete centímetros y medio.

«Sólo queremos —decía su carta— ver por última vez la fábrica a la que dimos los mejores años de nuestras vidas, y enseñar la cara a todos aquellos a quienes les pueda interesar mirarla; y mostrársela sólo a Dios Todopoderoso, si sólo él quiere mirar; para preguntar, plantados allí, mudos e inmóviles: “¿Merece un norteamericano la miseria y los sufrimientos que padecemos nosotros?”»

No fue insensible Alexander a la belleza de la carta. En realidad, la había escrito el poeta Henry Niles Whistler, que estaba en la ciudad para animar a los huelguistas... y que también había estudiado en Harvard. Alexander pensó que merecía una respuesta noble. Y le pareció que las banderas y las filas de ciudadanos soldados y la presencia solemne y firme de la policía servirían sin duda a este fin.

Se leería la ley en voz alta, la oirían todos, y todos se irían a casa. La paz no se rompería

por ninguna causa.

Alexander pensaba decir en su oración de aquella tarde que Dios debía proteger a los obreros de dirigentes como Colin Jarvis, que les habían empujado a echar sobre sí mismos tanta miseria y tanta aflicción. «Amén», dijo para sí.

Y la gente llegó, tal como había prometido. Venían a pie. Con el fin de desanimarles, los jerarcas de la ciudad habían suspendido todos los servicios de tranvía en la zona aquel día.

Entre los manifestantes había muchos niños, algunos en brazos. Uno de estos últimos, una niña en realidad, moriría de un tiro e inspiraría a Henry Niles Whistler el poema «Bonnie Failey», al que se pondría música más tarde y que aún se canta hoy.

¿Dónde estaban los soldados? Llevaban plantados ante las verjas de la fábrica desde las ocho en punto, con la bayoneta calada, con las mochilas llenas a la espalda. Aquellas mochilas pesaban veinte kilos o más. El coronel Redfield pensaba que así sus hombres resultarían más impresionantes. Estaban alineados en una sola fila, que se extendía a todo lo ancho de la plaza. El plan de combate era éste: Si cuando se diese a la multitud orden de dispersarse no lo hacía, los soldados debían enfilear las bayonetas y despejar la plaza lenta, pero irresistible, glacialmente: manteniendo una perfecta alineación erizada de acero, y avanzando, seguros siempre, firmes, un paso, luego dos, luego tres, cuatro...

Sólo los soldados llevaban desde las ocho al otro lado de la verja. La nieve había seguido cayendo. Así que cuando aparecieron los primeros manifestantes al fondo de la plaza, contemplaron la fábrica por encima de una extensión de nieve virgen. Las únicas huellas eran las que acababan de dejar ellos mismos.

Venía mucha más gente de la que tenía pendientes asuntos espirituales concretos con la Cuyahoga Bridge and Iron. Los propios huelguistas estaban perplejos, pues no entendían quiénes podrían ser todos aquellos desconocidos andrajosos... muchos de los cuales llevaban también consigo a sus familias. Aquellos forasteros no querían más que mostrar claramente a todo el mundo su necesidad y su miseria en plena Navidad. El joven Alexander, mirando por los prismáticos, leyó la pancarta que llevaba un hombre, que decía: «Erie Coal and Iron injusta con los obreros.» La Erie Coal and Iron no era siquiera una empresa de Ohio. Tenía su sede en Buffalo, Nueva York.

Así pues, había considerables posibilidades en contra de que Bonnie Failey, la niña asesinada en la Matanza, fuese realmente hija de un huelguista de la Cuyahoga Bridge and Iron, de que Henry Niles Whistler pudiese decir en el estribillo de su poema dedicado a ella:

*Maldito, maldito, Dan McCone,
de alma de hierro y corazón de piedra...*

El joven Alexander leyó la pancarta sobre la Erie Coal and Iron desde la ventana de una oficina del segundo piso contigua a la pared norte de la torre del reloj. Estaba en una galería larga, también de inspiración veneciana, que tenía ventanas cada tres metros y un espejo al fondo. El espejo hacía que la galería pareciese de longitud infinita. Las ventanas daban a la plaza. Fue en esta galería donde instalaron su cuartel general los cuatro tiradores de primera que había suministrado Pinkerton. Puso cada uno una mesa en su ventana preferida y colocó tras ella un asiento cómodo. En cada mesa había un soporte de rifle.

El tirador que estaba más próximo a Alexander había puesto encima de la mesa un saco

terrero y había hecho en él una hondonada con el borde de su peluda mano. Allí apoyaría el rifle, con la culata asentada en el hombro, mientras miraba abajo, a una cara y otra de la multitud, desde su asiento. El tirador siguiente era mecánico de oficio y se había hecho un trípode bajo con una horquilla giratoria arriba. Lo tenía colocado sobre la mesa. Colocaría el rifle allí en la horquilla si había problemas.

—He solicitado la patente —le explicó a Alexander, refiriéndose al trípode y dándole al chisme unas palmaditas.

Todos tenían la munición y la baqueta y los trapos para limpiar y el aceite en la mesa, como si estuvieran a la venta.

Aún seguían cerradas todas las ventanas. En algunas de las otras, había hombres más furiosos y menos templados. Eran guardias oficiales de la empresa, que llevaban casi toda la noche sin dormir. Algunos habían estado bebiendo... «para mantenerse despiertos», decían. Les habían situado en las ventanas con rifles o con escopetas... por si la multitud atacaba la fábrica, a pesar de todo, y no había más medio de detenerla que fuego fulminante.

Estaban ya convencidos de que tal ataque se produciría inevitablemente. Su alarma y sus bravatas fueron los primeros indicios claros que percibió el joven Alexander, según contaría décadas después al joven Walter S. Starbuck, tartamudeante de nuevo, de que había «ciertos desequilibrios intrínsecos en el espectáculo».

Él, por su parte, llevaba también un revólver cargado en el bolsillo del abrigo... y lo mismo su padre y su hermano, que entraban ya en el pasillo a dar el visto bueno a los preparativos por última vez. Eran las diez de la mañana. Ya era hora de abrir las ventanas, dijeron. La plaza estaba llena.

Era hora de subir a lo alto de la torre, le dijeron a Alexander, que era desde donde mejor podía verse todo.

Así pues, se abrieron las ventanas y los tiradores de primera colocaron los rifles en sus diversos soportes.

¿Quiénes eran los cuatro tiradores de primera, en realidad... y existía realmente tal oficio? En aquella época había menos trabajo para los tiradores de primera que para los verdugos. A ninguno de los cuatro les habían contratado para semejante tarea hasta entonces y no era probable que volviesen a hacerlo, salvo que estallase la guerra. Uno de ellos trabajaba media jornada como agente de Pinkerton, y los otros tres eran amigos suyos. Los cuatro cazaban juntos normalmente y llevaban años prodigándose elogios recíprocos por su extraordinaria puntería. Así que cuando la agencia Pinkerton comunicó que necesitaba cuatro tiradores de primera, se materializaron casi al instante, igual que la compañía de ciudadanos soldados.

El hombre del trípode había inventado el aparato para la ocasión. Y el del saco terrero era la primera vez que apoyaba el rifle en un saco terrero. Y lo mismo podemos decir de los asientos y las mesas y del limpio despliegue de municiones y demás: se habían puesto de acuerdo para comportarse como auténticos tiradores profesionales de primera.

Años después, Alexander McCone, a preguntas de Starbuck sobre cuál consideraba él la causa principal de la Matanza de Cuyahoga, respondería: «Esa falta de profesionalismo en asuntos de vida y muerte, tan norteamericana.»

Cuando se abrieron las ventanas, entró, con el aire frío, el murmullo oceánico de la

muchedumbre. La gente quería mantenerse en silencio, y pensaba que había silencio... pero un individuo murmuraba algo, otro tenía que contestar, etc. En consecuencia, sonaba como un mar.

Fue más que nada esta especie de rumor de oleaje lo que oyó Alexander cuando se asomó con su padre y su hermano a la torre del campanario. Los defensores de la fábrica guardaban silencio. No habían emitido ninguna respuesta, aparte de los roces y ruidos al abrir las ventanas de la segunda planta.

El padre de Alexander dijo mientras esperaban: «Adaptar el acero y el hierro a las necesidades humanas no es nada agradable, hijos míos. No habría hombre en su sano juicio que hiciese ese trabajo si no fuera por miedo al frío y al hambre. La cuestión es la siguiente, hijos míos: ¿Necesita el mundo productos de acero y de hierro? Pues si alguien quiere alguno, Dan McCone sabe hacerlo.»

Hubo entonces una pequeña irrupción de vida en la parte interior de la verja. El jefe de policía de Cleveland, con un papel en el que estaba escrita la Ley Antidisturbios, subió las escaleras del estrado hasta arriba del todo. Aquél sería el punto culminante del espectáculo, suponía el joven Alexander, un momento de extraordinaria belleza.

Pero de pronto estornudó, allá arriba en el campanario. Y no sólo se le vaciaron de aire los pulmones sino que quedó destruida su visión romántica. Se dio cuenta de que lo que estaba a punto de suceder allá abajo no era majestuoso. Iba a ser demencial. No existía la magia y, sin embargo, su padre y su hermano y el gobernador y puede que hasta el presidente Grover Cleveland, esperaban que aquel jefe de policía se convirtiese en un mago, un Merlín, capaz de hacer desaparecer a la multitud con un conjuro mágico. «No resultará —pensó—. Es imposible.» No resultó, no.

El jefe de policía lanzó el conjuro. Sus gritos rebotaron en las paredes, lucharon con sus propios ecos y sonaron a babilonio cuando llegaron a oídos de Alexander. Y no pasó nada en absoluto.

El jefe de policía bajó del estrado. Su actitud indicaba que no esperaba que sucediesen grandes cosas, que había sencillamente demasiadas personas allí fuera. Y, con mucha humildad, se reincorporó a sus fuerzas de asalto, que estaban armadas de escudos y lanzas, pero seguras tras las verjas. No estaba dispuesto a pedirles que detuviesen a nadie, ni que provocasen de ningún modo a una multitud tan numerosa.

Pero el coronel Redfield estaba furioso. Hizo abrir un poco la puerta para poder salir y unirse a sus soldados medio congelados. Ocupó su puesto entre dos campesinos en el centro de la larga fila. Ordenó a sus hombres enfilar las bayonetas hacia lo que tenían delante. Después les ordenó dar un paso al frente. Lo dieron.

Mirando hacia la plaza, el joven Alexander pudo ver que los que formaban la primera fila de la multitud retrocedían empujando a los de atrás, huyendo del acero desnudo.

Pero los de más atrás, los del fondo, no tenían ni idea de lo que pasaba y no parecían dispuestos a irse para aliviar un poco la presión.

Los soldados dieron otro paso al frente y la gente retrocedió presionando no sólo a los que estaban detrás, sino también a los que estaban a los lados. Los que estaban en los extremos se vieron aplastados así contra los edificios. Los soldados que estaban frente a ellos no tuvieron valor para ensartar a gente tan impotente e inmovilizada, así que desviaron las bayonetas, dejando un espacio entre las puntas de las hojas de acero y las paredes que no cedían.

Cuando los soldados dieron otro paso al frente, según contaba Alexander ya en su vejez,

la gente empezó «... a cho-cho-chorrear por los extremos de la fila de soldados como a-a-agua». El chorro se convirtió en torrente, estrujando los flancos de la hilera de soldados y situando a cientos de personas en el espacio que había entre las verjas de la fábrica y las espaldas desguarnecidas de los soldados.

El coronel Redfield, echando chispas por los ojos y mirando al frente, no tenía ni idea de lo que estaba pasando a los lados. Dio orden de dar otro paso al frente.

Entonces, la multitud, que se había colocado detrás de los soldados, empezó a portarse francamente mal. Un joven saltó sobre la mochila de un soldado como un mono: El soldado cayó a plomo de culo y pugnó cómicamente por levantarse. Los soldados fueron derribados uno tras otro de este modo. Si uno volvía a incorporarse, volvían a derribarle. Así que empezaron a arrastrarse unos hacia otros intentando protegerse entre sí. Se negaron a disparar. Formaron únicamente un montón defensivo, una especie de puercoespín paralizado. El coronel Redfield no estaba entre ellos. No estaba en ningún sitio visible.

Nadie admitió nunca haber ordenado a los tiradores de primera y a los guardias de la fábrica abrir fuego desde las ventanas. Pero empezó el tiroteo.

Catorce personas murieron por impacto de bala (incluido un soldado). Hubo, además, veintitrés heridos graves.

El viejo Alexander contaría que el tiroteo parecía simplemente un rumor como de «pa-pa-palomitas de maíz en la sartén», y que pensó que abajo en la plaza soplaba un viento extraño, que parecía derribar a la gente y arrastrarla «como si fuesen ho-ho-hojas».

Cuando terminó todo, hubo satisfacción general porque el honor había quedado a salvo y se había hecho justicia. Se habían restablecido la ley y el orden.

El viejo Daniel McCone diría a sus hijos mientras contemplaba el campo de batalla, en el que ya sólo quedaban los cuerpos caídos:

—Os guste o no, hijos míos, ése es el tipo de negocio en el que estáis metidos.

El coronel Redfield aparecería en una calle lateral, desnudo y delirando, pero ileso, por lo demás.

El joven Alexander no intentó hablar después hasta que hubo de hacerlo, aquella misma tarde, en el banquete de Navidad. Le pidieron que se encargase él de la oración de acción de gracias. Descubrió entonces que se había convertido en tonto efervescente, que tartamudeaba tanto que era incapaz de hablar.

Nunca volvería a la fábrica. Se convertiría en el principal coleccionista de arte de Cleveland y en el primer donante del Museo de Bellas Artes de Cleveland, demostrando así que a la familia McCone le interesaba algo más que el dinero y el poder sólo por el dinero y el poder.

Su tartamudeo siguió siendo tan agudo durante toda su vida que raras veces se aventuraba fuera de su mansión de la avenida Euclides. Se había casado con una Rockefeller un mes antes de que su tartamudeo se agudizara tanto. De otro modo, como diría él mismo más tarde, puede que no hubiese llegado a casarse nunca.

Tuvo una hija, que se avergonzaba de él igual que su mujer. Sólo haría una amistad después de la matanza. Sería con un niño. El hijo de su cocinera y su chófer.

El multimillonario quería alguien con quien jugar al ajedrez varias horas al día. Así que sedujo, como si dijésemos, al muchacho, primero con juegos más simples, como «los corazones» y la mona, las damas, el dominó. Pero le enseñó a jugar también al ajedrez. Y

pronto jugaron sólo a esto. Sus conversaciones se limitaban a las burlas y chanzas convencionales del ajedrez, que llevan mil años inmutables.

Ejemplos: «¿Has jugado antes a este juego? «¿De veras?» «Localízame una reina.» «¿Esto es una trampa?»

El chico era Walter F. Starbuck. Y estaba dispuesto a consumir su infancia y su juventud de un modo tan antinatural por esta sola razón: Alexander Hamilton McCone había prometido mandarle algún día a Harvard.

K. V.

Ayuda a los débiles que suplican ayuda, ayuda a los perseguidos y a las víctimas, porque ellos son tus mejores amigos; ellos son los camaradas que luchan y caen como lucharon y cayeron ayer tu padre y Bartolo por la conquista de la alegría de la libertad para todos los pobres trabajadores. En esta lucha vital hallarás más amor y serás amado.

NICCOLA SACCO (1891-1927),

en su última carta a su hijo de trece años, Dante, el 18 de agosto de 1927, tres días antes de su ejecución en la prisión de Charlestown, Boston, Massachusetts. “Bartolo” era Bartolomeo Vanzetti (1888-1927), que murió la misma noche en la misma silla eléctrica, invento de un dentista. La misma suerte corrió un hombre aún más olvidado, Celestino Madeiros (1894-1927), que confesó el delito por el que habían condenado a Sacco y Vanzetti, pese al hecho de haber sido declarado también convicto de otro asesinato por el que se había interpuesto apelación. Madeiros era un notorio delincuente que al final se comportó de modo generoso.

Pájaro de celda

1

La vida sigue, sí... y un tonto y su dignidad pronto se separan, quizás para no reunirse jamás, ni siquiera el Día del Juicio.

Presta atención, por favor, pues en este libro, que es la historia de mi vida hasta ahora, no sólo las personas son personajes, sino también los años. Milnovecientos Trece me dio el regalo de la vida. Milnovecientos Veintinueve hundió la economía norteamericana. Milnovecientos Treintauno me envió a Harvard. Milnovecientos Treintaiocho me proporcionó mi primer puesto en el gobierno federal. Milnovecientos Cuarentaiséis me dio una esposa. Milnovecientos Cuarentaiséis me dio un hijo ingrato. Milnovecientos Cincuentatrés me expulsó del gobierno federal.

Por eso pongo yo con mayúsculas los años, como si fueran nombres propios.

Milnovecientos Setenta me dio un trabajo en la Casa Blanca de Nixon. Milnovecientos Setentaicinco me envió a la cárcel por mis destacadas aportaciones a los escándalos políticos norteamericanos conocidos de forma colectiva por «Watergate».

Milnovecientos Setentaisiete, hace ahora tres años, estaba a punto de liberarme de nuevo. Me sentía como un montón de basura. Llevaba el mono pardo-oliva, el uniforme de la prisión. Estaba sentado solo en un dormitorio... en un catre al que había quitado la ropa. Tenía sobre el regazo, limpiamente dobladas, una manta, dos sábanas y una funda de almohada que debía devolver al gobierno, junto con mi uniforme. Sobre la ropa, descansaban unidas mis pecosas y queridas manos. Miraba yo al frente, hacia una pared de la segunda planta de unos barracones del Correccional de Seguridad Mínima para Adultos, junto a la base de las Fuerzas Aéreas de Finletter, a cuarenta y cinco kilómetros de Atlanta, Georgia. Esperaba que un guardia me condujese al edificio de oficinas, donde me entregarían los documentos de mi liberación y la ropa civil. No habría nadie esperándome a la puerta. En ninguna parte del mundo había nadie con un abrazo de sobra para mí... o comida o cama gratis por una o dos noches.

Si alguien me hubiera estado observando, me habría visto hacer algo muy misterioso cada cinco minutos más o menos. Sin animar la cara inexpresiva, alzaba las manos de la ropa y daba tres palmadas. Ya explicaré por qué cuando llegue el momento.

Eran las nueve de la mañana del 23 de abril. El guardia se había retrasado ya una hora. Un caza saltó al cielo desde una pista cercana, destruyó suficiente energía para calentar cien hogares durante mil años, hizo el cielo jirones. Yo ni pestañeeé. El acontecimiento era simple rutina para los presos veteranos y para los guardias de Finletter. Pasaba continuamente.

Casi todos los presos, convictos de delitos no violentos, delincuentes de guante blanco, habían sido conducidos en autobuses escolares color púrpura a las zonas de trabajo de las proximidades de la base. Sólo un reducido grupo de mantenimiento había quedado atrás... para lavar ventanas y fregar suelos. Había también algunos más, escribiendo o leyendo o dormitando... demasiado enfermos, con dolencias de corazón o de espalda, normalmente, para poder hacer trabajo manual. Yo, por mi parte, habría estado alimentando una máquina

de planchar en la lavandería del hospital de la base si hubiera sido un día cualquiera. Yo tenía una salud excelente, como dicen ellos.

¿No se mostraba un respeto especial en la cárcel a un hombre de Harvard? No había la menor deferencia, la verdad. He conocido, o tuve referencia de por lo menos otros siete. Y, en cuanto yo saliese, ocuparía mi catre Virgil Greathouse, ex ministro de Sanidad, Educación y Bienestar, que también había estudiado en Harvard. Yo ocupaba un puesto bastante bajo en el escalafón de titulaciones allí en Finletter, con una triste licenciatura nada más. Ni siquiera era un Phi Beta Kappa.* Debía haber allí veinte Phi Beta Kappas o más, una docena, o más, de doctores en medicina, igual número de dentistas, un veterinario, un doctor en teología, un doctor en economía, un doctor en química y una auténtica muchedumbre de abogados excluidos del foro. Había tantos abogados que teníamos un chiste para los recién llegados: «Si tropiezas con alguien que no haya estado en la Facultad de Derecho, cuidado. O es un carcelero o es un guardia.»

Yo tenía un título pobre y modesto de licenciado en letras, con cierto énfasis en la historia y en la economía. Mi plan cuando ingresé en Harvard era ser funcionario público, un cargo técnico más que un cargo político. Creía que no podía haber vocación más sublime en una democracia que dedicarse a trabajar toda la vida en el gobierno. Como no sabía qué rama del gobierno podría absorberme, si el Ministerio del Interior o la Oficina de Asuntos Indios, o qué, lo mejor era tener una sabiduría lo más amplia y práctica posible. Por eso elegí letras.

He hablado de mis planes y de mis ideas... pero, como era tan nuevo en el planeta por aquel entonces, había adoptado gustosamente como propios los planes e ideas de un hombre mucho mayor. Era éste un multimillonario de Cleveland llamado Alexander Hamilton McCone, miembro del curso 1894 de Harvard. Hijo de Daniel McCone, Alexander era un hombre tartamudo y retraído. Daniel McCone había sido un metalúrgico e ingeniero escocés brutal e inteligente que fundó la Cuyahoga Bridge and Iron Company, que era la empresa más importante de Cleveland cuando nací yo. ¡Imaginaos lo que fue nacer en Milnovecientos Trece! ¿Dudarían de mí los jóvenes de hoy si me pusiese a decir ahora muy serio que por entonces oscurecían los cielos de Ohio a menudo bandadas de pterodáctilos ululantes y que brontosaurios de cuarenta toneladas tomaban el sol y canturreaban por las orillas del río Cuyahoga? Seguro que no.

Alexander Hamilton McCone tenía cuarenta años cuando nací yo en su mansión de la Avenida Euclides. Estaba casado con la difunta Alice Rockefeller, que era aún más rica que él, y que pasó casi toda su vida en Europa con su única hija, que se llamaba Clara. Madre e hija, avergonzadas, sin duda, por el terrible defecto de expresión del señor McCone, y decepcionadas quizás aún más por su voluntad de no hacer nada en la vida más que leer libros, raras veces estaban en casa. En aquellos tiempos no se podía pensar en el divorcio.

Clara... ¿aún sigues viva? Me odiaba. Algunas personas me odiaban y me odian.

Así es la vida.

¿Y qué relación tenía yo con el señor McCone para haber nacido en el triste silencio de su mansión? Mi madre, Anna Kairys de soltera, nacida en la Lituania rusa, era su cocinera. Mi padre, que nació con el nombre de Stanislaus Stankiewicz en la Rusia polaca, era guardaespaldas y chófer suyo. Le querían mucho.

El señor McCone hizo construir para ellos, y para mí también, un lindo apartamento en

* Phi Beta Kappa, asociación de estudiantes universitarios de elevado nivel académico, fundada en 1776. (*N. de los T.*)

la segunda planta de su cochera. Y cuando se hizo viejo, me convertí en su compañero de juegos, siempre en casa con él. Me enseñó a jugar a «los corazones» y a la mona, a las damas y al dominó... y al ajedrez. Muy pronto jugamos sólo al ajedrez. Él no jugaba bien. Ganaba yo casi todas las partidas, y puede que él estuviese secretamente borracho. Creo que nunca se esforzaba por ganar. En cualquier caso, y muy pronto, empezó a decirme y a decir a mis padres que yo era un genio, lo cual desde luego no era cierto, y que me mandaría a estudiar a Harvard. Debió decírselo un millar de veces por lo menos a mis padres a lo largo de los años: «Seréis algún día los orgullosos padres de un perfecto caballero de Harvard.»

Con ese fin, y cuando yo tenía diez años, nos hizo cambiar nuestro apellido Stankiewicz por Starbuck. Me recibirían mejor en Harvard, dijo, si tenía un apellido anglosajón. Así que pasé a llamarme Walter F. Starbuck.

A él le había ido muy mal en Harvard, había superado la prueba a duras penas. Además, socialmente se burlaban de él, no sólo por su tartamudez sino por ser el hijo de un emigrante escandalosamente rico. Había toda clase de razones para que él odiara Harvard, pero comprobé que, a medida que pasaban los años, se iba haciendo más sentimental y romántico al respecto, y tal llegó a ser su culto a Harvard que, por la época en que yo estudiaba bachillerato, había llegado a convencerme de que los profesores de Harvard eran los hombres más sabios de la historia del mundo. Norteamérica podía ser un paraíso sólo con que los altos cargos del gobierno estuvieran en manos de hombres de Harvard.

Y la verdad es que cuando yo fui a trabajar para el gobierno como joven inteligente y prometedor en el Ministerio de Agricultura de Franklin Delano Roosevelt, había cada vez más hombres de Harvard en el gobierno. Por entonces, esto a mí me parecía perfectamente natural. Ahora me parece un poco cómico. Ni siquiera en la cárcel, como digo, tienen nada de especial los hombres de Harvard.

Cuando yo era estudiante, captaba a veces el soplo de una promesa de que, una vez graduado, sería mejor que la media explicando cuestiones importantes a gente que fuese torpe para entender. Las cosas no resultaron de ese modo.

En fin, yo estaba allí sentado en la cárcel en Milnovecientos Setenta y siete, esperando que llegase el guardia. No estaba enfadado por su retraso, que era ya de una hora. No tenía prisa por ir a ningún sitio, no tenía ningún sitio concreto a donde ir. Aquel guardia se llamaba Clyde Carter. Fue uno de los pocos amigos que hice en la cárcel. Lo que más nos unía era que habíamos hecho el mismo Curso de Coctelería por correspondencia de una fábrica de diplomas de Chicago, el Instituto de Instrucción de Illinois, sección de la RAMJAC Corporation. Ambos habíamos recibido el mismo día y en el mismo correo nuestros títulos de doctor en coctelería. Clyde me había superado haciendo luego un curso de acondicionamiento de aire en el mismo instituto. Clyde era primo tercero del presidente de los Estados Unidos, Jimmy Carter. Y, aunque unos cinco años más joven que el presidente, era por lo demás su vivo retrato. Tenía los mismos modales encantadores, la misma sonrisa deslumbrante.

A mí me bastaba con el título de doctor en coctelería. Era lo que me proponía hacer el resto de mi vida: llevar un bar tranquilo en cualquier sitio, a ser posible un club de caballeros.

Y alcé mis manos queridas de la ropa de cama doblada y di tres palmadas.

Saltó otro caza al fondo de una pista cercana, hizo añicos el cielo. Yo pensé: «Al menos, ya no fumo.» Era verdad. Yo, que fumaba cuatro paquetes de Palmall sin filtro diarios, ya no era un esclavo de su majestad la nicotina. Pronto me acordaría de lo mucho que fumaba,

por el traje gris de raya fina de tres piezas lleno de quemaduras de cigarrillos que me esperaba en la sala de suministros. Tenía un agujero del tamaño de una moneda de diez centavos en la entrepierna, recordé. Me sacaron una foto de prensa en el asiento de atrás del sedán verde del comisario federal, inmediatamente después de que me condenaran. La interpretación general de la foto era que parecía en ella muy avergonzado, macilento, horrorizado, incapaz de mirar a la cara a la gente. En realidad, era la foto de un hombre que acababa de prenderse fuego en los pantalones.

Pensé entonces en Sacco y Vanzetti. Cuando yo era joven, creía que la historia de su martirio haría propagarse una irresistible ansia de justicia entre la gente corriente en todo el mundo. ¿Alguien sabe, o se preocupa ya por saber quiénes eran?

No.

Pensé en la Matanza de Cuyahoga, que fue el enfrentamiento más sangriento entre unos huelguistas y un patrono de la historia del movimiento obrero norteamericano. Sucedió en Cleveland, ante la entrada principal de la Cuyahoga Bridge and Iron, la mañana de Navidad de Milochocientos Noventaicuatro. Mucho antes de que yo naciera. Mis padres eran todavía niños en el Imperio Ruso por entonces. Pero el hombre que me mandó a Harvard, Alexander Hamilton McCone, lo presenció todo, desde la torre del reloj de la fábrica de la empresa de su padre y su hermano mayor John. Fue entonces cuando dejó de padecer un tartamudeo leve para convertirse, ante la menor tensión, en un tartamudo efervescente totalmente incapaz de expresarse.

Digamos, por otra parte, que la Cuyahoga Bridge and Iron perdió su identidad, salvo para la historia laboral, hace mucho. La absorbió Youngstown Steel poco después de la Segunda Guerra Mundial; la Youngstown Steel se ha convertido también en una mera sección de la RAMJAC Corporation.

Paz.

Sí, y alcé mis manos queridas de la ropa doblada y di tres palmadas. De eso se trataba nada más, algo así de tonto: aquellas tres palmadas completaban una canción obscena que a mí nunca me había gustado y en la que no había pensado desde hacía treinta años o más. Procuraba por todos los medios mantener la mente en blanco, comprendes, por lo embarazoso que resultaba el pasado y lo aterrador que resultaba el futuro. Tantos enemigos me había hecho con los años, que dudaba que pudiese conseguir siquiera un trabajo como encargado de bar en algún sitio. Me iría haciendo cada día más sucio y andrajoso, pensaba, pues no recibiría dinero de ningún sitio. Acabaría en las callejas de los borrachos y aprendería a quitarme el frío bebiendo vino, me decía, aunque jamás me había gustado el alcohol.

Lo peor era, pensaba también, que me quedaría dormido en cualquier calleja un día y aparecerían delincuentes juveniles —de esos que odian a los viejos sucios— con una lata de gasolina. Me empaparían en gasolina y luego me harían estallar. Y lo peor de todo sería, pensaba, cuando las llamas me lamiesen los globos oculares.

¡No es raro que quisiera dejar la mente en blanco!

Pero no podía vaciar la mente más que de forma intermitente. Así que me conformaba en general, mientras estaba allí sentado en el catre, con una paz algo menos perfecta, llena de pensamientos que no tenían por qué asustarme... de Sacco y Vanzetti, como digo, de la Matanza de Cuyahoga, de cuando jugaba al ajedrez con el viejo Alexander Hamilton McCone, etc., etc.

El vacío perfecto, cuando lo conseguía, sólo duraba unos diez segundos... y luego lo rompía la canción, que yo oía sonora y claramente, cantada en mi pensamiento por una voz

ajena, y que había de completar con las tres palmadas. A mí, la letra me pareció sumamente pecaminosa cuando la oí por primera vez, que fue en una fiesta beoda, sólo para hombres, en mi primer curso en Harvard. Era una canción que había que guardar en secreto y no decírsela a las mujeres. Quizás no la hubiese oído ninguna mujer, ni la haya oído aún siquiera, a estas alturas. Lo que el autor de la letra se proponía era sin duda embrutecer los sentimientos de los varones que cantaban la canción de modo que los tales cantores no pudieran volver a creer jamás lo que la mayoría de nosotros creíamos por entonces con todo el corazón: que las mujeres eran más espirituales, más sagradas que los hombres.

Yo todavía lo creo. ¿Es eso también cómico? Sólo he amado a cuatro mujeres en mi vida: mi madre, mi difunta esposa, una mujer con la que estuve prometido en matrimonio, y otra más. Las describiré a todas más tarde. Pero digamos ahora que las cuatro me parecieron más virtuosas que yo, con más valor en la vida, y más próximas a los secretos del universo de lo que nunca haya podido estar yo.

De cualquier modo, incluiré ahora la letra de esa canción terrible. Y, aunque yo haya sido técnicamente responsable, debido a mi elevado posición en una estructura corporativa en época reciente, de la publicación de algunos de los libros más soeces sobre mujeres que se hayan escrito, veo que aún me cuesta trabajo poner sobre el papel, donde quizás nunca haya estado, la letra de la canción. Diré, por otra parte, que la cantábamos con la música de una melodía muy antigua que yo llamo *Rubén, Rubén*. Debe tener muchos otros nombres sin duda.

Quienes lean la letra han de tener en cuenta que yo se la oí cantar no a viejos o a gente de mediana edad, sino a universitarios, a chavales, en realidad, que, con una Gran Depresión en marcha y con una Segunda Guerra Mundial en perspectiva, escarnecidos la mayoría por su propia virginidad, tenían razones para sentirse petrificados ante todas las cosas que esperaban de ellos las mujeres de aquella época. Las mujeres esperaban que ganasen buen dinero en cuanto acabaran la carrera y ellos no veían cómo iban a poder conseguirlo con todas las empresas cerradas. Las mujeres esperaban también que fuesen soldados valerosos y había, al parecer, muchas posibilidades de que acabaran destrozados cuando la metralla y las balas volasen. ¿Quién podía ser absolutamente responsable de sus acciones cuando volasen la metralla y las balas? Habría lanzallamas y gases asfixiantes. Se oirían unos estampidos aterradores. Podían volarle la cabeza al que estaba a tu lado... su garganta sería como una fuente.

Y las mujeres, cuando se convertían en esposas, esperaban de ellos que fuesen unos amantes perfectos ya desde la misma noche de bodas... sutiles, tiernos, picaros, respetuosos y cosquilleantemente libertinos, y que supiesen tanto de los órganos de reproducción de ambos sexos como la Facultad de Medicina de Harvard.

Recuerdo lo que decía un audaz artículo de revista que se publicó por aquella época. Hablaba de la frecuencia de las relaciones sexuales de los norteamericanos varones de diversas profesiones y actividades. Los más ardientes eran los bomberos, que hacían el amor diez veces por semana. Los profesores universitarios eran los menos. Sólo hacían el amor una vez al mes. Y un compañero mío de clase, al que, por cierto, mataron luego en la Segunda Guerra Mundial, movió quejumbroso la cabeza y dijo: «Ay... ojalá fuera yo profesor universitario.»

La terrible canción quizá fuese, en realidad, por entonces, una forma de honrar el poder de las mujeres, de afrontar los miedos que inspiraban. Podría compararse sin duda a una canción que hiciese burla de los leones y que cantasen los cazadores de leones la noche antes de salir de cacería.

La letra era así:

*Sally estaba en el jardín
las cenizas rebuscando
cuando un pedo se tiró
la pierna cual hombre alzando.
Quince ventanas rompieron
sus bragas al explotar
y sus nalgas así hicieron...*

Aquí los cantantes debían dar tres palmadas para completar la estrofa.

Mi título oficial en la Casa Blanca de Nixon, el puesto que desempeñaba cuando me detuvieron por malversación y perjurio y por obstaculizar la acción de la justicia, era éste: asesor del presidente para asuntos de la juventud. Me pagaban treinta y seis mil dólares al año. Tenía una oficina, pero no secretaria, en el subsótano del Edificio del Departamento Ejecutivo, justo debajo, precisamente, de la oficina donde se planearon los robos con allanamiento y otros delitos en beneficio del presidente Nixon. Yo oía gente paseando arriba que alzaba a veces la voz. Mis únicos acompañantes en mi propio nivel del subsótano eran el equipo de calefacción y acondicionamiento de aire y una máquina de Coca-Cola de la que creo que sólo yo sabía. Era la única persona que la utilizaba.

Sí, y leía periódicos y revistas de universidades e institutos de secundaria, y *Rolling Stone* y *Crawdaddy*, y cualquier otra cosa que dijese hablar para la juventud. Catalogué afirmaciones políticas en letras de canciones populares. Y creía estar especialmente cualificado para aquel trabajo por haber sido yo también radical en Harvard desde mi primer curso. Y no había sido un diletante, un mero rojillo de salón. Había sido presidente de la sección de Harvard de la Liga Juvenil Comunista. Había sido codirector de un semanario radical, *The Bay State Progressive*. En realidad fui, abierta y orgullosamente, un comunista de los de carnet en el bolsillo hasta que Hitler y Stalin firmaron un pacto de no agresión en Milnovecientos Treintainueve. A mis ojos, cielo e infierno hacían con ello causa común contra los débiles del mundo.

Tras esto, pasé de nuevo a ser un cauto partidario de la democracia capitalista.

Tan aceptable era en otros tiempos ser comunista en este país que el que yo lo fuera no impidió que ganase una beca Rhodes para Oxford después de Harvard y consiguiese luego un puesto en el Ministerio de Agricultura de Roosevelt. ¿Qué podía tener de repulsivo, después de todo, en la Gran Depresión, precisamente, y con otra guerra más por las riquezas y mercados naturales del mundo en perspectiva, el que un joven creyese que toda persona debía trabajar según su capacidad, y ser retribuida, estuviese sana o enferma, fuese joven o vieja, valiente o cobarde, inteligente o imbécil, según sus necesidades básicas? Nadie podía considerarme un enfermo mental por pensar que no tenía por qué repetirse la guerra... que bastaba con que la gente normal de todas partes se hiciese con el control de las riquezas del planeta, disolviese los ejércitos y olvidase las fronteras nacionales; bastaba con que pasasen a considerarse hermanos y hermanas, sí, y madres y padres, también, e hijos de todo el resto de la gente normal... en todas partes. La única persona que quedaría excluida de tal amistosa y misericordiosa sociedad sería la que acaparase más riqueza de la que pudiera necesitar en un momento dado.

E incluso ahora, a la triste edad de sesenta y seis años, noto que aún me tiemblan las rodillas cuando encuentro a alguien que aún piensa que es posible que llegue el día en que habite la tierra una gran familia feliz y pacífica: la Familia del Hombre. Si me conociese ahora a mí mismo tal como era en Milnovecientos Treintaitrés, me desmayaría de respeto y de lástima.

Así pues, mi idealismo no murió ni siquiera en la Casa Blanca de Nixon, no murió siquiera en la cárcel, no murió siquiera cuando me convertí, mi empleo más reciente, en uno de los vicepresidentes del sector Down Home Records de la RAMJAC Corporation.

Sigo creyendo que es posible lograr la paz, la abundancia y la felicidad. Soy un imbécil.

Mientras fui asesor especial para asuntos de la juventud de Richard M. Nixon, desde Milnovecientos Setenta hasta mi detención en Milnovecientos Setentaicinco, en que fumaba cuatro cajetillas de Pall Mall sin filtro diarias, nadie me pidió nunca ni datos ni opiniones ni nada. Ni siquiera tenía que ir a trabajar, y podría haber aprovechado más el tiempo si me hubiera dedicado a ayudar a mi pobre esposa en el pequeño negocio de decoración de interiores que ella llevaba en nuestro domicilio, un chalecito muy pequeño que teníamos fuera, en Chevy Chase, Maryland. Los únicos visitantes que tuve en mi oficina subterránea, cuyas paredes tenían un color marrón dorado de brea de cigarrillo, fueron los agentes especiales que realizaban las operaciones de latrocinio del presidente, cuya oficina estaba sobre la mía. Un buen día tuve un ataque de tos y se dieron cuenta de que había alguien allí mismo debajo de ellos, y que podía estar oyendo todas sus conversaciones. Hicieron varias pruebas, uno de ellos gritando y pateando arriba y otro escuchando en mi oficina. Por fin se convencieron de que no había oído nada y de que yo era, en realidad, un pobre pelagatos inofensivo.

El de los gritos y patadas era un antiguo agente secreto de la CIA; escribía novelas de espías y era licenciado por la Brown University. El que escuchaba abajo era un agente del FBI que antes había sido fiscal de distrito, licenciado por la Universidad de Portham. Yo, por mi parte, como quizás haya dicho ya, era un hombre de Harvard.

Y este hombre de Harvard, que sabía perfectamente que todo lo que escribiese sería hecho pedazos y despachado sin leerlo con el resto del contenido de las papeleras de la Casa Blanca, seguía haciendo unos doscientos informes semanales o más sobre los dichos y hechos de la juventud, con notas al pie, bibliografías y apéndices y todo. Pero las conclusiones que podían extraerse de mis datos variaron tan poco a lo largo de los años que muy bien podría haber enviado el mismo telegrama al Limbo todas las semanas. Su texto habría sido:

LOS JÓVENES AÚN SE NIEGAN A ACEPTAR QUE SEA
ABSOLUTAMENTE IMPOSIBLE UN DESARME MUNDIAL Y UNA
IGUALDAD ECONÓMICA GENERAL. PUEDE QUE LA CULPA LA TENGA
EL NUEVO TESTAMENTO (QUOD VIDE).

WALTER F. STARBUCK
ASESOR ESPECIAL DEL PRESIDENTE PARA ASUNTOS
DE LA JUVENTUD

Al final de cada día de trabajo inútil allí en el subsótano, volvía a casa con la única esposa que he tenido en mi vida, que era Ruth... que me esperaba en nuestro chalecito de Chevy Chase, Maryland. Ella era judía; yo no. Así que nuestro único vástago, un hijo que hace ahora crítica literaria para el *New York Times*, es medio judío. Y ha complicado aún más los problemas raciales y religiosos, casándose con una cantante negra que tiene dos hijos de un matrimonio anterior. Su anterior marido era un actor cómico de variedades, de origen portorriqueño llamado Jerry Cha-cha Rivera, que pereció víctima de un disparo mientras era inocente espectador del robo de una estación de lavado de coches de la

RAMJAC en Hollywood. Mi hijo ha adoptado a los niños, de modo que legalmente ahora son mis nietos, mis únicos nietos.

La vida sigue.

Mi difunta esposa Ruth, la abuela de esos niños, nació en Viena. Su familia tenía allí una librería de libros raros... antes de que se la quitaran los nazis. Era seis años más joven que yo. A su padre, a su madre y a sus dos hermanos, les mataron en los campos de concentración. A ella la escondió una familia cristiana, pero la descubrieron y la detuvieron, junto con el cabeza de familia, en Milnovecientos Cuarentaidos, así que pasó los dos últimos años de guerra en un campo de concentración, cerca de Munich, que liberaron al fin las tropas norteamericanas. Moriría mientras dormía, en Milnovecientos Setentaicuatro, de angina de pecho, dos semanas antes de mi detención. Adonde fuese yo, y no importaba cómo, allí iba mi Ruth... mientras pudo. Si me maravillaba yo de esto en voz alta, ella decía: «¿En qué otro sitio podría estar? ¿Qué otra cosa podría hacer?»

Podría haber sido una gran traductora, por ejemplo. Se le daban tan bien los idiomas como mal a mí. Yo me pasé cuatro años en Alemania después de la Segunda Guerra Mundial y no conseguí dominar el alemán. Pero no había idioma europeo del que Ruth no pudiese hablar por lo menos un poco. En el campo de concentración se pasó todo el tiempo, mientras esperaba la muerte, intentando que los demás presos le enseñasen sus idiomas si no los conocía. Así logró hablar con fluidez el caló, la lengua de los gitanos, y aprendió incluso la letra de algunas canciones en vascuence. Podía haber sido retratista. Fue otra cosa que hizo en el campo de concentración. Untaba un dedo en carbonilla y dibujaba en las paredes retratos de la gente. Podía haber sido fotógrafa famosa. Cuando sólo contaba dieciséis años, tres antes de que Alemania se anexionase Austria, fotografió a unos cien mendigos en Viena, todos los cuales eran veteranos de la Primera Guerra Mundial con heridas terribles. Estas fotos se vendieron en portafolios, y encontré recientemente uno de ellos, ante mi desolado asombro, en la colección del Museo de Arte Moderno de Nueva York. Además, sabía tocar el piano, mientras que yo soy un negado para la música. Ni siquiera puedo cantar *Sally en el jardín* sin desafinar.

Yo era, pues, inferior a Ruth.

Cuando empezaron a irme las cosas mal de veras, en los años cincuenta y en los sesenta, en que no era capaz de conseguir un trabajo decente en ningún sitio, pese a los altos cargos que había ocupado en el gobierno, pese a conocer a tanta gente importante, fue Ruth quien salvó a aquella impopular y pequeña familia de Chevy Chase. Empezó con dos fracasos, que la deprimieron al principio, pero que luego le harían reír hasta saltársele las lágrimas. Su primer fracaso fue como pianista en un salón de cócteles. El propietario le dijo cuando la despidió que era demasiado buena, que la clientela que él tenía... «no apreciaba las cosas delicadas de la vida». Su segundo fracaso fue como fotógrafa de bodas. Sus fotografías siempre tenían un aire de catástrofe prebélica que ningún retoque podía borrar. Era como si todos los de la boda fueran a acabar en las trincheras o en la cámara de gas al poco tiempo.

Pero luego se hizo decoradora de interiores, seduciendo a los futuros clientes con acuarelas de las habitaciones que le gustaría hacerles. Y yo era su torpe ayudante: colgaba tapices, sujetaba muestras de empapelado en la pared, anotaba los avisos telefónicos de los clientes, hacía recados, recogía muestras de una cosa y otra... etc., etc. En una ocasión, quemé tapicerías de terciopelo azul por valor de mil cien dólares. No es raro que mi hijo nunca me respetase.

¿Acaso le di oportunidad de hacerlo?

Dios mío... allí estaba su madre, intentando mantener a la familia y escatimando y

ahorrando para salir a flote. Y allí su padre, parado, siempre por en medio, desvalido, que acababa quemando una fortuna en tapicerías con un cigarrillo...

¡Hurra por una educación en Harvard! ¡Oh, ser el orgulloso hijo de un hombre de Harvard!

Diré también que Ruth era una mujer pequeña... la piel cobriza, el pelo negro y liso, los pómulos altos y los ojos hundidos en las cuencas. La primera vez que puse la vista en ella, que fue en Nuremberg, Alemania, a finales de agosto de Milnovecientos Cuarentaicinco, ella llevaba un voluminoso mono del ejército, y la tomé por un gitanillo. Yo era un funcionario civil del Ministerio de Defensa, de treinta y dos años. No me había casado. Había sido civil toda la guerra, ejerciendo a menudo más poder real que generales o almirantes. Estaba, por entonces, en Nuremberg, echando mi primer vistazo a los desastres de la guerra. Me habían enviado a supervisar la alimentación y el albergue de las delegaciones norteamericana, inglesa, francesa y rusa que asistían a los juicios por crímenes de guerra. Antes, había organizado centros de recuperación para soldados norteamericanos en varias zonas de recreo de los Estados Unidos, así que ya sabía un poquillo del negocio hotelero.

Tenía que ser un dictador para los alemanes en cuanto a comida, bebida y camas se refiere. Mi vehículo oficial era un turismo Mercedes blanco, un descapotable de cuatro puertas con parabrisas en el asiento de atrás, además de en el delantero. Además tenía sirena. Y unas ranuras pequeñas en las defensas delanteras para poner banderas. Como es lógico, yo llevaba banderas norteamericanas. Este coche de ensueño había sido un regalo de cumpleaños de Heinrich Himmler, el creador de los campos de concentración, a su mujer, en los buenos tiempos. Yo siempre llevaba un chófer armado cuando iba en él. Recordad que mi padre había sido chófer armado de un millonario.

Y así, iba yo por la calle principal, la Königstrasse, una tarde de agosto. El tribunal de crímenes de guerra se había instalado en Berlín, pero debía trasladarse a Nuremberg en cuanto yo pudiese arreglar allí las cosas. La calle estaba aún bloqueada por escombros en muchas zonas. La estaban despejando prisioneros de guerra alemanes que trabajaban casualmente bajo las llameantes miradas de policías militares norteamericanos negros. El ejército norteamericano aún estaba segregado en aquellos tiempos. Las unidades eran todas de blancos o de negros, salvo los oficiales, que solían ser siempre blancos. No recuerdo que esto me pareciese raro entonces. Yo no sabía nada de los negros. Entre la servidumbre de la mansión de los McCone de Cleveland no había ningún negro, ni tampoco en los centros de enseñanza a los que yo asistí. Ni siquiera cuando había sido comunista había tenido a un negro por amigo.

Cerca de la iglesia de Santa Marta, en la Königstrasse, a la que había dejado sin techo una bomba incendiaria, pararon mi Mercedes en un puesto de control. Lo dirigía un policía militar norteamericano blanco: Buscaban gente que no estuviese donde teóricamente tenía que estar, ahora que la civilización se había puesto de nuevo en marcha. Buscaban desertores de todos los ejércitos imaginables, incluido el norteamericano, y criminales de guerra aún no detenidos, y lunáticos, y delincuentes comunes, que simplemente habían huido de la línea del frente, y ciudadanos de la Unión Soviética que habían desertado pasándose a los alemanes o habían sido capturados por ellos, que serían encarcelados o fusilados si volvían a su patria. De cualquier modo, se consideraba que los rusos tenían que volver a Rusia, los polacos tenían que volver a Polonia, los húngaros a Hungría, los estonios a Estonia, y así sucesivamente. Todos debían volver a casa, pasase lo que pasase.

Yo tenía curiosidad por saber de qué tipo de intérpretes se estaba valiendo la policía militar, pues me era difícil encontrar buenos intérpretes para mis propias operaciones. Necesitaba sobre todo individuos trilingües, que hablasen bien alemán e inglés y, además, francés o ruso. Tenía que ser, además, gente digna de confianza, educada y presentable. Así que salí del coche a ver más de cerca los interrogatorios. Para mi sorpresa, descubrí que los realizaba lo que parecía un gitanillo. Era mi Ruth, claro. Le habían cortado el pelo al cero en un centro de desinfección. Llevaba un mono militar sin ninguna insignia de unidad o rango. Era maravilloso verla intentando despertar un chispeo de comprensión en un vagabundo andrajoso que le habían puesto delante los policías militares. Debí probar con él siete u ocho lenguas, pasando de una a otra con la misma facilidad con que cambia un músico de compases y claves. No sólo eso, sino que, además, cambiaba la gesticulación también, de modo que sus manos hacían siempre los movimientos correspondientes a cada idioma.

Y de pronto, las manos del hombre también empezaron a danzar como las suyas, y los sonidos que salían de su boca eran parecidos a los que emitía ella. Según me contó Ruth más tarde, era un campesino macedonio del sur de Yugoslavia. El idioma común que habían encontrado era el búlgaro. Le habían cogido prisionero los alemanes, aunque él nunca había sido soldado, y le habían enviado a las brigadas de trabajos forzados que reforzaban las fortificaciones de la Línea Sigfrido. No había llegado a aprender alemán. Y quería irse a Norteamérica, según le dijo a Ruth, para llegar a hacerse muy rico. Le facturaron otra vez para Macedonia, supongo.

Ruth tenía entonces veintiséis años... pero llevaba siete comiendo tan mal, patatas y nabos sobre todo, que era un palito asexual. Ella, por su parte, había acudido a aquel puesto de control sólo una hora antes que yo, y los policías militares la habían obligado a hacer aquel servicio debido a los muchos idiomas que sabía. Pregunté a un sargento de la policía militar qué edad le echaba y dijo: «Quince.» Creía que era un muchacho al que todavía no le había cambiado la voz.

Conseguí meterla en el asiento trasero de mi Mercedes e interrogarla. Me enteré de que la habían librado del campo de concentración en primavera, hacía unos cuatro meses y que desde entonces había eludido a todos los organismos que la habrían ayudado muy gustosamente. Debería estar, por entonces, en un hospital para personas extraviadas. Pero ya no tenía el menor interés en confiar su destino a nadie. Su propósito era vagar sola por el campo eternamente, de un sitio a otro, en una especie de éxtasis religioso alucinante. «Nadie me roza nunca —decía— y yo nunca rozo a nadie. Soy como un ave en pleno vuelo. Es tan hermoso. Sólo existimos Dios... y yo.»

Yo pensé esto de ella: Que se parecía a la gentil Ofelia de *Hamlet*, que se volvió lírica y visionaria cuando la vida se volvió demasiado cruel y ya no pudo soportarla. Tengo a mano un ejemplar de *Hamlet* y refresco mi recuerdo del disparate que cantaba Ofelia cuando ya no podía responder inteligentemente a quienes le preguntaban cómo estaba:

La canción era así:

*¿Cómo tu amor sincero
podré distinguir?
Por las sandalias,
por el sombrero,
y por el báculo
de romero.*

*Ay, que muerto está, señora, muerto.
Muerto está y enterrado.
En la cabeza, la verde yerba,
los pies descalzos bajo la tierra.*

Etcétera, etcétera.

Ruth, una entre los millones de Ofelias que había en Europa al final de la Segunda Guerra Mundial, se desmayó en mi automóvil.

La llevé a un hospital de veinte camas del *Kaiserburg*, el castillo imperial, que ni siquiera funcionaba oficialmente aún. Estaba destinado a personas relacionadas con los juicios de los criminales de guerra únicamente. Lo dirigía un compañero mío de Harvard, el doctor Ben Shapiro, que también habían sido comunista de estudiante. Por entonces, era teniente coronel del cuerpo médico del Ejército. En mis tiempos, no había muchos judíos en Harvard. Había una cuota baja y limitada de judíos en cada curso.

—¿Qué llevas ahí, Walter? —me dijo en Nuremberg. Yo llevaba en brazos a la inconsciente Ruth. No pesaba nada.

—Es una chica —dije—. Respira. Habla varios idiomas. Se desmayó. Es todo lo que sé.

Shapiro tenía un equipo inactivo de enfermeras, cocineros, técnicos, etc., y los mejores alimentos y las mejores medicinas que podía proporcionarle el Ejército, pues era probable que más adelante tuviese por pacientes a personas de elevado rango. Por lo tanto, Ruth recibió, sin pagar nada, los mejores cuidados asequibles en el planeta. ¿Por qué? Principalmente, creo, porque Shapiro y yo éramos hombres de Harvard los dos.

Al cabo de un año, más o menos, el 15 de octubre de 1946, Ruth se convertiría en mi esposa. Habían terminado los juicios por crímenes de guerra. El día que nos casamos, y el día que probablemente concebimos a nuestro único hijo también, el mariscal del Reich Hermann Goering engañó al verdugo tragándose una ampolla de cianuro.

Lo decisivo en el caso de Ruth fueron las vitaminas y los minerales y las proteínas y, por supuesto, los cuidados amorosos y tiernos. Al cabo de sólo tres semanas de hospital, Ruth era una intelectual vienesa sana e inteligente. La contraté como intérprete particular y la llevaba conmigo a todas partes. A través de otro conocido de Harvard, un sospechoso coronel del servicio de intendencia de Wiesbaden (estoy seguro de que operaba en el mercado negro), pude conseguirle guardarropa adecuado, por el que, misteriosamente nunca se me pidió que pagase nada. La lana era de Escocia, el algodón de Egipto... y la seda de China, supongo. Los zapatos eran franceses... de antes de la guerra. Recuerdo que había un par de piel de cocodrilo y que venía con un bolso a juego. Aquello no tenía precio, pues no había comercio de Europa, ni de Norteamérica en realidad, que hubiese ofrecido nada como aquello en años. Además las tallas eran, exactamente las de Ruth. Aquellos tesoros del mercado negro me los entregaron en mi oficina en cajas de cartón cuyos rótulos indicaban que contenían papel mimeográfico perteneciente a las Reales Fuerzas Aéreas Canadienses. Hicieron la entrega dos taciturnos y jóvenes civiles en lo que había sido una ambulancia de la *Wehrmacht*. Ruth dedujo que uno era belga y el otro lituano, como mi madre.

La aceptación de estos artículos fue, sin duda, el acto de corrupción más grave que cometí como funcionario público, y, desde luego, el *único*... hasta Watergate. Lo hice por amor.

Empecé a hablarle a Ruth de amor casi en cuanto salió del hospital y empezó a trabajar para mí. Sus respuestas eran amables y extrañas y perspicaces... pero, sobre todo,

pesimistas. Ella creía, y tenía derecho a creerlo, he de confesarlo, que todos los seres humanos eran malvados por naturaleza, fuesen atormentadores o víctimas, o inútiles paños de lágrimas. Sólo sabían crear tragedias sin sentido, decía, pues no eran lo suficientemente inteligentes para lograr todo el bien que se proponían. Eran una enfermedad, decía, que había evolucionado a partir de un pequeño rescoldo del universo, pero que podía extenderse más y más.

—¿Cómo puedes hablar de amor a una mujer —me preguntaba cuando empecé a cortejarla— que cree que daría igual que nadie tuviera más niños, que la especie humana no se prolongase?

—Porque sé que tú no crees eso, en realidad —contesté yo—. Ruth, Ruth... ¡fíjate lo llena de *vida* que estás!

Era verdad. Todos sus movimientos y sonidos eran, por lo menos accidentalmente, insinuantes... y ¿qué es el coqueteo más que una prueba de que la vida ha de seguir y seguir y seguir?

¡Qué encantadora era! Oh, y yo me llevaba todos los méritos por lo bien que iban las cosas. Mi propio país me premió con una medalla por servicios distinguidos. Francia me hizo *Chevalier* de la Legión de Honor, y la Gran Bretaña y la Unión Soviética me enviaron cartas de alabanza y de agradecimiento. Pero fue Ruth quien hizo posibles todos los milagros, quien mantuvo a todos los huéspedes en un estado de complacida indulgencia, pasase lo que pasase.

—¿Cómo puedes rechazar la vida y ser, sin embargo, tan vital? —le pregunté.

—No podría tener un hijo aunque quisiera —dijo ella—. Fíjate lo vital que soy.

En eso se equivocaba, desde luego. Sólo estaba especulando. Daría a luz un hijo, un ser muy desagradable, que, como ya he dicho, hace ahora crítica literaria para el *New York Times*,

Esta conversación con Ruth en Nuremberg siguió. Estábamos en la iglesia de Santa Marta, cerca de donde nos había unido el destino por primera vez. Todavía no funcionaba como iglesia. Habían vuelto a techarla, pero donde antes estaba el rosetón ahora había una cubierta de lona. El rosetón y el altar, según nos contó un viejo guardián, los había destruido una sola bala del cañón de un caza británico. Para él, a juzgar por su solemnidad, esto era otro milagro religioso más. Y he de decir que raras veces encontré a un alemán varón que estuviese triste por la destrucción generalizada de su propio país. De lo que deseaban hablar siempre era de las características del proyectil causante del desastre.

—En la vida no todo es tener hijos, Ruth —dije yo.

—Si yo tuviese un hijo, sería un monstruo —dijo ella. Y así habría de ser.

—Olvídate de los niños —dije—. Piensa en la nueva era que nace. El mundo ha aprendido al fin su lección definitivamente. El último capítulo de diez mil años de locura y codicia se está escribiendo aquí mismo en este momento, aquí en Nuremberg. Se escribirán libros sobre esto, se harán películas. Es el hito más importante de la historia. Yo me lo creía.

—Ay, Walter —dijo ella—. A veces, me parece que sólo tienes ocho años.

—Es la única edad posible —dije yo— cuando está naciendo una nueva era.

Los relojes daban las seis por toda la ciudad. Al coro de campanadas públicas se unió una nueva voz. En realidad, era una voz vieja en Nuremberg, pero Ruth y yo nunca la habíamos oído. Era el profundo ding-dong del *Männleinlaujen*, el extraño reloj del distante *Frauenkirche*. Aquel reloj se había construido hacía más de cuatrocientos años. Mis ancestros, tanto los lituanos como los polacos, debían estar entonces combatiendo a Iván el

Terrible.

La parte visible del reloj la componían siete robots, que representaban a siete electores del siglo XIV. Formaban un círculo alrededor de un octavo robot, que representaba al emperador del Sacro Imperio Romano Germánico Carlos IV, y el propósito era celebrar la decisión de éste de excluir, en Miltrescientos Cincuentaiséis, al Papado de la elección de los emperadores alemanes. El reloj había quedado inutilizado por los bombardeos. Unos soldados norteamericanos hábiles en cuestión de maquinaria habían empezado a bregar con él por su cuenta en cuanto ocuparon la ciudad. La mayoría de los alemanes con quienes yo había hablado estaban tan desmoralizados que les daba absolutamente igual que el *Männleinlaufen* volviese a funcionar o no. Pero funcionaba de nuevo, al parecer. Gracias al ingenio norteamericano, los electores rodeaban de nuevo a Carlos IV.

—Bueno —dijo Ruth, cuando cesó el sonido de las campanas—, cuando los chicos de ocho años matéis al demonio aquí en Nuremberg, procurad enterrarlo en una encrucijada y atravesarle el corazón con una estaca... porque si no, podríais volver a verle aparecer en la próxima noche de luuuuuna llena.

Pero prevaleció mi infatigable optimismo. Ruth aceptó al fin casarse conmigo, dejarme que intentase convertirla en la mujer más dichosa del mundo, pese a todas las cosas terribles que le habían sucedido hasta entonces. Ruth era virgen y yo casi, pese a tener treinta y tres años... pese a que había transcurrido ya, aproximadamente la mitad de mi vida.

Bueno, sí, por supuesto, yo, mientras estaba en Washington, había «hecho el amor», como dicen, con mujeres diversas, de vez en cuando. Hubo una chica del Cuerpo Auxiliar Femenino. Una enfermera de la Infantería de Marina. También una taquígrafa del Ministerio de Comercio. Pero en realidad yo era un monje fanático al servicio de la guerra, la guerra, la guerra. Había muchos como yo. No hay nada en la vida que pueda llegar a ser tan obsesivo como la guerra, la guerra, la guerra.

Le regalé a Ruth como regalo de bodas una talla que había encargado. Representaba las manos de una persona anciana unidas en oración. Era una versión en tres dimensiones de un dibujo de Alberto Durero, artista del siglo XVI, cuya casa habíamos visitado varias veces Ruth y yo en Nuremberg durante nuestro noviazgo. Fue idea mía, que yo sepa, el hacer trasladar aquellas famosas manos del papel a la madera. Desde entonces, se han manufacturado esas manos millones de veces y por todas partes son muestras destacadas de torpe piedad en tiendas de regalos.

Poco después de casarnos, me trasladaron a Wiesbaden, Alemania, cerca de Frankfurt del Main, donde me pusieron a cargo de un equipo de ingenieros civiles, dedicados a revisar montones de documentos técnicos de inventos y métodos de fabricación y secretos industriales requisados a los alemanes y que podían ser útiles para la industria norteamericana. Daba igual que yo no supiese nada de matemáticas ni de física o química... tampoco había importado cuando entré a trabajar en el Ministerio de Agricultura el que jamás hubiese visto una granja de cerca, el que no hubiese cultivado ni un tiesto de violetas africanas en un alféizar. Un humanista podía supervisarlos todo... o al menos eso era lo que solía creerse por entonces.

Nuestro hijo nació, con cesárea, en Wiesbaden. Ben Shapiro, que había sido mi padrino de boda, y que había sido también trasladado a Wiesbaden, fue quien asistió al parto. Acababan de ascenderle a coronel. Unos años después, el senador Joseph R. McCarthy descubriría que aquel ascenso había sido siniestro, puesto que era bien sabido que Shapiro había sido comunista antes de la guerra. «¿Quién ascendió a Shapiro y le trasladó a Wiesbaden?», quería saber el senador.

Pusimos a nuestro hijo Walter F. Starbuck, hijo. Poco imaginábamos entonces que el nombre le resultaría al muchacho tan gravoso como el de Judas Iscariote, hijo. Pondría remedio legal a este problema a los veintiún años, en que cambiaría su nombre por el de Walter F. Stankiewicz, que es el nombre que aparece en sus columnas del *New York Times*. Stankiewicz es, claro, nuestro antiguo apellido. Y se me escapa ahora la risa, recordando algo que mi padre me explicó una vez de cuando llegó a Ellis Island como emigrante. Le

advirtieron que Stankiewicz tenía para los norteamericanos connotaciones desagradables, que la gente pensaría que olía mal aunque se pasara el día metido en la bañera.

Yo volví a los Estados Unidos con mi pequeña familia humana, a Washington ciudad, en el otoño de 1949. Mi optimismo se convirtió en mortero y ladrillos y en puntas y madera. Compramos la única casa que llegamos a poseer, el chalecito de Chevy Chase, Maryland. Ruth puso en la repisa de la chimenea la talla de las manos orantes de Alberto Durero. Hubo dos cosas que hicieron desear a Ruth comprar aquella casa y no otra, según dijo ella. Una que tenía un sitio perfecto para colocar las manos. La otra era un árbol nudoso y viejo que daba sombra al camino de entrada. Era un manzano silvestre florido.

¿Era Ruth religiosa? No. Su familia era escéptica respecto a todas las formas rituales de culto, aunque los nazis la clasificasen como judía. Sus miembros no se habrían clasificado así. Le pregunté una vez si en el campo de concentración había buscado los consuelos de la religión.

—No —me dijo—. Sabía que Dios no se acercaría nunca a un lugar semejante. También lo sabían los nazis. Por eso estaban tan optimistas y tan tranquilos. Esa era la fuerza de los nazis. Comprendían a Dios mejor que nadie. Sabían cómo mantenerle lejos.

Aún recuerdo un brindis que hizo Ruth un día de Nochebuena, en Milnovecientos Setentaicuatro o así. Yo fui la única persona que lo oyó... era la única persona que estaba con ella en casa. Nuestro hijo no nos había mandado ni una tarjeta de Navidad siquiera. El brindis fue éste, y supongo que podría, con la misma lógica, haberlo hecho el día que la conocí en Nuremberg: «Por Dios Todopoderoso, el hombre más vago de la ciudad.»

Muy fuerte.

Sí... y mis pecosas y queridas manos eran como las manos de Alberto Durero sobre la ropa de cama doblada, mientras estaba allí sentado en el catre de la cárcel de Georgia, esperando que empezara de nuevo la libertad.

Era pobre.

Había agotado mis ahorros y había hecho efectivas las pólizas del seguro de vida y había vendido mi Volkswagen y el chalecito de Chevy Chase, Maryland, para pagar mi inútil defensa.

Mis abogados decían que les debía aún ciento veintisiete mil dólares. Puede. Todo era posible.

Y yo no podía vender mis encantos. Era el más viejo y el menos célebre de todos los co-conspiradores de Watergate. Supongo que lo que me hacía tan poco interesante era que había tenido muy poco poder y muy poca riqueza que perder. Otros conspiradores se habían caído de morros, como si dijéramos, de lo alto del campanario. Yo, sin embargo, cuando me detuvieron, era un hombre que estaba sentado en un taburete de tres patas en el fondo de un pozo. Lo único que pudieron hacerme fue serrar las patas del taburetito.

Apenas me importó. Hacía dos semanas que había muerto mi mujer y mi hijo ya no me hablaba. Aun así, tuvieron que ponerme las esposas. Era la costumbre.

—¿Cómo se llama usted? —me preguntó el sargento de policía que hizo la inscripción. Fui algo descarado con él. ¿Por qué no? «Harry Houdini», dije.

Al fondo de una pista próxima, saltó al aire un caza que desgarró el cielo. Pasaba cada poco.

«Por lo menos ya no fumo», pensé.

El propio presidente Nixon comentó en una ocasión lo mucho que fumaba yo. Fue poco después de que empezara a trabajar para él, en la primavera de Milnovecientos Setenta. Me convocaron para una reunión urgente con motivo de la muerte de cuatro manifestantes

antibelicistas en la Universidad Estatal de Kent por disparos de miembros de la Guardia Nacional de Ohio. Asistieron a la reunión unas cuarenta personas. El presidente Nixon ocupaba la cabecera de la inmensa mesa oval, y yo los pies. No le había visto en persona desde que era un simple congresista... veinte años atrás. Hasta entonces, no había manifestado el menor deseo de ver a su asesor especial para asuntos de la juventud. Y, en realidad, nunca manifestó deseos de volver a verme.

Virgil Greathouse, ministro de Sanidad, Educación y Bienestar, y, según se decía, uno de los amigos más íntimos del Presidente, estaba allí también. Empezaría a cumplir su período de cárcel el mismo día que terminaba el mío yo. El vicepresidente Spiro T. Agnew también estaba en la reunión. Luego alegraría *nolo contendere*, cuando le acusaron de aceptar sobornos y de defraudar al fisco. Emil Larkin, el asesor más vengativo del Presidente y ejecutor implacable de sus órdenes, estaba allí también. Con el tiempo, descubriría a Jesucristo como su salvador personal cuando la acusación iba a atraparlo ya por obstaculizar la acción de la justicia y por perjurio. Allí estaba también Henry Kissinger. Aún no había recomendado bombardear Hanoi en alfombra el día de Navidad. También estaba allí Richard M. Helms, jefe de la CIA. Más tarde, recibiría una reprimenda por mentir al Congreso declarando bajo juramento. También estaban presentes H. R. Haldeman, John D. Ehrlichman, Charles W. Colson y John N. Mitchell, el fiscal general. También ellos acabarían siendo presidiarios.

Yo había pasado la noche anterior en vela, estructurando y reestructurando mis ideas de lo que podría decir el Presidente ante la tragedia de la Universidad de Kent. Yo creía que había que perdonar inmediatamente a los guardias, reñirles luego y prescindir de ellos después por el bien del servicio. El Presidente debería ordenar luego una investigación de las unidades de la Guardia Nacional en todo el país, para descubrir si aquellos civiles con ropa de soldado merecían crédito suficiente como para confiarles armas mortíferas cuando hubiesen de controlar a multitudes desarmadas. El Presidente debía llamar tragedia a la tragedia, debía demostrar que estaba desolado. Debía proclamar un día, o quizás un semana, de luto nacional, con banderas a media asta en todo el país. Y el luto no debía ser sólo por los muertos de la Universidad de Kent, sino por todos los norteamericanos que habían resultado muertos, o mutilados, o heridos, directa o indirectamente, por la guerra de Vietnam. Tendría que estar más resuelto que nunca, claro está, a conseguir que aquella guerra alcanzase un final honorable.

Pero nadie me pidió que hablara, ni pude interesar después a nadie por los papeles que llevaba en la mano.

Sólo en una ocasión se reconoció mi presencia, y fue como blanco de un chiste del Presidente. Yo estaba tan nervioso a medida que transcurría la reunión, que pronto tuve tres cigarrillos encendidos y me disponía ya a encender el cuarto.

Hasta el propio Presidente se dio cuenta al fin de la columna de humo que salía de mi sitio, y paró la reunión para mirarme. Tuvo que preguntarle a Emil Larkin quién era yo. Esbozó luego la triste sonrisilla que indicaba invariablemente que estaba a punto de entregarse a la frivolidad. A mí aquella sonrisa me pareció siempre un capullo de rosa que acabasen de aplastar de un martillazo. El chiste que hizo fue el único comentario realmente ingenioso que he oído atribuirle. Quizás sea éste el lugar que me corresponde en la historia: el de blanco del único chiste bueno de Nixon.

—Haremos una pausa en el trabajo —dijo— para que nuestro asesor especial para asuntos de la juventud nos haga una demostración de cómo debe apagarse una hoguera. Todos rieron.

Una puerta del dormitorio de la prisión que había debajo del mío se abrió y se cerró de golpe, y supuse que al fin venía a buscarme Clyde Carter. Pero luego el individuo empezó a cantar *Swing Low, Sweet, Chariot*, mientras subía torpemente la escalera y comprendí que se trataba de Emil Larkin, el que había sido ejecutor implacable de las órdenes del presidente Nixon. Era un hombre grande, de ojos saltones y labios como hígado, que había sido medio en el equipo de la Universidad Estatal de Michigan en tiempos. Era ahora un abogado expulsado del foro y se pasaba el día rezando a lo que él creía Jesucristo. A Larkin no le habían mandado con la brigada de trabajo ni le habían asignado tareas de limpieza debido a lo mucho que había rezado de, rodillas sobre los duros suelos de la cárcel y a sus consecuencias. Tenía ambas piernas agarrotadas por bursitis de la rótula, la enfermedad de las fregonas.

Se detuvo cuando acabó de subir las escaleras y en sus ojos había lágrimas.

—Oh, hermano Starbuck —dijo—. Es tan doloroso y tan bueno subir esta escalera.

—No me sorprende —dije.

—Jesús me dijo —continuó—: «Esta es la última oportunidad que tienes de pedirle al hermano Starbuck que rece por ti, y olvidarás en seguida lo que puedas sufrir subiendo la escalera, porque, sabes, esta vez el hermano Starbuck doblará sus orgullosas rodillas de Harvard y rezará contigo.»

—Lamento desilusionarte —dije.

—¿Has hecho otra cosa alguna vez? —dijo él—. Eso era lo único que yo hacía: desilusionar todos los días Jesús.

No pretendo calificar a este leviatán efervescente de hipócrita religioso, ni tengo derecho a hacerlo. Se había entregado hasta tal punto a los consuelos de la religión que se había convertido en un imbécil. En mi época de la Casa Blanca le había temido tanto como debieron temer mis ancestros a Iván el Terrible, pero ahora podía ser tan descarado con él como quisiese. Era tan insensible como un tonto de pueblo a las burlas y chistes que se hacían a su costa.

He de decir, además, que actualmente Emil Larkin pone su dinero donde pone su boca. Una subsidiaria de mi delegación de aquí de la RAMJAC, totalmente absorbida ya, la Heartland House, que edita libros religiosos en Cincinnati, Ohio, publicó *Hermano, ¿querrás rezar conmigo?*, la biografía de Larkin, hace seis semanas. Todos los derechos de autor de Larkin, que bien podrían alcanzar el medio millón de dólares, sin contar los derechos cinematográficos y los de la edición de bolsillo, irán a parar al Ejército de Salvación.

—¿Quién te dijo dónde estaba? —le pregunté. Lamentaba que me hubiese encontrado. Tenía la esperanza de poder salir de la cárcel sin que volviera a pedirme que rezara con él por última vez.

—Clyde Carter —dijo.

Éste era el guardián al que yo esperaba, el primo tercero del Presidente de los Estados

Unidos.

—¿Y dónde demonios está él? —dije.

Larkin explicó que toda la administración de la cárcel andaba alborotada porque Virgil Greathouse, el antiguo ministro de Sanidad, Educación y Bienestar y uno de los hombres más ricos del país, había decidido de pronto empezar a cumplir su sentencia inmediatamente, sin más apelaciones, sin dilación. Puede que no se hubiese pedido jamás a una prisión federal que hospedase a una persona de tan alto rango.

Yo conocía a Greathouse más que nada de vista... y, también, claro, por su reputación. Era un «duro» famoso, fundador y accionista mayoritario aún de la empresa de relaciones públicas Greathouse & Smiley, especializada en elaborar explicaciones aceptables de las actividades de las dictaduras del Caribe y de la América Latina, los casinos de juego de las Bahamas, de las flotas de petroleros liberianos y panameños, de varias «pantallas» de la CIA en diversas partes del mundo, de sindicatos dominados por los gánsters, como la Hermandad Internacional de Trabajadores de Adhesivos y Abrasivos y de Manipuladores de Combustible Asociados, de empresas internacionales como la RAMJAC y la Texas Fruit, etc. etc.

Era calvo. Mofletudo. La frente arrugada como una tabla de lavar. Llevaba siempre una pipa apagada entre los dientes, incluso cuando compareció en juicio como testigo. Una vez, me acerqué a él lo suficiente como para descubrir que hacía música con la pipa. Era como un gorjeo de pájaros. Entró en Harvard seis años después de graduarme yo, y por eso no nos conocimos allí. Sólo establecimos contacto ocular una vez en la Casa Blanca... en la reunión en la que yo hice el ridículo encendiendo tantos cigarrillos. Yo no era para él más que un ratoncillo de la despensa de la Casa Blanca. Sólo me dirigió la palabra una vez, y fue después de que nos detuvieran a los dos. Tropezamos accidentalmente en un pasillo de la Audiencia, donde nos enfrentábamos a diferentes procesos. Descubrió quién era yo y sin duda pensó que podía tener algo contra él, lo cual no era cierto. Así que acercó la cara a la mía, echando chispas por los ojos, la pipa en los dientes, y me hizo esta promesa inolvidable: «Si dices algo de mí, amigo, cuando salgas de la cárcel tendrás suerte si consigues trabajo limpiando lavabos en una casa de putas de Port Said.»

Y después de decir eso fue cuando oí los gorjeos de la pipa.

Por cierto que Greathouse era cuáquero... y también lo era Richard M. Nixon, claro. Sin duda esto debía significar un lazo especial entre ellos, una de las cosas que les hicieron grandes amigos por un tiempo.

Emil Larkin era presbiteriano.

Yo, por mi parte, no era nada. A mi padre le bautizaron católico allá en Polonia, en secreto, pues esa religión estaba por entonces prohibida allí. De mayor se hizo agnóstico. A mi madre la bautizaron ortodoxa griega en Lituania, pero se hizo católica en Cleveland. Papá nunca la acompañaba a la iglesia. A mí me bautizaron católico, pero aspiraba a la indiferencia de mi padre y dejé de ir a la iglesia a los doce años. Cuando solicité la admisión en Harvard, el viejo McCone, que era anabaptista, me aconsejó declararme congregacionista, y así lo hice.

Mi hijo es unitario militante, según tengo entendido. Su mujer me dijo que ella era metodista, pero canta todos los domingos en una iglesia episcopaliana porque le pagan. ¿Por qué no? Etcétera, etcétera.

Emil Larkin, el presbiteriano, y Virgil Greathouse, el cuáquero, fueron colaboradores íntimos de latrocinio en los viejos tiempos. No sólo controlaban los robos y las grabaciones ilegales y el acoso de los enemigos políticos a través del servicio de Hacienda y demás,

sino también los desayunos de oración. Así que pregunté a Larkin qué era lo que pensaba él del encuentro que se avecinaba.

—Virgil Greathouse no es ni más ni menos hermano mío que tú o que cualquier otro hombre. Intentaré salvarle del infierno igual que intento salvarte a ti ahora.

Luego citó esa frase inquietante que Jesús, según San Mateo, había prometido decir, en la persona de Dios, a los pecadores el Día del Juicio.

Ésta: «Apartaos de mí, malditos e id al fuego eterno preparado para el demonio y sus ángeles.»

Estas palabras me asombraron entonces y me asombran ahora. Son, sin duda, la inspiración de la notoria crueldad de los cristianos.

—Puede que Jesús haya dicho eso —expliqué a Larkin—, pero es tan distinto de todo lo demás que dijo que tengo que llegar a la conclusión de que ese día estaba un poco loco.

Larkin retrocedió y ladeó la cabeza con una admiración burlona.

—He visto muchos niños malos en mi época —dijo—, pero tú te llevas la palma, desde luego. Has ido poniendo en contra tuya a todos los amigos que tenías con tus veleidades y ahora insultas a la única Persona que todavía podría querer ayudarte, que es Jesucristo.

No contesté. Quería que se largara.

—Nómbreme a un amigo que te quede —dijo.

Pensé para mí que el doctor Ben Shapiro, mi padrino de boda, habría seguido siendo amigo mío a pesar de todo... podría haber venido a por mí a la prisión en su coche para llevarme a su casa. Pero era pura especulación sentimental mía. Shapiro se había ido a Israel hacía mucho y había muerto durante la Guerra de los Seis Días. Le habían puesto su nombre a una escuela de enseñanza primaria en Tel Aviv, según me contaron.

—Dime uno —insistió Emil Larkin.

—Bob Fender —dije.

Era el único recluso que estaba condenado a cadena perpetua, el único norteamericano convicto de traición durante la Guerra de Corea. Era el *doctor* Fender, puesto que era doctor veterinario. Era el encargado de la sala de suministros, donde me entregarían muy pronto mi ropa de civil. En la sala de suministros siempre había música, pues a Fender le permitían poner discos de la *chanteuse* francesa Edith Piaf todo el día. Era, además, escritor de ciencia ficción de cierta fama y publicaba varios relatos al año con diversos seudónimos, entre ellos «Frank X. Barlow» y «Kilgore Trout».

—Bob Fender es amigo de todo el mundo y no es amigo de nadie —dijo Larkin.

—Clyde Carter es amigo mío —dije.

—Yo hablo de gente de fuera —dijo Larkin—. ¿Quién te está esperando fuera para ayudarte? Nadie. Ni siquiera tu hijo.

—Eso ya lo veremos —dije yo.

—¿Vas a Nueva York? —dijo él.

—Sí.

—¿Por qué a Nueva York?

—Es una ciudad famosa por su hospitalidad con los emigrantes sin dinero ni amigos que quieren hacerse millonarios —dije.

—Vas a pedir ayuda a tu hijo, aunque no te haya escrito en todo el tiempo que llevas aquí —dijo. Él era el cartero de mi edificio, así que estaba enterado de todo lo relacionado con mi correspondencia.

—Si descubre alguna vez que estoy en la misma ciudad que él, será por puro accidente —dije. Las últimas palabras que me dijo Walter me las dijo en el entierro de su madre, en

un pequeño cementerio judío de Chevy Chase. El que se la enterrase en tal lugar y en tal compañía fue sólo idea mía: La idea de un viejo que de pronto se queda solo por completo. Ruth habría dicho, con toda la razón, que aquello era una locura.

Fue enterrada en una sencilla caja de pino que costó ciento cincuenta y seis dólares. Sobre la caja coloqué una rama, arrancada y no cortada, de nuestro manzano silvestre florido.

Un rabino rezó por ella en hebreo, idioma que Ruth nunca llegó a aprender, aunque sin duda debió tener innumerables oportunidades de hacerlo en el campo de concentración.

Y esto fue lo que me dijo nuestro hijo, antes de darnos la espalda a mí y a la fosa abierta y alejarse rápidamente hacia el taxi: «Me da lástima de ti, pero nunca podré quererte. Para mí, tú mataste a esa pobre mujer. No puedo considerarte ni un padre ni un pariente siquiera. No quiero volver a verte ni a oír hablar de ti.»

Muy fuerte.

Mis ensueños carcelarios de Nueva York daban por supuesto, sin embargo, que aún había viejos conocidos, aunque no acertase a nombrarlos, que podrían ayudarme a conseguir trabajo. Es una ilusión que cuesta desechar... la de que uno tiene amigos. Los que podrían seguir siéndolo, si la vida me hubiese ido un poco mejor, tendrían que estar sobre todo en Nueva York. Yo suponía que, si paseaba por el centro de Manhattan día tras día, desde la zona de teatros del oeste al recinto de Naciones Unidas del este y desde la biblioteca pública por el sur al Hotel Plaza por el norte, y pasaba por las fundaciones, editoriales, librerías, tiendas de ropa para caballeros, clubs para caballeros, hoteles y restaurantes caros que hay por allí, encontraría a alguien que me conociese, que recordase lo buena persona que yo era, que no me despreciase en especial... y que utilizase su influencia para conseguirme un puesto de encargado de bar en algún sitio.

Le suplicaría sin la menor vergüenza, le pondría mi título de doctor en coctelería delante de los morros.

Y si veía venir a mi hijo le daría la espalda, según mis ensueños, hasta que se hubiera alejado lo suficiente.

—En fin —dijo Larkin—, Jesús me dice que no ceda en ningún caso, pero en el tuyo estoy a punto de renunciar. Vas a quedarte ahí sentado, mirando al frente, diga yo lo que diga.

—Eso me temo —dije.

—Nunca vi a nadie tan empeñado en ser un *geek* como tú —dijo.

Un *geek* es uno de esos individuos que aparecen encerrados en una jaula o tendidos en un lecho de sucia paja en esos espectáculos de terror de las ferias y que arrancan de un mordisco la cabeza a un pollo y hacen ruidos infrahumanos, y de quienes dicen que han sido criados por animales salvajes en las selvas de Borneo. Se han hundido ya todo lo que puede hundirse un ser humano en el orden social norteamericano, salvo el descanso final en la fosa común.

Larkin, sintiéndose ya derrotado, dejó que asomara parte de su vieja malicia.

—Así te llamaba Chuck Colson en la Casa Blanca: «El *geek*» —dijo.

—No lo dudo —dije.

—Nixon nunca te respetó —dijo—. Le dabas lástima. Por eso te dio el trabajo que te dio.

—Ya lo sé —dije yo.

—Ni siquiera tenías que ir a trabajar.

—Lo sé.

—Por eso te dimos aquella oficina sin ventanas y sin nadie cerca... para que te dieras cuenta de que no tenías que ir a trabajar siquiera.

—Procuré ser útil, de todos modos —dije—. Espero que tu Jesús me perdone por eso.

—Si sólo quieres reírte de Jesús, quizá sea mejor que no lo menciones —dijo.

—De acuerdo —dije—. Pero fuiste tú el que lo sacaste a colación.

—¿Sabes cuándo empezaste a ser un *geek*? —dijo él.

Yo sabía muy bien cuándo se había iniciado el desmoronamiento de mi vida, cuando quedaron definitivamente rotas mis alas, cuando me di cuenta de que jamás volvería a elevarme. Ese acontecimiento era para mí la cosa más dolorosa que pueda imaginarse. No podía soportar volver a pensar en aquello, así que le dije a Larkin, mirándole a los ojos por fin:

—Por favor, por piedad, deja en paz a este pobre viejo. Esto le emocionó.

—Demonios... Por fin conseguí atravesar la gruesa piel de Harvard de Walter F. Starbuck —dijo—. He tocado el nervio, ¿eh?

—Tocaste el nervio —dije.

—Verás cómo ahora llegamos a algún sitio —dijo.

—Espero que no —dije, y volví a mirar fijamente a la pared.

—Yo era sólo un muchachito de pantalón corto allá en Petoskey, Michigan, cuando oí tu voz por primera vez —dijo.

—No lo dudo —dije yo.

—Fue por la radio. Mi padre nos hizo sentarnos a mi hermana pequeña y a mí junto a la radio y nos dijo que escuchásemos con atención. Escuchad atentamente, dijo. «Lo que vais a oír es historia.»

Era el año Milnovecientos Cuarentainueve. Yo acababa de regresar a Washington con mi pequeña familia humana. Acabábamos de instalarnos en nuestro chalecito de Chevy Chase, Maryland, con su manzano silvestre florido. Era otoño. Había manzanitas agrias en el árbol. Mi esposa Ruth iba a hacer mermelada con ellas, como haría luego todos los años. ¿De dónde llegaba mi voz, para que pudiera oírme el pequeño Emil Larkin de Petoskey? De una sala de audiencias de la Cámara de Representantes. Con un ramillete brutal de micrófonos de radio ante mí, estaba siendo interrogado, sobre todo por un joven congresista de California llamado Richard M. Nixon, sobre mis relaciones anteriores con los comunistas y mi lealtad actual a los Estados Unidos.

Milnovecientos Cuarentainueve: ¿Dudarían de mí los jóvenes de hoy si les dijese muy serio que entonces se convocaban los comités del Congreso en las copas de los árboles, porque los tigres colmilludos aún dominaban el suelo? No. Winston Churchill vivía aún. Y también José Stalin. Imaginaos. Era presidente Harry S. Truman. Y el Ministerio de Defensa me había dicho a mí, antiguo comunista, que organizase y dirigiese un equipo de científicos y militares. La misión era proponer tácticas para las fuerzas de tierra cuando, según parecía inevitable, dispusiésemos de armas nucleares pequeñas en el campo de batalla.

El comité, y sobre todo el señor Nixon, quería saber si se podía confiar a un hombre de mi pasado político una tarea tan delicada. ¿Entregaría yo nuestros planes tácticos a la Unión Soviética? ¿Estructuraría tales planes de forma que fuesen inaplicables y que en cualquier batalla con la Unión Soviética ganase ésta seguro?

—¿Sabes qué oí por aquella radio? —dijo Emil Larkin.

—No —dije yo... con el mismo tono hueco.

—Oí hacer a un hombre lo que nadie le perdonará nunca... nadie, sea cual sea su actitud

política. Le oí hacer lo que nunca podrá perdonarse a sí mismo: traicionar a su mejor amigo.

No pude sonreír entonces, ante su descripción de lo que creía haber oído, y no puedo sonreír ante ello ahora tampoco... pero era ridículo, de todos modos. El asunto consistió en una absurda serie de audiencias del Congreso y de pleitos civiles y, por último, un proceso penal, todo lo cual duró dos largos años. Él, siendo como era un niño que escuchaba la radio, sólo pudo oír mucha charla aburrida sin mucho más interés para él que los ruidos parásitos. Sólo cuando ya era adulto, con toda una moral basada en las películas de vaqueros, pudo haber decidido que había oído con toda claridad cómo un hombre traicionaba a su mejor amigo.

—Leland Clewes nunca fue mi mejor amigo —le dije. Así se llamaba el hombre al que destruyó mi testimonio, y, durante un tiempo, nuestros apellidos aparecían unidos en las conversaciones: «Starbuck y Clewes»... como «Gilbert y Sullivan». Como «Sacco y Vanzetti»; como «Laurel y Hardy»; como «Leopold y Loeb».

Ya apenas oigo hablar de nosotros.

Clewes era un hombre de Yale... de mi edad. Nos conocimos en Oxford, donde yo fui timonel y él remero de una tripulación que triunfó en Henley. Yo era bajo. Él alto. Yo aún soy bajo. Él aún es alto. Entramos a trabajar en el Ministerio de Agricultura al mismo tiempo y nos asignaron cubículos contiguos. Jugábamos al tenis todos los domingos por la mañana, cuando hacía buen tiempo. Fueron nuestros días dorados, cuando nuestra conciencia despuntaba.

Fuimos un tiempo propietarios conjuntos de un Ford Phaeton de segunda mano y salíamos juntos con frecuencia con nuestras chicas. Phaeton era hijo de Helios, el sol. Cogió prestado un día el carro llameante de su padre y lo condujo de forma tan irresponsable que convirtió en desierto varias zonas del norte de África. Para evitar que todo el planeta quedase devastado, Zeus tuvo que matarle con un rayo. «Bien por Zeus», digo yo. No le quedaba otra salida.

Pero mi amistad con Clewes nunca fue profunda y terminó cuando me quitó una chica y se casó con ella. La chica pertenecía a una antigua y distinguida familia de Nueva Inglaterra, propietaria de la Wyatt Clock Company de Brockton, Massachusetts, entre otras cosas. Su hermano fue compañero mío de habitación en Harvard en el primer curso que yo pasé allí, por eso la conocí. Es una de las cuatro mujeres a las que he querido de veras. Se llamaba de soltera Sarah Wyatt.

Cuando destrocé por accidente su vida, Leland Clewes y yo llevábamos diez años o más sin la menor relación. El y su Sarah habían tenido un vástago, una hija, tres años mayor que mi hijo. Él se había convertido en el meteorito más deslumbrante del Ministerio del Interior y era opinión general que sería ministro del Interior algún día y quizás hasta Presidente. No había nadie en Washington que tuviera mejor planta y más simpatía que Leland Clewes.

Así fue cómo destruí yo su carrera: Bajo juramento, y, en respuesta a una pregunta del congresista Nixon, enumeré una serie de nombres de quienes sabía que habían sido comunistas durante la Gran Depresión, pero que habían demostrado ser destacados patriotas durante la Segunda Guerra Mundial. En esta lista de honor incluí el nombre de Leland Clewes. No se hizo, por entonces, ningún comentario particular. Sólo cuando llegué a casa aquella tarde supe por mi mujer, que había estado escuchándome y escuchando luego todos los programas de noticias que pudo sintonizar, que a Leland Clewes no se le había relacionado nunca con el comunismo, en ningún sentido.

Cuando Ruth puso la cena (y tuvimos que tomarla directamente del envase porque el

chalet aún no disponía de todos los servicios) la radio pudo darnos ya la respuesta de Leland Clewes. Quería comparecer ante el Congreso en cuanto le fuese posible, para declarar bajo juramento que nunca había sido comunista, que jamás había simpatizado con ninguna causa comunista. Según la radio, su jefe, el ministro del Interior, otro hombre de Yale, había dicho que Leland Clewes era el norteamericano más patriota que había conocido en su vida y que había demostrado sobradamente su lealtad en las negociaciones con los representantes de la Unión Soviética. Según él, Leland Clewes había burlado a los comunistas una y otra vez. Comentó además que yo podría seguir siendo comunista y que quizás mis amos me hubieran encomendado la tarea de hundir a Leland Clewes.

Dos horribles años después, Leland Clewes fue declarado convicto de seis cargos de perjurio. Fue uno de los primeros reos que cumplieron sentencia en el Correccional de Seguridad Mínima para Adultos, nuevo por entonces, junto a la base de las Fuerzas Aéreas de Finletter, a unos cincuenta y cinco kilómetros de Atlanta, Georgia.

El mundo es un pañuelo.

Casi veinte años después, Richard M. Nixon, que se había convertido en Presidente de los Estados Unidos, se preguntó de pronto qué habría sido de mí. Es casi seguro que no hubiese llegado jamás a la Presidencia, claro, si no se hubiese convertido en un personaje famoso al descubrir y perseguir al mendaz Leland Ciewes. Sus emisarios me hallarían, como ya dije, ayudando a mi esposa en el negocio de decoración que había instalado en nuestro chalecito de Chevy Chase, Maryland.

Y a través de sus emisarios, me ofreció un trabajo.

¿Cómo me sentí entonces? Orgulloso y útil. Richard M. Nixon no era sólo Richard M. Nixon, en realidad. Era también el Presidente de los Estados Unidos de Norteamérica, una nación a la que yo anhelaba servir otra vez. ¿Debería haberme negado, basándome en que aquella Norteamérica ya no era en realidad mi verdadera Norteamérica?

¿Debería haber insistido, por cuestión de honor, en seguir siendo, a todos los efectos prácticos, un trasto inútil en Chevy Chase?

No.

Y entonces Clyde Carter, el guardia de la prisión al que tanto rato llevaba esperando en mi catre, vino a buscarme al fin. Emil Larkin ya había renunciado por entonces a mí y se había alejado cojeando.

—Lo siento muchísimo, Walter —dijo Clyde.

—Da igual, no te preocupes —le dije—. No tengo prisa por ir a ningún sitio, y hay autobuses cada media hora.

Como no habría nadie esperándome, tendría que ir en un autobús de las Fuerzas Aéreas hasta Atlanta. Y estaba convencido además de que tendría que ir todo el camino de pie, porque los autobuses se llenaban siempre mucho antes de llegar a la parada de la prisión.

Clyde sabía de la indiferencia de mi hijo por mis sufrimientos. Todos lo sabían en la prisión. Sabían también que mi hijo era crítico de libros. Al parecer, la mitad de los presos estaban escribiendo memorias, o novelas de espías, o de intriga, o lo que fuese, así que se hablaba mucho de las críticas de libros, y sobre todo de las del *New York Times*.

Así que Clyde me dijo:

—Quizás no debiera decirlo, pero a ese hijo tuyo habría que matarle por no venir aquí a buscar a su padre.

—Da igual —dije yo.

—Eso dices siempre —se quejó Clyde—. Pase lo que pase, tú dices «da igual».

—Es que da igual —dije.

—Esas fueron las últimas palabras de Caryl Chessman —dijo él—. Supongo que serán también las últimas tuyas.

Caryl Chessman fue un convicto de rapto y violación, pero no un asesino, que pasó doce años esperando la muerte por ejecución en California. Hizo todas las apelaciones posibles para *aplazar* la ejecución, y aprendió cuatro idiomas y escribió dos libros que tuvieron mucho éxito antes de que le metiesen en un tanque hermético con ventanas y le hicieran

respirar gas de cianuro.

Y sus últimas palabras fueron realmente, como decía Clyde, «da igual».

—Bueno, ahora escucha —dijo Clyde—. Cuando consigas entrar de encargado en un bar allá en Nueva York, sé que acabarás siendo el dueño del bar en dos años.

Era amabilidad suya y no sincero optimismo. Clyde intentaba ayudarme a ser valiente.

—Y cuando hayas conseguido el bar más popular de Nueva York —continuó—, espero que te acuerdes de Clyde y mandes a buscarme. Y no sólo puedo atender el bar: puedo encargarme también del aire acondicionado. Y para entonces podré arreglarte también las cerraduras.

Yo sabía que estaba pensando si apuntarse a un curso de cerrajería del Instituto de Instrucción de Illinois. Ya se había decidido, al parecer.

—¿Así que te decidiste? —dije.

—Me decidí, sí —dijo—. Hoy recibí la primera lección.

La prisión era un cuadrado hueco de barracones militares normales de dos plantas. Clyde y yo cruzábamos el inmenso campo de instrucción del centro, yo con la ropa de cama al brazo. Era allí donde los jóvenes soldados de infantería, la gloria del país, habían hecho instrucción en otros tiempos, demostrando sus ansias de vencer o morir.

También yo, pensé, había servido a la patria de uniforme, había hecho en todo momento, durante dos años, exactamente lo que la patria me pedía. Me pidió que sufriese y no que muriese.

Había rostros en algunas ventanas: débiles y viejos reclusos con el corazón mal, los pulmones mal, el hígado mal, lo que fuese. Pero sólo había otro individuo más en el campo de instrucción propiamente dicho. Arrastraba una bolsa grande de basura e iba recogiendo papeles con una púa fijada al extremo de un palo largo. Era un individuo pequeño y viejo como yo. Cuando vio que nos acercábamos, se situó entre nosotros y el edificio de oficinas, y me apuntó con la púa, indicando que tenía que decirme algo muy importante. Era el doctor Carlo Di Sanza, doctor en derecho por la Universidad de Nápoles. Se había nacionalizado norteamericano y cumplía su segunda condena por utilizar el correo para organizar un Plan Pomzi. Era un feroz patriota.

—¿Te vas a casa? —dijo.

—Sí —dije yo.

—No olvides una cosa —dijo—. Este país, te haga lo que te haga, sigue siendo el país más grande del mundo. ¿Verdad que no lo olvidarás?

—Claro, señor... no puedo olvidarlo —dije.

—Fuiste un imbécil por haber sido comunista —dijo él.

—Fue hace ya mucho tiempo —dije yo.

—En un país comunista, no hay oportunidades —dijo—. ¿Por qué querías vivir en un país sin oportunidades?

—Fue un error juvenil, señor —dije yo.

—En Norteamérica yo he sido millonario dos veces —dijo—. Y volveré a serlo.

—Estoy seguro —dije. Y lo estaba.

Simplemente iniciaría su tercer Plan Pomzi... consistente, como antes, en ofrecer a los imbéciles unos intereses enormes por el uso de su dinero. Como las veces anteriores, utilizaría la mayor parte del dinero en comprarse mansiones y Rolls Royces y lanchas rápidas y demás, pero devolviendo parte como los elevados intereses que había prometido. E irían acudiendo a él cada vez más, al enterarse por los satisfechos receptores de los réditos, y él utilizaría su dinero para pagar más réditos... y así sucesivamente.

Estoy convencido de que la mayor fuerza del doctor Di Sanza era su absoluta estupidez. Era un estafador tan eficaz porque no podía entender, ni siquiera después de una doble condena, por qué un Plan Pomzi tenía que acabar inevitablemente en catástrofe.

—Yo he hecho rica y feliz a mucha gente —dijo—. ¿Lo has hecho tú?

—No, señor... aún no —dije—. Pero nunca es demasiado tarde para intentarlo.

Me siento inclinado a creer ahora, con mi tosca idea de la economía, que todo gobierno próspero es por necesidad un Plan Pomzi. Acepta enormes préstamos que no puede devolver. De qué otro modo puedo explicarles yo a mis nietos políglotas cómo eran los Estados Unidos en los años treinta, cuando sus propietarios y políticos no podían hallar medio de que muchos de sus compatriotas ganasen aunque sólo fuese para cubrir las necesidades más básicas, como la alimentación y la ropa y el combustible. ¡Era un infierno conseguir zapatos!

Y luego, de pronto, se veía a gente que antes era pobre en clubs de oficiales, elegantemente vestida y pidiendo *filet mignon* y champán. Había antiguos pobres en los clubs de alistados, adecuadamente vestidos y pidiendo hamburguesas y cerveza. El hombre que dos años antes tapaba los rotos de las suelas de los zapatos con cartón, tenía de pronto un jeep o un camión o un avión, o un barco, y suministros ilimitados de combustible y municiones. Le daban gafas y le arreglaban la dentadura si hacía falta, y le inmunizaban contra todas las enfermedades imaginables; estuviese en la parte del planeta que fuera, hallaban un medio de proporcionarle pavo asado y salsa de arándanos el Día de Acción de Gracias y el día de Navidad.

¿Qué había pasado?

¿Qué podía ser aquello sino un Plan Pomzi?

Cuando el doctor Cario di Sanza se hizo a un lado y nos dejó pasar a Clyde y a mí, Clyde empezó a maldecirse por su falta de visión amplia.

—Encargado de bar, técnico en aire acondicionado, cerrajero... guardia de prisión —dijo—. Pero, ¿qué me pasa a mí?, ¿por qué pienso tan en pequeño?

Habló de su prolongado contacto con delincuentes de guante blanco, y me explicó la conclusión que había sacado:

—Los que triunfan en este país nunca piensan en cosas pequeñas.

—¿Los que triunfan? —dije, incrédulo—. ¡Estás hablando de delincuentes que están en la cárcel, por Dios!

—Sí, claro —dijo él—, pero casi todos tienen mucho dinero guardado fuera. Y aunque no lo tuvieran, saben cómo conseguir muchísimo más. Todos se las arreglan muy bien cuando salen de aquí.

—Recuérdame como una excepción —dije—. Mi mujer tuvo que mantenerme durante la mayor parte de nuestro matrimonio.

—Pero tuviste un millón de dólares —dijo—. Yo nunca he visto un millón de dólares, ni nunca lo veré, aunque viva un millón de años.

Se refería al cuerpo del delito de mi proceso por lo de Watergate, que era un baúl de camarote antiguo que contenía un millón de dólares en billetes de veinte usados y sin marcar. Era una contribución ilegal a la campaña presidencial de Nixon. Se hizo necesario ocultarlo cuando el FBI y los agentes de la oficina del fiscal especial empezaron a examinar el contenido de todas las cajas fuertes de la Casa Blanca. Mi oscura oficina del subsótano se eligió como el escondite más idóneo. Yo acepté. Y de pronto mi mujer se murió.

Y luego encontraron el baúl. La policía vino a verme. Yo conocía a quienes habían

llevado el baúl a mi oficina y sabía por orden de quién actuaban. Todos eran personas de alto rango, algunos de ellos trabajando como simples porteadores. No lo dije en el juicio ni a mis propios abogados, ni a nadie, no dije quiénes eran. Por eso hube de pasar una temporada en la cárcel.

Eso había aprendido precisamente tras mi desastre mutuo con Leland Clewes: que era repugnante mandar a la cárcel a otro pobre imbécil. No había nada como declarar bajo juramento para hacer que la vida pareciese ya siempre trivial y mezquina.

Además, acababa de morir mi mujer. Me daba igual lo que pasase. Era un zombi.

Ni siquiera ahora nombraré a los malhechores del baúl. Da igual.

Sin embargo, no puedo hurtar a la historia norteamericana lo que dijo uno de los malhechores después de colocar el baúl en mi oficina. Fue esto: «¿A quién cojones se le ocurrió la idea de traer esta mierda a la Casa Blanca?»

—La gente como tú —dijo Clyde Carter— siempre se ve rodeada de millones de dólares. Si yo hubiese ido a Harvard, quizás me hubiese pasado lo mismo.

Ya se oía la música. Nos acercábamos a la sala de suministros, y la música salía de un fonógrafo que había allí. *Non, je ne regrette rien*, cantaba Edith Piaf. Esto significa, claro: «No, yo no lamento nada.»

La canción terminó justo cuando Clyde y yo entrábamos en la sala de suministros, así que el doctor Robert Tender, encargado de la sala de suministros y condenado a cadena perpetua, pudo explicarnos apasionadamente lo muy de acuerdo que estaba con la canción.

—*Non!* —dijo, rechinando los dientes, echando chispas por los ojos—, *je ne regrette rien! Rien!*

Como ya he dicho, era veterinario y el único norteamericano convicto de traición durante la guerra de Corea. Podrían haberle fusilado por lo que hizo, pues por entonces era teniente del Ejército de los Estados Unidos y servía en el Japón inspeccionando la carne que pasaba para los soldados de Corea. En un gesto de misericordia, el tribunal militar que le juzgó le condenó a cadena perpetua sin posibilidad de libertad condicional.

Este traidor norteamericano se parecía muchísimo a un gran héroe norteamericano, Charles Augustus Lindbergh. Era alto y huesudo. Era de origen escandinavo. Era del campo. Hablaba bastante bien una especie de francés quejumbroso, de haber escuchado tanto a Edith Piaf. En realidad, no había estado prácticamente en ningún sitio fuera de la cárcel, salvo Ames, Iowa y Osaka, Japón. Era tan tímido con las mujeres, me explicó una vez, que cuando llegó a Osaka aún era virgen. Y luego se enamoró fatalmente de una cantante de un club nocturno que se hacía pasar por japonesa y cantaba imitaciones literales de los discos de Edith Piaf. Era además espía de Corea del Norte.

—Mi querido amigo, mi querido Walter Starbuck —dijo—. Dime, ¿cómo te ha ido el día de hoy hasta ahora?

En fin, le expliqué que había estado sentado en el catre con la misma canción rondándome insistente en la cabeza, la canción de Sally en el jardín revolviendo en la ceniza.

Se echó a reír. Luego, nos incluiría a mí y al incidente en uno de sus relatos de ciencia ficción que, lo digo con orgullo, aparecerá precisamente este mes en *Playboy*, una revista de la RAMJAC. Figura como autor Frank X. Barlow. El relato trata de un antiguo juez del planeta Vicuna, situado a dos galaxias y media de la Tierra, que ha tenido que dejar atrás el cuerpo y cuya alma va volando por el espacio, buscando un planeta habitable y un nuevo cuerpo que habitar. Descubre que apenas hay vida en el universo, pero al fin llega a la Tierra y hace su primer aterrizaje en el aparcamiento de reclutas de la Base de las Fuerzas

Aéreas de Finletter, a unos cincuenta y cinco kilómetros de Atlanta, Georgia. El alma del juez puede entrar en cualquier cuerpo que quiera por el oído y darse una vuelta por el interior. Quiere un cuerpo para poder tener un poco de relación social. Según el relato, un alma sin cuerpo no puede tener vida social porque nadie puede verla y no puede tocar a nadie ni emitir sonidos. El juez cree que puede abandonar los cuerpos después de haberlos ocupado, siempre que considere los cuerpos o su destino impropios. Poco se imagina él que la composición química de los terrestres y la de los vicunianos son de tal género que una vez que entre en un cuerpo, quedará adherido a su interior para siempre. El relato incluye un breve ensayo sobre las gomas conocidas en la Tierra y dice que la más potente de ellas es la que une a los percebes adultos a las peñas o a los barcos o a los pilotes, o a lo que sea.

«Cuando son muy jóvenes —escribe el doctor Fender a través de Frank X. Barlow—, los percebes pueden flotar en la corriente o arrastrarse e ir adonde quieran, a los cuatro puntos de los siete mares y sus salobres estuarios. La parte superior de su cuerpo está cubierta por una armadura cónica. Sus piernecillas penden de los conos como badajos de campanillas de mesa.

«Pero a todo percebe la llega el momento de la madurez y entonces el cono segrega una goma que le fija para siempre a lo primero en que se pose. No es casualidad, pues, que se diga en la Tierra a un percebe pubescente o a un alma sin hogar de Vicuna: “Siéntese, siéntese.”»

El juez vicuniano del relato nos explica cómo decía la gente de su planeta nativo «hola» y «adiós» y «por favor» y «gracias», también. Era así: «ting-a-ling». Dice que allá en Vicuna, la gente podía ponerse y quitarse los cuerpos con la misma facilidad con que pueden los terrestres cambiar de ropa. Cuando estaban fuera de sus cuerpos, eran conciencias y sensibilidades ingravidas, transparentes y silenciosas. En Vicuna no tenían instrumentos musicales, según el juez, porque los seres mismos eran música cuando flotaban fuera de sus cuerpos. Los clarinetes, las arpas, los pianos y demás no habrían tenido sentido, habrían sido artilugios para hacer torpes imitaciones de las almas etéreas.

Pero se quedaron sin tiempo en Vicuna, según el juez. La tragedia del planeta fue que sus científicos descubrieron sistemas para extraer tiempo del humus de la tierra y de los océanos y de la atmósfera... para calentar los hogares y alimentar las lanchas rápidas y fertilizar los cultivos; para comerlo; para hacerse ropa con él; etc. etc. Servían tiempo en todas las comidas, alimentaban con él a los animales domésticos, sólo para demostrar lo listos y ricos que eran. Dejaban que se pudriesen olvidados en sus desbordantes cubos de basura grandes fragmentos de tiempo.

«En Vicuna —dice el juez— vivíamos como si no existiera el mañana.»

Lo peor eran las hogueras patrióticas del tiempo, según él. En su niñez, sus padres le alzaban para que viese emocionado entre ronroneos y gorjeos cómo se prendía fuego a un millón de años de futuro para honrar a la reina en su cumpleaños. Pero cuando tenía cincuenta años, al planeta ya sólo le quedaba un futuro de unas cuantas semanas. Aparecían por todas partes grandes hendiduras en la realidad. La gente podía atravesar las paredes. Su propia lancha rápida se convirtió sólo en una rueda de timón. Aparecían agujeros en solares vacíos en que jugaban niños y los niños se caían en ellos.

Así que los vicunianos no tuvieron más remedio que salir de sus cuerpos y trasladarse al espacio sin más dilación. «Ting-a-ling», dijeron a Vicuna.

«Anomalías cronológicas y tormentas giratorias y remolinos magnéticos esparcieron y separaron por el espacio a las familias vicunianas —continúa el relato—, alejando a los unos de los otros cada vez más.» El juez consigue mantenerse durante un tiempo unido a la

que había sido su bella hija. Ya no era bella, claro, porque ya no tenía cuerpo. Y al final, se descorazona, porque todos los planetas o lunas que visitan carecen de vida. Su padre, que no tienen ningún medio de retenerla, ve impotente cómo se introduce por la hendidura de una roca y se convierte en el alma de la roca. ¡Y lo hace precisamente en la Luna de la Tierra, con el más atestado de todos los planetas, a sólo trescientos sesenta mil kilómetros de distancia!

Y el juez, antes de que llegue a aterrizar en la base de las Fuerzas Aéreas, se tropieza con una bandada de zopilotes. Vuela y planea con ellos, y está a punto de entrar por la oreja de uno. Como no sabe nada de la situación social de la Tierra, aquellos comedores de carroña podían ser para él miembros de la clase dirigente.

El juez decide, por último, que la vida de la gente de la base de las Fuerzas Aéreas es demasiado ajetreada, demasiado irreflexiva para él, así que vuelve a alzarse en el aire y localiza un grupo de edificios mucho más tranquilo, y piensa que quizás sea un centro de meditación para filósofos. No tiene ningún medio de identificar el lugar como una prisión de seguridad mínima para delincuentes de guante blanco, dado que en Vicuna no había tales instituciones.

Allá en Vicuna, dice el juez, a los delincuentes de guante blanco convictos, a los que traicionan la confianza depositada en ellos les taponaban las orejas para que sus almas no pudieran salir. Luego ponían sus cuerpos en estanques artificiales llenos de excrementos... que les cubrían hasta el cuello. Y luego había unos policías especiales que se lanzaban a por ellos con lanchas rápidas de gran potencia.

El juez dice que él sentenció a esta pena concreta a cientos de personas y que los reos argüían invariablemente que ellos no habían quebrantado la ley, que no habían hecho más que violar su espíritu, quizás, y un poquito sólo. Antes de condenarles, el juez se ponía una especie de orinal en la cabeza, para que sus palabras fuesen más retumbantes y sobrecogedoras y pronunciaba esta fórmula: «No sólo violasteis el espíritu de la ley, muchachos, violasteis también su cuerpo y su alma.»

Y, según el juez, podía oírse a los policías calentando los motores de sus lanchas rápidas en el estanque que había a la salida del juzgado «vroooooong-aj, vrooom-a, va-va-va-rooooooooooooooooooooooooooom!»

6

El juez del relato del doctor Bob Fender intenta determinar cuál de los filósofos del centro de meditación es el más sabio y el más feliz. Decide que es un viejecito que está sentado en un catre de un dormitorio de la segunda planta. El viejecito está tan entusiasmado con sus pensamientos, por lo que se ve, que da tres palmadas cada poco.

Así que el juez entra por el oído de este viejecito e inmediatamente se pega a él para siempre, se pega a él, según el relato, «... tan firmemente como la fórmica a la plancha de un mostrador». Y qué oye en la cabeza de aquel viejecillo sino esto:

*Sally estaba en el jardín
las cenizas rebuscando
cuando un pedo se tiró
la pierna cual hombre alzando...*

Etcétera.

Una historia muy interesante. Hay un rescate de la hija que se ha convertido en el alma de una roca lunar, y muchas otras cosas. Pero la verdadera historia de cómo llegó su autor a cometer el delito de traición en Osaka es un digno rival, en mi opinión, en cuanto a relato o historia. Bob Fender se enamoró de la espía norcoreana, la imitadora de Edith Piaf, desde una distancia de siete metros, en un club nocturno frecuentado por oficiales norteamericanos. No se atrevió nunca a acercarse más ni a mandarles flores o una nota, pero, noche tras noche, estaba allí, en la misma mesa, contemplándola. Siempre estaba solo y por lo general era el hombre más alto, con mucho, del club, así que la cantante, cuyo nombre artístico era simplemente «Izumi», preguntó a otros norteamericanos quién y qué era Fender.

Era inspector de carne y virgen, pero sus compañeros, los demás oficiales, quisieron divertirse un poco y le explicaron a Izumi que estaba siempre solitario y lúgubre porque tenía un trabajo muy secreto y muy importante. Le dijeron que estaba al mando de una unidad especial que guardaba bombas atómicas. Aunque, le dijeron, que, si ella le preguntaba, él diría que era inspector de carne.

Así que Izumi se puso a trabajar. Se sentó en su mesa sin que él se lo pidiera. Le metió la mano por la camisa y le acarició las tetillas y demás. Le contó que le gustaban los hombres altos y callados, y que todos los demás norteamericanos hablaban demasiado. Le suplicó que la llevase a casa con él cuando el club cerrase a las dos en punto de aquella madrugada. Quería saber dónde estaban las bombas atómicas, claro. En realidad, en Japón no había bombas atómicas. Estaban en cargueros aéreos y en Okinawa, etc. Durante el resto de la velada, ella se dedicó a cantarlo todo directamente para él y para nadie más. Él estuvo a punto de desmayarse de alegría y de vergüenza.

Tenía un jeep fuera.

Cuando Izumi entró en el jeep a las dos de la madrugada, dijo que no sólo quería ver

dónde vivía su americanote, sino también dónde trabajaba. Él le dijo que eso era muy fácil, pues vivía y trabajaba en el mismo sitio. Y la llevó a un muelle de intendencia del Ejército norteamericano de Osaka, en el centro del cual había un gran barracón. En uno de los extremos del barracón había unas cuantas oficinas. En el otro extremo había un apartamento de dos habitaciones, para el veterinario residente. En medio, había grandes congeladores de carne refrigerada, llenos de reses sacrificadas que Fender había inspeccionado o tenía que inspeccionar. Había una valla por la parte que daba a tierra y un guardia a la entrada; pero, según se descubrió en el juicio, la disciplina dejaba bastante que desear. El guardián creía que lo único que tenía que vigilar era que no saliese alguien de allí con un pedazo de carne.

Así que el guardián, a quien el tribunal militar absolvería, se limitó a hacer señas al señor Fender para que pasara en su jeep. No se dio cuenta de que en el suelo de éste iba tendida una mujer que no tenía permiso para entrar.

Izumi quiso ver lo que había dentro de los congeladores de carne, y Bob se lo enseñó de muy buena gana. Cuando llegaron al apartamento que quedaba en el extremo exterior del muelle, ella se dio cuenta de que en realidad Bob era sólo un inspector de carne.

—Pero ella fue tan amable —me explicó una vez Fender— y yo lo fui también, aunque no esté bien decirlo, que se quedó a pasar la noche de todas formas. Yo estaba muy asustado, claro, porque nunca había hecho el amor. Pero luego me dije: «Un momento, calma. Tú siempre has sido muy bueno con todos los animales. Prácticamente, desde que naciste. Procura tenerlo en cuenta: lo que tienes aquí es otro lindo animalito.»

Según se descubrió en el juicio de Fender, él y otros miembros del cuerpo veterinario parecían soldados, pero no habían sido adiestrados para pensar como soldados. Parecía innecesario, dado que todo lo que tenían que hacer era inspeccionar carne. El último veterinario que participó en un combate directo fue, al parecer, uno que murió en la batalla de Little Bighorn, en la Última Carga de Custer. Además, en el Ejército tendían a mimar a los veterinarios porque era muy difícil reclutarles. Podían ganar fortunas ejerciendo, sobre todo en las ciudades, cuidando animales domésticos. Por eso le daban a Fender aquel apartamento particular tan agradable al extremo del muelle. Él inspeccionaba carne. Mientras lo hiciese, a nadie se le ocurriría inspeccionarle *a él*.

—Si hubiesen registrado mi apartamento —me contó— no habrían encontrado ni una mota de polvo.

Habrían encontrado, eso sí, según él, «una de las mejores colecciones particulares de tejidos y cerámica japoneses de Osaka».

Estaba entusiasmado con la sutileza y la delicadeza de los objetos japoneses. Su furor coleccionista sin duda era una forma de disculparse, entre otras cosas, por sus inmensas, y para él inútiles manos, y sus pies y todo lo demás.

«Izumi no hacía más que mirarme a mí y mirar aquellas cosas tan bellas que tenía yo en las estanterías y en las paredes... en los aparadores y en los cajones —me contó una vez—. Si hubieras visto cómo cambiaba su expresión mientras lo miraba, estarías de acuerdos conmigo cuando digo, aunque sea muy presuntuoso por mi parte, que se enamoró de mí.»

A la mañana siguiente, Fender preparó el desayuno sólo con utensilios japoneses, aunque era un desayuno americano: tocino de hebra y huevos. Ella se quedó acurrucada en la cama mientras él cocinaba. Y a Fender le recordó a una cervatilla que había criado de pequeño. No era una idea nueva. Había estado toda la noche cuidando a aquella cervatilla. Puso la radio, que estaba conectada con la red de las Fuerzas Aéreas. Esperaba poder oír música. Pero oyó noticias.

La más importante era que aquella misma noche había sido desarticulada una red de espías en Osaka. Habían encontrado su radiotransmisor. Sólo quedaba por detener uno de los miembros de la red, que era una mujer que se hacía llamar «Izumi».

Fender, según su propio relato, había «... penetrado en un universo alternativo por entonces». Se sentía mucho más en casa en aquel nuevo universo que en el viejo, simplemente porque ahora estaba emparejado con una mujer y, por tanto, no estaba dispuesto a volver jamás al viejo. Lo que Izumi le explicó de su lealtad a la causa comunista no le pareció que fueran ideas enemigas. «Era sólo sentido común por parte de una buena persona de un universo alternativo», decía.

Así que la tuvo escondida y le dio de comer durante once días, procurando, por todos los medios, no olvidar sus propios deberes. Al onceavo día, fue tan despistado e inocente como para preguntarle a un marinero de un barco de Nueva Zelanda, que estaba descargando caña, si estaba dispuesto a sacar del país a una chica por mil dólares. El marinero informó de ello a su capitán y el capitán lo comunicó a las autoridades norteamericanas. Fender e Izumi fueron detenidos inmediatamente; les separaron y jamás volvieron a verse.

Fender nunca pudo saber qué fue de ella. Desapareció. El rumor más digno de crédito era el de que la habían entregado ilegalmente a agentes surcoreanos, que la habían trasladado a Seúl... donde la habrían ejecutado sin juicio.

Fender no lamentaba nada de lo que había hecho.

En aquel momento, tenía en la mano los pantalones de mi traje de civil, un traje gris de raya muy fina. Me los mostraba. Me preguntó si recordaba aquella quemadura grande de cigarrillo que tenía en la entrepierna.

—Sí —dije.

—A ver si la encuentras.

No pude. Ni pude encontrar ningún otro agujero en el traje. Lo había enviado, a sus expensas, a un sitio de Atlanta en que hacían zurcidos invisibles.

—Esto, querido Walter —dijo—, es mi regalo de despedida.

Yo sabía que casi todo el mundo recibía un regalo de despedida de Fender. Pocas otras cosas podía hacer con todo el dinero que ganaba con sus relatos de ciencia ficción. Pero el zurcido de mi traje era, con mucho, el regalo más personal y más considerado de que yo había oído hablar. Me quedé anonadado. Podía haber llorado. Así se lo dije.

Antes de que pudiera contestarme, se oyeron gritos y rumor de carreras en las oficinas de la parte delantera del edificio... oficinas cuyas ventanas daban a la autopista de cuatro canales de fuera. Se creía que había llegado a la entrada Virgil Greathouse, el antiguo ministro de Sanidad, Educación y Bienestar. Era una falsa alarma.

Clyde Carter y el doctor Fender salieron corriendo a la zona de recepción para poder ver también. En la prisión no había ninguna puerta cerrada con llave. Fender podría haber seguido corriendo fuera, si hubiera querido. Clyde no tenía armas, ni tampoco los demás guardianes. Si Fender hubiera hecho una tentativa de fuga, quizás alguien hubiera intentado detenerle, pero lo dudo. Habría sido la primera tentativa de fuga de aquella cárcel en sus veintiséis años de historia, y nadie habría sabido muy bien qué hacer.

Yo no sentía curiosidad por la llegada de Virgil Greathouse. Su llegada, como la de cualquier otro preso nuevo, sería una especie de ejecución pública. No quería verle, ni ver a nadie degradarse, convertirse en menos que un hombre. Así que me quedé solo en la sala de suministros. Agradecí aquella intimidación accidental que se me proporcionaba. La aproveché. Hice lo que quizás fuese el acto físico más obscenamente íntimo de toda mi

vida. Di a luz a un viejecillo decrepito y patético al hacer esto: ponerme mis ropas de civil.

Eran éstas unos calzoncillos blancos de velarte y unos calcetines negros hasta media pantorrilla de una tienda de ropa de caballeros de Chevy Chase. Después, una camisa blanca de unos almacenes de Washington. Luego mi traje de raya fina de Nueva York, y una corbata con los colores del regimiento y zapatos negros del mismo sitio. Los cordones de ambos zapatos estaban rotos y arreglados con nudos. Era evidente que Fender no se había fijado en esto, porque sino aquellos zapatos habrían tenido cordones nuevos.

La prenda más antigua era la corbata. La había usado, realmente, durante la Segunda Guerra Mundial. Imaginaos. Un inglés con quien yo estaba trabajando en los planes de asistencia médica para los desembarcos del Día D me explicó que la corbata me identificaba como oficial de los Fusileros Reales Galeses.

—Fuisteis exterminados en la segunda batalla del Somme en la Primera Guerra Mundial —dijo—. Y ahora, en esta otra, han vuelto a exterminaros en El Alamein. No puede decirse que sea precisamente el regimiento más afortunado del mundo.

Las rayas son azules. Una franja ancha de azul claro bordeada de una faja estrecha de verde bosque por arriba y otra anaranjada por debajo. Llevo puesta precisamente esa corbata hoy, mientras estoy aquí sentado en mi oficina de la Down Home Record División de la RAMJAC Corporation.

Cuando Clyde Carter y el doctor Fender volvieron a la sala de suministros, yo era otra vez un civil. Me sentía tan mareado y tímido y me temblaban tanto las piernas como a cualquier otra criatura recién nacida. Aún no sabía cuál era mi aspecto. En la sala de suministros había un espejo de cuerpo entero, pero estaba vuelto hacia la pared. Fender siempre lo ponía de cara a la pared cuando esperaba a un nuevo recluso. Éste era otro ejemplo de la delicadeza de Fender. El recién llegado, si no quería, no tenía por qué ver de inmediato cómo le había transformado el uniforme.

Pero las caras de Clyde y Fender fueron espejos suficientemente claros como para indicarme que yo no parecía precisamente un alegre *boulevardier* del tipo, por ejemplo, del difunto Maurice Chevalier. Ocultaron la piedad que sentían con bromas. Pero no con la suficiente rapidez.

Fender fingió ser mi criado en una Embajada o algo así.

—Buenos días, señor embajador. Otro día claro y fresco —dijo—. La reina le espera a comer a la una.

Clyde dijo que no había duda de que era fácil identificar a un hombre de Harvard, que todos ellos tenían esa cosa especial. Pero como ninguno de los dos hacía ademán de volver el espejo, lo hice yo mismo.

Y he aquí lo que vi reflejado: un viejo conserje flacucho de origen eslavo. Que no estaba acostumbrado a llevar traje y corbata. El cuello de la camisa le quedaba demasiado grande. Y también el traje, que le quedaba como una carpa de circo. Parecía triste... quizás se dirigía al funeral de un pariente. No había la menor armonía entre él y su traje. Podía haber encontrado aquella ropa en el cubo de la basura de un rico.

Paz.

Estaba sentado ya en un banco de parque sin protección junto a la autopista, frente a la prisión. Esperaba el autobús. Tenía a mi lado una maleta de color castaño, de lona y cuero, diseñada para oficiales del Ejército. Me había acompañado constantemente en Europa durante mis días de gloria. Sobre ella había una vieja trinchera, también de mis días de gloria. Estaba completamente solo. El autobús se retrasaba. De vez en cuando, tanteaba los bolsillos del traje, cerciorándome de que tenía los documentos de mi liberación, el certificado del gobierno que me daba derecho a un viaje de ida en clase turística de Atlanta a Nueva York, mi dinero y mi título de doctor en coctelería. El sol caía a plomo sobre mí.

Tenía trescientos doce dólares y once centavos. Doscientos cincuenta en un cheque del gobierno, por lo que resultaba difícil que pudieran robármelo. Era todo dinero mío. Después de las meticulosas sumas y restas que había hecho con mis ingresos desde la detención, aquello era, hasta el último céntimo, indiscutiblemente mío: trescientos doce dólares y once centavos.

Allí estaba yo, pues, listo para incorporarme de nuevo al Sistema de Libre Empresa. Allí estaba yo libre de nuevo de la protección y el cobijo del gobierno federal.

La última vez que me había pasado esto había sido en Milnovecientos Cincuentaitrés, a los dos años de que Leland Clewes fuese a la cárcel por perjurio. Se habían encontrado por entonces docenas de testigos más que declararon contra él.. y perjudicándole aún más. Yo sólo le había acusado de pertenecer al partido comunista antes de la guerra, lo cual me había parecido más o menos tan tremendo en un miembro de la generación de la Depresión, como haber participado en una cola del pan. Pero hubo otros dispuestos a jurar que Clewes había sido comunista durante toda la guerra, y que había facilitado información secreta a agentes de la Unión Soviética. Yo estaba asombrado.

Aquello era nuevo para mí, desde luego, y quizás no fuese siquiera verdad. Lo más que yo habría deseado de Clewes habría sido que admitiese que yo había dicho la verdad sobre algo que, en realidad, no importaba gran cosa. Yo no deseaba destruirle ni mandarle a la cárcel. Eso bien lo sabe Dios. Y respecto a mí mismo pensaba que lo lamentaría el resto de mi vida, que jamás volvería a sentirme a gusto conmigo mismo, por aquello que había hecho involuntariamente. Pero creía, por lo demás, que la vida podría seguir igual que antes.

Cierto: me habían trasladado al Ministerio de Defensa, dándome un trabajo menos delicado, el de tabular las preferencias de los soldados de las diversas razas y religiones principales del país, y de diversos orígenes económicos y educativos, respecto a los diversos tipos de raciones de campo, algunas nuevas y experimentales. Este tipo de trabajo, que actualmente hacen las computadoras a la velocidad de la luz, sin cerebro ni vista ni cuidado, aún se hacía en aquellos tiempos a mano. Yo y mi equipo parecemos ahora tan arcaicos como los monjes cristianos que iluminaban manuscritos con pinceles y láminas de oro y plumas de ave.

Cierto: la gente que trataba conmigo en el trabajo, tanto inferiores como superiores,

pasaron a adoptar una actitud más formalista, más correcta y fría en su trato conmigo. Ya no tenían tiempo, al parecer, para chistes, para contar cosas de la guerra. Todas las conversaciones eran escuetas, prácticas. Luego, era hora de volver al trabajo. Atribuí esto, por entonces, e incluso le comenté a mi pobre mujer que me parecía admirable, el espíritu de aquellas nuevas fuerzas armadas sobrias, sensibles, sumamente móviles y totalmente profesionales que estábamos creando. Serían un relámpago con el que podríamos hacer evaporarse cualquier nuevo Hitler que surgiese en cualquier parte del mundo. En cuanto hubiese un pueblo que perdiese su libertad, allí estarían los Estados Unidos de Norteamérica para devolvérsela.

Y cierto: mi vida social y la de Ruth pasaron a ser algo menos activas de lo que yo le había prometido a ella en Nuremberg. Yo había proyectado para ella un teléfono en nuestra casa que no dejaría de sonar nunca, con viejos camaradas míos al otro lado del hilo. Camaradas que querrían comer y beber y hablar toda la noche. Estarían en lo mejor de su carrera al servicio del gobierno entre los treinta y cinco y los cuarenta y cinco, como yo... tan hábiles y veteranos y diplomáticos y listos, y en el fondo duros como clavos, que serían, en realidad, el corazón y la cabeza de sus organizaciones, fuese cual fuese el puesto que ocupasen teóricamente en el escalafón.

Le había prometido a Ruth que llegarían de importantes puestos en Moscú, en Tokio, en su ciudad natal, en Viena, en Yakarta y en Tombocú y en Dios sabe dónde. ¡Qué historias podrían contarnos del mundo, de lo que estaba pasando *realmente*! Nos reiríamos, y tomaríamos una copa más y etcétera, etcétera. Y, por supuesto, la gente del país nos importunaría por nuestras amistades interesantes y cosmopolitas y también por la información de que dispondríamos.

Ruth decía que a ella no le importaba nada que no sonase nuestro teléfono: que, si no fuera por el hecho de que mi trabajo exigía que fuese localizable a todas las horas del día y de la noche, ella preferiría no tener teléfono en casa. En cuanto a las conversaciones con gente supuestamente bien informada hasta altas horas de la noche, decía que no le gustaba acostarse más tarde de las diez, y que en el campo de concentración había oído suficiente información supuestamente confidencial como para que le durase el resto de sus días, y más aún. «Walter, yo no soy una de esas personas —decía— que considera necesario saber siempre, teóricamente, lo que en realidad está pasando.»

Puede que Ruth quisiera protegerse ante la amenaza de tormenta inminente, o, más en concreto, la amenaza del pesado silencio que empezaba a envolvernos, volviendo durante el día, cuando yo estaba en el trabajo, a aquel entusiasmo a lo Ofelia que había sentido después de su liberación, cuando se imaginaba como un pájaro completamente a solas con Dios. No se olvidaba del niño, que tenía cinco años cuando Leland Clewes fue a la cárcel. Siempre estaba limpio y bien alimentado. Ruth no se dedicaba a beber en secreto. Pero, sin embargo, sí empezó a comer mucho.

Y esto me lleva al tema de las medidas del cuerpo otra vez, algo que no me gusta mucho analizar... porque no quiero darle más importancia de la que merece. Las medidas del cuerpo pueden resultar notables por sus variaciones respecto a las normas aceptadas, pero aun así, no explican casi nada de la vida que se lleva dentro de esos cuerpos. Yo, como ya he confesado, soy lo bastante pequeño para haber sido timonel. Eso no quiere decir nada. Y, cuando Leland Clewes compareció ante un tribunal por perjurio, mi mujer, aunque solo medía uno cincuenta de estatura, pesaba unos sesenta y cuatro kilos.

Amén.

Salvo por esto: nuestro hijo llegó muy pronto a la conclusión de que su famoso

padrecito y su gorda madre extranjera eran para él tales cargas sociales que pasó a explicar a algunos compañeros de juego del barrio que era un niño adoptado. Una vecina invitó a mi mujer a tomar café durante el día exactamente una vez y con este propósito: descubrir si sabíamos quiénes eran los verdaderos padres del niño.

Paz.

Así que pasó un intervalo respetable después de que enviasen a Leland Clewes a presidio. Dos años, como digo... y luego me llamaron a la oficina del subsecretario del ejército, Shelton Walker. No nos habíamos visto nunca. Él nunca había estado al servicio del gobierno. Era de mi edad. Había estado en la guerra y le habían ascendido a comandante de artillería de campo y había hecho los desembarcos del norte de África y luego, el Día D, el de Francia. Pero era básicamente un hombre de negocios de Oklahoma. Alguien me diría más tarde que era propietario de la distribuidora de neumáticos más importante de aquel estado. Y aún más sorprendente para mí: Era republicano, pues había pasado a ocupar la Presidencia del país el general de los ejércitos, Dwight David Eisenhower: el primer republicano que ocupaba tal cargo en veinte años.

El señor Walker deseaba expresar, según dijo, la gratitud que debía sentir todo el país hacia mí por mis años de fieles servicios tanto en la guerra como en la paz. Dijo que yo tenía dotes de ejecutivo que sin duda habrían sido recompensadas mucho más generosamente si las hubiese aplicado a la industria privada. Se había iniciado una campaña de reducción de gastos, me dijo, y el puesto que yo ocupaba iba a eliminarse. Se eliminaban muchos puestos, así que no podía trasladarme a otro lugar, por mucho que quisiese. En suma, quedaba despedido. Ni siquiera ahora soy capaz de saber si estaba siendo cruel o no cuando me dijo, levantándose y tendiéndome la mano:

—Ahora puede usted vender sus considerables dotes, señor Starbuck, por su auténtico valor, en el mercado libre del sistema de libre empresa. ¡Buena caza! ¡Buena suerte!

¿Qué sabía yo de la libre empresa? Sé mucho ahora sobre ella, pero entonces no sabía nada. Sabía tan poco de ella entonces que durante varios meses llegué a pensar que la industria privada pagaría realmente muchísimo por un ejecutivo para todo servicio como yo. Durante aquellos primeros meses de desempleo expliqué a mi pobre mujer que sí, que sin duda era una opción que teníamos, si todo lo demás fracasaba: que yo podría alzar los brazos en cualquier momento como un hombre crucificado, como si dijésemos, y dejarme caer de espaldas en la General Motors o en la General Electrics o en otra cosa así. Una prueba de la bondad de esta mujer hacia mí: jamás me preguntó por qué no lo hacía inmediatamente si era tan fácil... nunca me pidió que le explicase exactamente, por qué, consideraba yo que había algo tonto y no del todo digno en la industria privada.

—Quizás tengamos que ser ricos, aunque no queramos —recuerdo que le dije una vez por entonces. Mi hijo tenía seis años y estaba escuchando... y era lo bastante mayor, seguro, para reflexionar sobre esta paradoja. ¿Tendría algún sentido para él?

Entre tanto, yo visitaba y telefoneaba a conocidos de otros departamentos, bromeando sobre mi situación de «libertad temporal», como dicen los actores en paro. Podría haber sido un hombre con una herida cómica, como un ojo morado o un dedo gordo del pie roto. Además: todas mis amistades eran demócratas como yo, lo cual me permitía presentarme como una víctima de la estupidez y el espíritu vengativo de los republicanos.

Pero, desgraciadamente, hasta entonces la vida había sido para mí una especie de danza virginiana, en que los amigos me iban pasando de trabajo en trabajo, y ahora nadie daba con un puesto vacante en ningún sitio. Las vacantes se habían vuelto de pronto cosas tan extintas como los pájaros dodó.

Terrible.

Pero los viejos camaradas se comportaban con tanta naturalidad y educación conmigo que ni siquiera ahora podría decir que me estuviesen castigando por lo que le había hecho a Leland Clewes... si no hubiese pedido ayuda al fin a un viejo arrogante que no trabajaba en el gobierno, quien, ante mi asombro, se mostró muy deseoso de manifestar el desprecio que sentía por mí y de explicarlo con detalle. Me refiero a Timothy Beame. Había sido viceministro de Agricultura con Roosevelt antes de la guerra. Me había ofrecido mi primer trabajo en el gobierno. Era también un hombre de Harvard y había tenido una beca Rhodes. Tenía por entonces setenta y cuatro años y era presidente en activo de Beame, Mearns, Weld & Weld, el despacho jurídico más prestigioso de Washington.

Le pregunté por teléfono si quería comer conmigo. Rechazó la invitación. Casi todos se negaban a comer conmigo. Dijo que podía verme media hora al final de la tarde, pero que no veía de qué podríamos tener que hablar.

—Le seré franco, señor —dije—. Busco trabajo... quizás una fundación o un museo, algo así.

—Oooooooooohhh... así que busca trabajo, ¿eh? —dijo—. Sí... de eso podríamos hablar. Bueno, pues venga. ¿Cuántos años hace que no teníamos una buena charla usted y yo?

—Trece años, señor —dije.

—Ha llovido mucho en trece años.

—Sí, señor —dije yo.

—Ta-ta —dijo él.

Fui lo bastante imbécil para asistir a la cita.

Me recibió con una actitud esmeradamente cordial y falsa desde el principio. Me presentó a su joven secretario, le explicó que yo había sido un joven muy prometedor, dándome al mismo tiempo palmadas en la espalda. Aquel hombre quizás no hubiese dado palmadas en la espalda a nadie en toda su vida.

Cuando entramos en su empanelada oficina, Timothy Beame me indicó una silla de club de cuero, diciendo: «Siéntese, siéntese.» He aludido recientemente a esa misma expresión supuestamente humorística, como habrán advertido, en el relato de ciencia ficción del doctor Bob Fender, sobre el juez de Vicuna que quedó unido para siempre a mí y a mi destino. También: dudo que Timothy Beame hubiese dirigido jamás tan necia expresión a nadie nunca. Era un viejo torpe y tosco, por otra parte... majestuoso por accidente como yo era por accidente pequeño. Sus grandes manos sugerían la idea de que hubiese esgrimido un espadón de doble hoja mucho tiempo atrás, y que ahora se moviese en defensa de la verdad y de la justicia. Sus cejas blancas eran una espesura ininterrumpida de un lado a otro, y cuando se sentó al escritorio, agachó la cabeza para mirarme y hablarme a través de aquel seto.

—Es innecesario que le pregunte qué ha estado haciendo usted últimamente —dijo.

—Lo es, señor... creo que lo es —dije.

—Usted y el joven Clewes han logrado hacerse tan famosos como Mutt y Jeff —dijo.

—Muy a nuestro pesar —dije yo.

—Eso espero. Espero, desde luego, que haya habido bastante pesar —dijo.

Y a este hombre sólo le quedaban unos dos meses de vida. No había tenido ni un indicio, que yo sepa. Se decía, después de su muerte, que le habrían nombrado para el Tribunal Supremo si hubiera logrado vivir hasta cuando llegase otro demócrata a la Presidencia.

—Si lo siente de veras —continuó—, espero que sepa de qué se aflige en concreto.

—¿Cómo...? —dije.

—¿Creían que sólo les afectaba a Clewes y a usted? —dijo.

—Sí, señor —dije yo—. Y a nuestras esposas, claro. Yo lo decía en serio. Soltó un sonoro gruñido.

—Eso no debería habérmelo dicho usted —dijo.

—¿Cómo...? —dije yo.

—Es usted un mequetrefe, un aborto de Harvard, un pobre mierda de tercera clase —dijo, y se levantó—. ¡Usted y Clewes han destruido la buena reputación de la generación de funcionarios públicos más idealista e inteligente que ha tenido este país! Dios mío... ¿a quién puede interesarle ahora lo que les pase a usted o a Clewes? ¡Lástima que esté en la cárcel! ¡Lástima que no podamos encontrarle a usted otro trabajo!

También yo me levanté.

—No quebranté la ley, señor —le dije.

—La cosa más importante que se enseña en Harvard —dijo— es que un hombre puede obedecer todas las leyes y aun así ser el peor delincuente de su época.

No dijo dónde ni cuándo se enseñaba esto en Harvard. Para mí era nuevo.

—Señor Starbuck —dijo—, por si no lo ha advertido: hemos pasado recientemente por un conflicto mundial entre el bien y el mal, durante el cual nos acostumbramos a ver playas y campos plagados de cadáveres de nuestros muertos, de nuestros intachables y valerosos muertos. ¿Cree usted que voy a tener ahora piedad por un burócrata sin empleo, al que por mí deberían colgar y arrastrar y descuartizar, por todo el daño que ha hecho a este país?

—Yo sólo dije la verdad —estaba congestionado. Estaba mareado de terror y vergüenza.

—Dijo usted una verdad parcial —dijo él—. ¡A la que se ha dado validez general! «Los funcionarios públicos cultos y compasivos son casi seguro espías rusos.» Eso es lo único que dicen los viejos estafadores y embaucadores semianalfabetos que quieren recuperar el gobierno, que creen que les pertenece por derecho. Sin las estupideces simbióticas de usted y de Leland Clewes, jamás habrían establecido esa conexión entre traición, piedad y talento. ¡Ahora quítese de mi vista!

—Señor —dije. Habría huido si hubiera podido, pero estaba paralizado.

—¡Es usted otro imbécil más que, por estar en el lugar inadecuado en el momento inadecuado —dijo—, logró que retrocediese un siglo el humanitarismo! ¡Lárguese!

Muy fuerte, sí.

Así que allí estaba yo sentado en el banco a la salida de la prisión, esperando el autobús, con el sol de Georgia cayéndome a plomo. Una gran limusina Cadillac, con cortinas azul claro dibujándose tras las ventanillas de atrás, pasó ronroneando lentamente al otro lado del seto central de la autopista, por los canales que la llevarían al cuartel general de la base de las Fuerzas Aéreas. Sólo pude ver al chófer, un negro, que miraba con curiosidad hacia la prisión. El lugar no era claramente una prisión. Había un modestísimo cartel al pie del asta de la bandera que sólo decía esto: «R.S.M.A.F., Sólo Personal Autorizado.»

La limusina continuó, hasta llegar a un cruce, unos cuatrocientos metros más allá. Luego, dio la vuelta y paró su relumbrante parachoques delantero a unos centímetros de mi nariz. Allí, reflejado en aquel parachoques perfecto, volvía a ver a mi conserje esclavo viejecito. Resultó ser la misma limusina que había producido la falsa alarma de que llegaba Virgil Greathouse hacía un rato. Llevaba tiempo buscando la prisión.

El chófer salió, y me preguntó si era realmente aquello la prisión.

Se me pedía, pues, que emitiese mi primer sonido de hombre libre.

—Sí —dije.

El chófer, que era un individuo de mediana edad, grande y serenamente paternal, que vestía uniforme de color tostado y polainas negras de cuero, abrió la puerta trasera, y habló dirigiéndose hacia el interior que estaba en penumbra.

—Caballero —dijo, utilizando exactamente la mezcla adecuada de pesar y respeto—, hemos llegado a nuestro destino.

Unas letras bordadas en hilo rojo de seda sobre el bolsillo del pecho identificaban a su patrono: «RAMJAC», decían.

Como yo descubriría más tarde: Los viejos camaradas de Greathouse les habían proporcionado a él y a sus abogados un medio de transporte rápido y secreto de su casa al presidio, para que no hubiese apenas testigos de su humillación. Una limusina de la Pepsi-cola le había recogido antes del amanecer en la entrada de servicio del edificio Waldorf de Manhattan, que era donde vivía. Le había llevado luego al aeropuerto de la Marina, junto a La Guardia, y directamente hasta la pista aérea. Un reactor de la Resorts International estaba esperándole allí. Le llevó hasta Atlanta, donde estaba esperándole, también en la misma pista, una limusina encortinada que había suministrado la Oficina de Distrito del Sureste de la RAMJAC Corporation.

Y de allí salió Virgil Greathouse... vestido casi exactamente como yo, con un traje de raya fina gris y una camisa blanca y una corbata con los colores del regimiento. Nuestros regimientos eran distintos. Él era un Coldstream Guard. Iba, como siempre, chupando su pipa: me miró brevísimamente.

Y luego salieron dos elegantes abogados... uno joven, el otro viejo.

Mientras el chófer iba al maletero de la limusina a por el equipaje del reo, éste y sus dos abogados miraron la prisión como si fuese una propiedad inmobiliaria que pensasen comprar, si el precio era bueno. Hubo un chispeo en los ojos de Greathouse; imitaba en su

pipa el gorjeo de pájaros. Debía estar pensando en lo duro que era. Sus abogados me contaron luego que había estado dando clases de boxeo y de *jiu-jitsu* y de *karate*, desde que se había convencido de que iba de verdad a ir a la cárcel.

«Bueno —pensé para mí al oírlo—, no habrá nadie en esta prisión concreta que quiera pelear con él, pero, de todos modos, le quebrarán la espalda. A todo el mundo le quiebran la espalda la primera vez que va a la cárcel. Se cura con el tiempo, pero nunca queda uno igual que antes. Por muy duro que pueda ser Virgil Greathouse, nunca volverá a caminar igual o a sentirse igual.»

Virgil Greathouse no me había reconocido. Sentado allí en aquel banco, yo podría haber sido un cadáver en el barro de un campo de batalla, y él un general que hubiera pasado durante un breve período de calma a ver cómo iban las cosas.

No me sorprendió. Pensé, sin embargo, que podría reconocer la voz que salió de la prisión, que pudimos oír todos ya claramente. Era la voz de su colaborador más íntimo en lo de Watergate, Emil Larkin, que cantaba a pleno pulmón el espiritual negro: «A veces me siento como un hijo sin madre.»

Greathouse no tuvo tiempo de mostrar su reacción a la voz, pues saltó un caza de una pista próxima, haciendo pedazos el cielo. Era un ruido que retorció las tripas a todo el que no lo hubiera oído y oído y oído una y otra vez. No había ningún aviso previo. Era siempre una explosión apocalíptica sobre la cabeza.

Greathouse, los abogados y el chófer se echaron al suelo. Luego, se levantaron, maldiciendo y riendo y limpiándose el polvo.

Greathouse, suponiendo correctamente que estaban mirándole y midiéndole y catalogándole personas a quienes no podía ver, hizo unas cuantas fintas de boxeo y alzó la vista al cielo como para decir, cómicamente, «podéis mandar otro. Esta vez estoy preparado». El grupo no avanzó hacia la prisión, sin embargo. Esperó junto a la limusina, aguardando una especie de fiesta de bienvenida. Greathouse quería, pensé, un último reconocimiento final de su rango social en terreno neutral, una especie de rendición en Appomattox, con el director como Ulises S. Grant y él mismo como Robert E. Lee.

Pero el director ni siquiera estaba en Georgia. Habría estado allí si le hubiesen dicho con tiempo que Greathouse iba a llegar aquel día concreto a rendirse. Pero estaba en Atlantic City, dirigiendo una asamblea de la Asociación Norteamericana de Funcionarios de Libertad Condicional. Así que fue por fin Clyde Carter, el vivo retrato del presidente Carter, quien salió por la puerta principal y dio unos cuantos pasos hacia ellos. Clyde sonreía.

—Entren todos —dijo.

Y entraron, con el chófer cerrando la comitiva, con dos bolsas de viaje de piel y un neceser a juego. Clyde le cogió las maletas en el umbral, y le dijo cortésmente que volviese a la limusina.

—No le necesitaremos aquí —dijo Clyde.

Así que el chófer volvió a la limusina. Se llamaba Cleveland Lawes, una especie de tergiversación del nombre del individuo a quien yo había destruido: Leland Clewes. Sólo había ido a la escuela primaria, pero leía cinco libros a la semana mientras esperaba por gente, principalmente ejecutivos de la RAMJAC y clientes y proveedores. Como le habían capturado los chinos en la guerra de Corea, y había estado realmente en China un tiempo trabajando como marinero de cubierta de un vapor de cabotaje en el mar Amarillo, hablaba bastante bien el chino.

Cleveland Lawes estaba leyendo por entonces *Archipiélago Gulag*, una descripción del

sistema carcelario de la Unión Soviética explicado por otro antiguo presidiario, Alexander Solzenitsin.

En fin, allí estaba yo completamente solo sentado en un banco en un lugar perdido como aquél. Entré de nuevo en un período de catatonía, de mirar al frente fijamente, al vacío, y dar tres palmadas cada poco con mis queridas manos.

Según me dice Cleveland Lawes, nunca se habría fijado en mí, si no hubiera sido por esas palmadas.

Pero se fijó en mí porque di las tres palmadas. Pensó que tenía que saber por qué hacía yo aquello.

¿Le expliqué el porqué de las palmadas? No. Era demasiado complicado y demasiado tonto. Le conté que estaba ensoñando sobre el pasado y que cuando recordaba un momento feliz alzaba las manos y aplaudía tres veces.

Se ofreció a llevarme hasta Atlanta.

Y allí estaba ya, después de sólo media hora de libertad, sentado en el asiento delantero de una limusina aparcada. Las cosas iban muy bien, en principio.

Y si Cleveland Lawes no se hubiese ofrecido a llevarme a Atlanta, nunca habría llegado a ser lo que es hoy, director de personal de la Delegación Transico de la RAMJAC Corporation. Transico tiene servicios de limusina y flotas de taxis y agencias de alquiler de coches y apartamentos y garajes en todo el Mundo Libre. Transico puede incluso alquilar muebles. Se los alquila a mucha gente.

Le pregunté si a sus pasajeros no les molestaría que me llevase a Atlanta.

Dijo que él nunca les había visto antes, y que no esperaba volver a verles nunca... que no trabajaban para la RAMJAC. Añadió el curioso detalle de que él no había sabido que su principal pasajero era Virgil Greathouse hasta que llegaron a la prisión. Hasta aquel momento, Greathouse había estado disfrazado con una barba postiza.

Estiré el cuello para mirar al asiento trasero, donde vi una barba con una de las patillas de alambre enganchada en la manilla de una puerta.

Cleveland Lawes dijo en broma que no sabía si volverían los abogados de Greathouse.

—Cuando miraban la prisión —dijo—, me pareció que estaban calculando si les iba a la medida.

Me preguntó si había viajado antes en limusina. Le dije que no, por abreviar. De niño, claro, había ido muchas veces con mi padre en el asiento delantero de las limusinas de Alexander Hamilton McCone. En mi juventud, cuando me preparaba para Harvard, había ido muchas veces con el señor McCone en el asiento de atrás, con un cristal de separación entre mi padre y yo. El cristal de separación no me había parecido extraño entonces, ni sugerente siquiera.

Y en Nuremberg había sido dueño de aquel dragón grotesco, aquel turismo Mercedes. Pero era un coche descapotable, estrafalario hasta sin los impactos de bala de la tapa del maletero y el parabrisas trasero. Entre los bávaros me daba el estatus de un pirata... en posesión temporal de bienes robados que sin duda serían robados de nuevo una y otra vez.

Pero sentado allí a la salida de la prisión, me di cuenta de que llevaba unos cuarenta y cinco años sin sentarme en una auténtica limusina... Pese a lo que había llegado a encumbrarme en el escalafón del Estado, nunca había tenido derecho a limusina, ni había estado a tres puestos siquiera de tener una propia ni de usarla esporádicamente. Ni había logrado seducir jamás a un superior que la tuviera para que me dijese: «Joven; quiero hablar con usted de este asunto más detenidamente. Entre usted en el coche conmigo.»

En cambio Leland Clewes, aunque no tenía derecho a una propia, andaba siempre en

limusinas con viejos ilustres.

Da igual.

Cálmate.

Cleveland Lawes comentó que yo le parecía un hombre educado.

Admití haber ido a Harvard.

Esto le permitió explicarme lo de que había sido prisionero de los comunistas chinos en Corea del Norte, pues el comandante chino que estaba al mando de la prisión en que había estado él era también un hombre de Harvard. Aquel comandante debía tener más o menos mi edad, y puede que hubiese sido condiscípulo mío, incluso, pero yo nunca había hecho amistad con ningún chino. El comandante había estudiado, según Lawes, física y matemáticas, así que, de todos modos, no podría haberle conocido.

—Su papá era un gran terrateniente —dijo Lawes—. Cuando llegaron los comunistas, hicieron arrodillarse a su papá delante de todos sus arrendatarios, allí en el pueblo, y le cortaron la cabeza con una espada.

—¿Y cómo podía ser comunista el hijo después de eso? —dije.

—Decía que en realidad su papá había sido un terrateniente muy malo —dijo.

—Bueno —dije—, eso parece muy propio de Harvard.

Este chino de Harvard se hizo amigo de Cleveland Lawes y le convenció de que, cuando terminase la guerra debía irse a China en vez de volver a su hogar de Georgia. Cuando Lawes era niño, habían quemado a un primo suyo en un linchamiento, y los del Ku-Klux-Klan habían sacado a rastras una noche a su padre de casa y le habían azotado, y a él le habían pegado dos veces por intentar inscribirse para votar, poco antes de que le reclutara el Ejército. Así que fue fácil presa de un comunista elocuente. Y trabajó durante dos años, dice, de marinero en el mar Amarillo. Dijo que se había enamorado varias veces, pero que nadie se enamoraba de él.

—¿Por eso se volvió usted? —preguté. Me explicó que había vuelto sobre todo por la música religiosa.

—Allí no se podía cantar con nadie —dijo—. Y luego la comida...

—¿No era buena? —preguté,

—Oh, sí, era buena —dijo—. Pero no era el tipo de comida del que a mí me gusta hablar.

—Ya —dije.

—No basta con comer —dijo—. Tienes que poder hablar también de la comida. Y además con alguien que entienda ese tipo de comida.

Le felicité por haber aprendido chino, y me contestó que ahora no lo habría conseguido.

—Ahora sé demasiado —dijo—. Entonces, era tan ignorante que no sabía lo difícil que era aprender chino. Me parecía que era como imitar a los pájaros, ¿comprende? Uno oye cantar a un pájaro y luego intenta hacer el mismo sonido y ver si puede engañar al pájaro.

Los chinos fueron muy amables con él cuando decidió que quería volver a casa. Les cayó muy bien y se tomaron muchas molestias, preguntando a través de complicados canales diplomáticos qué le harían si volvía a su patria. Por entonces, ni Norteamérica ni ninguno de sus aliados tenían representantes en China. Los mensajes iban a través de Moscú, que aún mantenía relaciones amistosas con China.

Sí, y aquel antiguo soldado de primera, negro, cuya especialidad militar había sido transportar la plataforma de base de un mortero pesado, resultó merecer negociaciones a los más elevados niveles diplomáticos. Los norteamericanos querían que volviese para castigarle. Los chinos dijeron que el castigo debía ser breve y casi simbólico, y que debería

incorporarse casi de inmediato a la vida civil normal... de lo contrario, no le dejarían irse. Los norteamericanos dijeron que Lawes tendría que hacer algún tipo de declaración pública explicando por qué había vuelto. Después, comparecería ante un tribunal militar, le condenarían a una pena de cárcel de menos de tres años y le expulsarían del Ejército, con pérdida de todas las pagas y beneficios. Los chinos contestaron que Lawes había hecho promesa de no hablar nunca en contra de la República Popular China, que le había tratado bien. No le dejarían marchar si se le obligaba a romper aquella promesa. Insistieron también en que no debía cumplir ninguna pena de prisión, y que debían pagarle lo del tiempo que había sido prisionero de guerra. Los norteamericanos contestaron que tendría que cumplir un período de cárcel, puesto que ningún Ejército podía consentir que quedase impune un delito de desertión. Podrían tenerle preso durante el período previo al juicio. Luego le condenarían a una pena equivalente al tiempo que había sido prisionero de guerra, le deducirían luego el tiempo que había sido prisionero de guerra, y le mandarían a casa. En cuanto a las pagas atrasadas, era algo que no cabía siquiera plantearse.

Y ése fue el trato.

—Querían a toda costa que volviera, sabe —me dijo—. Les ponía muy nerviosos mi caso. No podían soportar que un norteamericano, aunque fuese negro, pensase un instante siquiera que Norteamérica podía no ser el mejor país del mundo.

Le pregunté si había oído hablar alguna vez del doctor Robert Fender, que había sido condenado por traición durante la guerra de Corea, y que estaba entonces precisamente allí, en aquella cárcel, tomándole las medidas a Virgil Greathouse para el uniforme.

—No —dijo—. No supe de nadie más con el mismo problema. Nunca me lo planteé como un club ni nada parecido.

Le pregunté si había visto alguna vez a la legendaria señora de Jack Graham, hijo, accionista mayoritaria de la RAMJAC Corporation.

—Eso es como preguntarme si he visto a Dios —dijo.

Hacía ya cinco años, por entonces, que la viuda de Graham no aparecía en público. Su aparición más reciente había sido en un Juzgado de la ciudad de Nueva York, donde un grupo de accionistas de la RAMJAC había demandado a ésta exigiendo pruebas de que la viuda aún seguía viva. Recuerdo que los artículos de los periódicos sobre el tema divirtieron muchísimo a mi esposa. «Ésta es la Norteamérica que yo amo —decía ella— ¿por qué no puede ser así siempre?»

La señora Graham entró en el Juzgado con un abogado, pero con ocho guardaespaldas uniformados de Pinkerton, Inc., subsidiaria de la RAMJAC. Uno de ellos llevaba un amplificador con altavoz y micrófono. La señora Graham vestía un voluminoso caftán negro, con el capuchón puesto y cerrado por delante, de modo que podía mirar pero nadie podía ver lo que había dentro. Sólo se le veían las manos. Otro agente de Pinkerton llevaba un tampón, papel y una copia de las huellas dactilares de la señora Graham, procedente de los archivos del FBI. El FBI disponía de sus huellas dactilares desde que la habían condenado por conducir en estado de embriaguez en Frankfort, Kentucky, en 1952, poco después de la muerte de su marido. Le habían concedido libertad condicional. Por entonces acababan de echarme a mí del gobierno.

Conectaron el amplificador y se deslizó el micrófono en el interior del caftán de la señora Graham, para que la gente pudiera oír lo que decía. Demostró que era quien decía ser poniendo sus huellas dactilares y haciendo que las comparasen con las que poseía el FBI. Declaró, bajo juramento, que gozaba de excelente salud física y mental... y que controlaba a los altos cargos de la empresa, pero nunca por contacto personal directo.

Cuando les daba instrucciones por teléfono, utilizaba una clave para identificarse. Esta clave se cambiaba a intervalos regulares. Recuerdo que dijo, a petición del juez, una de las claves y parecía tan llena de magia que se me quedó grabada. La clave era: «Zapatero.» Confirmaba todas las órdenes que daba por teléfono con una carta manuscrita suya. Al final de cada carta, no sólo iba su firma sino una serie completa de huellas dactilares de sus ocho dedos y sus dos Pulgarcitos. Llamaba a esto «Mis ocho dedos y mis dos Pulgarcitos».

En fin. No había duda de que la señora de Jack Graham estaba viva, y tenía libertad de nuevo para desaparecer.

—He visto al señor Leen varias veces —dijo Cleveland Lawes.

Hablaba de Arpad Leen, el comunicativo y muy sociable presidente y director del consejo de administración de la RAMJAC Corporation. Se convertiría luego en mi jefe supremo y también en el jefe supremo de Cleveland Lawes, cuando ambos pasáramos a formar parte de la plantilla de la RAMJAC. Y he de decir que Arpad Leen es el ejecutivo más *capaz*, informado, inteligente y responsable bajo cuyas órdenes haya tenido yo el privilegio de servir. Es un genio en la adquisición de empresas y en la tarea de conseguir mantenerlas vivas después.

Recuerdo que solía decir: «Si no puede usted llevarse bien conmigo, es que no puede llevarse bien con nadie.»

Y era verdad, era verdad.

Lawes dijo que Arpad Leen había ido a Atlanta precisamente hacía dos meses y que le había llevado él en la limusina. Había quebrado toda una cadena de tiendas nuevas y de hoteles de lujo en Atlanta y Leen había intentado adquirirlos para la RAMJAC. Pero le había ganado en la subasta un culto religioso surcoreano.

Lawes me preguntó si tenía hijos. Le dije que tenía uno que trabajaba para el *New York Times*. Se echó a reír entonces y dijo que ahora mi hijo y él tenían el mismo jefe: Arpad Leen. Yo no había escuchado las noticias aquella mañana, así que tuvo que explicarme que la RAMJAC acababa de adquirir el control del *New York Times* y todos sus intereses subsidiarios, que incluían la segunda empresa de comida para gatos del mundo.

—Cuando vino conmigo el señor Lee —dijo Lawes— me explicó que iba a pasar eso. Lo que él quería era esa empresa de comida para gatos... no el *New York Times*.

Por fin entraron en el asiento de atrás de la limusina los dos abogados. No estaban deprimidos en absoluto. Venían riéndose de aquel guardia que se parecía al presidente de los Estados Unidos.

—Me dieron ganas de decirle —comentaba uno—. «Señor presidente, ¿por qué no le perdona usted ya de una vez? Ya ha sufrido bastante, y aún le daría tiempo a jugar una buena partida de golf esta tarde.»

Uno de ellos se probó la barba postiza y el otro dijo que se parecía a Carlos Marx. Y siguieron con cosas parecidas. No manifestaban la menor curiosidad por mí. Cleveland Lawes les explicó que había ido a visitar a mi hijo. Me preguntaron por qué estaba mi hijo allí y les dije: «Fraude postal.» Ése fue el final de la conversación.

Así que salimos hacia Atlanta. Recuerdo que había un curioso objeto embutido, por medio de una copa de succión, a la guantera, delante de mí. Salía de la copa, y apuntaba a mi esternón, un chisme que parecía unos treinta centímetros de manguera verde de jardín. Y al final del tubo había una rueda de plástico blanca del tamaño de un plato de postre. En cuanto arrancamos, empezó a hipnotizarme aquel chisme, subiendo y bajando cuando pasábamos un bache, inclinándose hacia un lado y luego hacia el otro en las curvas.

En fin, pregunté qué era aquello. Era un volante de juguete. Lawes tenía un hijo de siete

años que le acompañaba a veces en sus viajes. El chico podía hacer así como que conducía la limusina con el volante de plástico. Cuando mi hijo era pequeño, no había juguetes como aquél. Además, no le habría gustado. El joven Walter a los siete años ya no quería ir siquiera con su madre y conmigo.

Ya dije que era un chico listo.

Lawes dijo que podía ser muy emocionante, sobre todo si la persona que manejaba el volante auténtico iba borracha y había cruces difíciles con camiones y choques de refilón con coches aparcados y cosas así. Dijo que había que darle al Presidente de los Estados Unidos un volante como aquél el día de su toma de posesión para recordarle, y recordarle a todo el mundo, que lo único que podía hacer era fingir que conducía.

Me dejó en el aeropuerto.

Y resultó que todos los vuelos que iban a Nueva York estaban completos. No pude salir de Atlanta hasta las cinco de la tarde. No me importaba, en realidad. Me salté la comida, porque no tenía apetito. Encontré un libro de bolsillo en uno de los retretes y estuve un rato leyendo. Trataba de un hombre que, mediante una crueldad implacable, llegaba a hacerse con el control de una gran empresa multinacional. Las mujeres estaban locas por él. Él las trataba muy mal, pero ellas volvían siempre a por más. Tenía un hijo drogadicto y una hija ninfomaniaca.

Interrumpió mi lectura un francés que me habló en francés señalándome mi solapa izquierda. Al principio pensé que me había vuelto a prender fuego, aunque ya no fumaba. Luego me di cuenta de que aún llevaba la cinta roja estrecha que me identificaba como *Chevalier* de la Legión de Honor. La había llevado puesta, en un gesto bastante patético, durante todo el juicio, y también en mi ruta hasta la cárcel.

Le dije en inglés que aquello había venido con el traje, que yo había comprado de segunda mano, y que no tenía ni idea de lo que significaba.

Se puso muy serio. *Permettez-moi, monsieur*, dijo, y sacó diestramente la cinta de la solapa como si fuera un insecto posado allí.

—*Merci* —dije, y volví a mi libro.

Cuando por fin hubo una plaza de avión para mí, vocearon varias veces mi nombre por los altavoces: «Señor Walter F. Starbuck, señor Walter F. Starbuck...» Había sido un nombre famoso en otros tiempos; pero no pude entonces ver que nadie pareciese reconocerlo, que enarcase las cejas en conjetura maliciosa.

Dos horas y media después, me encontraba en la isla de Manhattan, la trinchera puesta para protegerme del fresco del anochecer. Se había ocultado el sol. Contemplaba el vistoso escaparate de una tienda que vendía sólo trenes de juguete.

No era que no tuviese dónde ir, en realidad. Estaba cerca del sitio al que me dirigía. Había escrito con antelación. Había reservado una habitación sin baño ni televisor por una semana, pagando por adelantado... en el Hotel Arapahoe, tan elegante en otros tiempos, que se había convertido en asilo y burdel improvisado, a un minuto de Times Square.

Había estado ya en el Arapahoe una vez, en el otoño de 1931. Aún no se había domesticado el fuego. Albert Einstein había predicho la invención de la rueda, pero no era capaz de describir su forma y sus usos probables en el idioma de los hombres y mujeres normales. Era presidente Herbert Hoover, ingeniero de minas. La ley prohibía la venta de bebidas alcohólicas y yo estudiaba primer curso en Harvard.

Operaba, en realidad, siguiendo instrucciones de mi mentor, Alexander Hamilton McCone. Él me había dicho en una carta que tenía que repetir una locura que él había cometido cuando hacía primer curso, que era llevar a una chica guapa al partido de fútbol americano Harvard-Columbia en Nueva York, y gastar luego la asignación de un mes en una cena para dos, con ostras y caviar y demás, en el famoso comedor del Hotel Arapahoe. Después teníamos que ir a bailar. «Debes llevar el esmoquin —decía—. Y dar propinas de marinero borracho.» Diamond Jim Brady, me contó, había comido en una ocasión cuatro docenas de ostras, cuatro langostas, cuatro pollos, cuatro pichones, cuatro chuletas de vacuno, cuatro de cerdo, y cuatro de cordero... por una apuesta. Lo había presenciado Lillian Russell.

Puede que el señor McCone estuviera borracho cuando escribió aquella carta, no sé. «Trabajar siempre y no jugar nunca —escribía—, convierten a Jack en un niño tonto.»

Y la chica a la que invité, la hermana gemela de mi compañero de habitación, es una de las cuatro mujeres a las que llegaría a querer de verdad. La primera fue mi madre. La última mi esposa.

La chica se llamaba Sarah Wyatt. Tenía dieciocho años, por lo menos, e igual yo. Hacía un curso de dos años muy fácil en un colegio para niñas ricas de Wellesley, Massachusetts, el Pine Manor. Su familia vivía en Pride's Crossing, al norte de Boston, hacia Gloucester. Cuando salíamos juntos en Nueva York, ella se instalaba con su abuela materna, viuda de un corredor de bolsa, en un enclave estrafalariamente extemporáneo de calles sin salida y parques de bolsillo y hoteles-apartamentos isabelinos llamado Ciudad Tudor, junto al East River, y que formaba, en realidad, una especie de puente con la calle Cuarenta y dos. Y, lo que son las cosas, mi hijo vive ahora en Ciudad Tudor. Y también el señor Leland Clewes y su esposa.

El mundo es un pañuelo.

Ciudad Tudor era un barrio nuevo, pero ya en baja y casi vacío cuando llegué yo allí en mi taxi a recoger a Sarah para ir al Hotel Arapahoe en Milnovecientos Treintaiuno. Yo llevaba un esmoquin que me había hecho a la medida el mejor sastre de Cleveland. Tenía un encendedor de plata y una pitillera de plata ambos regalo del señor McCone. Tenía, además, cuarenta dólares en la cartera. En Milnovecientos Treintaiuno, podría haber comprado todo el estado de Arkansas por cuarenta dólares.

Volvamos otra vez al asunto de las medidas físicas. Sarah Wyatt era siete centímetros y medio más alta que yo, y a ella le daba igual. Hasta tal punto le daba igual que cuando fui a buscarla a Ciudad Tudor, llevaba puestos unos zapatos de tacón alto con el traje de noche.

Una prueba más clara de que no le importaba la disparidad de nuestras estaturas respectivas: Sarah Wyatt estaría comprometida conmigo en matrimonio durante siete años.

No estaba preparada del todo cuando llegué, así que tuve que ponerme a charlar un rato con su abuela, la señora Sutton. Sarah me había advertido en el partido de fútbol de aquella tarde, que no debía mencionarle a la señora Sutton el suicidio, pues el señor Sutton se había tirado por la ventana de su oficina de Wall Street en Milnovecientos Veintinueve cuando el hundimiento de la Bolsa.

—Tiene usted una casa muy bonita, señora Sutton —le dije.

—Es usted la única persona que lo cree —dijo ella—. Es muy pequeña. Desde aquí se huele todo lo que hacen en la cocina.

Era un apartamento de dos dormitorios. Estaba claro que aquella señora iba a menos en el mundo. Sarah decía que había tenido una cuadra de caballos en Connecticut y una casa en la Quinta Avenida y etcétera, etcétera.

Las paredes del pequeño recibidor estaban cubiertas de cintas azules de las carreras de caballos de antes del hundimiento de la Bolsa.

—Veo que ha ganado usted muchas cintas azules —dije.

—No —dijo ella—. Las cintas ésas las ganaron los caballos.

Estábamos sentados en sillas plegables ante una mesita baja en el centro del salón. No había sillones ni sofás. Pero la estancia estaba tan atestada de bargueños y escritorios y armarios y cómodas altas y cómodas bajas y tocadores galeses y armarios roperos y relojes antiguos y demás, que me resultaba imposible localizar las ventanas. Y además, aquella señora se dedicaba a almacenar también sirvientes, todos muy viejos. Salió a abrirme una doncella uniformada que luego desapareció deslizándose de lado por una estrecha fisura entre dos muestras impresionantes de ebanistería.

Luego salió un chófer uniformado de la misma hendidura y preguntó a la señora Sutton si quería ir aquella noche a algún sitio en el «eléctrico». Había, al parecer, por entonces mucha gente, sobre todo señoras de edad, que tenían coches eléctricos. Parecían cabinas telefónicas con ruedas. Debajo del suelo llevaban unas baterías de acumuladores que pesaban muchísimo. La velocidad máxima era de veinte kilómetros por hora y había que recargarlos cada cincuenta kilómetros o así. Tenían timones, como los barcos de vela, en vez de volantes de automóvil.

La señora Sutton dijo que no iría a ningún sitio en el eléctrico, y el viejo chófer dijo que en ese caso se iría al hotel. Había otros dos sirvientes más, a los que no llegué a ver. Se iban todos a pasar la noche a un hotel para que Sarah pudiese disponer de la segunda habitación, donde normalmente dormían ellos.

—Supongo que todo esto le parece a usted muy provisional —me dijo la señora Sutton.

—No, madame —dije.

—Es absolutamente permanente —dijo—. No tengo ninguna esperanza de mejorar de condición sin un hombre. Eso fue lo que me enseñaron. Me educaron así.

—Sí, madame —dije.

—Un hombre con un esmoquin tan elegante como el suyo sólo debería llamar «madame» a la reina de Inglaterra —dijo.

—Procuraré recordarlo —dije.

—Ay, aún es usted un niño —dijo ella.

—Sí, madame —dije.

—Explíqueme de nuevo el parentesco que tiene con los McCone —me dijo.

Yo jamás le había dicho a nadie que estuviese emparentado con los McCone, pero había

otra mentira que solía contar: una mentira que, como todo lo demás que se refería a mí, había inventado el señor McCone. Dijo que sería perfectamente aceptable, que podía resultar interesante incluso, admitir que mi padre no tenía un centavo. Pero sería absolutamente inadmisibile tener por padre a un sirviente.

La mentira era la siguiente, y se la conté a la señora Sutton:

—Mi padre trabaja para el señor McCone como conservador de su colección de arte. Además, aconseja al señor McCone lo que tiene que comprar.

—Un hombre culto —dijo ella.

—Estudió arte en Europa —dije—. No es un hombre de negocios.

—Un soñador —dijo.

—Sí —dije yo—. Si no fuese por el señor McCone, yo no podría ir a Harvard.

—«Starbuck...» —musitó—. Creo que ese apellido procede de Nantucket.

También estaba preparado para esto.

—Sí —le dije—, pero mi bisabuelo dejó Nantucket cuando la Fiebre del Oro y no volvió más. Tengo que ir un día a Nantucket a ver los archivos, para ver si figuramos allí.

—Así que una familia de California —dijo ella.

—Nómadas, en realidad —dije yo—. California, sí... pero también Oregón y Wyoming, y Canadá y Europa. Pero fueron siempre gente de libros... profesores y así.

Yo era como flogisto puro, aquel elemento imaginario de antaño.

—Así que descende usted de capitanes balleneros —dijo.

—Sí, supongo que sí —dije yo. Las mentiras no me producían la menor desazón.

—Y antes de vikingos —dijo.

Me encogí de hombros.

Había decidido quererme mucho... y seguiría con la misma idea hasta el final. Como me explicaría Sarah más tarde, la señora Sutton solía referirse a mí como su pequeño vikingo. No viviría lo suficiente para ver a Sarah prometerse conmigo en matrimonio y plantarme luego. Murió hacia Milnovecientos Treintaísiete... sin un centavo, en un apartamento amueblado con poco más que una mesita baja, dos sillas plegables y su cama. Había vendido todos sus tesoros para poder vivir y mantener a sus viejos criados, que no habrían tenido a donde ir ni qué comer sin ella. Les sobrevivió a todos. La doncella, que se llamaba Tillie, fue la última que murió. Dos semanas después de la muerte de Tillie, también se fue de este mundo la señora Sutton.

Pero entonces, en Milnovecientos Treintaíuno, mientras yo esperaba a que Sarah terminara de arreglarse, la señora Sutton me contó que el padre del señor McCone, el fundador de la Cuyahoga Bridge and Iron, construyó una casa inmensa en el sitio en que pasaba ella los veranos en su juventud, en Bar Harbor, Maine. Una vez terminada, decidió dar un gran baile con cuatro orquestas y no asistió nadie.

—Resultaba muy elegante y muy noble humillarle así —dijo—. Recuerdo que me sentí muy feliz al día siguiente. Ahora no puedo evitar preguntarme si no estaríamos un poco locos todos. No quiero decir que estuviésemos locos por perdernos una fiesta maravillosa o por herir los sentimientos de Daniel McCone. Daniel McCone era un individuo absolutamente detestable. Lo que era una locura era que todos imagináramos que Dios estaba pendiente de nosotros, y que nos adoraba y nos garantizaba a todos asientos a su diestra por haber humillado a Daniel McCone.

Le pregunté qué había sido de la mansión de los McCone en Bar Harbor. Mi mentor nunca me había hablado de ella.

—El señor y la señora McCone desaparecieron de Bar Harbor al día siguiente —me

dijo— con sus dos hijos pequeños, según creo.

—Sí —dije—. Y uno de ellos se convertiría luego en tutor mío. El otro en presidente del consejo de administración de la Cuyahoga Bridge and Iron.

—Al cabo de un mes —dijo—, por el Labor Day,^{*} aunque entonces no había Labor Day... cuando ya estaba a punto de terminar el verano, llegó un tren especial. Debía tener unos ocho vagones de carga y otros tres para obreros. Venían de Cleveland. Debían ser de la fábrica del señor McCone, ¡qué pálidos estaban! Eran extranjeros casi todos... alemanes, polacos, italianos, húngaros. ¡Quién podía saberlo! Nunca se había visto gente como aquella en Bar Harbor. Dormían en el tren. Comían en el tren. Se dejaban conducir como borregos de la mansión al tren y del tren a la mansión. Sólo se llevaron los tesoros artísticos de mayor valor, pinturas y esculturas y tapices y alfombras que eran piezas de museo.

La señora Sutton alzó los ojos y continuó:

—Oh, señor... ¡qué no se dejarían allí! Y luego, los obreros cogieron todas las placas de cristal de las ventanas y de las puertas y las claraboyas. Sacaron todas las tejas del tejado. Murió un obrero, recuerdo, porque se le cayó una teja encima. Hicieron agujeros en el tejado desmantelado. Cargaron también en el tren las tejas y el cristal, para que nadie pudiese utilizarlo para reparaciones. Luego se marcharon. Nadie había hablado con ellos, y ellos no habían hablado con nadie.

»La marcha de aquella gente fue algo muy especial, quienes la presenciaron no pudieron olvidarla —dijo la señora Sutton—. En aquellos tiempos, los trenes eran una cosa muy divertida, porque armaban mucho ruido en la estación con los silbatos y las campanas, pero aquel tren especial de Cleveland se fue en silencio, como un fantasma. Estoy segura de que el maquinista tenía órdenes de Daniel McCone de no pitar ni tocar la campanilla.

Y así quedó la mejor mansión de Bar Harbor y la mayoría de sus pertenencias, con sábanas y mantas y edredones aún en todas las camas, según la señora Sutton, y con cristalerías y vajillas de porcelana en los aparadores y con miles de botellas de vino en las bodegas, abandonadas a la muerte.

La señora Sutton cerró los ojos, recordando el deterioro de la mansión, año tras año.

—Sin que sirvieran de nada a nadie, señor Starbuck —dijo.

Surgió entonces de entre el mobiliario la joven Sarah, lista al fin. Llevaba dos orquídeas, que yo le había mandado. También habían sido inspiración de Alexander Hamilton McCone.

—¡Qué hermosa estás! —dije, levantándome extasiado de mi silla plegable. Era verdad, sin duda, pues Sarah era alta y esbelta y de pelo dorado y ojos azules. Tenía la piel como el satén. Los dientes como perlas. Pero irradiaba tanta sexualidad como la mesa de cartas de su abuela.

Y seguiría siendo así durante los siete años siguientes. Sarah Wyatt creía que la relación sexual no era más que una especie de caída de nalgas fácil de eludir. Para ello, no tenía más que recordar al presunto amante la ridiculez de lo que estaba proponiendo. La primera vez que la besé, que fue en Vallesley una semana antes, tuve de pronto la sensación de haberme convertido en una tuba y que estaba interpretando una pieza conmigo. Sarah se retorció de risa, con los labios aún pegados a los míos. Me hizo cosquillas. Me sacó los faldones de la camisa, dejándome en un desaliño humillante. Fue terrible. No se reía de la sexualidad de un modo juvenil y nervioso, algo que un hombre pueda tener la esperanza de modular con ternura y habilidad anatómica. Eran las desenfrenadas risotadas que provoca una película

^{*} Día del Trabajo, que en Estados Unidos y en Canadá se celebra el primer lunes de septiembre. (*N. de los T.*)

de los hermanos Marx.

Hay una frase que parece obligada a este respecto: «Casa de nadie.»

Esta frase la utilizó un compañero de curso de Harvard que salió también con Sarah, pero sólo dos veces, que yo recuerde. Le pregunté qué le parecía y me contestó con cierta amargura: «¡Casa de nadie!» Este individuo era Kile Denny, un jugador de fútbol de Filadelfia. Alguien me contó hace poco que Kile murió de una caída en la bañera el día que los japoneses bombardearon Pearl Harbor. Se abrió la cabeza con un grifo.

Así que puedo fijar la fecha de la muerte de Kile Denny con absoluta exactitud. Siete de diciembre de Milnovecientos Cuarentaiuno.

—Estás muy guapa, cariño —dijo la señora Sutton a Sarah.

La señora Sutton era patéticamente anciana... unos cinco años más joven que yo ahora. Pensé que podría echarse a llorar por la belleza de Sarah, y porque aquella belleza se desvanecería inevitablemente sólo en unos años, y etcétera, etcétera.

Era una mujer muy sabia.

—Me siento tan tonta —dijo Sarah.

—¿No crees que eres guapa? —dijo su abuela.

—Sé que soy guapa —dijo Sarah—. Me miro al espejo y pienso «soy guapa».

—¿Entonces cuál es el problema? —dijo su abuela.

—Es que eso de ser guapa es una cosa muy rara —dijo Sarah—. Otras personas son feas, pero yo soy guapa. Walter dice que soy guapa. Tú dices que soy guapa. Yo digo que soy guapa. Todo el mundo dice «guapa, guapa, guapa», y una empieza a preguntarse qué es eso, y qué tiene de maravilloso.

—Pues que haces *feliz* a la gente con tu belleza —dijo su abuela.

—A mí me hace muy feliz, desde luego —dije. Sarah se echó a reír.

—Es tan tonto —dijo—. Tan estúpido —dijo.

—Quizás no debieses pensar tanto en ello —dijo su abuela.

—Eso es como decirle a un enano que deje de pensar que es enano —dijo Sarah, y se echó a reír de nuevo.

—No deberías seguir diciendo que todo son bobadas y tonterías —dijo su abuela.

—Todo son bobadas y tonterías —dijo Sarah.

—Ya verás como no es así cuando te hagas mayor —le prometió su abuela.

—Yo creo que todas las personas mayores presumen de saber lo que pasa, que dicen que todo es muy serio y muy maravilloso —dijo Sarah—. Que yo sepa, los viejos no han descubierto nada que de verdad sea nuevo. Puede que si la gente no se volviese tan seria de mayor, no tuviéramos ahora una Depresión.

—El reírse continuamente no conduce a nada —dijo su abuela.

—También sé llorar —dijo Sarah—. ¿Quieres que llore?

—No —dijo su abuela—. No quiero saber nada más del asunto. Sal con este simpático joven y que te diviertas.

—No puedo reírme de esas pobres mujeres que pintaban relojes —dijo Sarah—. Eso es algo de lo que no puedo reírme.

—Nadie pretende que lo hagas —dijo su abuela—. Ahora vete ya.

Sarah se refería a una tragedia industrial que armó mucho revuelo en la época. El asunto tocaba directamente a la familia de Sarah y llegó a afectarla mucho. Sarah ya me había explicado que ella estaba muy afectada por el asunto, y lo mismo su hermano, mi compañero de habitación, y su padre y su madre. Fue una tragedia lenta y progresiva que una vez empezó fue ya imposible pararla, y empezó en la empresa de relojería de la familia,

la Wyatt Clock Company, una de las empresas más antiguas de Estados Unidos, que tenía su sede en Brockton, Massachusetts. Fue una tragedia evitable. Los Wyatt jamás intentaron justificarla, y no contrataron abogados para que lo hiciesen. Era injustificable.

La cosa fue así: en los años veinte, la Marina de los Estados Unidos otorgó a Wyatt Clock un contrato para fabricar varios miles de relojes para barco en los que se pudiese ver la hora en la oscuridad. La esfera había de ser negra. Las manecillas y los números debían pintarse a mano con una pintura blanca que contenía el elemento radiactivo radio. Se encargó la tarea de pintar las manecillas y los números a medio centenar de mujeres de Brockton, casi todas familiares de empleados de plantilla de la Wyatt Clock Company. Era una forma de conseguir dinero extra. A algunas que tenían hijos pequeños que cuidar, se les permitió llevarse el trabajo a casa.

Y todas las mujeres habían muerto o estaban a punto de morir del modo más horrible en su mayoría, con los huesos desmigajados y la cabeza destrozada. La causa era envenenamiento por radio. Según se descubrió en el juicio, un capataz les había dicho a todas que para mantener la punta de la brocha fina debían mojarla y moldearla con los labios de vez en cuando.

Y, casualmente, la hija de una de aquellas mujeres desdichadas sería una de las cuatro mujeres que he amado yo en este Valle de Lágrimas... junto con mi madre, mi esposa y Sarah Wyatt. Se llamaba Kathleen O'Looney.

Hablé sólo de Ruth como «mi esposa». Pero no me sorprendería que el Día del Juicio tuviesen también derecho a decirse esposas mías Sarah Wyatt y Kathleen O'Looney. Tuve relaciones con ambas, desde luego... con Mary Kathleen durante unos once meses y con Sarah, intermitentemente, claro, durante unos siete años.

Ya oigo a San Pedro decirme: «Me parece que es usted algo Don Juan, señor Starbuck.»

Así que allí estaba yo en Milnovecientos Treintaiuno, entrando a pasitos cortos en el vestíbulo pastel de boda del Hotel Arapahoe del brazo de mi linda Sarah Wyatt, la heredera yanqui de los relojes. Su familia estaba casi tan arruinada como la mía, por aquel entonces. Lo poco que habían salvado del hundimiento de la Bolsa y de las quiebras de los bancos se dispersaría muy pronto entre los supervivientes de las mujeres que pintaron todos aquellos relojes para la Marina. Tal dispersión se vio forzada aproximadamente un año después por una importante decisión del Tribunal Supremo de los Estados Unidos respecto a la responsabilidad personal de los patronos por fallecimientos causados en sus lugares de trabajo por negligencia dolosa.

La Sarah de dieciocho años del vestíbulo del Arapahoe dijo:

—Qué sucio está... y no hay nadie —se echó a reír—. Me encanta —añadió.

Por aquel entonces, en el sucio vestíbulo del Arapahoe, Sarah Wyatt no sabía que yo estaba actuando con la mayor insulsez posible siguiendo órdenes de Alexander Hamilton McCone. Más tarde me diría que había creído que intentaba hacerme el gracioso cuando dije que debíamos ir de etiqueta. Pensó que nos vestíamos como millonarios por ser Halloween. Estaba convencida de que nos reiríamos mucho. Seríamos como gente de una película.

En absoluto: yo era un robot programado para comportarme como un auténtico aristócrata.

¡Oh, quién fuera joven otra vez!

La suciedad del vestíbulo del Arapahoe quizás no hubiese sido tan notoria si alguien no hubiera empezado a limpiar y lo hubiera dejado a medias. Había una escalera doble bastante alta apoyada en una pared. Junto a ella había un cubo, lleno de agua sucia en la que flotaba un cepillo. Era evidente que alguien había subido por la escalera con el cubo y había restregado todo el techo que había podido alcanzar. Había creado un círculo de limpieza rodeado de suciedad, pero brillante como una luna llena.

No sé quién haría aquella luna. No había a quien preguntar. Ningún portero nos invitó a entrar. No había ni botones ni huéspedes. No había un alma tras la mesa de recepción que se veía al fondo. El puesto de periódicos y revistas y el quiosco de entradas de cine estaban cerrados. Las puertas de los ascensores vacíos estaban abiertas y sujetas con sillas.

—Me parece que ya no funciona —dijo Sarah.

—Alguien aceptó mi reserva por teléfono —dije—. Y me llamó «monsieur».

—Cualquiera puede decir «monsieur» por teléfono —dijo Sarah.

Entonces, desde algún sitio nos llegó el gemido de un violín zíngaro... gemía como si

fuese a rompersele el corazón. Y, al oír el lamento de aquel violín ahora en la memoria, puedo añadir esta información: Hitler, que aún no estaba en el poder, pronto haría que sus soldados y policías matasen a todos los gitanos que pudiesen agarrar.

La música llegaba de detrás de un biombo que había en el vestíbulo. Sarah y yo nos atrevimos a apartarlo de la pared. Nos vimos ante un par de puertas de vidriera, cerradas con candado y cerrojo. Los entrepaños de las puertas eran espejos y nos mostraron de nuevo lo infantiles y ricos que éramos. Sarah descubrió un entrepaño en el que había un trozo del plateado desprendido. Miró primero ella y luego me invitó a mirar a mí. Quedé atónito. Era como mirar por los prismas centelleantes de una máquina del tiempo. Al otro lado de las puertas estaba el famoso comedor del Hotel Arapahoe en su condición prístina, con violinista zíngaro y todo... casi átomo por átomo tal como debió ser en los tiempos de Diamond Jim Brady. Un millar de velas en los candelabros y en las mesas se convertían en billones de estrellitas debido a la cubertería de plata y el cristal y la porcelana y los espejos que había.

La explicación era la siguiente: Aunque el hotel y el restaurante compartían el mismo edificio sólo a un minuto de Times Square, pertenecían a distintos propietarios. El hotel había cerrado... ya no admitía huéspedes. El restaurante, por su parte, acababa de ser completamente restaurado, pues su propietario creía que el colapso económico sería breve y que sólo se debía a algo tan intrascendente como al desánimo temporal de financieros y hombres de negocios.

Nos habíamos equivocado de puerta. Se lo expliqué a Sarah, y ella me contestó:

—Ésa es la triste historia de mi vida. Siempre entro primero por donde no es.

Así que salimos de nuevo a la noche y entramos luego por la puerta al lugar donde nos esperaban comida y bebida. El señor McCone me había explicado que tenía que pedir la cena por anticipado. Ya lo había hecho. Me recibió el propio dueño. Era francés. En la solapa de su esmoquin había una condecoración que no significaba nada para mí pero que a Sarah le resultaba familiar porque su padre tenía también una. Me explicó luego que significaba que quien la llevase era *Chevalier* de la Legión de Honor.

Sarah había pasado varios veranos en Europa. Yo no había estado en Europa. Ella hablaba muy bien el francés e interpretó con el dueño del restaurante un madrigal en esa lengua, la más melodiosa del mundo. ¿Cómo me las habría arreglado yo en la vida sin mujeres que me hiciesen de intérpretes? De las cuatro mujeres que he amado en mi vida, sólo Mary Kathleen O'Looney no hablaba más que inglés. Pero hasta Mary Kathleen fue mi intérprete cuando yo era comunista en Harvard e intentaba comunicarme con miembros de la clase obrera norteamericana.

El dueño del restaurante le dijo a Sarah en francés, y ella me lo explicó a mí, lo de que la Gran Depresión no era más que simple nerviosismo. Dijo que las bebidas alcohólicas volverían a legalizarse en cuanto saliese elegido Presidente un demócrata, y que entonces la vida volvería a ser divertida.

Nos condujo a nuestra mesa. Cabían allí por lo menos cien personas, calculé, pero sólo había una docena de clientes. De algún modo, aún tenían dinero. Y cuando intento recordarles ahora e imaginar cómo eran, no hago más que ver los cuadros y dibujos de George Grosz de corruptos plutócratas en medio de la miseria de Alemania después de la Primera Guerra Mundial. En Milnovecientos Treintaiuno yo no había visto tales imágenes. No había visto nada.

Había una vieja abotargada, recuerdo, comiendo sola, que llevaba un collar de diamantes. Tenía un pequinés en el regazo. También el perro llevaba un collar de

diamantes.

Recuerdo que había también un viejo decrepito, agachado sobre el plato, ocultándolo con los brazos. Sarah murmuró que comía como si tuviese en el plato una escalera de color. Después nos enteramos de que estaba comiendo caviar.

—Debe ser un sitio muy caro —dijo Sarah.

—Por eso no te preocupes —dije yo.

—El dinero es algo muy raro —dijo ella—. ¿Para ti tiene sentido?

—No —dije yo.

—La gente que lo ha conseguido, y la gente que no... —musitó—. Creo que, en realidad, nadie entiende qué es lo que pasa.

—Algunas personas deben entenderlo —dije. Pero ya no lo creía.

Diré más, como empleado de un conglomerado internacional enorme, que nadie al que le vaya bien con esta economía se pregunta siquiera nunca qué es lo que pasa en realidad.

Somos chimpancés. Somos orangutanes.

—¿Sabe el señor McCone cuánto tiempo va a durar la Depresión? —dijo ella.

—Él no sabe nada del negocio —dije.

—¿Cómo puede seguir siendo tan rico si no sabe nada del negocio? —dijo ella.

—Lo lleva todo su hermano —dije.

—Ojalá tuviese mi padre alguien que se lo llevase todo.

Yo sabía que a su padre le iban tan mal las cosas que su hermano, mi compañero de habitación, había decidido abandonar los estudios al final del semestre. No volvería a reanudarlos nunca. Cogería un trabajo como ordenanza en un sanatorio antituberculoso y contraería también tuberculosis. Por este motivo, no se incorporó al Ejército en la Segunda Guerra Mundial. Trabajaría en unos astilleros de Boston como soldador. Yo perdí contacto con él. Sarah, a la que veo ahora de nuevo con regularidad, me explicó que había muerto de un ataque al corazón en Milnovecientos Sesentaicinco... en un pequeño taller de soldadura que llevaba él solo en el pueblo de Sandwich, en Cabo Cod.

Se llamaba Radford Alden Wyatt. Nunca llegó a casarse. Llevaba años sin darse un baño, según Sarah, «De descamisado a descamisado en tres generaciones», como suele decirse.

En el caso de los Wyatt fue más bien, en realidad, de descamisado a descamisado en diez generaciones. Habían sido más ricos que la mayoría de sus vecinos por lo menos durante diez generaciones. El padre de Sarah vendió a precios reventados todos los tesoros que habían acumulado sus ancestros: peltre inglés, plata de Paul Reveré, cuadros de miembros de la familia como capitanes mercantes y como comerciantes y predicadores y abogados, tesoros del comercio con China.

—Es tan horrible ver a mi padre tan deprimido —decía Sarah—. ¿También el tuyo está deprimido?

Se refería a mi padre ficticio, el encargado de la colección de arte del señor McCone. Podía verle claramente entonces. Ahora ya no puedo verle en absoluto.

—No —dije.

—Tienes mucha suerte —dijo ella.

—Imagino —dije yo.

Mi auténtico padre se hallaba, en realidad, en una posición bastante desahogada. Él y mi madre habían logrado ingresar en el banco casi todo el dinero que habían ganado, y el banco en el que habían puesto el dinero no había quebrado.

—Si la gente no se preocupase tanto del dinero —dijo ella—. Yo siempre le digo a mi

padre que a mí no me preocupa. Me da igual no ir a Europa ya. Y el colegio me resulta odioso. No quiero ir más. No aprendo nada. Me alegro de que vendiéramos los barcos. Me aburrían, en realidad. No necesito ropa. Tengo ropa bastante para cien años. Pero no me cree. «Os he decepcionado. Os he decepcionado a todos», dice.

Por otra parte, su padre era socio inactivo de la Wyatt Clock Company. No limitaba esto su responsabilidad en el caso del envenenamiento por radio, pero su actividad principal en los buenos tiempos había sido la de corredor de yates en Massachusetts. Este negocio había desaparecido por completo en Milnovecientos Treintauno, claro. Y en la agonía, le había dejado lo que él me describió en una ocasión como «...un montón de deudas incobrables tan alto como monte Washington, y un montón de facturas tan alto como Pico Pike».

También él era un hombre de Harvard... capitán del invicto equipo de natación de Milnovecientos Once. Cuando lo perdió todo, no volvió a trabajar. Pasó a depender de su mujer, que organizó un servicio de banquetes a domicilio en el suyo propio. Murieron sin un centavo.

Así que no soy el primer hombre de Harvard a quien ha tenido que mantener su mujer. Paz.

Sarah me dijo en el Arapahoe que lamentaba estar tan deprimida y que sabía muy bien que habíamos ido allí a divertirnos. Dijo que intentaría de veras que la velada fuese divertida.

Fue entonces cuando el camarero, acompañado por el dueño, nos sirvió el primer plato, hacía tanto elegido por el señor McCone de Cleveland: media docena de ostras de Cotuit para cada uno. Yo nunca había comido ostras.

—*Bon appetit!* —dijo el dueño. Yo estaba emocionado. Era la primera vez que me decían aquello. Estaba muy satisfecho de entender algo en francés sin ayuda de intérprete. Había estudiado francés cuatro años en el instituto de secundaria de Cleveland, en realidad, pero nunca encontré a nadie que hablase el dialecto que aprendí allí. Puede que fuese el francés que hablaban los mercenarios iroqueses en la guerra franco-india.

Entonces fue cuando se acercó a nuestra mesa el violinista zíngaro. Tocaba con toda la hipocresía y la brillantez posibles, con la frenética esperanza de una propina. Recordé que el señor McCone me había dicho que diese espléndidas propinas. Todavía no había dado ninguna. Así que saqué disimuladamente la cartera mientras el músico seguía y cogí lo que creí un billete de dólar. En aquellos tiempos, un peón habría trabajado diez horas por un dólar. Estaba a punto, pues, de dar una propina espléndida. Cincuenta centavos me habrían situado muy arriba en la clase pródiga. Agité el billete en la mano derecha, como si quisiese dar la propina con la elegante gracia del mago, cuando cesó la música.

Pero había un problema: no era un billete de dólar. Era un billete de veinte dólares.

En parte, eché la culpa a Sarah de este catastrófico error. Mientras yo sacaba el dinero de la cartera, ella estaba burlándose de nuevo del amor sexual, fingiendo que la música la llenaba de lujuria. Me deshizo el lazo de la pajarita, que yo no conseguiría volver a hacer. Me lo había hecho la madre de un amigo en cuya casa me hospedaba. Sarah besó apasionadamente las puntas de dos de sus dedos y luego apretó los dedos contra mi cuello blanco, dejando allí una mancha de carmín.

Entonces cesó la música. Esbocé una sonrisa de agradecimiento. Diamond Jim Brady, reencarnado como el hijo demente de un chófer de Cleveland, entregó al gitano un billete de veinte dólares.

Al principio, el gitano no mostró sorpresa alguna, imaginando que le había dado un dólar.

Sarah, creyendo también que se trataba de un dólar, pensó que había dado demasiada propina.

—Dios mío —dijo.

Pero luego, quizás para fastidiar a Sarah con el billete que ella habría preferido que yo recuperase, pero que ahora ya era suyo, todo suyo, el gitano lo extendió, con lo cual su numeración astronómica se hizo patente por primera vez para todos. El gitano se quedó tan atónito como nosotros.

Y luego, siendo como era un gitano y, en consecuencia, un microsegundo más vivo respecto al dinero que nosotros, salió como un tiro del restaurante y se perdió en la noche. Aún sigo preguntándome si volvería alguna vez a por el estuche de su violín.

¡Pero imaginaos el efecto que le causó a Sarah!

Creyó que yo lo había hecho a propósito, que era tan imbécil como para imaginar que esto sería para ella algo sumamente erótico. Nunca me han despreciado tanto.

—Eres un tipejo increíble —dijo—. Casi todas las conversaciones de este libro son, por necesidad, reconstrucciones imprecisas... pero cuando afirmo que Sarah Wyatt me llamó «tipejo increíble», cito exactamente lo que dijo.

Aclaremos un poco el insulto: La palabra «tipejo» se introdujo por aquel entonces, y tenía un sentido muy concreto: era el individuo, y disculpad la expresión, que se comía las burbujas de sus propios pedos en la bañera.

—Puñetero de mierda —me dijo. Un «puñetero» era una persona que se masturbaba demasiado. Ella lo sabía. Ella sabía todas esas cosas.

—¿Pero quién te crees que eres? —dijo—. Vamos, hombre, a ver, dime, ¿quién te crees tú que soy yo? ¿Te crees que soy tonta? ¿Cómo te atreviste a pensar que era tan tonta que eso me parecería de buen tono?

Puede que fuese el peor trago de mi vida. Me sentí peor de lo que me sentí cuando me metieron en la cárcel... peor, incluso, que cuando me soltaron otra vez. Puede que me sintiese peor que cuando prendí fuego en Chevy Chase a la tapicería que mi mujer estaba a punto de entregar a un cliente.

—¿Me llevas a casa, por favor? —me dijo Sarah Wyatt. Nos fuimos sin comer, pero no sin pagar. No pude evitarlo: fui llorando todo el camino.

Le expliqué de forma incoherente en el taxi que nada de aquello había sido idea mía, que yo era un robot inventado y controlado por Alexander Hamilton McCone. Confesé que era medio polaco y medio lituano y sólo un hijo de chófer a quien habían mandado ponerse la ropa y adoptar los aires de un caballero. Dije que no iba a volver a Harvard y que ni siquiera estaba seguro de desear seguir viviendo.

Yo estaba tan afligido y Sarah tan apenada e interesada, que nos hicimos muy íntimos, digamos, intermitentemente, durante siete años.

Al cabo de un tiempo, dejó Pine Manor. Se hizo enfermera. Mientras estudiaba enfermera, le impresionaron tanto las enfermedades y muertes de los pobres que acabó ingresando en el partido comunista y me haría ingresar también a mí.

Así que puede que yo nunca me hubiese hecho comunista si Alexander Hamilton McCone no hubiera insistido en que llevase a una chica guapa al Arapahoe. Y ahora, cuarenta y cinco años después, entraba yo de nuevo en el vestíbulo del Arapahoe. ¿Por qué había decidido pasar allí mis primeras noches de libertad? Por lo irónico del asunto. No hay norteamericano que sea tan viejo y pobre y sin amigos que no pueda hacerse una colección con algunas de las pequeñas ironías más exquisitas de la ciudad.

Allí estaba yo de nuevo, había vuelto a donde un dueño de restaurante me había dicho

por primera vez: «*Bon appetit!*»

Un gran sector del vestíbulo originario era ahora agencia de viajes. Lo que quedaba para los huéspedes era un estrecho pasillo con una mesa de recepción al fondo. No era lo bastante ancho para que cupiese en él un sofá o un sillón. Las vidrieras de espejo a través de las cuales habíamos atisbado Sarah y yo para ver el famoso comedor habían desaparecido. La arcada en la que estaban aún seguía allí, pero estaba obstruida por una pared tan brutal y directa como el muro que impedía a los comunistas convertirse en capitalistas en Berlín, Alemania. Había un teléfono público fijado al muro. Estaba descerrajado. No tenía auricular ni micrófono.

Y, sin embargo, ¡el hombre de la mesa de recepción que estaba allí lejos al fondo, parecía vestir esmoquin e incluso *boutonnière*!

Mientras avanzaba hacia él, me di cuenta, sin embargo, de que el error de mis ojos había sido un error inducido. Aquel individuo llevaba en realidad una camiseta de algodón sobre la que había impreso una chaqueta de esmoquin *trompe l'œil* con camisa, con *boutonnière*, pajarita, gemelos, pañuelo en el bolsillo y todo. Nunca había visto yo una camiseta igual. No me pareció cómico. Me quedé muy confuso. En cierto modo, no era un chiste.

El encargado de noche tenía una barba auténtica y un ombligo aún más agresivamente auténtico, perfectamente a la vista por encima de sus pantalones bajos de cintura. Ya no viste así, he de decirlo; ahora es vicepresidente encargado de compras de Hospitality Associates, Ltd., una sucursal de la RAMJAC Corporation. Ahora tiene treinta años. Se llama Israel Edel. Como mi hijo, está casado con una negra. Es doctor en historia por la Universidad de Long Island, *summa cum laude* y es un Phi Beta Kappa. De hecho, la primera vez que nos vimos, para mirarme Israel tuvo que alzar la vista de las páginas de *The American Scholar*, la erudita publicación mensual Phi Beta Kappa. Aquel trabajo como encargado nocturno de recepción en el Arapahoe era el mejor que había podido encontrar.

—Tengo hecha la reserva —dije.

—¿Tiene hecha qué? —dijo. No se trataba de grosería. La sorpresa era auténtica. Nadie hacía ya reservas en el Arapahoe. La única forma de llegar allí era inesperadamente, como consecuencia de algún infortunio. Como me dijo Israel precisamente el otro día, que nos encontramos por casualidad en el ascensor: «Hacer una reserva en el Arapahoe es como hacer una reserva en una sala de quemados.» Por cierto que ahora supervisa la adquisición del Arapahoe, que, junto con otros cuatrocientos negocios hoteleros de todo el mundo, incluyendo uno en Katmandú, es un hotel de la Hospitality Associates Ltd.

Buscó mi carta en unos casilleros que había detrás de él y que, por lo demás, estaban vacíos.

—¿Una semana? —dijo incrédulo.

—Sí —dije yo.

Mi nombre no significaba nada para él. Su campo de especialidad histórico eran las herejías en la Normandía del siglo XIII. Pero advirtió que yo era un ex presidiario: por aquel remite tan raro del sobre, un número de apartado postal en un lugar remoto de Georgia y unos números detrás de mi nombre.

—Lo menos que podemos hacer —dijo— es darle, a usted la suite nupcial.

En realidad, no había suite nupcial. Todas las suites habían sido divididas en celdas hacía mucho. Pero había una celda, y sólo una, que estaba recién pintada y empapelada... debido, según supe más tarde, al espantoso asesinato de un prostituto que había tenido lugar allí. Israel Edel no pretendía ser desagradable ni grosero. Quería ser amable. En

realidad, la habitación era muy alegre.

Me dio la llave, que, según descubrí más tarde, abría prácticamente todas las puertas del hotel. Le di las gracias y cometí un pequeño error que solemos cometer nosotros, los coleccionistas de ironías. Intenté compartir una ironía con un extraño. Es algo que no puede hacerse. Le expliqué que había estado en el Arapahoe antes: en Milnovecientos Treintauno. No manifestó el menor interés. No se lo reprocho.

—Estaba corriéndome una juerga con una chica —dije.

—Ya —dijo él.

Insistí, sin embargo. Le conté cómo habíamos atisbado los dos por las puertas de batientes y visto el famoso restaurante. Le pregunté qué había ahora al otro lado de la pared. Su respuesta, que él mismo consideraba una descripción suavizada de los hechos, fue para mí tan dura como si me hubiese dado un bofetón. Me dijo lo siguiente:

—Películas porno puño.

Yo jamás había oído una cosa así. Le pregunté vacilante qué era.

Esto le despertó un poco, el que me sorprendiera y me asombrara tanto. Le fastidiaba, según me confesaría él mismo más tarde, el haberle explicado a un dulce viejecillo cosas tan terribles respecto a lo que pasaba en la puerta de al lado. Él podría haber sido mi padre, y yo su hijito. Llegó a decirme incluso:

—Es una tontería.

—Explíquemelo —dije.

Así que me explicó lenta y pacientemente, y con bastante renuencia, que allí había una sala de cine, justo donde antes estaba el restaurante. Y que aquella sala de cine estaba especializada en películas de actos de amor homosexuales masculinos, cuya culminación solía consistir en que uno de los actores embutía el puño por el trasero de otro actor.

La verdad, yo no sabía qué decir. Nunca había imaginado que la Primera Enmienda de la Constitución de los Estados Unidos de Norteamérica y la fascinante tecnología de una máquina cinematográfica se combinaran para formar una atrocidad tal.

—Perdone —me dijo.

—No creo que tenga usted la culpa, joven —dije—. Buenas noches.

Y fui en busca de mi habitación.

Pasé ante el muro brutal que estaba donde habían estado las vidrieras de espejo, camino del ascensor. Paré un momento allí. Mis labios musitaron algo que yo mismo no entendí de momento.

Y luego me di cuenta de que mis labios debían haber dicho lo que tenían que decir.

Era, por supuesto: «*Bon appetit.*»

¿Qué me reservaría el día siguiente?

Me encontraría, entre otras cosas, a Leland Clewes, el hombre al que había traicionado en Milnovecientos Cuarentainueve.

Pero primero desharía el equipaje y colocaría ordenadamente mis escasas pertenencias, leería un ratito y luego me entregaría al sueño reparador. Sería ordenado. «Al menos ya no fumo», pensé. Para empezar, la habitación estaba muy limpia.

Dos cajones de arriba del armario aceptaron sin problema todo lo que yo poseía, pero de todos modos miré en los demás cajones. Descubrí así que el de abajo del todo contenía siete clarinetes incompletos: sin estuches, boquillas ni pabellones.

A veces pasan esas cosas en la vida.

Lo que debería haber hecho, sobre todo teniendo en cuenta que era un ex presidiario, era bajar inmediatamente a recepción y decir que era custodio involuntario de un cajón lleno de piezas de clarinete y que quizás hubiese que llamar a la policía. Eran robados, claro. Al día siguiente, me enteraría de que procedían del asalto a mano armada de un camión en la autopista de Ohio... robo en el que había resultado muerto el conductor del camión. Así pues, cualquier persona relacionada con los instrumentos incompletos, en caso de que apareciesen, podría ser también cómplice de asesinato. Al parecer, se había comunicado a todas las tiendas de música del país que debían llamar inmediatamente a la policía si un cliente empezaba a hablar de comprar o vender cantidades apreciables de piezas de clarinete. Calculé que lo que había en aquel cajón sería una milésima parte del material robado.

Pero me limité a cerrar de nuevo el cajón. No quería bajar otra vez a recepción. En mi habitación no había teléfono. Ya lo diría por la mañana.

Me di cuenta de que estaba agotado. Aún no era la hora del telón en los cines y teatros de abajo, pero apenas si podía mantener abiertos los ojos. Así que bajé la persiana y me acosté. Me puse, como solía decir mi hijo cuando era pequeño, «a domi-ir», es decir, «a dormir».

Soñé que estaba sentado en un sillón en el club Harvard de Nueva York, a sólo cuatro bloques de distancia. No era joven otra vez. No era un presidiario, sin embargo, sino un hombre de mucho éxito en la vida: el director de una fundación de dimensiones medias, por ejemplo, o viceministro del Interior, o director ejecutivo de la Fundación Nacional de Protección a las Letras, o alguna cosa así. Estaba sinceramente convencido de que habría sido algo así en mis años crepusculares si no hubiese declarado contra Leland Clewes en Milnovecientos Cuarentainueve.

Era un sueño compensatorio. Me gustó mucho. Mis ropas estaban en perfecto estado. Aún vivía mi esposa. Yo tomaba coñac y café después de una excelente cena con varios miembros del curso de Milnovecientos Treintaicinco. Un detalle de la vida real incorporado al sueño: me sentía orgulloso de no fumar ya.

Pero entonces, sin darme cuenta, acepté un cigarrillo. Era sólo una satisfacción

civilizada más, muy a tono con la agradable conversación y la digestión satisfactoria y demás. «Sí, sí...» dije, recordando ciertas travesuras juveniles. Reí entre dientes, los ojos chispeando. Inhalé el humo hasta las plantas de los pies.

En el sueño, me desplomé en el suelo entre convulsiones. En la vida real, me caí de mi cama del hotel Arapahoe. En el sueño, mis húmedos, inocentes y rosados pulmones se convirtieron en dos negras uvas pasas. Empecé a rezumar un alquitrán acre y marrón por orejas y narices.

Pero lo peor de todo era la *vergüenza*.

Aunque empezaba a darme cuenta ya de que no estaba en el club Harvard y de que no había viejos condiscípulos sentados en sus sillones de cuero mirándome, e incluso después de descubrir que aún podía aspirar aire y que me nutría... incluso entonces, aún seguía sofocado por la vergüenza.

Acababa de destruir la única cosa que había en mi vida de la que podía sentirme orgulloso: el hecho de no fumar ya.

Y, al despertarme, examiné mis manos a la luz que subía de Times Square y caía luego de rebote sobre mí desde el techo recién pintado. Extendí los dedos y volví las manos hacia un lado y hacía otro, como habría hecho un mago. Era como si mostrase a un público imaginario que el cigarrillo que hacía sólo un momento sostenía en la mano se había desvanecido en el aire sutil.

Pero yo, como mago, estaba tan confundido como el público respecto a lo que habría podido ser del cigarrillo. Me levanté del suelo, lleno de pesar, y miré a mi alrededor por todas partes buscando el delator ojo rojizo de un cigarrillo.

Pero no había ningún ojo rojizo.

Me senté al borde de la cama, despierto del todo al fin, y empapado de sudor. Hice inventario de mi situación. Sí, había salido de la prisión aquella mañana. Sí, me había colocado en la sección de fumadores del avión, pero no había sentido deseos de fumar. Sí, estaba ahora en la planta más alta del Hotel Arapahoe.

No, no había ningún cigarrillo por ninguna parte.

En cuanto a la búsqueda de la felicidad en este planeta: yo era tan feliz como cualquier ser humano de la historia.

«A Dios gracias —pensé—, ese cigarrillo era sólo un sueño.»

A las seis en punto de la mañana siguiente, que era la hora de levantarse en la prisión, salí a una ciudad aturdida de su propia inocencia. Nadie hacía mal a nadie en ningún sitio. Hasta resultaba difícil *imaginar* la maldad. ¿Por qué iba a ser malo alguien?

Parecía dudoso que viviesen allí ya muchas personas. Los pocos que deambulábamos por la calle podríamos haber sido turistas de Angkor Wat, que se preguntasen dulcemente qué religión y qué comercio habrían movido a las gentes a construir una ciudad como aquélla. ¿Y qué habría hecho decidirse a emprender la marcha de nuevo a toda aquella gente, que se había sentido, evidentemente, tan estimulada durante un tiempo?

Tendría que reinventarse el comercio. Le ofrecí al vendedor de periódicos dos monedas de diez centavos, dos pedacitos de papel de plata tan ingrátidos como pelusa, por un ejemplar del *New York Times*. Si se hubiese negado a dármelo, lo hubiese entendido perfectamente.

Pero me dio un *Times* y luego me miró detenidamente, preguntándose, sin duda, qué me propondría hacer yo con todo aquel papel salpicado de tinta.

Ocho mil años antes, yo podría haber sido un marinero fenicio cuyo barco hubiese encallado en la arena en Normandía» y que ofreciese a un hombre pintado de azul dos puntas de lanza de Bronce por el sombrero de piel que éste llevase. «¿Quién será este loco?» pensaría él. «¿Quién será este loco?» pensaría yo.

Se me ocurrió una idea extraña: la de llamar al ministro de Economía, Kermit Winkler, un hombre que se había graduado en Harvard dos cursos después que yo, y decirle: «Acabo de probar dos de tus monedas de diez centavos en Times Square, y funcionan de maravilla. ¡Me parece otro éxito de la técnica monetaria!»

Luego me encontré con un policía de cara de bebé. Estaba tan inseguro como yo de su papel en la ciudad. Me miró bovinamente, como si fuese muchísimo más probable que el policía fuera yo y él el viejo vagabundo. ¿Quién podía estar seguro de nada tan temprano?

Miré mi imagen en la fachada de mármol negro de una tienda de discos cerrada. Poco imaginaba yo que pronto sería un magnate de la industria discográfica, con discos de oro y platino de cacofonía subnormal en la pared de mi oficina.

Había algo raro en la posición de mis brazos en aquella imagen reflejada. Intenté determinar qué era. Daba la sensación de que llevara en brazos a un bebé. Y luego me di cuenta de que esto estaba de acuerdo con mi humor, que yo llevaba realmente como si fuese un niño el pequeño futuro que creía tener. Le mostré a aquel bebé las cimas de los rascacielos, del Empire State y del Edificio Chrysler, los leones de la entrada de la Biblioteca Pública. Crucé con él una entrada de la gran Estación Central donde, si nos cansábamos de la ciudad podíamos comprar un billete prácticamente para cualquier sitio.

Poco imaginaba yo que muy pronto estaría corriendo por las catacumbas debajo de la estación, y que descubriría el objetivo secreto de la RAMJAC Corporation allí abajo.

El bebé y yo volvimos a enfilar de nuevo hacia el oeste. Si hubiéramos seguido hacia el este, pronto hubiéramos llegado a Ciudad Tudor, donde vivía mi hijo. No queríamos verle.

Sí, paramos delante del escaparate de una tienda de cestas de mimbre para ir de merienda al campo... completados con termos y cajitas para emparedados y demás. Había también una bicicleta. Pensé que aún podría montar en bici. Le dije mentalmente al bebé que podríamos comprar una cesta de aquellas y una bicicleta, e irnos hasta algún puerto abandonado un día agradable de sol a comer emparedados de pollo remojados con limonada, mientras arriba en el cielo planeaban y plañían las gaviotas. Empezaba a tener hambre. En la prisión a aquellas horas habría estado hartos ya de café y de gachas de avena.

Pasé ante la Century Association, en la calle Cuarentaitrés oeste, un club de caballeros a donde me había invitado a comer, poco después de la Segunda Guerra Mundial, Peter Gibney, el compositor, compañero mío de clase en Harvard. Nunca volvieron a invitarme. Habría dado cualquier cosa en aquel momento por ser encargado de bar allí, pero Gibney aún vivía y probablemente siguiese perteneciendo a aquel club. Podría decirse que habíamos roto después de mi declaración contra Leland Clewes. Gibney me mandó una postal sin sobre, para que mi esposa y el cartero también pudieran leer lo que me decía.

«Querido Comemierda —decía—. ¿por qué no te escondes debajo de una piedra en cualquier sitio?» La imagen de la postal era la Mona Lisa con esa extraña sonrisa suya. Al final de la manzana, estaba la cafetería del Hotel Royalton, y hacia allí me encaminé. He de decir, por otra parte, que el Royalton, como el Arapahoe, era un hotel de Hospitality Associated, Ltd., es decir, un hotel de la RAMJAC. Pero cuando llegué a la puerta de la cafetería, mi confianza en mí mismo se había desmoronado. La había sustituido el pánico. Me creía el viejo vagabundo más viejo y sucio de todo Manhattan. Si entraba en la cafetería, todo el mundo sentiría repugnancia. Me echarían y me dirían que me fuese al Bowery, que allí estaba mi sitio.

Pero no sé cómo conseguí acumular valor suficiente para entrar... ¿e imaginaos mi sorpresa! ¡Era como si hubiese muerto y hubiese ido al cielo! Una camarera me dijo: «Siéntese, querido, le traeré su café inmediatamente», y yo no le había dicho nada.

En fin, me senté y a todas partes adonde miraba veía clientes de todos los tipos a quienes se recibía con amor. Para la camarera todos eran «querido» y «cariño». Era como una sala de urgencias después de una gran catástrofe. No importaba a qué clase o raza perteneciesen las víctimas. Se daba a todos la misma medicina milagrosa, es decir, café. La catástrofe era en este caso, claro, que había vuelto a salir el sol.

Y yo pensé para mí: «Dios mío... estas camareras y estos cocineros son tan ignorantes como las aves y los reptiles de las islas Galápagos del Ecuador. Podía hacer tal comparación porque había leído sobre esas pacíficas islas en la cárcel, en un *National Geographic* que me había prestado el antiguo ayudante del gobernador de Wyoming. En aquellas islas, los animales llevaban miles de años sin un enemigo, natural o no natural. La idea de que alguien quisiese hacerles daño les resultaba inconcebible.

Así que un individuo podía desembarcar allí y acercarse sin problema a un animal y descerrarle la cabeza, si quería. El animal no tendría ningún plan previsto para tal caso, y todos los demás animales se limitarían a quedarse mirando incapaces de sacar de aquello ninguna lección. Un individuo podía acabar con todos los animales de la isla, si tal era su idea de los negocios o de la diversión.

Tenía la sensación de que si el monstruo de Frankenstein irrumpiera en la cafetería atravesando una pared de ladrillos, todo lo que le dirían sería: «Siéntate aquí, corderito, que te traeremos en seguida tu café.»

No operaba el propósito del beneficio. Las transacciones eran del orden de sesenta y ocho centavos, un dólar diez, dos dólares setenta y tres. Más tarde, me enteré de que el

individuo que llevaba la caja registradora era el dueño, pero no se quedaba en su puesto guardando el dinero. Quería cocinar y servir a la gente también, así que las camareras y los cocineros andaban siempre diciéndole: «Frank, que este cliente es mío. Vuelve a la caja.» O «Aquí el cocinero soy yo, Frank. ¿Qué mejunje es ése que has empezado a hacer? Vuelve a la caja», y etcétera.

Su nombre completo era Frank Ubriaco. Ahora es vicepresidente ejecutivo de la sucursal de la RAMJAC Corporation Hamburguesas McDonald.

No pude evitar darme cuenta de que tenía lisiada la mano derecha. Era como si se la hubiesen momificado, aunque aún podía manejar un poco los dedos. Le pregunté a mi camarera de qué había sido. Me dijo que Frank se había frito literalmente aquella mano hacía más o menos un año. Se le cayó, por accidente, el reloj en una cacerola de aceite hirviendo. Antes de darse cuenta de lo que hacía, metió la mano en el aceite intentando recuperar el reloj, que era un Bulova Accutron.

En fin, salí de nuevo a la ciudad, sintiéndome mucho mejor.

Me senté a leer el periódico en Parque Bryant, detrás de la biblioteca pública en la calle Cuarenta y dos. Tenía la barriga llena y calentita como una estufa. No era para mí ninguna novedad leer el *New York Times*. En la prisión, aproximadamente la mitad de los reclusos estaban suscritos al *Times* y al *Wall Street Journal* también y a *Time* y a *Newsweek* y *Sports Illustrated*, también, y a muchas más cosas. A *People*. Yo no estaba suscrito a nada, porque las papeleras de la cárcel siempre estaban llenas de publicaciones periódicas de todo tipo.

Encima de todas las papeleras de la cárcel había, por otra parte, un letrero que decía: «¡Por favor!» Y debajo de estas palabras una flecha que señalaba directamente hacia abajo.

Al ojear el *Times* vi que mi hijo Walter Stankiewicz, antes Starbuck, hacía una reseña de la autobiografía de una estrella cinematográfica sueca. El libro parecía gustarle mucho. Me enteré de que la actriz había pasado sus vicisitudes.

Pero lo que yo quería leer en concreto era lo que explicaba *Times* de su absorción por parte de la RAMJAC Corporation. Se concedía la misma importancia a la noticia que a una epidemia de cólera en Bangladés. Le concedían siete centímetros de espacio en la esquina inferior de una página interior. El presidente del consejo de administración de la RAMJAC, Arpad Leen, decía que la RAMJAC no se proponía hacer ningún cambio de personal ni de política editorial. Indicaba que a todas las publicaciones que había absorbido la RAMJAC en el pasado, incluida la de Time Incorporated se les había permitido continuar según sus criterios, sin ninguna interferencia de la RAMJAC.

«Sólo ha cambiado la propiedad —decía—. Y debo añadir, como importante ejecutivo de la RAMJAC, que nosotros no modificamos gran cosa las empresas que absorbemos. Si una de ellas empezase a morir, por supuesto... eso despertaría nuestra curiosidad.»

La reseña decía que el director del *Times* había recibido una nota manuscrita de la señora de Jack Graham «...dándole la bienvenida a la familia RAMJAC». Decía que esperaba que el director deseara seguir en su puesto. Bajo la firma había las huellas de todos sus dedos y pulgares. No cabía duda alguna de la autenticidad de la carta.

Miré a mi alrededor allí en el Parque Bryan. Los lirios habían alzado sus corolas por encima de la yedra que había matado el invierno y de los sobres de papel cristal que había por los bordes de los senderos. Mi esposa Ruth y yo habíamos tenido lirios y yedra debajo del manzano silvestre florido, a la entrada de nuestro chalecito de Chevy Chase, en Maryland.

Hablé con los lirios.

—Buenos días —les dije.

Sí, y debí entrar de nuevo en un arrobamiento defensivo. Estuve tres horas sin moverme del banco.

Me espabiló al fin una radio portátil que estaba puesta muy alto. El joven que la llevaba se sentó en un banco frente al mío. Parecía hispano. No me enteré de cómo se llamaba. Si hubiese tenido algún detalle conmigo, podría ser ahora ejecutivo de la RAMJAC Corporation. Por la radio daban las noticias. El locutor decía que la calidad del aire era inaceptable aquel día. Imaginaos: aire inaceptable.

El joven parecía no escuchar su propia radio. Puede que ni siquiera entendiese el inglés. El locutor hablaba con una especie de aullante hilaridad, como si la vida fuese una cómica carrera de obstáculos, con caballos, y peligros, y vehículos no convencionales. Me hacía pensar que hasta yo era uno de los participantes... en una bañera arrastrada por tres cerdos hormigueros, quizás. Yo tenía tantas oportunidades de ganar como cualquiera.

Habló de otro hombre que había sido condenado a morir en una silla eléctrica en Texas. Este condenado había dado instrucciones a sus abogados de que se opusiesen a cualquiera, incluido el gobernador y el Presidente de los Estados Unidos, que quisiera concederle un aplazamiento de la ejecución. Evidentemente, lo que deseaba por encima de todas las cosas era morir en la silla eléctrica.

Bajaron por el sendero dos corredores que pasaron entre el de la radio y yo. Eran un hombre y una mujer de chandal naranja y oro idéntico y calzado a juego. Yo sabía ya de esa nueva locura por el pedestrismo. En la prisión había varios corredores. A mí me parecían unos fatuos.

En cuanto al joven y su radio, yo llegué a la conclusión de que el joven había comprado aquel chisme como un instrumento protésico, como un entusiasmo artificial por el planeta. Le prestaba tan poca atención como le prestaba yo a mi diente postizo. He visto desde entonces a varios jóvenes como aquél en grupos, con sus radios conectadas a emisoras distintas, con las radios enzarzadas en animada charla. Los propios jóvenes, a los que quizás no hayan dicho en toda su vida más que «a callar», no tenían nada que decir.

Pero de pronto, la radio del joven dijo algo tan espantoso que me levanté del banco, salí del parque y me sumé a la multitud de libre empresarios que se dirigían por la calle Cuarenta y dos hacia la Quinta Avenida.

La noticia era ésta: una joven drogadicta medio tonta de mi estado natal de Ohio, de unos diecinueve años de edad, había tenido un hijo de padre desconocido. Los asistentes sociales la instalaron con el niño en un hotel no muy distinto del Arapahoe. Ella compró para protegerse un perro policía pastor alemán adulto, pero se olvidó de darle de comer. Luego se fue una noche a resolver un asunto no especificado y dejó al perro cuidando al bebé. Cuando volvió, se encontró con que el perro había matado a la criatura y se había comido parte.

¡Qué tiempos nos ha tocado vivir!

En fin, allí iba yo desfilando tan decidido como el que más hacia la Quinta Avenida. De acuerdo con el plan, empecé a examinar las caras de los que se cruzaban conmigo, buscando una conocida que pudiera serme útil. Estaba dispuesto a ser paciente. Sería como buscar oro, pensaba. Como buscar un centelleo de metal precioso en un plato de arena.

Cuando llegué a la esquina de la Quinta Avenida, se dispararon ensordecedoramente mis sistemas de alarma: «¡Bip, bip, bip! ¡Jonk, jonk, jonk! ¡Rourr, rourr, rourr!»

¡Había hecho una identificación positiva!

El que venía hacia mí era la cáscara del hombre que me había robado a Sarah Wyatt, el hombre a quien yo había hundido en Milnovecientos Cuarentainueve. Aún no me había

visto él a mí. ¡Era Leland Clewes!

Estaba completamente calvo y llevaba embutidos los pies en unos zapatos rotos, y las vueltas de los pantalones deshilachadas, y el brazo derecho como muerto. En su extremo oscilaba una gastada cartera de muestras. Clewes se había convertido en un vendedor fracasado, como descubriría más tarde, de sobres de cerillas y calendarios con publicidad.

He de decir que en la actualidad es vicepresidente de la sucursal Diamond Match de la RAMJAC Corporation.

Pese a todo lo que le había pasado, mientras avanzaba hacia mí, iluminaba su rostro la buena voluntad adolescente y simplona de siempre. Tenía esa expresión hasta en una fotografía de su entrada en la prisión de Georgia, con el guardián mirándole como solía hacer el ministro del Interior. Cuando Clewes era joven, los hombres mayores que él siempre le miraban como diciendo: «Éste es mi chico.»

¡Y por fin me vio!

El contacto ocular casi me electrocuta. ¡Fue como si me hubiese dado de narices con una farola!

Me crucé con él y seguí caminando. No tenía nada que decirle ni ganas de parar y escuchar todas las cosas terribles que tenía derecho a decirme él.

Sin embargo, cuando llegué a la esquina cambió el semáforo y quedamos separados por coches en marcha; entonces me atreví a volverme y mirarle.

Clewes me miraba también. Era evidente que aún no había dado con un nombre para mí. Señalaba hacia mí con su mano libre, indicando que sabía que yo había figurado de algún modo en su vida. Y luego hizo girar aquel dedo como un metrónomo, repasando posibles nombres para mí. Le resultaba divertido. Tenía los pies separados, las rodillas dobladas y su expresión decía que de momento recordaba sólo que habíamos estado relacionados hacía años en alguna especie de locura, en algún tipo de travesura infantil.

Yo estaba hipnotizado.

Pero quiso la suerte que detrás de él hubiese unos fanáticos religiosos descalzos cantando y bailando ataviados con túnicas color azafrán. Con lo que él parecía el director de una comedia musical.

No es que yo no tuviese mi propio acompañamiento. Me había colocado, sin darme cuenta, entre un hombre anuncio con sus dos tabloncillos y su sombrero de copa, y una viejecita sin hogar que llevaba todas sus pertenencias en bolsas de plástico. Calzaba unos playeros púrpura y rojo enormes. Había tal desproporción entre los playeros y el resto de su persona que parecía un canguro.

Mis dos compañeros de reparto hablaban con los transeúntes. El hombre anuncio estaba diciendo cosas como «Meted a las mujeres otra vez en la cocina» y «Dios nunca quiso que las mujeres fuesen iguales que los hombres», etcétera. La señora de las bolsas de plástico parecía estar insultando a los desconocidos por su obesidad, llamándoles, según oí, «gordos presumidos», y «gordos ricos», y «gordos engreídos», y «gordos» de un centenar de variedades más.

El problema era éste: yo llevaba tanto tiempo fuera de Cambridge, Massachusetts, que no podía percibir ya que la mujer llamaba «gordos» a los transeúntes con el acento de la clase obrera de Cambridge.

Y en la puntera de uno de sus inmensos playeros, entre otras cosas, había hipócritas cartas de amor mías. ¡Qué pequeño es el mundo!

¡Dios mío! ¡Y qué cruel y agobiante puede ser a veces la vida!

Cuando Leland Clewes comprendió, desde el otro lado de la Quinta Avenida, quién era

yo, dispuso su boca en una «O» perfecta. No pude oírle decir «oh», pero pude verle decir «oh». Hacía un poco de broma por nuestro encuentro después de tantos años, exagerando su sorpresa y su consternación, como un actor en una película muda.

Era evidente que se disponía a cruzar de nuevo la calle en cuanto cambiase el semáforo. Entretanto, todos aquellos estúpidos hindúes de pacotilla de túnicas azafrán seguían cantando y bailando detrás de él.

Aún tenía tiempo de huir. Creo que lo que me hizo aguantar fue esto: La necesidad de demostrarme a mí mismo que era un caballero. En los momentos difíciles, cuando había tenido que declarar contra él, casi toda la gente que escribía sobre nosotros, especulando sobre quién decía la verdad y quién no, llegaba a la conclusión de que él era un auténtico caballero, descendiente de una larga estirpe de caballeros y que yo era un individuo de origen eslavo que sólo pretendía ser un caballero. En consecuencia, el honor, el valor y la veracidad eran algo básico para él y significaban muy poco para mí.

Se destacaron también otros contrastes, desde luego. A cada nueva edición de periódicos y revistas yo parecía ser más bajo y él más alto. Mi pobre esposa era cada vez más gorda y más extranjera, y su mujer era cada vez más una muchachita rubia norteamericana. Sus amigos se hicieron más numerosos y respetables y a los míos no podía encontrarseles ya ni debajo de las piedras. Pero lo que más íntimamente me atribulaba era la idea de que él era honorable y yo no. Así pues, veintiséis años después, eso fue lo que hizo aguantar a este pequeño presidiario eslavo.

Del otro lado de la avenida llegaba el antiguo campeón anglosajón, que ahora era un astroso y feliz espantapájaros.

Su aparente felicidad me desconcertaba. «¿Cómo puede estar tan contenta esta ruina humana?» me pregunté.

En fin, allí estábamos otra vez reunidos, con la dama de las bolsas de plástico mirando y escuchando. Él posó la cartera de muestras y me tendió la mano derecha. Hizo una broma, remedando el encuentro de Henry Morton Stanley y David Livingstone en el corazón de África:

—Walter F. Starbuck, supongo.

Y bien podríamos haber estado en el corazón de África, por lo que los demás sabían o por lo que se ocupaban ya de nosotros. Supongo que la mayoría de la gente, si es que nos recordaba nos creería muertos. Y nunca habíamos sido tan importantes en la historia norteamericana como habíamos creído a veces. Éramos, si se me permite la expresión, como pedos en huracán... o como «gordos en huracán» que diría la señora de las bolsas de plástico.

¿Albergaba yo resentimiento contra él por haberme robado la novia hacía tanto? No. Sarah y yo nos habíamos amado, pero nunca podríamos haber sido felices como marido y mujer. Nunca habríamos conseguido articular una vida sexual. Yo jamás había logrado persuadirla para que se tomase la sexualidad en serio. Leland Clewes había triunfado donde yo había fracasado... ante la sorpresa y el agradecimiento de ella, estoy seguro.

¿Qué tiernos recuerdos tenía yo de Sarah? Mucha charla sobre el sufrimiento de los seres humanos y lo que podría hacerse al respecto... y luego estupidez infantil a modo de alivio. Recopilábamos chistes para contárnoslos, para utilizarlos en los momentos de desahogo. Llegamos a tener verdadera adicción a hablar por teléfono horas seguidas. No he conocido narcótico más dulce que aquellas charlas. Era como si nos desprendiésemos de la carne... como si fuésemos almas del planeta Vicuna en vuelo libre. Si se hacía un silencio, uno de los dos le ponía fin iniciando un chiste.

—¿Cuál es la diferencia entre una enzima y una hormona? —me preguntaba ella, por ejemplo.

—No sé —decía yo,

—Pues que a la enzima no puedes oírla —decía. Y los chistes tontos seguían y seguían... aunque ella hubiera visto algo horrible en el hospital aquel día.

Yo estaba a punto de decirle grave, prudente, pero sinceramente:

«¿Cómo estás, Leland? Me alegro de volver a verte», pero nunca llegué a decirlo. La señora de las bolsas de plástico, que tenía una voz chillona y penetrante, gritó:

—¡Oh, Dios mío! ¡Walter F. Starbuck! ¿Eres tú realmente?

No intento siquiera reproducir su acento en letra impresa.

Pensé que estaba loca. Pensé que habría repetido como un loro cualquier nombre que Clewes hubiese decidido adjudicarme. Si él me hubiese dicho «Bumppious Q. Bangwhistle», estaba seguro de que habría gritado «¡Oh, Dios mío! ¡Bumppious Q. Bangwhistle! ¿Eres tú realmente?»

Luego empezó a posar las bolsas de plástico apoyándolas en mis piernas, como si yo fuese una boca de riego oportuna. Tenía como seis bolsas, que yo más tarde examinaría con calma. Eran de las tiendas más caras de la ciudad: Henry Bendel, Tiffanys, Sloane's, Bergdorf Goodman, Bloomingdale's, Abercrombie & Fitch. Todas salvo la de Abercrombie & Fitch, por otra parte, que pronto entraría en quiebra, eran subsidiarias de la RAMJAC Corporation. En las bolsas llevaba andrajos, recogidos de cubos de basura. Sus posesiones más valiosas las llevaba en los playeros.

Intenté ignorarla. Aunque me inmovilizó con las bolsas, seguí mirando a Leland Clewes a la cara.

—Tienes muy buen aspecto —le dije.

—Me encuentro muy bien —dijo—. Y Sarah también está muy bien. Supongo que te alegrará saberlo.

—Claro que me alegra —dije—. Es una chica estupenda.

Sarah ya no era una chica, claro.

Clewes me explicó entonces que aún trabajaba algo de enfermera, aunque no jornada completa.

—Me alegro —dije.

Ante mi horror, sentí como si un vampiro repugnante se hubiese descolgado de los aleros de un edificio y hubiese aterrizado en mi muñeca. La señora de las bolsas de plástico me había agarrado con su sucia manecita.

—¿Es tu mujer? —dijo él.

—¿Mi qué? —dije yo.

Pensaba que me había hundido tanto que aquella espantosa vieja y yo formábamos pareja.

—¡Es la primera vez que la veo! —dije.

—¡Oh, Walter, Walter, Walter, Walter! —chilló ella—. ¿Cómo puedes decir una cosa así?

Le aparté la mano; pero en cuanto volví mi atención a Clewes, volvió a agarrarme la muñeca.

—Haz como si no existiera —dije—. Es un disparate. No tiene ninguna relación

conmigo. No quiero que estropee este momento, que significa mucho para mí.

—Oh, Walter, Walter, Walter —dijo ella—. ¿Qué ha sido de ti? Tú no eres el Walter F. Starbuck que yo conocí.

—Desde luego —dije—. Porque tú no conociste jamás a ningún Walter F. Starbuck, y en cambio este hombre sí. Y dije a Clewes:

—Supongo que sabes que he pasado yo también una temporada en la cárcel.

—Sí —dijo él—. Sarah y yo lo sentimos muchísimo.

—Salí ayer por la mañana —dije.

—Te quedan días difíciles por delante —dijo él—. ¿Tienes a alguien que se cuide de ti?

—Yo me cuidaré de ti, Walter —dijo la señora de las bolsas de plástico.

Y se acercó más a mí para decirlo fervorosamente, y casi me mareo de su hedor y su horroroso aliento. Su aliento no sólo estaba cargado del hedor de dientes podridos sino, como apreciaría más tarde, de gotitas minúsculas de aceite de cacahuete. Llevaba años comiendo sólo manteca de cacahuete.

—¿De quién vas a cuidarte tú! —le dije.

—Oh... te sorprenderías de todo lo que podría hacer yo por ti —dijo ella.

—Leland —dije—, lo único que quiero decirte es que ahora sé lo que es la cárcel y, maldita sea, lo que más lamento de toda mi vida es el haber influido en que te mandasen a ti a la cárcel.

—Bueno —dijo él—. Sarah y yo hemos hablado muchas veces de lo que más nos gustaría decirte.

—Sí, claro —dije yo.

—Y es esto —dijo—: «Muchísimas gracias, Walter. El que yo fuese a la cárcel fue lo mejor que pudo pasarnos a Sarah y a mí.» No hablo en broma. Palabra de honor. Es verdad. Me quedé perplejo.

—¿Cómo es posible? —dije.

—Porque la vida es, en principio, una prueba —dijo—. Si mi vida hubiese seguido como iba, habría llegado al cielo sin haberme enfrentado jamás a un problema que no fuese facilísimo de resolver. San Pedro no habría tenido más remedio que decirme: «Hijo mío, tú no has vivido. ¿Quién puede decir lo que eres?»

—Comprendo —dije.

—Sarah y yo no sólo estamos enamorados —dijo—, sino que nuestro amor ha resistido las pruebas más duras.

—Eso me parece muy hermoso —dije.

—Nos gustaría que pudieses comprobarlo —dijo—. ¿Podrías venir a cenar alguna vez?

—Sí... supongo —dije.

—¿Dónde te alojas? —dijo él.

—En el Hotel Arapahoe —dije.

—Creí que lo habrían derribado hace años —dijo.

—No —dije.

—Tendrás noticias nuestras —dijo.

—Eso espero —dije.

—Como verás —dijo—, no tenemos nada en cuanto a riqueza material. Pero nada necesitamos en cuanto a riqueza material.

—Eso me parece muy inteligente —dije.

—Pero te diré algo —dijo—: La comida es buena, como puede que recuerdes, Sarah es una maravillosa cocinera.

—Claro que lo recuerdo —dije. Y entonces, la señora de las bolsas de plástico ofreció la primera prueba de que realmente sabía muchísimo de mí.

—Estáis hablando de Sarah Wyatt, ¿verdad? —dijo.

Hubo un silencio entre nosotros, aunque el estruendo de la metrópolis no cesaba. Ni Clewes ni yo habíamos mencionado el apellido de soltera de Sarah.

Conseguí preguntarle al fin, aturdido por imprecisos celos:

—¿Cómo sabes su nombre?

Entonces ella adoptó una actitud taimada y coqueta:

—¿Crees que no sé que me la pegabas con ella todo el tiempo? —dijo.

Con esta información, ya no tenía que pensar quién era. Había estado acostándome con ella durante mi último año en Harvard, mientras aún acompañaba a la virginal Sarah Wyatt a fiestas y conciertos y espectáculos deportivos.

Era una de las cuatro mujeres a las que había querido. La primera con la que había tenido algo parecido a una experiencia sexual adulta.

¡Aquello eran los restos de Mary Kathleen O’Looney!

—Yo fui su encargada de distribución —dijo Mary Kathleen a Leland Clewes a voces—. ¿Verdad que era una buena encargada de distribución, Walter?

—Sí... Claro que lo eras —dije.

Nos conocimos así: ella se presentó en la pequeña oficina de *The Bay State Progressive* en Cambridge, al principio de mi último curso, diciendo que haría absolutamente cualquier cosa que le mandase siempre que con ello mejorara la situación de la clase obrera. La nombré encargada de ventas, le encomendé la tarea de llevar el periódico a las puertas de las fábricas y a las colas de necesitados, etc. Entonces era una cosita flacucha, pero muy entera y alegre y muy ostentosa debido a su melena pelirroja. Odiaba mucho el capitalismo porque su madre fue una de las que murieron envenenadas por radio después de trabajar para la Wyatt Clock Company. Su padre había quedado ciego por beber alcohol metílico siendo vigilante nocturno de una fábrica de betún.

En fin, lo que quedaba de Mary Kathleen inclinó la cabeza, correspondiendo modestamente a mi confirmación de que había sido una buena encargada de distribución, y nos mostró su coronilla a Leland Clewes y a mí: tenía una calva del tamaño de un dólar de plata. La tonsura que la orlaba era rala y blancuzca.

Leland Clewes me diría más tarde que estuvo a punto de desmayarse. Era la primera vez que le veía una calva así a una mujer.

No pudo soportarlo. Cerró los ojos azules y se volvió.

Cuando volvió a mirarme virilmente, evitó mirar directamente a Mary Kathleen, como el mitológico Perseo había evitado mirar a la cara a la Gorgona.

—Tenemos que vernos pronto —dijo.

—Sí —dije yo.

—Pronto tendrás noticias mías —dijo.

—Eso espero —dije.

—Tengo prisa —dijo.

—Comprendo —dije.

—Cuídate —dijo.

—Lo haré —dije.

Y se fue.

Las bolsas de plástico de Mary Kathleen aún descansaban alrededor de mis piernas. Yo estaba tan inmovilizado y resultaba tan llamativo como Santa Juana de Arco en el poste de la hoguera. Mary Kathleen aún me tenía cogido por la muñeca y no bajaba la voz.

—Ahora que te he encontrado, Walter —gritaba— ¡no volveré a dejarte marchar!

En ninguna parte del mundo se representaban ya obras como aquélla. Por si puede ser útil para los empresarios modernos: Puedo atestiguar por experiencia personal que el melodrama aún puede atraer a grandes multitudes, siempre que la protagonista hable a voces y muy claro.

—Siempre me decías que me querías muchísimo, Walter —gritaba—. Pero luego te

fuiste y nunca volví a tener noticias tuyas. ¿Sólo querías engañarme?

Puede que yo emitiese algún sonido de respuesta. «Ejem», quizás, o «sss».

—Mírame a los ojos, Walter —dijo ella.

Desde un punto de vista sociológico, este melodrama era, sin duda, tan fascinante como *La cabaña del Tío Tom* antes de la guerra de secesión. Mary Kathleen O’Looney no era la única señora de las de bolsas de plástico de los Estados Unidos de Norteamérica. Había miles y miles en las grandes ciudades de todo el país. Andrajosos regimientos que había producido accidentalmente, y sin ningún objetivo visible, la gran maquinaria de la economía. Otro sector de la máquina estaba lanzando asesinos recalcitrantes de diez años y drogadictos y torturaniños y otras muchas cosas malas. La gente afirmaba estar investigando. En un futuro próximo había que hacer ciertas reparaciones no especificadas.

Entretanto, la gente de buen corazón sentía repugnancia por todos estos trágicos subproductos de la economía, lo mismo que había sentido repugnancia por la esclavitud de los seres humanos poco más de cien años atrás. Mary Kathleen y yo éramos un milagro por el que nuestro público debía haber rezado una y otra vez: la salvación de una de las señoras de bolsas de plástico, al menos, por un hombre que la conocía bien.

Había gente llorando. Hasta yo mismo estaba casi a punto de llorar.

—Abrácela —dijo una mujer.

Lo hice.

Y me vi, de pronto, abrazando un manojito de ramitas secas envueltas en puros andrajos. Y entonces fue cuando yo también rompí a llorar. Y era la primera vez que lloraba desde que había encontrado muerta a mi esposa en la cama una mañana... allá en mi chalecito de Chevy Chase, Maryland.

Mi nariz, gracias a Dios, había dejado de funcionar por entonces. Las narices suelen ser así de misericordiosas. Ellas te informan de que una cosa huele horriblemente. Si de todos modos sigues junto a ella, la nariz llega a la conclusión de que el olor no debe ser tan malo en realidad. Y entonces se bloquea, acatando una sabiduría superior. Por eso podemos comer queso de Limburger... o *abrazar* a la hedionda ruina de una antigua novia en la esquina de la Quinta Avenida y la calle Cuarenta y dos.

Por un momento, pareció como si Mary Kathleen se hubiera muerto en mis brazos. Para ser del todo sincero, he de decir que no me hubiese importado gran cosa. ¿A dónde podía llevármela yo, en realidad? ¿Qué podía ser mejor para ella que recibir el abrazo de un hombre que la había conocido cuando era joven y hermosa e irse inmediatamente al cielo?

Habría sido maravilloso. Pero yo nunca habría llegado a convertirme en vicepresidente ejecutivo de la sucursal Down Home Records de la RAMJAC Corporation. Quizás en este momento estuviese durmiendo una mona en el Bowery, mientras un monstruo juvenil me empapaba en gasolina y me prendía fuego con su encendedor Cricket.

Mary Kathleen habló entonces con mucha suavidad.

—Dios te ha enviado a mí, sin duda —dijo.

—Vamos, vamos —dije. Seguía abrazándola.

—Ya no hay nadie en quien poder confiar —dijo ella.

—Bueno, bueno —dije yo.

—Todos andan detrás de mí —dijo ella—. Quieren cortarme las manos.

—Vamos, vamos —dije yo.

—Creí que habías muerto —dijo.

—No, no.

—Creí que todos estaban muertos, salvo yo.

—Vamos, vamos —dije.

—Aún creo en la revolución, Walter —dijo.

—Me alegro,

—Todos los demás perdieron el valor —dijo—. Yo nunca lo perdí.

—Te felicito —dije.

—Nunca dejé de trabajar por la revolución —dijo.

—Estoy seguro de ello —dije yo.

—Te sorprenderías si supieses —dijo.

—Llévela a darse un baño caliente —dijo uno de los mirones.

—Dele algo de comer —dijo otro.

—La revolución es inminente, Walter... va a llegar antes de lo que tú te imaginas —dijo Mary Kathleen.

—Tengo una habitación en un hotel donde podrás descansar un rato —dije—. Tengo un poco de dinero, no mucho, pero algo.

—Dinero —dijo ella, y se echó a reír. Su actitud despectiva y jocosa hacia el dinero no

había cambiado. Era exactamente la misma que cuarenta años atrás.

—¿Quieres que vayamos? —dijo—. Queda cerca de aquí.

—Conozco un sitio mejor —dijo ella.

—Dele vitaminas —dijo otro mirón.

—Sígueme, Walter —dijo Mary Kathleen. De nuevo se estaba haciendo fuerte. Fue ella quien se separó ya de mí, y no al revés. Su voz volvía a ser ronca y estridente. Recogí tres de sus bolsas y ella cogió las otras tres. Nuestro destino final resultaría ser la mismísima cúspide del Edificio Chrysler, la tranquila sala de exposiciones de la American Harp Company, que quedaba allá arriba. Pero primero tuvimos que conseguir que la gente nos dejase pasar, para lo cual ella empezó a llamarles, mientras les apartaba, «gordos capitalistas» y «plutócratas engreídos» y «sanguijuelas» y todo eso de nuevo.

Su medio de locomoción en sus playeros gargantuescos era éste: apenas los alzaba del suelo, empujando uno y luego otro hacia adelante, como si fuese esquiando campo a través, mientras la parte superior de su cuerpo y las bolsas de plástico oscilaban disparatadamente de lado a lado. Pero aquella vieja oscilante era capaz de correr como el viento... yo jadeaba intentando seguirle el paso, una vez que nos libramos de los espectadores. Desde luego éramos el blanco de todas las miradas. Era la primera vez que la gente veía una señora de las de bolsas de plástico con un ayudante.

Cuando llegamos a la gran Estación Central, Mary Kathleen dijo que teníamos que cerciorarnos de que no nos veían. Me hizo subir y bajar por escaleras automáticas, rampas y escaleras normales, mirando de reojo continuamente para ver si localizábamos algún perseguidor. Cruzamos tres veces el Bar Oyster. Por fin me condujo hasta una puerta metálica que quedaba al final de un pasillo escasamente iluminado. Estábamos completamente solos, no había duda. Nos latía fuerte el corazón.

Una vez que recuperamos el aliento, me dijo:

—Voy a enseñarte algo de lo que no debes hablar a nadie.

—Lo prometo —dijo.

—Éste es nuestro secreto —dijo ella.

—Sí —dijo.

Suponía yo que habíamos llegado al final, que no se podía bajar más en la estación. ¡Cuan equivocado estaba! Mary Kathleen abrió la puerta metálica que daba a una escalera metálica que bajaba y bajaba y bajaba. Y abajo había un mundo secreto tan enorme como las Cavernas de Carlsbad. Ya no se utilizaba para nada. Podría haber sido un refugio de dinosaurios. En realidad, había sido un taller de reparaciones de otra familia de monstruos extintos: locomotoras de vapor.

Y allá fuimos, escaleras abajo.

Dios mío... ¡qué maquinaria majestuosa debió haber allá abajo en otros tiempos! ¡Qué artesanos admirables debieron trabajar allí! Supongo que por imposición de las leyes contra incendios, había bombillas encendidas cada poco. Y había platitos con veneno para las ratas también. Pero no había ningún otro signo de que hubiera estado nadie allí en años.

—Éste es mi hogar, Walter —dijo ella.

—¿Tú qué? —pregunté.

—No querías que durmiese al aire libre, ¿verdad? —dijo.

—No.

—Entonces, alégrate de que tenga un hogar tan lindo y tan íntimo.

—Me alegro, me alegro —dijo.

—No sólo hablaste conmigo... me abrazaste —dijo—. Por eso me di cuenta de que

podía confiar en ti.

—Vaya —dije.

—Tú no andas detrás de mis manos —dijo ella.

—No —dije yo.

—¿Sabes que hay millones de pobrecitos ahí en la calle que andan buscando que alguien les deje usar un retrete? —dijo.

—Supongo que sí —dije yo.

—Mira esto —dijo. Me condujo a una cámara en la que había hileras e hileras de retretes.

—Es bueno saber que están aquí —dije.

—¿No se lo dirás a nadie? —dijo ella.

—No —dije yo.

—Estoy poniendo mi vida en tus manos al contarte secretos como éste —dijo.

—Me siento muy honrado —dije yo.

Y luego subimos de nuevo las escaleras y salimos de las catacumbas. Me guió por un túnel bajo la Avenida Lexington y luego subimos unas escaleras que daban al vestíbulo del Edificio Chrysler. Cruzó esquiando hasta un ascensor que esperaba; yo la seguía, trotando. Un vigilante nos gritó, pero conseguimos entrar en el ascensor antes de que pudiera pararnos. Las puertas de éste se cerraron ante su cara furiosa cuando Mary Kathleen apretó el botón de la última planta.

Teníamos el ascensor para nosotros solos y volábamos hacia las alturas. En un periquete, se abrieron las puertas a un lugar de paz y belleza ultraterrena en el interior del remate de acero inoxidable que coronaba el edificio. Me había preguntado muchas veces qué habría allá arriba. Ahora ya lo sabía. El remate terminaba a unos veinte metros por encima de nosotros. Mirando hacia arriba, vi sobrecoigido que entre nosotros y la cúspide no había nada más que un enrejado de jácenas y aire, aire y aire.

«¡Qué glorioso desperdicio de espacio!» pensé. Pero luego percibí que en realidad había habitantes. Miles de pajarillos de un color amarillo claro posados en las jácenas, o volando raudos entre los prismas de luz que formaban las extrañas ventanas, los grandes triángulos de cristal del remate que coronaba el edificio.

La gran planta en cuyo borde estábamos se hallaba alfombrada en tono verde yerba. Había una fuente chapoteando en el centro. Por todas partes había bancos de jardín y estatuas, y también había arpas.

Como ya he dicho, aquello era la sala de exposiciones de la American Harp Company, que había pasado hacía poco a ser subsidiaria de la RAMJAC Corporation. La empresa llevaba ocupando aquel espacio desde la inauguración del edificio en Milnovecientos Treintaiuno. Todos los pájaros que veía yo, que eran currucas protonotarias, descendían de una sola pareja que habían soltado allí entonces.

Junto al ascensor había un mirador Victoriano con las mesas del vendedor y de su secretario. Y había allí una mujer gimiendo. ¡Menuda mañana de lágrimas! ¡Menudo libro de lágrimas éste!

De pronto, salió trotando del mirador el hombre más viejo que yo había visto en mi vida. Llevaba una chaqueta de frac y pantalones de rayas y botines. Era el único vendedor, y lo era desde Milnovecientos Treintaiuno. Era el hombre que había liberado de la cálida jaula de sus manos en aquel espacio encantado a la primera pareja de currucas protonotarias. ¡Tenía noventa y dos años! Se parecía a John D. Rockefeller al final de sus días; parecía una momia. La única humedad que parecía conservar era un rocío desvaído

sobre la superficie de sus ojos. Pero no era un ser totalmente desvalido. Era presidente de un club de tiro que disparaba contra blancos de forma humana los fines de semana y tenía una Luger cargada del tamaño de un doberman en el cajón del escritorio. Llevaba bastante tiempo deseando que intentaran robarle.

—Ah... ¿eres tú? —le dijo a Mary Kathleen, que le contestó que sí, que era ella.

Estaba acostumbrada a ir allí casi todos los días y estar sentada varias horas. El acuerdo era que si aparecía algún cliente ella debía desaparecer con sus bolsas. Había aún otro acuerdo que Mary Kathleen había violado en esta ocasión.

—Creí que te había dicho —le dijo el viejo— que no debías traer nunca a nadie contigo, que ni siquiera debías decirle a nadie lo bien que se está aquí.

Como yo llevaba tres bolsas de plástico, él pensó que era otro vagabundo, un hombre de bolsas de plástico.

—No es un vagabundo —dijo Mary Kathleen—. Es un hombre de Harvard.

De principio, no se lo creyó.

—Ya —dijo, y me miró de arriba abajo.

Él, por su parte, no había terminado siquiera la escuela primaria, en realidad. Cuando él era pequeño, no había leyes que prohibiesen el trabajo infantil, y había entrado a trabajar en la fábrica que tenía en Chicago la American Harp Company cuando contaba diez años de edad.

—Tengo entendido que la gente de Harvard tiene algo especial, que siempre puedes distinguirles —dijo—. Pero yo a éste no le veo nada especial.

—Yo nunca he creído que hubiese nada especial en los hombres de Harvard —dije.

—Pues ya somos dos —dijo él. Se comportaba de un modo bastante desagradable y era evidente que quería que me fuese de allí.

—Esto no es el Ejército de Salvación —dijo.

Aquel hombre había nacido durante la Presidencia de Groover Cleveland. ¡Imaginaos! Le dijo a Mary Kathleen:

—Vaya... me has decepcionado trayendo a otra persona contigo. Supongo que mañana serán tres y pasado mañana veinte... la caridad cristiana tiene sus límites, ¿comprendes?

Yo cometí entonces un error que me haría acabar en *El Calabozo* antes del mediodía en el que había sido mi primer día completo de libertad.

—En realidad —dije—, estoy aquí por motivos comerciales.

—¿Quiere usted comprar un arpa? —dijo—. Valen de siete mil dólares para arriba, ¿sabe? ¿No cree que sería mejor que se comprase una chicharra?

—Yo esperaba que usted pudiese indicarme —dije— dónde puedo comprar piezas de clarinete... no clarinetes completos sino sólo piezas.

Esto no lo decía en serio. Estaba extrapolando una fantasía mercantil del contenido del cajón inferior del armario de mi habitación del Hotel Arapahoe. El viejo quedó secretamente paralizado. Clavada con una chincheta al tablero del mirador, había una circular que le aconsejaba llamar a la policía si alguien mostraba interés en comprar o vender piezas de clarinete. Como él mismo me confesaría más tarde, aquella circular llevaba allí varios meses: «como un billete de lotería comprado en un momento de locura». Nunca había pensado en la posibilidad de ganar. Se llamaba Delmar Peale.

Delmar fue después lo bastante amable para regalarme la circular, que yo colgué en la pared de mi despacho de la RAMJAC. Por otra parte, me convertí en superior suyo dentro de la familia de la RAMJAC, ya que la American Harp era una subsidiaria de mi departamento.

Pero la primera vez que nos conocimos no era superior suyo, desde luego. Se dedicó a jugar conmigo al ratón y al gato.

—¿Muchas piezas de clarinete o unas cuantas? —preguntó astutamente.

—Muy pocas, en realidad —dije—. Creo que usted mismo no trabaja con clarinetes...

—De todos modos, ha venido usted al sitio ideal —se apresuró a decirme—. Conozco a todos los que trabajan en el ramo. Si usted y Madame X tienen la bondad de ponerse cómodos, haré muy gustosamente unas llamadas telefónicas.

—Es usted muy amable —dije.

—En absoluto —dijo él.

«Madame X» era el único nombre que tenía él para designar a Mary Kathleen. Así le había dicho ella que se llamaba. Mary había irrumpido un día allí, intentando escapar de gente que creía que la iba siguiendo. A él le preocupaban mucho las señoras de las bolsas de plástico, y era un cristiano practicante, así que le había dejado quedarse.

Entretanto, los gemidos que llegaban del mirador se habían aplacado un poco.

Delmar nos condujo hasta un banco que quedaba lejos del mirador, para que no pudiéramos oírle llamar a la policía. Nos hizo sentarnos.

—¿Están cómodos? —dijo.

—Sí, gracias —dije. Se frotó las manos.

—¿Qué tal un poco de café? —dijo.

—Me pone demasiado nerviosa —dijo Mary Kathleen.

—Con leche y azúcar, si no es demasiada molestia —dije.

—No es ninguna molestia —dijo él.

—¿Qué le pasa a Doris? —dijo Mary Kathleen.

Doris era la secretaria que estaba llorando en el mirador. Se llamaba Doris Kramm. Tenía ochenta y siete años.

La revista *People*, a sugerencia mía, hizo hace poco un reportaje sobre Delmar y Doris, considerándoles casi seguro el equipo jefe-secretaria más viejo del mundo, y quizás de toda la historia. Era un bonito artículo. Había una fotografía en la que aparecía Delmar con su Luger, y se mencionaba su comentario de que cualquiera que intentase robar en la American Harp Company «...se enfrentaría con un robo frustrado».

Delmar contó a Mary Kathleen que Doris lloraba porque había tenido dos disgustos muy graves en rápida sucesión. Le habían notificado la noche anterior que tenía que jubilarse de inmediato, debido a que la RAMJAC había absorbido a la American Harp Company. La edad de retiro para todos los empleados de la RAMJAC, en todas sus empresas, salvo el personal supervisor, era de sesenta y cinco años. Y luego, aquella misma mañana, cuando estaba limpiando y ordenando su mesa, recibió un telegrama en el que le decían que su sobrina biznieta había muerto en un accidente de coche después de un baile de fin de curso del instituto en Sarasota, Florida. Doris no tenía descendientes directos, explicó Delmar, por lo que los parientes colaterales significaban muchísimo para ella.

Digamos, por otra parte, que Delmar y Doris casi no trabajaban allá arriba, y que siguen sin trabajar apenas. Yo me sentí muy orgulloso, cuando me convertí en ejecutivo de la RAMJAC, de que las arpas de la American Harp Company fuesen las mejores del mundo. En principio, lo lógico sería pensar que las mejores arpas son las de Italia o de Japón, o de Alemania Occidental, ya que la artesanía norteamericana está prácticamente extinta. Pero no: hasta los músicos de esos países, e incluso los de la Unión Soviética, están de acuerdo en que las arpas de la American Harp Company son las mejores de todas. Pero el mercado no es grande ni puede serlo nunca, salvo quizás en el cielo. En consecuencia, los beneficios

resultaban ridículos. Tan ridículos que hace poco inicié una investigación para enterarme de por qué había adquirido la RAMJAC la American Harp. Me enteré de que había sido para conseguir hacerse con el increíble alquiler de la última planta del edificio Chrysler. ¡El alquiler cubre hasta el año Dosmil Treintaiuno con una renta de doscientos dólares mensuales! Arpad Leen quería convertir el local en restaurante.

El que la empresa poseyera también una fábrica en Chicago con sesenta y cinco empleados era un simple detalle. Si no se podía lograr una tasa sustancial de beneficios en el plazo de uno o dos años, la RAMJAC la cerraría.

Paz.

Mary Kathleen O'Looney era, claro, la legendaria señora de Jack Graham, accionista mayoritaria de la RAMJAC Corporation. El tampón y las plumas y el papel de carta los llevaba en los playeros. Aquellos playeros eran sus bóvedas de seguridad. Nadie podía quitárselos sin despertarla.

Más tarde me aseguraría que me había dicho quién era, en realidad, cuando subíamos en el ascensor.

Yo sólo pude contestar: «Mary Kathleen, si te hubiese oído decir eso no se me habría olvidado.»

En realidad, si hubiese sabido quién era, habría tenido mucho sentido para mí lo que me decía de que la gente quería cortarle las manos. Quien consiguiese sus manos, podría ponerlas en salmuera, tirar el resto de su persona, y controlar la RAMJAC Corporation con sus huellas dactilares. No era extraño que tomase tantas precauciones y corriese tanto.

No era raro que no se atreviese a revelar su verdadera identidad en cualquier sitio.

No era raro que no se atreviese a confiar en nadie. En este planeta concreto, donde lo que más importa es el dinero, a la persona más encantadora y buena del mundo podía ocurrírsele de repente la idea de retorcerle el cuello para que sus seres queridos pudiesen vivir desahogadamente. Sería poco trabajo... y fácil de olvidar con el paso del tiempo. El tiempo vuela.

Mary era pequeña y débil. Matarla y cortarle las manos habría sido poco más espantoso que lo que sucede diez mil veces diarias en una granja de pollos mecanizada. La RAMJAC posee Colonel Sanders Kentucky Fried Chicken, por supuesto. Yo he visto esa operación entre bastidores.

Respecto a lo de que no le oí decirme que era la señora de Jack Graham en el ascensor:

Recuerdo que hacia el final de la ascensión me zumbaban los oídos por el súbito cambio de altitud. Subimos a toda prisa unos trescientos cincuenta metros, sin ninguna parada. Además, temporalmente sordo o no, tenía puesto mi piloto automático conversador. No pensaba en lo que ella me decía, ni tampoco en lo que decía yo. Pensaba que estábamos los dos tan lejos y tan fuera de la corriente general de los asuntos humanos que lo único que podíamos hacer era confortarnos recíprocamente emitiendo sonidos animales. Recuerdo que ella dijo entonces que era propietaria del hotel Waldorf-Astoria, y que yo creí no haber oído bien.

—Me alegro —dije.

Así pues, cuando estaba sentado con ella en el banco de la sala de exposición de arpas, ella creía que yo poseía una clave informativa respecto a ella, que en realidad no poseía. Y Delmar Peale, entretanto, había llamado a la policía y había mandado fuera además a Doris Kramm, teóricamente a por café, pero, en realidad, a buscar a un policía.

Casualmente, había un pequeño motín en el parque contiguo a Naciones Unidas, sólo tres manzanas de distancia. Y allí estaban todos los policías disponibles. Jóvenes parados blancos armados con bates de béisbol estaban apaleando a unos tipos a los que creían

homosexuales. A uno de ellos le tiraron al río East, y resultó ser el ministro de Economía de Sri Lanka.

Yo coincidiría con algunos de aquellos jóvenes después en la comisaría, y me tomaron también por homosexual. Uno de ellos me enseñó sus partes íntimas y dijo: «Eh, papi... ¿quieres un poco? Ven y cógelo. Jum, jum, jum», y más.

Pero a lo que voy es a que la policía no pudo venir a cogerme hasta casi una hora después. Así que Mary Kathleen y yo tuvimos una larga y agradable charla. Ella allí se sentía segura. Y se sentía segura conmigo. Y así, se atrevió a mostrarse cuerda y razonable.

Fue muy conmovedor. Sólo su cuerpo estaba decrepito. Su voz y el ánimo que había en ella podrían haber pertenecido aún a lo que antes fue, a una dieciochoañera furiosamente optimista.

—Ahora todo irá bien, ya lo verás —me dijo allí en la sala de exposiciones de la American Harp Company—. Algo me decía siempre que sería así. Todo lo que acaba bien es bueno —dijo.

¡Qué sutil inteligencia la suya! ¡Qué inteligencia sutil han tenido las cuatro mujeres a las que he amado! Durante los meses en que viví, más o menos, con Mary Kathleen, leyó todos los libros que yo había leído o fingía haber leído como estudiante de Harvard. Aquellos libros me habían resultado pesados y aburridos, pero para Mary Kathleen fueron un banquete caníbal. Leyó mis libros como un joven caníbal podría comer los corazones de valerosos enemigos. La magia de los libros se haría suya. Una vez me dijo de mi pequeña biblioteca: «Los mejores libros del mundo, explicados por los hombres más sabios del mundo en la mejor Universidad del mundo, a los estudiantes más listos del mundo.»

Paz.

Y comparad, si queréis, a Mary Kathleen con mi esposa Ruth, la Ofelia de los campos de muerte, que creía que hasta los seres humanos más inteligentes son tan estúpidos que explicando lo que piensan sólo pueden empeorar las cosas. Fueron pensadores, después de todo, quienes crearon los campos de muerte. Construir un campo de muerte, con su ferrocarril y todo y sus crematorios de servicio permanente, no era cosa que pudiese hacer un subnormal. Ni tampoco podía explicar un subnormal por qué un campo de muerte era, en último término, humano.

Otra vez: paz.

Así pues, allí estábamos Mary Kathleen y yo... entre todas aquellas arpas. Son instrumentos muy extraños las arpas, ahora que lo pienso, y no se alejan mucho de la idea de civilización de la pobre Ruth, incluso en época de paz: son una especie de combinación imposible de columnas griegas y máquinas voladoras de Leonardo Da Vinci.

Por otra parte, las arpas son autodestructivas. Cuando me vi metido en el negocio de las arpas en la RAMJAC, tuve la esperanza de que la American Harp contara entre sus valores con algunas arpas antiguas y maravillosas que fuesen tan valiosas como los violines Stradivarius y los Amatis. No había ninguna posibilidad de que este sueño se realizara. Las tensiones de un arpa son tan tremendas e implacables que quedan inutilizables a los cincuenta años y su destino ha de ser entonces la basura o el museo.

Descubrí algo fascinante también de las currucas protonotarias. Son las únicas aves limpias en cautiverio. Sería lógico pensar que había que proteger las arpas de las cagaditas de las aves... pues nada de eso. Las currucas depositaban sus cagaditas en tacitas de té que había por allí. En la naturaleza, claro, depositan sus cagaditas en los nidos de otras aves. Eso es lo que creen que son las tacitas de té.

¡Vive y aprenderás!

Pero volvamos a cuando estábamos Mary Kathleen y yo allí entre todas aquellas arpas... con las currucas protonotarias arriba y la policía de camino.

—Cuando murió mi marido, Walter —dijo—, me sentí tan desgraciada y tan perdida, que recurrí al alcohol.

Aquel marido era Jack Graham, el solitario ingeniero que había fundado la RAMJAC Corporation. No había construido aquello partiendo de la nada. Era multimillonario de nacimiento. Por lo que yo sabía, claro, ella podría estar hablando de un fontanero o un camionero o de un profesor universitario o de cualquiera.

Me explicó que había ido a un sanatorio de Louisville, Kentucky, y que la habían sometido a tratamiento con electrochoque. El electrochoque borró todos sus recuerdos de Milnovecientos Treintaicinco a Milnovecientos Cincuentaicinco. Esto explicaba por qué creía que aún podía confiar en mí. Sus recuerdos de la crueldad con que yo la había tratado al abandonarla, y de mi posterior traición a Leland Clewes y demás, habían quedado borrados. Podía creer que yo aún era el fiero idealista que fuera en Milnovecientos Treintaicinco. Había olvidado mi participación en Watergate. Todo el mundo había olvidado ya mi participación en Watergate.

—Tuve que inventarme muchísimos recuerdos —continuó—, sólo para llenar los espacios vacíos. Había habido una guerra, y yo lo sabía, y recordaba lo mucho que tú odiabas el fascismo. Te vi en una playa... boca arriba, de uniforme, con un fusil y con el agua ondulando suavemente a tu alrededor. Tenías los ojos muy abiertos, Walter, porque estabas muerto. Mirabas al sol.

Guardamos silencio un momento. Un pájaro amarillo gorjeó muy arriba, sobre nosotros, y era como si se le partiera el corazón. El canto de la curruca protonotaria es sumamente monótono y soy el primero en admitirlo. No estoy dispuesto a poner en peligro la credibilidad de toda mi historia diciendo que las currucas protonotarias igualan a la orquesta Pops de Boston cuando cantan. Aun así, no hay duda de que son capaces de expresar aflicción... dentro de determinados límites, claro.

—Yo me he visto así también en sueños —dije—. Y he deseado tantísimas veces, Mary Kathleen, que fuese realidad...

—¡No! ¡No! ¡No! —protestó ella—. ¡Gracias a Dios aún estás vivo! Gracias a Dios, aún hay alguien vivo que se preocupa de lo que pasa en este país. Creí que podía ser la última. Llevo años vagando por esta ciudad, Walter, y diciéndome: «Han muerto ya todos los que se preocupaban.» Y ahora has aparecido tú.

—Mary Kathleen —dije—. Deberías saber que acabo de salir de la cárcel.

—¡Claro, por supuesto! —dijo—. Todas las buenas personas van a la cárcel, es lo que pasa siempre. ¡Oh, gracias a Dios que sigues vivo! Cambiaremos este país y luego cambiaremos el mundo. Yo sola no podía, Walter.

—No... supongo que no —dije.

—En realidad, no he hecho más que aferrarme a la vida —dijo ella—. Sólo he sido capaz de sobrevivir. He estado tan sola. No es que necesite mucha ayuda, pero alguna sí.

—Entiendo el problema —dije.

—Aún puedo ver lo suficiente para escribir, si es con letra grande —dijo—. Pero ya no puedo leer los artículos de los periódicos. Me falla la vista...

Me contó que entraba furtivamente en bares y grandes almacenes y en el vestíbulo de los moteles para oír las noticias de la televisión, pero que nunca estaban puestas las noticias. A veces oía un fragmento de noticiario en alguna radio portátil, pero en cuanto empezaban las noticias, el propietario de la radio solía cambiar adonde hubiese música.

Recordé la noticia que había oído por la mañana, la del perro policía que se había comido a un bebé, y le dije que en realidad no se perdía gran cosa.

—¿Cómo puedo hacer planes razonables —dijo ella— si no sé lo que pasa?

—No puedes —dije.

—¿Cómo puede basarse una revolución en *Lawrence Welk* y *Barrio Sésamo* y *Toda la familia*? —dijo. Todos estos programas estaban patrocinados por la RAMJAC.

—Es imposible —dije.

—Necesito información fidedigna —dijo ella.

—Claro, por supuesto —dije—. Todos la necesitamos.

—Y es tal basura todo lo que oyes —dijo—. Encontré esa revista llamada *People* en un cubo de basura hace poco —dijo—. Pero no trata de la gente, como dice el título. Es un montón de basura y disparates.

Todo esto me parecía patético: el que una señora de las de bolsas de plástico pretendiese planear sus recorridos por la ciudad y sus siestas entre los cubos de basura basándose en publicaciones y noticiarios de radio y televisión que le indicasen lo que realmente estaba pasando.

También a ella le parecía patético.

—Jackie Onassis y Frank Sinatra y el Monstruo de las Galletas y Archie Bunker hacen sus jugadas —dijo— y luego yo estudio lo que han hecho ellos y así veo lo que sería mejor que hiciera Mary Kathleen O’Looney. Pero ahora te tengo a ti —añadió—. Tú puedes ser mis ojos... ¡y mi cerebro!

—Tus ojos, puede —dije yo—. Pero últimamente no me he distinguido en el departamento cerebral.

—Oh... ojalá estuviese vivo también Kenneth Whistler —dijo ella.

Igual podría haber dicho: «¡Ah! si el Pato Donald estuviese vivo también.» Kenneth Whistler fue un dirigente obrero, ídolo mío en los viejos tiempos... pero ya no sentía nada por él, hacía años que no pensaba en él.

—Qué trío formaríamos —continuó ella—. ¡Tú y yo y Kenneth Whistler!

Supongo que para entonces también Whistler habría sido un vagabundo, de no haber muerto en un desastre minero en Kentucky en Milnovecientos Cuarentaiuno. Había insistido en ser obrero además de dirigente obrero, y los funcionarios sindicales de hoy le habrían parecido intolerables con sus manilas suaves y rosadas. Yo le había dado la mano. Y su palma era como la espalda de un cocodrilo. Tenía tanto polvillo de carbón metido en las arrugas de la cara que parecían tatuajes negros. Y qué curioso, también era un hombre de Harvard... del curso de Milnovecientos Veintiuno.

—Bueno —dijo Mary Kathleen—, al menos aún quedamos nosotros... y ahora podemos empezar a hacer nuestra jugada.

—Yo siempre estoy abierto a nuevas ideas —dije.

—O quizás no merezca la pena —dijo ella.

Hablaba de librar al pueblo de los Estados Unidos de su sistema económico, pero yo creía que hablaba de la vida en general. Así que, refiriéndome a la vida en general, dije que probablemente valiese la pena, pero que quizás se prolongase demasiado. Mi vida, por ejemplo, habría sido una obra maestra si hubiera muerto en una playa con una bala fascista en el entrecejo.

—Puede que la gente ya no sea buena —dijo ella—. A mí me parece mezquina y mala. Ya no es como era en la Depresión. Ya no veo que las personas se porten bien unas con otras. A mí ni siquiera me hablan.

Me preguntó luego si yo había visto algún acto de bondad. Reflexioné y me di cuenta de que prácticamente no había encontrado más que amabilidad y bondad desde que había salido de la cárcel. Y se lo dije.

—Entonces es mi aspecto —dijo. De esto no había duda. La fealdad reprobatoria que puede soportar la mayoría de la gente tiene un límite, y Mary Kathleen y todas sus hermanas vagabundas habían sobrepasado ese límite.

Estaba ansiosa por conocer actos individuales de bondad hacia mí, para confirmar que los norteamericanos aún podían tener buen corazón. Así que me produjo gran satisfacción contarle mis primeras veinticuatro horas como hombre libre, empezando por la amabilidad que había mostrado hacia mí Clyde Carter, el guardián, y la del doctor Robert Fender, el encargado de suministros y escritor de ciencia ficción. Y después, claro, lo del viaje en limusina con Cleveland Lawes.

Mary Kathleen se asombró mucho del comportamiento de estas personas, repitió sus nombres para cerciorarse de que los había captado bien.

—¡Son santos! ¡Así que aún quedan santos por ahí!

Animado con esto, me extendí sobre la actitud hospitalaria del doctor Israel Edel, el encargado nocturno del Arapahoe, y luego le hablé de los empleados de la cafetería del Hotel Royaltón por la mañana. No pude darle el nombre del propietario, sólo el detalle físico que le distinguía del populacho.

—Tenía una mano frita —dije.

—El santo de la mano frita —dijo muy admirada.

—Sí —dije yo—. Y tú misma viste a un hombre que yo creí que era el peor enemigo que tenía en el mundo. Me refiero a aquel hombre alto de ojos claros, el de la cartera de muestras. Tú misma le oíste decir que me perdonaba por todo lo que le había hecho, y que tenía que cenar con él un día de estos.

—Dime otra vez su nombre —dijo ella.

—Leland Clewes —dije yo.

—San Leland Clewes —dijo, reverente—. ¿Ves cuánto me has ayudado ya? Nunca podría haber localizado a toda esa gente buena yo sola.

Luego, realizó un pequeño milagro nemotécnico, repitiendo todos los nombres en orden cronológico:

—Clyde Carter, doctor Robert Fender, Cleveland Lawes, Israel Edel, el hombre de la mano frita, y Leland Clewes.

Mary Kathleen se quitó un zapato. No era el que contenía el tampón y las plumas, y el papel, y su testamento, y todo lo demás. El zapato que se quitó estaba lleno de recuerdos. Eran hipócritas cartas de amor mías, como ya he dicho. Pero ella tenía el deseo concreto de que yo viese una foto de lo que ella llamaba... «mis dos hombres favoritos».

En la fotografía aparecía mi antiguo ídolo, Kenneth Whistler, el dirigente obrero educado en Harvard, estrechando la mano a un universitario bajo con cara de tonto. El chico era yo. Tenía las orejas como una copa de la amistad.

Y fue entonces cuando la policía llegó por fin a buscarme.

—Ya te salvaré yo, Walter —dijo Mary Kathleen—. Y luego, entre los dos, salvaremos al mundo.

Yo, francamente, sentí cierto alivio al pensar que me apartaban de ella. Intenté mostrarme afligido por la separación.

—Cuídate, Mary Kathleen —dije—. Parece ser que hemos de despedirnos.

Colgué aquella foto, en la que aparecíamos Kenneth Whistler y yo, sacada en el otoño de Milnovecientos Treintaicinco, en plena Gran Depresión, en mi despacho de la RAMJAC: junto a la circular sobre las piezas de clarinete robadas. La había sacado Mary Kathleen, con mi cámara de fuelle, la mañana después de que oyéramos hablar a Whistler por primera vez. Whistler había hecho todo el camino hasta Cambridge desde Harlan County, Kentucky, donde era minero y dirigente sindical, para hablar en un acto destinado a recaudar dinero y apoyo para la delegación local de la Hermandad Internacional de Obreros de Adhesivos y Abrasivos.

Por entonces, dirigían el sindicato los comunistas. Ahora lo dirigen gánsters. Precisamente, cuando yo ingresé en la cárcel, estaba a punto de salir de Finletter el presidente vitalicio de la HITAA. Su hija de veintitrés años dirigía el sindicato desde su villa de las Bahamas mientras él estaba en el talego. Él estaba en contacto telefónico con ella continuamente. Me explicó que casi todos los miembros del sindicato eran negros e hispanos. Por los años treinta, todos eran blanquitos puros... la mayoría escandinavos. No creo que en los viejos tiempos hubieran dejado ingresar a un negro o a un hispano.

Los tiempos cambian.

Whistler habló aquella noche. La tarde antes, yo había hecho el amor por primera vez con Mary Kathleen O'Looney. En nuestro joven espíritu, esto se mezclaba en realidad, con la esperanza de oír e incluso hasta tocar a un verdadero santo. ¿Qué mejor modo de presentarnos a él, o a cualquier otro santo, supongo, que como Adán y Eva... oliendo intensamente a jugo de manzana?

Mary Kathleen y yo hicimos el amor en el apartamento de un profesor agregado de antropología llamado Arthur von Strelitz. Estaba especializado en los cazadores de cabezas de las islas Salomón. Hablaba su idioma y respetaba sus tabús. Confiaban en él. Estaba soltero. Tenía la cama deshecha. El apartamento estaba en la tercera planta de una casa de madera de la calle Brattle.

Una nota al pie para la historia: No sólo la casa, sino el mismo apartamento se utilizaría más tarde como lugar de filmación de una película muy popular llamada *Love Story*. La estrenaron durante mi primera época con la Administración Nixon. Mi mujer y yo fuimos a verla cuando la pusieron en Chevy Chase. Era una historia falsa y artificiosa sobre un estudiante anglosajón rico que se casaba con una estudiante italiana pobre, en total oposición a la voluntad de su padre. La chica moría de cáncer. Ray Milland interpretaba soberbiamente el papel de padre aristócrata. Era lo mejor de la película. Ruth lloró durante toda la sesión. Nos sentamos en la última fila del cine por dos razones: porque así yo podía fumar y porque no habría nadie detrás para asombrarse de lo gorda que estaba Ruth. Pero yo no pude concentrarme de veras en la historia porque conocía demasiado bien el apartamento donde se desarrollaba. Estaba esperando que apareciesen en cualquier momento Arthur von Strelitz o Mary Kathleen O'Looney o incluso yo mismo.

El mundo es un pañuelo.

Mary Kathleen y yo disponíamos del apartamento para el fin de semana. Von Strelitz me había dejado la llave. Había ido a visitar a otros amigos emigrados alemanes a Cabo Ann. Debía tener por entonces unos treinta años. A mí me parecía viejo. Había nacido en Prusia, de familia aristócrata. Estaba dando conferencias en Harvard cuando Hitler se convirtió en dictador de Alemania en la primavera de Milnovecientos Treintaitrés. Se negó a volver. Solicitó la ciudadanía norteamericana. Su padre, que nunca más volvió a comunicarse con él de ningún modo, se pondría al mando de un cuerpo de las SS y moriría de neumonía durante el asedio de Leningrado. Sé cómo murió su padre, porque hubo testimonios respecto a él en los juicios por crímenes de guerra de Nuremberg, donde yo me encargué del hospedaje.

Otra vez: el mundo es un pañuelo.

Su padre, actuando por orden escrita de Martin Bormann, a quien se juzgó *in absentia* en Nuremberg, hizo ejecutar a todas las personas, civiles y militares, que cayeron prisioneras durante el asedio. El propósito era desmoralizar a los defensores de Leningrado. Leningrado, por otra parte, era más joven que Nueva York. ¡Imaginaos! imaginaos una ciudad europea famosa, llena de tesoros imperiales y digna de un asedio y sin embargo mucho más joven que Nueva York.

Arthur von Strelitz nunca llegó a saber cómo murió su padre. A él, por su parte, le llevarían a las islas Salomón en un bote de remo desde un submarino norteamericano, como espía, cuando las islas aún estaban ocupadas por los japoneses. No volvió a saberse nada de él.

Paz.

Recuerdo que le parecía muy urgente el que se definiesen lo masculino y lo femenino. Estaba convencido de que si no se hacía estaríamos condenados eternamente a que se definiesen según las necesidades de las instituciones. Pensaba, sobre todo, en ejércitos y fábricas.

Es el único hombre que yo he conocido que usaba monóculo.

Ahora, Mary Kathleen O'Looney, de dieciocho años de edad, yace en la cama del antropólogo. Acabamos de hacer el amor. Sería muy hermoso pintarla ahora desnuda... cuerpecito rosado. Pero la verdad es que jamás la vi desnuda. Era muy tímida. Nunca logré convencerla de que se desnudase del todo.

Yo, por mi parte, estaba de pie completamente desnudo junto a la ventana, con mis partes íntimas justo por debajo del alféizar. Me sentía como el gran dios Thor.

—¿Me quieres, Walter? —preguntó Mary Kathleen a mi espalda desnuda.

Qué podía contestar yo sino esto:

—Claro que sí.

Alguien llamó a la puerta. Yo le había dicho a mi codirector en el periódico, *The Bay State Progressive*, dónde me podía localizar en caso de emergencia.

—¿Quién es? —dije.

Y entonces se oyó un sonido como de un pequeño motor de gasolina al otro lado de la puerta. Era mi mentor Alexander Hamilton McCone que había decidido venir a Cambridge sin avisar... para ver qué vida llevaba yo con su dinero. Parecía un motor por el tartamudeo. Tartamudeaba por la Matanza de Cuyahoga de Milochocientos Noventaicuatro. Intentaba decir su propio nombre.

Y es que, no sé por qué, pero se me había olvidado decirle que me había hecho comunista. Y ahora lo había descubierto. Fue primero a mi habitación de Adams House, donde le dijeron que estaba casi siempre en *The Progressive*. Fue a *The Progressive* y allí había averiguado qué clase de publicación era y que yo era su codirector. Y allí estaba a la puerta, con un ejemplar bajo el brazo.

Permanecí tranquilo. Efecto mágico de haber vaciado mis vesículas seminales tan recientemente.

Mary Kathleen, obedeciendo mis silenciosas señales, se ocultó en el baño. Yo me eché encima un ropón que pertenecía a Von Strelitz, que lo había traído de las islas Salomón. Parecía estar hecho de guijas, con guirnaldas de plumas en el cuello y en los puños.

Así iba yo ataviado cuando abrí la puerta y le dije al buen señor McCone, que por entonces tenía sesenta y pocos:

—Pase, pase.

Tan furioso estaba conmigo que lo único que pudo hacer fue seguir produciendo aquellos ruidos de motor: «bup-bup-bup-bup...». Pero al mismo tiempo hizo una grotesca pantomima de lo que le indignaba el periódico, en cuya primera página aparecía la caricatura de un engreído capitalista parecidísimo a él; de lo que le indignaba mi atavío; y la cama deshecha; y la foto de Carlos Marx en la pared del apartamento de Von Strelitz.

Y se fue otra vez, con un portazo. ¡Había acabado conmigo!

Y así acabó al fin mí niñez. Me había convertido en un hombre.

Y como un hombre fui aquella noche, con Mary Kathleen del brazo, a oír el discurso de Kenneth Whistler en el acto que se celebraba en favor de mis camaradas de la Hermandad Internacional de los Obreros de Adhesivos y Abrasivos.

¿Cómo podía sentirme tan sereno y tan tranquilo? El importe del curso estaba ya pagado, así que me licenciaba. Estaba a punto de conseguir una beca completa para Oxford. Tenía un guardarropa soberbio en buen estado. Había estado ahorrando la mayor parte de mi asignación, así que tenía una pequeña fortuna en el banco.

Y, si no tenía más remedio, siempre podía pedirle dinero prestado a mi madre, que en gloria esté.

¡Qué joven tan audaz era yo!

¡Qué joven tan traidor! Porque sabía ya, sí, que iba a abandonar a Mary Kathleen al acabar el curso. Le escribiría unas cuantas cartas de amor y luego silencio. Ella era de clase demasiado baja.

Whistler apareció aquella noche con un vendaje grande por una sien y el brazo derecho escayolado. Era licenciado por Harvard, tenedlo en cuenta, y de una buena familia de Cincinatti; era de Ohio, como yo. Mary Kathleen y yo supusimos que habían vuelto a pegarle las fuerzas del mal: la policía o la Guardia Nacional o matones o dirigentes de sindicatos amarillos.

Yo tenía a Mary Kathleen cogida de la mano.

Nadie le había dicho nunca antes que la amaba.

Yo llevaba traje y corbata, y lo mismo la mayoría de los hombres que había allí. Queríamos demostrar que éramos unos ciudadanos tan decentes y sobrios como el que más. Kenneth Whistler podría haber sido un hombre de negocios. Había tenido tiempo incluso para limpiarse los zapatos.

Se trataba de un símbolo importante de dignidad: los zapatos brillantes.

Whistler empezó su discurso riéndose de sus vendas. «El Espíritu del Setenta y Seis» —dijo.

Hubo muchas risas, aunque no se trataba de un momento feliz. Todos los miembros del sindicato habían sido despedidos un mes antes por ingresar en un sindicato. Fabricaban ruedas de afilar, y sólo había una empresa en la zona que pudiese utilizar sus conocimientos. Esa empresa era la Johannsen Grinder Company, y ésa era la empresa que les había despedido. Eran ceramistas especializados, básicamente, que moldeaban materiales blandos y luego los cocían en hornos especiales. Los padres o abuelos de la mayoría habían sido auténticos ceramistas en Escandinavia, y les habían traído a este país a aprender esta nueva especialidad.

El acto se celebró en un almacén vacío de Cambridge. Las sillas plegables las había prestado una funeraria; muy propio. Mary Kathleen y yo estábamos en primera fila.

Resultó que Whistler se había accidentado en un trabajo rutinario en la mina. Dijo que había estado trabajando como «ladrón», quitando los pilares de apoyo de carbón de un túnel donde se había agotado ya la veta. Y le había caído algo encima.

Y, sin más preámbulos, pasó de hablar de tan peligroso trabajo en tan sombrío lugar a evocar un baile en el Ritz de quince años atrás, en el que habían cogido a un condiscípulo suyo de Harvard llamado Neals Johannsen usando dados marcados en una partida en el lavabo de caballeros. Se trataba de la misma persona que presidía ahora la Johannsen Grinder Company, que había despedido a todos aquellos obreros. El abuelo de Johannsen había fundado la empresa. Whistler dijo que a Johannsen le habían metido la cabeza en uno de los wateres del Ritz y que todo el mundo esperaba que después de eso no volviese nunca a utilizar dados marcados.

—Pero aquí le tenemos —dijo Whistler— utilizando otra vez dados marcados.

Dijo que podía atribuirse a Harvard la responsabilidad de muchas atrocidades, incluyendo las ejecuciones de Sacco y Vanzetti, pero que no era responsable de haber fabricado a Neals Johannsen.

—Jamás asistió a una conferencia. Jamás escribió un artículo. Nunca leyó un libro mientras estuvo allí —dijo—. Al final de su segundo curso, le pidieron que se fuera.

»Oh, me da pena de él —añadió—. Nunca le comprendí. ¿De qué otro modo pudo llegar a conseguir algo si no fue utilizando dados marcados? ¿Cómo ha utilizado dados marcados con vosotros? Las leyes que dicen que puede despedir a cualquiera que quiera defender los derechos básicos de los trabajadores: eso son dados marcados. Los policías, que protegerán sus derechos de propiedad pero que no protegen vuestros derechos humanos, eso son dados marcados.

Whistler preguntó a los despedidos cuánto sabía, en realidad, Johannsen de ruedas de afilar o cuánto se preocupaba por ellas. ¡Qué táctica inteligente! El mejor medio de congraciarse con la clase obrera en aquellos tiempos, y de lograr que criticasen su sociedad con inteligencia de filósofo, era llevarles a hablar de un tema del que estaban casi arrogantemente bien informados: su trabajo.

Era algo digno de oírse. Trabajador tras trabajador atestiguaron que el padre y el abuelo

de Johannsen habían sido también unos grandes cabrones, pero que por lo menos sabían dirigir una fábrica. Las materias primas, de la mejor calidad, llegaban a tiempo, en su día. Se cuidaba adecuadamente la maquinaria; la calefacción y los retretes funcionaban, el trabajo mal hecho se castigaba y el bien hecho se recompensaba, jamás llegaba material deficiente al cliente, etcétera, etcétera.

Whistler les preguntó si alguno de ellos podría dirigir la fábrica mejor de lo que lo hacía Neals Johannsen. Un hombre habló por todos sobre este punto:

—Dios mío, claro que sí —dijo—. Cualquiera de los presentes.

Whistler le preguntó si creía que había derecho a que una persona heredara una fábrica.

La meditada respuesta fue:

—No si tiene miedo de la fábrica y de los que hay en ella... no: No señor.

Esta muestra de sabiduría inquisitiva aún me impresiona. Una oración razonable que la gente podría rezar de vez en cuando podría ser, según mi opinión, más o menos así: «Dios mío querido, jamás me pongas al cargo de un ser humano asustado.»

Kenneth Whistler nos prometió que estaba cercano el día en que los trabajadores tomarían sus fábricas y las dirigirían en beneficio de la humanidad. Los beneficios que ahora se embolsaban los zánganos y los políticos corruptos irían a los que trabajaban, y a los viejos y los enfermos y los huérfanos. Todo el que pudiese trabajar trabajaría. Sólo habría una clase social: la clase trabajadora. Todo el mundo haría turnos en el desempeño de los trabajos más desagradables, de forma que un médico pasaría una semana al año trabajando de barrendero. La producción de bienes de lujo se paralizaría hasta que estuviesen satisfechas las necesidades básicas de todos los ciudadanos. Los servicios sanitarios serían gratuitos. La comida, barata, nutritiva y abundante. Mansiones, hoteles y edificios de oficinas se convertirían en pequeños apartamentos, hasta que todo el mundo tuviese un hogar decente. Las viviendas se asignarían por sorteo. No habría más guerras y acabarían eliminándose las fronteras nacionales, dado que todos los habitantes del mundo pertenecerían a la misma clase, con idénticos intereses: Los intereses de la clase trabajadora.

Y así sucesivamente.

¡Qué gran orador era!

Mary Kathleen me susurró al oído:

—Tú serás exactamente igual que él, Walter.

—Lo intentaré —dije. No tenía la menor intención de intentarlo.

Lo que más embarazoso me resulta de esta autobiografía es, sin duda, su cadena ininterrumpida de pruebas de que nunca fui un hombre serio. A lo largo de los años, he tenido graves problemas pero todos se debieron a causas accidentales, famas he arriesgado mi vida, ni siquiera mi comodidad, al servicio del género humano. Caiga la vergüenza sobre mí.

Gente que había oído hablar antes a Kenneth Whistler, le pidió que contase otra vez lo de cuando dirigía los piquetes frente a la prisión de Charlestown cuando ejecutaron a Sacco y Vanzetti. Y me parece raro ahora tener que explicar quiénes eran Sacco y Vanzetti. Hace poco, pregunté al joven Israel Edel de la RAMJAC, antiguo encargado nocturno del Arapahoe, qué sabía de Sacco y Vanzetti, y me explicó confidencialmente que eran ricos, inteligentes y emocionantes asesinos de Chicago. Les confundía con Leopold y Loeb.

¿Por qué me resultaba esto inquietante? Cuando yo era joven, suponía que la historia de Sacco y Vanzetti iba a repetirse con tanta frecuencia y tan conmovedoramente que algún día llegaría a ser tan irresistible como la historia de Jesucristo. ¿No tenían derecho las

gentes modernas, si querían maravillarse creadoramente en sus propios períodos vitales, a una Pasión como la de Sacco y Vanzetti, que terminaba en una silla eléctrica?

En cuanto a los últimos días de Sacco y Vanzetti como una Pasión moderna: Como en el Gólgota, el Estado ejecutó al mismo tiempo a tres hombres de clase baja. Pero esta vez no era inocente sólo uno. Esta vez eran inocentes dos.

El único culpable era un famoso asesino y ladrón, Celestino Madeiros, convicto de otro delito. Cuando se acercaba el final, confesó los asesinatos por los que habían condenado a Sacco y Vanzetti.

¿Por qué?

—Vi venir aquí a la mujer de Sacco con los chicos y me dio pena de los chicos —dijo. Imaginad esas líneas dichas por un buen actor en un Drama de la Pasión moderno.

El primero en morir fue Madeiros. Las luces de la prisión se oscurecieron dos veces.

Luego murió Sacco. Era el único padre de familia de los tres. El actor que le representase tendría que proyectar a un hombre de gran inteligencia que, dado que el inglés era su segunda lengua y, dado que no era muy hábil con los idiomas, no podía lanzarse a decir nada complicado a los testigos cuando le ataron a la silla eléctrica.

—Viva la anarquía —dijo—. Adiós a mi esposa, a mi hijo y a todos mis amigos —dijo—. Buenas noches, caballeros. Adiós, madre —dijo. Era zapatero.

Las luces de la prisión se amortiguaron tres veces.

El último fue Vanzetti. Se sentó en la silla en la que habían muerto Madeiros y Sacco antes de que nadie le indicase que era eso lo que se esperaba que hiciese. Empezó a hablar a los testigos antes de que nadie le dijera que tenía libertad para hacerlo. El inglés también era su segunda lengua, pero Vanzetti era capaz de hacer con el inglés lo que quisiese.

Escuchad esto:

—Quiero deciros —dijo— que soy un hombre inocente. Nunca he cometido un delito, aunque sí a veces algún pecado. Soy inocente de todo delito... no sólo de éste, sino de todos. Soy un hombre inocente.

Cuando le detuvieron, era vendedor de pescado.

—Quiero perdonar a *algunas* personas por lo que ahora me están haciendo —dijo. Las luces de la prisión se oscurecieron tres veces.

La historia una vez más:

Sacco y Vanzetti jamás mataron a nadie. Llegaron a Norteamérica de Italia, sin conocerse, en Milnovecientos Ocho. Fue el mismo año en que llegaron mis padres.

Papá tenía diecinueve años. Mamá veintiuno.

Sacco tenía diecisiete. Vanzetti veinte. Los patronos norteamericanos de aquella época querían que el país se inundase de mano de obra barata y fácil de intimidar para poder mantener bajos los salarios.

Vanzetti diría más tarde: «En la comisaría de inmigración, tuve mi primera sorpresa. Vi que los funcionarios trataban a los pasajeros de tercera como si fuesen animales. Ni una palabra de amabilidad, de aliento, para aliviar la carga de lágrimas que tanto pesa sobre el recién llegado a las costas de América.»

Papá y mamá solían contarme más o menos lo mismo. También a ellos les hicieron sentirse unos imbéciles que se habían tomado grandes trabajos para ir a entregarse voluntariamente al matadero.

A mis padres les reclutó de inmediato un agente de la Cuyahoga Bridge and Iron Company de Cleveland. El señor McCone me explicó que tenía instrucciones de contratar sólo a esclavos rubios, porque, según teoría de su padre, los rubios tendrían el ingenio

mecánico y la fortaleza de los alemanes, pero templados por la pasividad de los esclavos. El agente tenía que seleccionar obreros para la fábrica y también algunos domésticos presentables para las diversas casas de McCone. Así fue como mis padres se integraron en la clase de los sirvientes.

Sacco y Vanzetti no tuvieron tanta suerte. No había ningún corredor de maquinaria humana que tuviese un pedido de características parecidas a las suyas. «¿Adonde iba a ir yo? ¿Qué iba a hacer? —escribió Vanzetti—. Allí estaba la tierra prometida. El ferrocarril elevado pasaba traqueteando y no contestaba. Los automóviles y los tranvías pasaban rápidos también sin prestarme atención.» Así que él y Sacco, aún sin conocerse y a fin de no morir de hambre, tuvieron que empezar inmediatamente a mendigar en torpe inglés cualquier tipo de trabajo por el salario que fuese... yendo de puerta en puerta.

Pasó el tiempo.

Sacco, que había sido zapatero en Italia, fue al fin bien acogido en una fábrica de zapatos de Mildford, Massachusetts, que, por azar del destino, sería la población natal de la madre de Mary Kathleen O'Looney. Sacco se consiguió una esposa y una casa con jardín. Tuvieron un hijo al que pusieron Dante y una hija a la que llamaron Inez. Sacco trabajaba seis días por semana, diez horas diarias. Encontraba tiempo también para hablar y dar dinero y participar en manifestaciones por trabajadores en huelga, por mejores salarios y tratamiento más humano en el trabajo y demás. En Milnovecientos Dieciséis, fue detenido por estas actividades.

Vanzetti no tenía ningún oficio y, en consecuencia, fue de trabajo en trabajo... trabajó en restaurantes, en una cantera, en una siderurgia, en una fábrica de sogas. Era un lector fervoroso. Estudió a Marx, a Darwin, a Hugo, a Gorki, a Tolstoi, a Zola y a Dante. Tenía todo esto en común con los hombres de Harvard. En Milnovecientos Dieciséis dirigió una huelga contra la fábrica de sogas, que era la Plymouth Cordage Company de Plymouth, Massachusetts, ahora subsidiaria de la RAMJAC. Tras esto, le incluyeron en la lista negra en muchos kilómetros a la redonda, y hubo de convertirse en vendedor autónomo de pescado para sobrevivir.

Y fue en Milnovecientos Dieciséis cuando llegaron a conocerse bien Sacco y Vanzetti. Se hizo evidente para ambos, pensando cada uno por su cuenta, pero pensando siempre en la brutalidad de las prácticas mercantiles, que los campos de batalla de la Primera Guerra Mundial sólo eran simples sectores adicionales de trabajo terriblemente peligroso, donde unos cuantos hombres podían supervisar el derroche de millones de vidas con la esperanza de ganar dinero. Era evidente para ellos que también Norteamérica se vería muy pronto envuelta en el conflicto. No querían que les forzasen a trabajar en aquellas fábricas de Europa, así que ambos se unieron al mismo grupito de anarquistas italonorteamericanos que se fueron a México hasta que acabó la guerra.

Los anarquistas son personas que creen con todo el corazón que los gobiernos son enemigos de sus propios pueblos.

Y me sorprende pensando, ahora incluso, que la historia de Sacco y Vanzetti puede calar aún en los huesos de las futuras generaciones. Quizás haga falta contarlos sólo algunas veces más. En ese caso, la fuga a México será considerada por cada uno y todos como una expresión más de un tipo de sentido común muy sagrado.

Lo cierto es que Sacco y Vanzetti volvieron a Massachusetts después de la guerra, como amigos íntimos. Su tipo de sentido común, sagrado o no, y basado en libros que los hombres de Harvard leen normalmente y sin efectos negativos, siempre les había parecido despreciable a la mayoría de sus vecinos. Esos mismos vecinos, y aquellos a quienes les

gustaba guiar sus destinos sin mucha oposición, decidieron entonces aterrarse por ese sentido común, sobre todo cuando lo poseían extranjeros.

El Departamento de Justicia elaboró listas secretas de extranjeros que no mantenían ni mucho menos en secreto lo injustos e ilusos e ignorantes y codiciosos que les parecían muchos de los dirigentes de la supuesta «Tierra Prometida». En la lista figuraban Sacco y Vanzetti. Espías del gobierno empezaron a seguirles.

También estaba en la lista un impresor llamado Andrea Salsedo, que era amigo de Vanzetti. Le detuvieron agentes federales en Nueva York por cargos no especificados, y le tuvieron incomunicado ocho semanas. El tres de mayo de Milnovecientos Veinte, Salsedo se cayó, saltó o le empujaron, por la ventana del piso catorce de un edificio dependiente del Departamento de Justicia.

Sacco y Vanzetti organizaron un acto para pedir una investigación de la detención y muerte de Salsedo. Estaba programado para el nueve de mayo en Brockton, Massachusetts, pueblo natal de Kathleen O'Looney. Mary Kathleen tenía entonces seis años. Yo tenía siete.

Sacco y Vanzetti fueron detenidos por actividades revolucionarias peligrosas antes de que pudiera celebrarse el acto programado. Su delito era la posesión de octavillas convocando al acto. La pena podía ser de multa hasta un máximo de un año de cárcel.

Pero luego, de pronto se les acusó también de dos asesinatos sin resolver. Un mes antes, en South Braintree, Massachusetts, en el robo de la nómina de una empresa, habían resultado muertos dos guardias. La pena por esto, lógicamente, sería algo más dura: dos muertes indoloras en la misma silla eléctrica.

Y por si acaso, a Vanzetti se le acusó también de una tentativa de robo de nómina en Bridgewater, Massachusetts. Fue juzgado y declarado convicto. Y así fue como de vendedor de pescado se transformó, como por encanto, en criminal conocido antes de que Sacco y él fuesen juzgados por asesinato.

¿Era culpable Vanzetti de este delito menor? Puede que sí, pero no importaba mucho. ¿Quién dijo que no importaba mucho? El juez que juzgó el caso dijo que no importaba mucho. Este juez era Webster Thayer, licenciado del Dartmouth College y descendiente de varias familias ilustres de Nueva Inglaterra. Explicó al jurado: «Este hombre, aunque pueda no haber cometido realmente el crimen que se le imputa, es culpable sin duda desde un punto de vista moral, porque es enemigo de las instituciones vigentes.»

Palabra de honor: esto lo dijo un juez en un tribunal norteamericano. Saqué la cita de un libro que tengo: *Labor's Untold Story*, de Richard O. Boyer y Herbert M. Morais (United Front, San Francisco, 1955).

Y luego, este mismo juez Thayer consiguió juzgar a Sacco y al conocido delincuente Vanzetti por asesinato. Fueron declarados culpables aproximadamente un año después de su detención: en julio de Milnovecientos Veintiuno, cuando yo tenía ocho años.

Fueron finalmente electrocutados cuando yo tenía quince años. Y si oí comentarios sobre el asunto a alguien de Cleveland, ya lo he olvidado.

El otro día, hablé con un recadero en el ascensor del edificio de la RAMJAC. Era más o menos de mi edad. Le pregunté si se acordaba de la ejecución, cuando él era niño. Dijo que sí, que recordaba haber oído decir a su padre que estaba hartado y cansado de que la gente se pasase el día hablando de Sacco y Vanzetti y que se alegraba de que el asunto hubiese acabado de una vez.

Le pregunté qué oficio tenía su padre.

—Director de banco en Montpelier, Vermont —dijo. Era un viejo que llevaba un gabán del Ejército de los Estados Unidos, suministro de guerra.

Al Capone, el famoso gángster de Chicago, opinaba que Sacco y Vanzetti merecían haber sido ejecutados. Él también creía que eran enemigos del modo de pensar norteamericano sobre Norteamérica. Estaba ofendido de lo ingratos que eran con Norteamérica aquellos inmigrantes italianos, como él.

Capone dijo, según *Labor's Untold Story*: «El bolchevismo está llamando a nuestra puerta... Debemos mantener apartado al trabajador de la literatura roja y de los rusos rojos.»

Esto me recuerda una historia que escribió el doctor Robert Fender, mi amigo de la prisión. Era un relato sobre un planeta en el que el peor crimen era la ingratitud. Había muchas ejecuciones por ingratitud. Ejecutaban a la gente como solían ejecutarla en Checoslovaquia: les defenestraban. Les arrojaban de ventanas muy altas.

Al héroe del relato de Fender al final le tiraban por una ventana por ingratitud. Sus últimas palabras cuando salió volando de la ventana de un piso treinta, fueron éstas: «¡Un

millón de graaaaaacias!»

Pero antes de que Sacco y Vanzetti pudiesen ser ejecutados por ingratitud al estilo Massachusetts, surgió en todo el mundo un gran movimiento de protesta. El vendedor de pescado y el zapatero se habían convertido en celebridades mundiales.

—Jamás en toda nuestra vida —dijo Vanzetti— pudimos imaginar que íbamos a poder hacer una labor en pro de la tolerancia, la justicia, la comprensión entre todos los hombres, como la que hacemos ahora por puro accidente.

Si esto se representase en un Drama de la Pasión moderno, los actores que interpretasen a las autoridades, el Poncio Pilatos, aún tendrían que expresar burla y menosprecio por las opiniones de la chusma. Pero estarían más a favor que en contra de la pena de muerte esta vez.

Y nunca se lavarían las manos.

De hecho, se sentían tan orgullosos de lo que estaban a punto de hacer que pidieron que un comité compuesto de tres de los hombres más sabios, más respetados, más equilibrados e imparciales dentro de las fronteras del estado, dijese al mundo si iba a hacerse justicia o no.

Ésta fue la única parte de la historia de Sacco y Vanzetti que decidió contar Kenneth Whistler... aquella noche, hace ya tanto tiempo, en que Mary Kathleen y yo estábamos cogidos de la mano mientras él hablaba.

Se explayó burlonamente sobre las relumbrantes credenciales de los tres sabios.

Uno era Robert Grant, un juez retirado, que sabía lo que eran las leyes y cómo debían aplicarse. Presidía el entonces director de Harvard, que seguía siéndolo cuando yo ingresé allí. Imaginaos. Era A. Lawrence Lowell. El otro, que según Whistler «...por lo menos sabía mucho de electricidad», era Samuel W. Stratton, director del Instituto de Tecnología de Massachusetts.

Durante sus deliberaciones, recibieron miles de telegramas, algunos a favor de las ejecuciones, pero la mayoría en contra. Enviaron telegramas, entre otros, Romain Rolland, George Bernard Shaw, Albert Einstein, John Galsworthy, Sinclair Lewis y H. Wells.

El triunvirato declaró, al fin, que para ellos era evidente que si se electrocutaba a Sacco y Vanzetti se haría justicia.

He ahí la sabiduría de los seres humanos, hasta de los más sabios.

Y me veo ahora obligado a preguntarme si ha existido alguna vez, o puede existir, la sabiduría. ¿Será tan imposible la sabiduría en este universo concreto como lo es la máquina de movimiento continuo? ¿Quién era el hombre más sabio de la Biblia, en teoría... más sabio incluso, podemos suponer, que el director de Harvard? El rey Salomón, por supuesto. Dos mujeres que reclamaban el mismo hijo se presentaron ante Salomón, pidiéndole que aplicase su legendaria sabiduría a su caso. Él propuso cortar al niño en dos.

Y los hombres más sabios de Massachusetts dijeron que Sacco y Vanzetti debían morir.

Cuando se comunicó su decisión, mi héroe Kenneth Whistler estaba al mando de los piquetes que había ante la sede del gobierno de Massachusetts, en Boston, por cuenta propia. Llovía.

—La naturaleza parecía sumarse a los acontecimientos —dijo, mirándonos directamente a Mary Kathleen y a mí, que estábamos en la primera fila. Se echó a reír.

Mary Kathleen y yo no nos reímos con él. Ni nadie más. Su risa era una risa estremecedora, se reía de lo poco que suele preocuparse la naturaleza por lo que los seres humanos creen que pasa.

Y Whistler siguió con sus piquetes frente al edificio del gobierno durante otros diez

días... hasta la misma noche de la ejecución. Entonces, condujo los piquetes por las tortuosas calles y cruzó con ellos el puente hasta Charlestown, donde estaba la prisión. Formaban parte de estos piquetes, entre otros, Edna St. Vincent Millay, John Dos Passos y Haywood Broun.

La Guardia Nacional y la policía les estaban esperando. Había ametralladoras en los muros, con los cañones apuntando al populacho, hacia el pueblo que quería que Poncio Pilatos fuese misericordioso.

Y Kenneth Whistler llevaba consigo un gran paquete. Era una enorme pancarta larga y estrecha, enrollada y atada. La había hecho hacer aquella misma mañana.

Las luces de la prisión empezaron a oscurecerse.

Cuando se hubieron oscurecido nueve veces, Whistler y un amigo se dirigieron a toda prisa al lugar donde debían exponerse los cadáveres de Sacco y Vanzetti. Al Estado ya no le interesaban para nada los cadáveres. Pasaban de nuevo a ser propiedad de amigos y parientes.

Whistler nos explicó que en la sala principal del local se habían instalado dos pares de caballetes, sobre los que se pensaban colocar los ataúdes. Entonces, Whistler y su amigo desenrollaron la pancarta y la clavaron en la pared encima de los caballetes.

En la pancarta estaban escritas las palabras que Webster Thayer, el hombre que había condenado a muerte a Sacco y a Vanzetti le había dicho a un amigo, poco después de haber dictado la sentencia:

¿VISTE LO QUE LES HICE A ESOS CABRONES ANARQUISTAS
EL OTRO DÍA?

Sacco y Vanzetti no perdieron nunca su dignidad... nunca se desmoronaron. Walter F. Starbuck sí lo hizo al fin.

Cuando me detuvieron en la sala de exposiciones de la American Harp Company, parecí aguantar muy bien en principio. Cuando el viejo Delmar Peale les enseñó a los dos policías la circular sobre las piezas de clarinete robadas, cuando explicó por qué tenían que detenerme, yo incluso sonreí. Tenía la coartada perfecta, en realidad: había pasado los dos últimos años en la cárcel.

Pero cuando se lo dije, no se tranquilizaron tanto como había pensado yo. Decidieron que quizás fuera más peligroso de lo que habían creído en principio.

Cuando llegué, en la comisaría de policía había un lío tremendo. Los periodistas y los de la televisión intentaban hablar con los jóvenes que se habían amotinado en los jardines de las Naciones Unidas, y que habían tirado al río East al ministro de Economía de Sri Lanka. Todavía no habían encontrado al srilankano, así que se daba por supuesto que acusarían de asesinato a los detenidos.

En realidad, al srilankano le rescataría una lancha de la policía unas dos horas después. Le encontraron aferrado a una boya de campana cerca de la Isla del Gobernador. Los periódicos del día siguiente describirían su estado como «incoherente». Lo creo.

No había nadie para interrogarme de inmediato. Tendría que pasar un rato encerrado. La comisaría estaba tan atestada que no había siquiera una celda normal para mí. Me dieron una silla en un pasillo fuera de las celdas. Fue allí donde me insultaron los detenidos desde detrás de las rejas, imaginando que nada en el mundo desearía yo tanto como hacerles el amor.

Por fin me llevaron a una celda acolchada del sótano. Estaba destinada a albergar a maníacos hasta que llegaba una ambulancia a buscarles. No tenía retrete, porque un maníaco podría intentar abrirse la cabeza contra el borde del inodoro. No había tampoco catre ni silla. Tendría que sentarme o tumbarme en el suelo acolchado. Y, curiosamente, el único objeto que había era un trofeo de bolos grande, que alguien se había dejado. Llegué a conocerlo muy bien.

Así pues, estaba de nuevo en un sótano tranquilo.

Y, tal como me había sucedido cuando era asesor especial del presidente para asuntos de la juventud, se olvidaron de mí.

Me dejaron allí involuntariamente desde el mediodía hasta las ocho de la noche, sin comida ni agua, ni water, ni el más ligero sonido del exterior... en el que tendría que haber sido mi primer día de libertad. Así empezó a ponerse a prueba mi carácter, prueba que fui incapaz de superar.

Pensaba en Mary Kathleen y en lo que había ocurrido. Aún no sabía que ella era la señora de Jack Graham, pero me había dicho otra cosa muy interesante sobre sí misma: cuando me fui de Harvard, cuando dejé de contestar a sus cartas e incluso de pensar en ella, se fue en auto-stop a Kentucky, donde Kenneth Whistler aún trabajaba de minero y de

dirigente sindical. Llegó al atardecer a la choza en la que Kenneth vivía solo. La choza estaba abierta, pues no había nada en el interior que mereciese la pena robar. Whistler aún estaba trabajando. Mary Kathleen había llevado comida consigo. Cuando Whistler llegó a casa, de su chimenea salía humo. Dentro había comida caliente esperándole.

Así fue cómo se estableció Mary en la zona minera. Y así fue cómo un día en que Kenneth Whistler se puso violento por la noche a causa del alcohol, Mary salió corriendo a la calle iluminada por la luna de un mísero pueblo minero de barracas y fue a dar en los brazos de un joven ingeniero de minas, que era, por supuesto, Jack Graham.

Y luego me entregué a un relato de mi amigo de la cárcel, el doctor Robert Fender, que lo había publicado con el seudónimo de «Kilgore Trout». Se titulaba «Dormido en el cambio de vía». Trataba de un inmenso centro de recepción que había a las puertas del cielo, lleno de computadoras y atendido por individuos que en la Tierra habían sido interventores públicos o asesores de inversiones o ejecutivos.

No podías entrar en el cielo hasta haber pasado por una revisión completa de lo bien que habías aprovechado las oportunidades financieras que Dios, por mediación de sus ángeles, te había ofrendado en la Tierra.

Y durante todo el día y en todos los cubículos, podías oír a los especialistas diciendo con tono hastiado a la gente que había desperdiciado una oportunidad tras otra: «Y otra vez estaba dormido en el momento del cambio de vía.»

¿Cuánto tiempo había pasado yo en solitario, por entonces? Haré un cálculo: cinco minutos.

«Dormido en el cambio de vía» era un relato bastante sacrilego. El héroe era el espectro de Albert Einstein. Éste, estaba tan poco interesado por las riquezas que apenas oía lo que tenía que decirle su auditor. Era una especie de disparate sobre cómo Einstein podría haberse hecho multimillonario si hubiese puesto una segunda hipoteca sobre su casa de Berna, Suiza, en Milnovecientos Cinco y hubiese invertido dinero en depósitos de uranio antes de decirle al mundo que $E=mc^2$.

«Pero usted estaba... otra vez dormido en el cambio de vía», decía el auditor.

«Sí —decía cortésmente Einstein—, al parecer es una actitud muy característica.»

«Ya ve usted —decía el auditor— que la vida en realidad fue justa. Tuvo usted un número notable de oportunidades, las aprovechase o no.»

«Sí, ahora me doy cuenta», decía Einstein.

«¿Le importaría a usted repetir eso?», decía el auditor.

«¿Repetir el qué?», decía Einstein.

«Que la vida fue justa.»

«La vida fue justa», decía Einstein.

«Si no lo cree usted realmente —decía el auditor—, tengo muchos otros ejemplos que puedo mostrarle. Refiriéndonos, por ejemplo, a la energía atómica: Si usted hubiese cogido simplemente el dinero que depositó en el banco como ahorro cuando estaba en el Instituto de Estudios Superiores de Princeton, y lo hubiese invertido, a partir de Milnovecientos Cincuenta, digamos, en IBM, Polaroid y Xerox... aunque le quedasen sólo cinco años más de vida...»

Y el auditor alzaba la vista entonces sugerentemente, invitando a Einstein a demostrar lo listo que podía ser.

«¿Me habría hecho rico?», decía Einstein.

«Habría gozado de una posición “desahogada”, digamos —decía pulcramente el auditor—. Pero estaba usted... otra vez» y de nuevo enarcaba las cejas.

«¿Dormido en el cambio de vías?», preguntaba Einstein esperanzado.

El auditor se ponía de pie y extendía la mano, que Einstein aceptaba sin entusiasmo.

«Así que ya ve, doctor Einstein —decía—, que no podemos echarle a Dios la culpa de todo.»

Luego hacía pasar a Einstein por las puertas del cielo, diciéndole: «Encantados de tenerle a bordo.»

Y así entró Einstein en el cielo, con su amado violín. No volvió a pensar más en el auditor. Era un veterano de innumerables cruces de frontera por entonces. Siempre le habían hecho preguntas absurdas, le habían obligado a hacer huecas promesas y a firmar documentos intrascendentes.

Pero una vez dentro del cielo, Einstein se encontró con que había muchas almas sumamente afectadas por lo que les había dicho el auditor. Una pareja, marido y mujer que se habían suicidado después de perderlo todo en una granja avícola de New Hampshire, se habían enterado por el auditor de que estaban viviendo encima del mayor yacimiento de níquel del mundo.

Un chaval de catorce años de Harlem, que había resultado muerto en una pelea de bandas callejeras, se enteró de que había un anillo de diamantes de dos kilates desde hacía varias semanas en el fondo de un sumidero por el que pasaba todos los días. No tenía taras y su robo no había sido denunciado. Si lo hubiese vendido sólo por una décima parte de su valor, cuatrocientos dólares, digamos, según el auditor, y hubiese invertido en artículos de consumo, sobre todo en cacao en aquel momento, podría haberse trasladado con su madre y sus hermanas a un condominio de Park Avenue y haber ido luego él a Andover y luego a Harvard. Harvard otra vez.

Todos los relatos que oyó Einstein sobre los auditores se los contaron norteamericanos. Y es que había decidido establecerse en la parte norteamericana del cielo. Como era judío, los europeos le producían, lógicamente, sentimientos contradictorios. Pero no eran sólo los norteamericanos los que pasaban por los auditores. Tenían que pasar por lo mismo los paquistaníes y los pigmeos de Filipinas y hasta los comunistas.

Era muy propio de Einstein el que se ofendiese antes por los cálculos matemáticos de aquel sistema con el que los auditores querían conseguir que todos estuviesen agradecidos. Einstein calculaba que si todos los habitantes de la Tierra hubiesen aprovechado al máximo todas sus oportunidades, y se hubiesen hecho millonarios y luego multimillonarios, etcétera, la riqueza dineraria del pequeño planeta habría sido superior al valor de todos los minerales del universo en cosa de unos tres meses. Además, no quedaría nadie para hacer trabajo útil.

Así que mandó una nota a Dios. En ella, daba por supuesto que Dios no tenía ni idea de las tonterías que decían sus auditores. Acusaba a éstos, más que a Dios, de engañar cruelmente a los recién llegados respecto a las oportunidades que habían tenido en la Tierra. No entendía bien los motivos de los auditores. Pero pensaba que muy bien podrían ser sádicos.

El relato terminaba bruscamente. Einstein no conseguía ver a Dios. Pero Dios le mandaba un arcángel loco de remate. El arcángel le decía que si seguía intentando que las almas perdiesen el respeto a los auditores, le quitaría el violín para toda la eternidad.

Así que Einstein nunca volvió a hablar con nadie de los auditores. Aquel violín significaba mucho para él.

El relato era, sin duda, una severa crítica de Dios, pues indicaba que era capaz de utilizar un subterfugio barato como los auditores para que no se le echase la culpa de la

dureza de la situación económica de aquí abajo.

Dejé la mente en blanco.

Y entonces, empecé a cantar otra vez lo de Sally en el jardín.

Entretanto, Mary Kathleen O'Looney, ejercitando sus poderes cósmicos como señora de Jack Graham, había telefoneado a Arpad Leen, el jefe supremo de la RAMJAC. Le ordenó que descubriese qué había hecho la policía conmigo y que mandase al mejor abogado de Nueva York a sacarme de allí, costase lo que costase.

Después de eso, tenía que nombrarme vicepresidente de la RAMJAC. Y ya que mencionaba eso, añadió, tenía una lista de otras buenas personas a quienes había que localizar y nombrar vicepresidentes. Eran las personas de quienes yo le había hablado... los desconocidos que habían sido tan buenos conmigo.

Le ordenó también que le dijese a Doris Kramm, la anciana secretaria de la American Harp Company, que ella no tenía por qué retirarse, por muy vieja que fuese.

Sí, y yo allí en mi celda acolchada, me contaba entretanto un chiste que había leído en *The Harvard Lampoon* cuando estudiaba primero. Me asombró entonces por lo sucio que me pareció. Cuando me nombraron asesor especial del presidente para asuntos de la juventud y tuve que leer de nuevo humor universitario, descubrí que el chiste se publicaba todavía varias veces al año... inalterable. El chiste era éste:

ELLA: ¿Cómo te atreves a besarme así?

Él: Sólo quería saber quién se había comido todos los macarrones.

En fin, me reí mucho con eso allí en solitario. Pero luego empecé a hundirme. No podía parar de decirme: «Macarrones, macarrones...»

Y las cosas se pusieron aún peor luego. Empecé a llorar. Empecé a darme cabezazos contra las paredes. Vi un montón de mierda en un rincón. Cogí el trofeo de bolos y lo puse encima de la mierda.

Recité a gritos un poema que había aprendido en la escuela primaria:

¡Da igual que yo me muera,

me muera, me muera!

¡Quiero que corra el jugo,

el jugo, el jugo!

Quizás hasta me masturbase. ¿Por qué no? Nosotros los viejos tenemos una vida sexual mucho más rica de lo que se imaginan la mayoría de los jóvenes.

Luego me desmayé.

A las siete en punto de aquella noche entró en la comisaría de policía de arriba el mejor abogado de Nueva York. Había conseguido rastrearme hasta allí. Era un hombre famoso, conocido por su extremada ferocidad y su seriedad acusando o defendiendo a quien fuera. Los policías se quedaron sobrecogidos al ver aparecer a una celebridad tan temida. Exigió que le explicaran dónde estaba yo.

Nadie lo sabía. En ningún sitio había constancia de que me hubiesen puesto en libertad o me hubieran trasladado a otra parte. Mi abogado sabía que yo no había ido a casa porque ya había preguntado allí por mí. Mary Kathleen le había dicho a Arpad Leen que yo vivía en el Arapahoe y Leen se lo había dicho al abogado.

Ni siquiera pudieron averiguar por qué me habían detenido.

Así que comprobaron en todas las celdas. Yo no estaba en ninguna, claro. Los que me

habían llevado a la comisaría y el hombre que me había encerrado habían terminado el servicio y se habían ido. No pudieron localizar en casa a ninguno.

Y entonces el agente, que estaba intentado aplacar a mi abogado, se acercó a la celda de abajo y decidió echar un vistazo por si acaso.

Cuando giró la llave en la cerradura, yo estaba tumbado bocaabajo como perro en perrera, mirando hacia la puerta. Mis pies descalzos se extendían hacia el trofeo de bolos y la mierda. Me había quitado los zapatos, no sé por qué.

Cuando el agente abrió la puerta, quedó sobrecogido al verme, percibiendo que debía llevar mucho tiempo allí encerrado. La ciudad de Nueva York había cometido involuntariamente un grave delito contra mí.

—¿Señor Starbuck? —preguntó anhelante.

No contesté. Me incorporé. No me preocupaba ya dónde pudiera estar ni lo que pudiera pasar después. Era como un pez enganchado que no puede luchar más. Hubiera lo que hubiera al otro extremo del sedal, mejor que me arrastraran.

Cuando el agente dijo «aquí está su abogado», no protesté ni siquiera para mis adentros, diciendo que nadie sabía que yo estuviese en la cárcel, que no tenía abogados, ni amigos ni nada. Pero bueno: mi abogado estaba allí.

Y entonces, se presentó el propio abogado. Si hubiese aparecido un unicornio, no me habría sorprendido en absoluto. En realidad, era casi igual de fantástico. Aquel hombre había sido a los veintiséis años consejero jefe del Comité de Investigación Permanente del Senado, del que era presidente el senador Joseph R. McCarthy, el más espectacular cazador de norteamericanos desleales desde la Segunda Guerra Mundial.

Tenía ya cerca de cincuenta años, pero aún seguía siendo serio y nerviosamente perspicaz. Durante la era McCarthy, que vino después de que Leland Clewes y yo hiciésemos el ridículo que hicimos, yo había odiado y temido a aquel hombre. Y ahora estaba de mi parte.

—¿Señor Starbuck? —dijo—. Estoy aquí para defenderle, si usted lo desea. Me ha contratado la RAMJAC Corporation. Me llamo Roy M. Cohn.

¡Aquel hombre era milagroso!

Antes de lo que se tarda en decir «*habeas corpus!*» ya estaba yo fuera de la comisaría y dentro de una limusina que me esperaba.

Cohn me acompañó a la limusina, pero no entró. Me deseó buena suerte sin darme la mano y desapareció. No me tocó en ningún momento, ni mostró el menor indicio de que supiese que yo, también, había jugado un papel muy público en la historia norteamericana en tiempos anteriores.

Así pues, estaba otra vez en la limusina. ¿Por qué no? En un sueño todo es posible. ¿No acababa de sacarme de la cárcel Roy M. Cohn, no me había dejado los zapatos en la celda? Así que, ¿por qué no habría de seguir el sueño... y que Leland Clewes, Israel Edel, el encargado nocturno del Arapahoe, estuviesen sentados allí en la parte trasera de la limusina dejando un espacio para que me sentase yo? Así era.

Me saludaron con un gesto inquieto. También ellos tenían la sensación de que últimamente la vida tenía muy poco sentido.

Lo que pasaba era, claro, que la limusina estaba recorriendo Manhattan como un autobús escolar para recoger a individuos a los que, siguiendo órdenes de Mary Kathleen, Arpad Leen debía nombrar vicepresidentes de la RAMJAC. Aquella limusina era el coche particular de Leen. Era lo que luego me he enterado que se llama una limusina «ancha». La American Harp Company podría haber utilizado la parte trasera como sala de exposición.

A Clewes y a Edel y a la siguiente persona a la que teníamos que recoger les había telefonado personalmente Leen... después de que uno de sus ayudantes hubiera descubierto más datos sobre quiénes eran y dónde estaban. A Leland Clewes le habían localizado por la guía de teléfonos. A Edel le habían encontrado en la mesa de recepción del Arapahoe. Uno de los ayudantes había ido a la cafetería del Royalton a preguntar cómo se llamaba un individuo que trabajaba allí y que tenía la mano frita.

Se habían hecho llamadas también a Georgia: una a la oficina regional de la RAMJAC, preguntando si un chófer llamado Cleveland Lawes trabajaba para ellos, y otra al Correccional de Seguridad Mínima para Adultos, de la base de las Fuerzas Aéreas de Finletter, preguntando si había allí un guardián llamado Clyde Carter y un recluso llamado doctor Robert Fender.

Clewes me preguntó si entendía lo que estaba pasando.

—No —dije—. Esto sólo es el sueño de un presidiario. ¿Por qué va a tener sentido?

Clewes me preguntó qué había sido de mis zapatos.

—Los dejé en la celda acolchada —dije.

—¿Estabas en una celda acolchada? —dijo.

—Es muy agradable —dije—. No puedes hacerte daño.

Entonces, un hombre que iba en el asiento delantero junto al chófer se volvió y nos miró. Yo le conocía, también. Era uno de los abogados que acompañaron a Virgil Greathouse a la cárcel el día antes por la mañana. También era abogado de Arpad Leen. Le preocupaba el que hubiera perdido mis zapatos. Dijo que volveríamos a la comisaría a buscarlos.

—¡Ni hablar! —dije yo—. Ya habrán descubierto que tiré el trofeo de bolos en la mierda, y volverán a detenerme. Edel y Clewes se apartaron un poco de mí al oír esto.

—Esto tiene que ser un sueño —dijo Clewes.

—Ponte cómodo —dije—. Eres mi huésped. Cuantos seamos, mejor lo pasaremos.

—Caballeros, caballeros... —dijo jovialmente el abogado—. No se preocupen tanto, por favor. Van a ofrecerles la gran oportunidad de su vida.

—¿Cuándo demonios pudo verme esa mujer? —dijo Edel—. ¿Qué cosa maravillosa pudo verme hacer?

—Puede que nunca lo sepamos —dijo el abogado—. Ella casi nunca explica lo que hace, y es especialista en disfraces. Podría ser cualquiera.

—Quizás fuera aquel macarra negro grande que entró después de usted anoche —me dijo Edel—. Fui muy amable con él. Medía más de dos metros.

—Pues yo no le vi —dije.

—Tuvo suerte —dijo Edel.

—¿Os conocéis? —dijo Clewes.

—¡Desde la niñez! —dije.

Estaba decidido a acabar con aquel sueño de una vez, negándome en redondo a tomarlo en serio. Estaba convencido de que volvería a mi cama del Arapahoe o al catre de la prisión. Me daba igual una cosa que otra.

Quizás pudiera incluso despertar en el dormitorio de mi chalecito de Chevy Chase, Maryland, y mi esposa estar aún viva.

—Puedo asegurarle que no era el macarra alto —dijo el abogado—. De una cosa podemos estar seguros: tenga el aspecto que tenga, no puede ser alta.

—¿Quién no puede ser alta? —pregunté.

—La señora de Jack Graham —dijo el abogado.

—Lamento haberlo preguntado —dije.

También usted debe haberle hecho algún tipo de favor —me dijo el abogado—. O debe haber hecho algo que ella vio y consideró admirable.

—Mi experiencia como *boy scout* —dije.

Por fin paramos delante de un maltrecho edificio de apartamentos del Upper West Side. De allí salió Frank Ubriaco, el dueño de la cafetería. Iba vestido para el sueño con un traje de terciopelo azul claro y botas vaqueras verdiblanco con tacones altos, muy altos. Llevaba la mano frita elegantemente enfundada en un guante blanco de cabritilla. Clewes le colocó un asiento plegable para que se sentara.

Le saludé.

—¿Quién es usted? —dijo.

—Me sirvió usted el desayuno esta mañana —dije.

—Serví desayunos a todo el mundo esta mañana —dijo él.

—¿También le conoces? —dijo Clewes.

—Éste es mi pueblo —dije.

Luego, me dirigí al abogado, más convencido que nunca de que aquello era un sueño y le dije:

—Bueno, ahora hemos de recoger a mi madre. Repitió mis palabras, inseguro:

—¿A su madre?

—Claro. ¿Por qué no? Es la única que falta —dije.

Quiso colaborar.

—El señor Leen no dijo nada concreto de que no trajesen ustedes a nadie más. ¿Le gustaría a usted llevar también a su madre?

—Muchísimo —dije.

—¿Y dónde está? —dijo él.

—En un cementerio de Cleveland —dije—. Pero eso a *usted* no tendría por qué frenarle.

A partir de esto, eludí las conversaciones directas conmigo.

Cuando nos pusimos de nuevo en marcha, Ubriaco preguntó a los del asiento de atrás quiénes éramos.

Clewes y Edel se presentaron. Yo no quise hacerlo.

—Todos son personas que llamaron la atención de la señora Graham —dijo el abogado—. Lo mismo que usted.

—¿La conocen ustedes, muchachos? —nos preguntó Ubriaco a Clewes, a Edel y a mí.

Los tres nos encogimos de hombros.

—Dios mío —dijo Ubriaco—. Ojalá sea un trabajo muy bueno ese que tienen que ofrecernos. Porque a mí me gusta lo que hago.

—Ya verá usted, ya —dijo el abogado.

—He dejado de asistir a una cita por este asunto —dijo Ubriaco.

—Sí... y también el señor Leen dejó de asistir a una cita por ustedes —dijo el abogado—. Precisamente esta noche su hija celebra en el Waldorf su baile de presentación en sociedad, y él no podrá asistir. Tendrá que estar hablando con ustedes, caballeros.

—Qué disparate —dijo Ubriaco. Ningún otro tenía nada que decir. Cuando cruzábamos Central Park hacia el East Side, Ubriaco habló otra vez:

—Qué baile de presentación ni qué mierda —dijo. Clewes me dijo:

—Tú eres el único que conoce a todos los demás. De alguna forma, estás en el centro de todo esto.

—Pues claro, hombre —dijo—. El sueño es mío.

Y, sin más conversación, nos dejaron en casa de Arpad Leen. El abogado nos dijo que nos quitáramos los zapatos en el vestíbulo. Yo, claro, iba en calcetines.

Ubriaco preguntó si Leen era japonés, pues los japoneses suelen andar descalzos por casa.

El abogado le aseguró que Leen era blanco, pero le dijo que se había criado en las islas Fiji, donde sus padres tenían un comercio. Yo me enteré más tarde de que el padre de Leen era un judío húngaro y su madre una chipriota griega y se conocieron cuando ambos trabajaban en un crucero sueco, a finales de los años veinte. Dejaron el barco en Fiji y pusieron un comercio.

En cuanto a Leen, me pareció un indio de la pradera idealizado. Podría haber sido un astro del cine. Y salió al vestíbulo con una bata de seda a rayas, calcetines negros y ligas. Aún esperaba poder ir al baile de su hija.

Antes de presentarse, tuvo que comunicarle al abogado una noticia increíble.

—¿Sabes por qué está en la cárcel ese hijo de puta? —dijo—. ¡Por traición! ¿Cómo vas a poder sacar de la cárcel a un tipo que ha cometido traición! ¿Cómo vas a darle aunque sea un trabajo de mierda sin que todos los patriotas del país se subleven?

El abogado no sabía cómo.

—Bueno —dijo Leen—. Al diablo. Localízame otra vez a Roy Cohn. ¡Ojalá pudiera verme otra vez en Nashville!

Este último comentario aludía a que Leen había sido el principal editor de música *country* de Nashville, Tennessee, antes de que la RAMJAC se tragase su pequeño imperio. Su antigua empresa era, en realidad, el núcleo de la sección Down Home Record de la RAMJAC.

Por fin, nos miró detenidamente e hizo un gesto de asombro. Éramos una pandilla muy rara.

—Caballeros —dijo—. La señora de Jack Graham se ha fijado en ustedes. No me ha dicho dónde ni cuándo. Dijo que son ustedes honrados y buenos.

—Yo no —dijo Ubriaco.

—Es usted libre de poner su opinión en entredicho, si lo desea —dijo Leen—. Yo no la pongo. Tengo que ofrecerles buenos trabajos. Pero no me importa hacerlo, y les diré por qué: ella jamás me ha mandado hacer algo que no resultase beneficioso para la empresa. Yo decía en tiempos que no quería trabajar para nadie, pero trabajar para la señora Graham ha sido el mayor privilegio de mi vida.

Lo decía en serio.

No le importaba nombrarnos vicepresidentes a todos. La empresa tenía setecientos vicepresidentes de una cosa y otra, al nivel más alto, a nivel corporativo. Pero luego, en las subsidiarias, empezaba otra vez todo el asunto de los presidentes y los vicepresidentes.

—¿Sabe *usted* qué aspecto tiene ella? —quiso saber Ubriaco.

—No la he visto últimamente —dijo Leen. Era una mentira cortés. No la había visto nunca, lo cual era del dominio público. Más tarde, me confesaría que ni siquiera sabía cómo había llamado él la atención de la señora Graham. Creía que la señora podría haber visto un artículo sobre él en la revista del Dinner's Club, que le incluía en su sección de «Los que suben».

En cualquier caso, era abyectamente leal a ella. Amaba y temía su idea de la señora Graham lo mismo que Larkin Emil amaba y temía su idea de Jesucristo. Tenía más suerte que Larkin en su culto, claro, pues su ser superior e invisible le llamaba por teléfono y le

escribía cartas y le decía lo que tenía que hacer.

Una vez llegó a decirme: «Trabajar para la señora Graham ha sido para mí una experiencia religiosa. Yo andaba a la deriva, pese a todo el dinero que ganaba. Mi vida carecía de objetivo hasta que fui presidente de la RAMJAC y me puse a su disposición.»

A veces, no tengo más remedio que pensar que toda felicidad es religiosa.

Leen dijo que hablaría con nosotros por separado en su biblioteca.

—La señora Graham no me ha dicho nada sobre sus antecedentes, sobre cuáles podrían ser sus intereses concretos... así que tendrán que hablarme ustedes un poco de sí mismos.

Dijo que entrase primero en la biblioteca Ubriaco, y nos pidió a los demás que esperásemos en el salón.

—¿Quieren que mi mayordomo les traiga alguna bebida? —dijo.

Clewes no quiso nada. Edel pidió una cerveza. Yo, que aún tenía la esperanza de deshacer aquel sueño, pedí un *pousse-café*, una bebida color arcoiris que nunca había visto pero que había estudiado cuando hacía el curso de doctor en coctelería. Se ponía un licor muy pesado en el fondo del vaso, sobre el que se echaba a cucharadas otro más ligero de distinto color, y luego otro más ligero aún, y así sucesivamente, sin que cada capa coloreada se mezclase con la de encima ni con la de debajo.

A Leen le dejó muy impresionado mi petición. Lo repitió, para asegurarse de que había oído bien.

—Si no es problema, claro —dije. No era más problema, sin duda, que construir un modelo de barco completo en una botella, por ejemplo.

—¡No es ningún problema! —dijo Leen. Como pude comprobar con el tiempo, era una de sus expresiones favoritas. Dijo al mayordomo que me trajese en seguida un *pousse-café*.

Él y Ubriaco entraron en la biblioteca, y los demás pasamos al salón, que tenía piscina. Era la primera vez que yo veía un salón con piscina. Había oído hablar del asunto, claro, pero una cosa es oírlo y otra ver tanta agua en un salón.

Me arrodillé junto a la piscina y chapoteé con la mano en el agua, para comprobar la temperatura, que era tibia. Cuando retiré la mano y consideré su humedad, hube de admitir para mí que aquella humedad no era propia del sueño. Tenía la mano mojada de veras y así seguiría algún tiempo, a no ser que me secase.

Todo aquello estaba pasando de verdad. Cuando me incorporé, llegaba el mayordomo con mi *pousse-café*.

La solución no era la actitud hostil. Tendría que volver a empezar a prestar atención.

—Gracias —le dije al mayordomo.

—De nada, señor —me contestó.

Clewes y Edel estaban sentados en el extremo de un sofá que era como media manzana de largo, por lo menos. Me uní a ellos, esperando que apreciaran que me había tranquilizado.

Ellos seguían haciendo cábalas sobre cuándo podría haberles sorprendido la señora Graham comportándose tan virtuosamente.

Clewes se lamentaba de que no había tenido muchas oportunidades de ser virtuoso, vendiendo sobres de cerillas y calendarios de publicidad a domicilio.

—Lo máximo que puedo hacer en ese sentido es dejar que el encargado de un edificio me explique sus historias de guerra. Recordaba un encargado del Edificio Flatiron que decía haber sido el primer norteamericano que había cruzado el puente sobre el Rhin en Remagen, Alemania, durante la Segunda Guerra Mundial. La toma de este puente había sido un acontecimiento importantísimo, que había permitido penetrar a los ejércitos aliados

a gran velocidad en el corazón mismo de Alemania. Clewes dudaba que aquel encargado fuera la señora de Jack Graham, sin embargo.

Pero Israel Edel suponía que la señora Graham podía ir disfrazada de hombre.

—A veces pienso que por lo menos la mitad de los clientes que tenemos en el Arapahoe son travestís.

La posibilidad de que la señora Graham fuera un travestí pronto se plantearía de nuevo, y sorprendentemente lo haría Arpad Leen.

Pero, entretanto, Clewes volvió al tema de la Segunda Guerra Mundial. Pasó al plano personal. Dijo que él y yo, cuando éramos burócratas en época de guerra, no habíamos tenido nada que ver con las derrotas ni las victorias, sólo nos habíamos imaginado tal relación.

—La guerra la ganaron quienes lucharon, Walter. Lo demás eran sueños.

Él pensaba que todas las memorias sobre la guerra que habían escrito los civiles eran timos, pretensiones de que la guerra la habían ganado los charlatanes, los escritores y los tiburones sociales, cuando sólo podían haberla ganado los combatientes.

Sonó un teléfono en el vestíbulo. El mayordomo entró a decir que la llamada era para Clewes, podía atenderla por el teléfono de la mesita de café que teníamos enfrente. El teléfono era de plástico, blanco y negro, y tenía la forma de «Snoopy», el famoso perro de la historieta «Peanuts». «Peanuts» era propiedad de lo que estaba a punto de convertirse en mi sector de la RAMJAC. Según descubriría yo muy pronto, para hablar por aquel teléfono tenías que meter la boca en la barriga del perro y meterte su nariz en la boca. ¿Por qué no?

Era Sarah, la mujer de Clewes, mi antigua novia, que llamaba desde su apartamento. Acababa de llegar a casa de su trabajo como enfermera particular y había encontrado la nota de Clewes diciéndole dónde estaba y lo que estaba haciendo allí y cómo podía localizarle por teléfono.

Él le dijo que también yo estaba allí y ella no podía creerlo. Quiso hablar conmigo, así que Clewes me pasó el perro de plástico.

—Hola —dije.

—Esto es una locura —dijo ella—. ¿Qué haces ahí?

—Bebiendo un *pousse-café* junto a la piscina —dije.

—No puedo imaginarte tomando un *pousse-café* —dijo ella.

—Pues estoy tomándolo —dije.

Me preguntó cómo nos habíamos encontrado Clewes y yo. Se lo expliqué.

—El mundo es un pañuelo, Walter —dijo ella, y etcétera. Me preguntó si Clewes me había explicado que les había hecho un gran favor al declarar contra él.

—Tendría que decir que esa opinión me parece debatible —le dije.

—¿Te parece qué? —dijo ella.

—Debatible —dije. Era una palabra que ella nunca había oído. Se la expliqué.

—Soy tan tonta —dijo—. Hay tantas cosas que no sé, Walter.

Por teléfono parecía exactamente la misma Sarah. Era como si estuviéramos de nuevo en Milnovecientos Treintaicinco. Y, por eso, lo que me dijo luego me resultó especialmente punzante:

—¡Oh, Dios mío, Walter! ¡Los dos tenemos más de sesenta años! ¿Cómo es posible?

—Resulta increíble, ¿verdad Sarah? —dije.

Me pidió que fuese a cenar a su casa con Clewes, y dije que lo haría si podía, que no sabía lo que pasaría después. Le pregunté dónde vivía.

Resultaba que ella y Clewes vivían en la planta baja del mismo edificio en el que había

vivido su abuela, en Ciudad Tudor. Me preguntó si me acordaba del apartamento de su abuela, de todos aquellos criados y muebles viejos amontonados en cuatro habitaciones.

Dije que sí, que me acordaba, y nos reímos.

No le conté que mi hijo también vivía por allí, en Ciudad Tudor. Posteriormente descubriría que su proximidad a ella no era tan vaga, que vivía muy cerca, con su esposa musical y sus hijos adoptados. Stankiewicz, del *New York Times*, vivía en el mismo edificio y, además, su presencia se hacía muy notoria por el salvajismo de los niños... vivía sólo tres plantas más arriba de Leland y Sarah Clewes.

Sarah dijo que era muy agradable que pudiéramos reírnos aún, pese a todo lo que habíamos tenido que pasar.

—Al menos aún nos queda el sentido del humor —dijo.

Esto lo había dicho Julie Nixon de su padre después de que le echaran de la Casa Blanca: «Aún conserva su sentido del humor.»

—Sí... al menos nos queda eso —admití.

—Camarero —dijo ella— ¿qué hace esta mosca en mi sopa?

—¿Qué? —dije.

—¿Que qué hace esta mosca en mi sopa? —insistió ella.

Y entonces recordé: era el principio de una cadena de chistes que solíamos contarnos por teléfono. Cerré los ojos. Di la respuesta correspondiente y el teléfono se transformó en una máquina del tiempo. Me permitía escapar de Milnovecientos Setenta y siete y entrar en la cuarta dimensión.

—Creo que es braza de espaldas, madame —dije.

—Camarero —dijo ella—, hay también un fichero en mi sopa.

—Lo siento, señora —dije yo—. Es un error tipográfico. Tenía que ser un fideo.

—¿Por qué es tan cara la leche? —dijo ella.

—Porque es difícilísimo conseguir que las vacas se pongan de cuclillas sobre esos botellines —dije.

—No hago más que pensar que es martes —dijo ella.

—Es martes —dije yo.

—Eso sigo pensando —dijo ella—. Dígame, ¿tienen ustedes merengue?

—Hoy no están en el menú —dije yo.

—Anoche soñé que comía merengue —dijo ella.

—Un sueño muy agradable —dije yo.

—Fue terrible —dijo ella—. Cuando desperté había desaparecido la sábana.

También ella tenía motivos para huir a la cuarta dimensión.

Luego me enteraría de que aquella noche había muerto su paciente. Sarah sentía mucho cariño por aquella paciente. Tenía treinta y seis años, pero padecía un trastorno cardíaco congénito... tenía un corazón enorme, gordo y débil.

E imaginaos, claro, los efectos de esta conversación en Leland Clewes, que estaba sentado a mi lado. Yo tenía los ojos cerrados y estaba en tal éxtasis de intemporalidad e ingravidez, que era como si estuviera teniendo un intercambio sexual con su esposa, delante de sus narices. Me perdonaba, claro está. Él perdona todo a todo el mundo. Pero aún así, tuvo que impresionarle lo lánguidamente enamorados que aún podíamos estar Sarah y yo por teléfono.

¿Hay algo más proteico que el adulterio? No hay nada en este mundo.

—Estoy pensando ponerme a dieta —dijo Sarah.

—Yo sé cómo puedes eliminar ocho kilos de grasa desagradable inmediatamente

—dije.

—¿Cómo? —dijo ella.

—Haciendo que te corten la cabeza —dije yo.

Clewes sólo oía mi parte de la conversación, claro, con lo que únicamente se enteraba del principio o el final de un chiste. Algunas frases eran sumamente sugerentes.

—¿Fumas? —le pregunté.

—Sí —dijo ella.

—Vaya, así que te gusta echar humo —continué.

—Sí —dijo ella.

—¿Y echas humo después del coito?

Clewes nunca oyó su respuesta, que fue la siguiente:

—No sé. Nunca me he fijado —y luego continuó—: ¿Qué hacía usted antes de ser camarero?

—Me dedicaba a limpiar las cagaditas de los relojes de cuco —dije.

—Siempre he querido saber qué es esa cosita blanca que se ve en las cagadas de los pájaros —dijo ella.

—Pues es también cagada de pájaro —expliqué—. ¿Qué tipo de trabajo hace *usted*?

—Trabajo en una fábrica de pantalones —dijo ella.

—¿Es bueno ese trabajo en una fábrica de pantalones? —pregunté socarronamente.

—Oh —dijo ella—, no puedo quejarme. Vengo a sacarme unos diez mil al año.

Sarah tosió, y también esto era una clave que estuve a punto de pasar por alto.

—Menudo catarro tiene usted —dijo oportunamente.

—No hay quien lo pare —dijo ella.

—Tome dos píldoras de esas —dije—. Son lo más indicado.

Entonces ella hizo ruido de tragar: «Gluc, gluc, gluc.» Y luego preguntó qué contenían las píldoras.

—El laxante más potente conocido por la ciencia médica —dije yo.

—¡Laxante! —dijo ella.

—Sí —dije yo—. No se le ocurra toser ahora.

Hicimos también el chiste de un caballo enfermo que tenía supuestamente yo. En realidad, yo nunca había tenido un caballo. El veterinario me dio doscientos gramos de un polvo rojizo para el caballo. El veterinario me explicó que tenía que hacer un tubo de papel y colocar el polvo en el tubo, meter luego el tubo en la boca del animal y soplarle el polvillo en la garganta.

—¿Qué tal el caballo? —dijo Sarah.

—Oh, el caballo muy bien.

—Tú no pareces tan bien —dijo ella.

—No —dije—. Es que el caballo sopló primero.

—¿Aún sabes imitar la risa de tu madre? —dijo ella. Esto no era el principio de otro chiste. Sarah quería realmente oírme imitar la risa de mi madre, que era algo que yo solía hacer para ella por teléfono. Llevaba años sin hacerlo. No sólo tenía que elevar la voz, también tenía que embellecerla.

La cosa era ésta: mi madre jamás se reía alto. Se había acostumbrado a reprimir la risa cuando trabajaba de criada en Lituania. El motivo era que el amo o un invitado, al oír en algún lugar de la casa la risa de una sirvienta, podría sospechar que aquella sirvienta se estaba riendo de él.

En consecuencia, cuando no podía evitar la risa mi madre emitía unos sonidos puros y pequeños como los de una caja de música... o quizás como campanillas lejanas. El que fuesen unos sonidos tan bellos era puramente accidental.

Así pues... olvidándome de dónde estaba, henchí los pulmones y tensé la garganta con el fin de complacer a mi antigua novia, y reencarné el aspecto jocoso de mi madre.

Y en aquel momento volvieron al salón Arpad Leen y Frank Ubriaco. Oyeron precisamente el final de mi canción.

Expliqué a Sarah que tenía que colgar, y, efectivamente, colgué.

Arpad Leen me miró fijamente. Yo había oído explicar a las mujeres que algunos hombres las desnudaban con la mirada. Y en aquel momento, yo estaba descubriendo cómo se sentían esas mujeres. Porque, tal como resultarían las cosas, eso era exactamente lo que Leen estaba haciéndome: imaginando qué aspecto podía tener yo completamente desnudo.

Leen empezaba a sospechar que yo era la señora de Jack Graham que intentaba supervisarle disfrazada de hombre.

Yo no podía saberlo, claro... no podía saber que él creía que yo podía ser la señora Graham. Así que el galanteo posterior de que me hizo objeto me resultaba tan inexplicable como todo lo que había ocurrido aquel día.

Intenté convencerme de que se mostraba tan atento con el fin de suavizar las malas noticias que tenía que darme después: que sencillamente yo no era material de la RAMJAC, y que su limusina estaba esperando abajo para llevarme de vuelta, y sin empleo, al Arapahoe. Pero los mensajes de sus ojos eran bastante más apasionados que eso. Buscaba ansiosamente que yo aprobase todo lo que hacía.

Me explicó, a mí y no a Leland Clewes ni a Israel Edel, que acababa de nombrar a Frank Ubriaco vicepresidente de la sección Hamburguesas McDonald de la RAMJAC.

Indiqué con un cabeceo que me parecía muy bien.

Pero el cabeceo no fue suficiente para Leen.

—Creo que es un ejemplo maravilloso de lo que es poner al hombre justo en el puesto justo. ¿No lo cree usted así? En eso consiste básicamente la RAMJAC, ¿no cree?... en poner buena gente donde pueda utilizar su talento de la forma más plena.

La pregunta era para mí y para nadie más. Así que al fin dije:

—Sí.

Tuve que pasar por lo mismo después de que entrevistó y contrató a Clewes y a Edel. A Clewes le nombró vicepresidente de la Sección Diamond Match, de la RAMJAC, probablemente porque había estado vendiendo sobres publicitarios de cerillas mucho tiempo. A Edel le hizo vicepresidente de la sección Hilton del departamento de Hospitality Associates, Ltd., quizá por sus tres semanas de experiencia como encargado nocturno en el Arapahoe.

Me llegó luego el turno de entrar en la biblioteca con él.

—El último pero no el último —dijo burlonamente. En cuanto cerró la puerta, su coqueteo se hizo casi escandaloso.

—Pase a mi casa —murmuró—, dijo la araña a la mosca.

Y me hizo un claro guiño.

Esto no me gustó nada. Me pregunté qué les habría pasado allí a los otros.

Había una mesa escritorio tipo Mussoliní, con una silla giratoria detrás.

—Quizás deba sentarse allí *usted* —dijo, enarcando y desenarcando las cejas—. ¿No le parece ése el asiento propio para usted, eh? ¿Eh? ¿El asiento propio para usted?

Pensé que aquello sólo podía ser una burla. Reaccioné humildemente. Llevaba muchísimos años viviendo sin dignidad.

—Señor —dije—. No entiendo lo que pasa.

—Ah —dijo él, alzando un dedo—, eso es lo que ocurre a veces.

—No sé cómo me localizó usted, y ni siquiera sé si soy quien cree usted que soy —dije.

—Aún no le he dicho quién creo que es —dijo él.

—Walter F. Starbuck —dije sombríamente.

—Si usted lo dice —dijo él.

—Bueno —dije—, sea quien sea, no soy gran cosa ya. Si de verdad está usted ofreciendo puestos de trabajo, lo único que yo quiero es uno modesto.

—Tengo órdenes de nombrarle vicepresidente —dijo—. Órdenes de una persona a quien respeto muchísimo. Me propongo obedecer.

—Quiero ser encargado de bar —dije.

—¡Ah! —dijo—. ¿Y preparar *pousse-café*s?

—Puedo hacerlo, si es necesario —dije—. Tengo el título de doctor en coctelería.

—También tiene usted una voz deliciosamente aguda cuando quiere —dijo.

—Creo que lo mejor será que me vaya a casa —dijo—. Puedo ir andando, no queda lejos.

Quedaba sólo a unas cuarenta manzanas. No tenía zapatos, pero ¿qué falta me hacían los zapatos? Ya llegaría de algún modo a casa sin ellos.

—Cuando sea hora de irse a casa —dijo él—, podrá usted disponer de mi limusina.

—Pues ya es hora de irse a casa —dije—. Me da igual como llegue allí. Ha sido un día agotador. Me siento atontado. Sólo quiero dormir. Si sabe usted de alguien que necesite un encargado de bar, aunque no sea jornada completa, puede localizarme en el Arapahoe.

—¡Qué gran actor! —dijo.

Bajé la cabeza. No quería mirarle siquiera, ni mirar a nadie.

—En absoluto —dije—. Nunca lo he sido.

—Voy a explicarle algo muy raro —dijo.

—No lo entenderé —dije yo.

—Todos los que están aquí esta noche recuerdan haberle visto a usted, pero nunca se habían visto antes entre sí —dijo—. ¿Cómo explicaría usted eso?

—No tengo trabajo —dije yo. Acabo de salir de la cárcel. He estado paseando por la ciudad sin rumbo fijo.

—Qué historia tan complicada —dijo él—. ¿Dice que ha estado en la *cárcel*?

—Así es —dije.

—No preguntaré por qué estuvo en la cárcel —dijo. Lo que quería decir él era que yo, como la señora Graham disfrazada de hombre, no tenía por qué seguir contando mentiras cada vez mayores, salvo que el hacerlo me distrajese.

—Por Watergate —dije.

—¡Watergate! —exclamó él—. Yo estaba seguro de que conocía los nombres de casi todos los de Watergate.

Como descubriría yo más tarde, él no sólo sabía los nombres: conocía a muchos de ellos lo bastante bien como para haberles enviado aportaciones ilegales para la campaña electoral, y haber contribuido luego con más dinero para su defensa.

—¿Y por qué no he oído yo nunca el nombre de Starbuck en relación con Watergate?

—No sé —dije, con la cabeza aún baja—. Era como estar en una maravillosa comedia musical en la que los críticos mencionasen a todos salvo a mí. Si pudiera encontrar usted un viejo programa, le enseñaría mi nombre.

—Supongo que la prisión estaba en Georgia —dijo él.

—Sí —dije yo. Supongo que lo sabía porque Roy M. Cohn había repasado mis antecedentes cuando iba a sacarme de la cárcel.

—Eso explica lo de Georgia —dijo. Yo no podía entender por qué alguien podía querer que le explicaran Georgia.

—Así que por eso conoció usted a Clyde Carter y a Cleveland Lawes y al doctor Robert

Fender —dijo.

—Sí —dije. Empezaba a sentir miedo. ¿Por qué aquel hombre, que era uno de los ejecutivos más poderosos del planeta, se molestaría en investigar tanto sobre un insignificante y patético presidiario como yo? ¿Se sospecharía que yo conocía algún secreto espectacular aún por revelar respecto a Watergate? ¿Estaría jugando conmigo aquel hombre al gato y al ratón antes de hacer que me mataran de alguna forma?

—Y Doris Kramm —dijo—. Estoy seguro de que también la conoce usted.

¡Sentí un gran alivio por no conocerla! ¡Yo era inocente, en realidad! Ahora, todo lo que tenía contra mí se desmoronaría. Se había equivocado de individuo, yo podía demostrarlo. ¡Yo no conocía a Doris Kramm!

—¡No, no, no! —dije—. No conozco a Doris Kramm.

—La señora que me dijo usted que no debía jubilarse, la de la American Harp Company —dijo él.

—Yo no le he dicho a usted eso —dije.

—Ha sido un lapsus —dijo él.

Y entonces, me di cuenta de que sí conocía a Doris Kramm y aumentó mi temor. Era la vieja secretaria que había estado lloriqueando limpiando su mesa en la sala de exposiciones de arpas. Sin embargo, no estaba dispuesto a decirle que la conocía.

¡Pero, de todos modos, él sabía que la conocía! ¡Él lo sabía todo!

—Supongo que le alegrará saber que la telefoneé personalmente y le aseguré que no tiene que jubilarse, que puede quedarse y seguir trabajando hasta cuando quiera. ¿No es estupendo?

—No —dije.

Era una respuesta tan buena como la que más. Pero yo había empezado a recordar la sala de exposiciones de arpas. Tenía la sensación de haber estado allí hacía mil años, en otra vida, antes de nacer. Mary Kathleen O'Looney había estado allí. Arpad Leen, en su omnisciencia, sin duda la mencionaría a continuación.

Y entonces, la pesadilla de la última hora se aclaró sola, indicando que había habido una razón lógica. Yo sabía algo que el propio Leen no sabía, que probablemente sólo sabía yo. Era imposible, pero tenía que ser verdad: Mary Kathleen O'Looney y la señora de Jack Graham eran la misma persona.

Fue entonces cuando Arpad Leen se llevó mi mano a los labios y la besó.

—Perdóneme por descubrir su disfraz, madame —dijo—. Pero supongo que lo hizo usted tan fácil de descubrir a propósito. Su secreto estará seguro conmigo. Me siento muy honrado de verla al fin cara a cara.

Y volvió a besarme la mano, la misma mano que aquella mañana me había cogido la zarpita sucia de Mary Kathleen.

—Ya era hora, madame —dijo—. Hemos trabajado juntos tan bien durante tanto tiempo. Ya era hora.

¡La repugnancia que sentí de que me besara un hombre fue tan automática que me convertí en una auténtica reina Victoria! Mi cólera era imperial, aunque mis palabras viniesen directamente de los patios de mi adolescencia en Cleveland:

—¿Pero qué cono hace usted? —exigí saber—. ¡No soy una mujer!

Ya he hablado de la pérdida de la dignidad a lo largo de los años. Arpad Leen había perdido la suya en unos segundos, con aquel ridículo error.

Se quedó mudo y pálido.

Intentó recobrase, pero no se recobró mucho. Ni siquiera podía disculparse. Estaba

demasiado conmovido para desplegar cualquier género de simpatía o ingenio. Sólo podía tantear para ver dónde podía hallarse la verdad.

—Pero usted la conoce —dijo, al fin. Había resignación en su voz, al mismo tiempo, pero reconocía lo que también para mí empezaba a ser evidente: que yo era más poderoso que él, si lo deseaba.

Así que se lo confirmé:

—La conozco bien —dije—. Hará lo que yo le diga, estoy seguro.

Esto último era gratuito. Y era pura venganza.

Aún estaba muy afectado. Yo me había interpuesto entre él y su dios. Ahora le tocaba a él bajar la cabeza.

—Bueno —dijo, y siguió una larga pausa—, hable bien de mí, si puede.

Lo que yo más deseaba en aquel momento era salvar a Mary Kathleen O’Looney de aquella vida espectral que los dragones de su mente le habían obligado a llevar. Sabía dónde podía encontrarla.

—No sé si podrá usted decirme —dije al maltrecho Leen— dónde puedo encontrar un par de zapatos que me vayan bien, a estas horas de la noche.

Su voz me llegó como si procediese del lugar al que iba a ir yo a continuación: la caverna de debajo de la Gran Estación Central.

—Eso no es problema —dijo.

Pronto me vi solo, cerciorándome de que nadie me seguía y bajando hacia la caverna por las escaleras metálicas. Cada pocos pasos, llamaba, en un arrullo confortante:

—Soy Walter, Mary Kathleen. Soy Walter.

¿Qué calzado llevaba? Llevaba unas pantuflas de charol negras con lacitos en los empeines. Me las había dado el pequeño Dexter, el hijo de Arpad Leen, de diez años. Eran justo de mi número. A Dexter le habían obligado a comprarlas para clase de baile. No las necesitaba ya. Había lanzado su primer ultimátum positivo a sus padres: les había dicho que se suicidaría si insistían en que siguiera yendo a clase de baile. Hasta tal punto odiaba las clases de baile.

Era un chaval muy majo... con su pijama y su albornoz después de darse un chapuzón en el salón. Mostró tal simpatía y tal preocupación por mí, por aquel viejecillo que no tenía con qué calzar sus piececitos. Yo podría haber sido un amable elfo de un cuento de hadas y él podría haber sido un principito que regalase al elfo un par de zapatillas mágicas de baile.

Y era un chaval muy guapo. Tenía los ojos grandes, de color castaño. Su pelo era una orla de negros bucles. Habría dado mucho por tener un hijo así. Claro que creo que mi propio hijo también habría dado mucho por tener un padre como Arpad Leen.

Todo hay que decirlo.

—Soy Walter, Mary Kathleen —repetí—. Soy Walter. Al final de las escaleras, tropecé con el primer indicio de que podrían no salir bien las cosas. Era una bolsa de plástico de Bloomingdale... que estaba en el suelo, vomitando harapos y una cabeza de muñeca y un ejemplar de *Vogue*, publicación de la RAMJAC.

La cogí y volví a meter todo dentro, como si pretendiese que bastaba con hacerlo para arreglarlo todo. Fue entonces cuando vi una mancha de sangre en el suelo. Eso era algo que no podía volver a colocar en su sitio. Había muchas más.

Y no es que quiera prolongar la ansiedad del lector sin ningún objetivo, para darle un *frisson*, para que suponga que voy a encontrar a Mary Kathleen con las manos cortadas, agitando hacia mí sus ensangrentados muñones. En realidad, la había golpeado de refilón un taxi en la Avenida Vanderbilt y había rechazado servicios médicos, diciendo que estaba bien, perfectamente.

Pero no estaba bien, ni mucho menos.

Había en el asunto una posible ironía, ironía que yo, sin embargo, no soy capaz de confirmar. Había muchas posibilidades de que Mary Kathleen hubiera sido atropellada por uno de sus propios taxis.

Tenía la nariz rota, y era de la nariz de donde había salido la sangre. Pero tenía problemas más graves. No puedo enumerarlos. Jamás se hizo inventario de todo lo que Mary Kathleen tenía roto.

Se había escondido en uno de los retretes. Las gotas de sangre fueron indicándome dónde tenía que mirar. No podía haber duda alguna de dónde estaba. Por debajo de la puerta, se veían los playeros.

Al menos, no había dentro un cadáver. Cuando canturreé de nuevo mi nombre, abrió la puerta. No estaba utilizando el inodoro, simplemente estaba sentada en él. Podría también haber estado utilizándolo, la vida la había humillado ya tan absolutamente. Había dejado de sangrar por la nariz, pero la hemorragia le había dejado un bigote a lo Adolf Hitler.

—¡Oh, pobrecilla! —exclamé.

A ella no le impresionaba gran cosa su propio estado.

—Supongo que eso es lo que soy —dijo—. Eso es lo que era mi madre.

Su madre, acordaos, había muerto por envenenamiento radiactivo.

—¿Qué te ha pasado? —dije.

Me explicó que le había atropellado un taxi. Acababa de enviarle una carta a Arpad Leen, confirmándole todas las órdenes que le había dado por teléfono.

—Voy a buscar una ambulancia —dije.

—No, no —dijo ella—. No te vayas, quédate ahí.

—¡Pero necesitas ayuda! —dije.

—Ya no hay tiempo —dijo ella.

—Pero si ni siquiera sabes lo que te pasa —dije.

—Estoy muriéndome, Walter —dijo—. Me basta con saber eso.

—Mientras hay vida, hay esperanza —dije yo, disponiéndome a correr escaleras arriba.

—¡No se te ocurra volver a dejarme sola! —dijo ella.

—¡Tengo que salvarte la vida! —dije.

—¡Primero habrás de oír lo que tengo que decirte! —dijo—. He estado aquí sentada pensando: «Dios mío... después de todo lo que he pasado, después de todo lo que he trabajado, no habrá nadie que oiga lo último que tengo que decir.» Si consigues una ambulancia, no vendrá nadie en ella que sepa inglés.

—¿Puedo colocarte para que estés más cómoda? —dije.

—Estoy cómoda —dijo ella.

Tenía motivos para estarlo. Las capas y capas de ropa que llevaba le mantenían caliente. Tenía la cabeza apoyada en un rincón y protegida contra el metal por una almohada de andrajos.

Se oía de vez en cuando un estruendo en la roca viva que nos rodeaba. Había algo más muriendo arriba, y ese algo era el sistema ferroviario de los Estados Unidos. Locomotoras medio rotas arrastraban vagones de pasajeros completamente destrozados, metiéndolos y sacándolos de la estación.

—Conozco tu secreto —dije.

—¿Cuál? —dijo ella—. Hay tantos ya.

Yo esperaba que sería un momento de gran intensidad dramática cuando le revelase que sabía que era la accionista mayoritaria de la RAMJAC. Fue, claro, un fracaso. Ella ya me lo había dicho y yo no lo había oído.

—¿Es que te estás quedando sordo, Walter? —dijo.

—Ahora te he oído perfectamente —dije.

—A ver si encima voy a tener que decir a gritos mis últimas palabras —dijo.

—No —dije yo—. Pero no quiero oírte hablar más de últimas palabras. ¡Con lo rica que eres, Mary Kathleen! Puedes ocupar un hospital entero, si quieres... ¡Y obligarles a curarte!

—Esta vida me resulta odiosa —dijo ella—. He hecho todo lo posible para que fuese mejor para todos, pero tal vez eso sea imposible. Estoy harta de luchar tanto. Quiero descansar ya.

—¡Pero no tienes por que vivir de este modo! —dijo—. Eso es lo que he venido a decirte. Yo te protegeré, Mary Kathleen. Contrataremos gente en la que podamos confiar. Howard Hughes contrataba mormones... por su alto nivel moral. Contrataremos mormones también.

—Por Dios, Walter —dijo—. ¿Crees que no he probado ya con los mormones?

—¿Sí? —dijo.

—Quedé hasta las narices de mormones una vez —dijo; y me contó una historia de lo más espantosa.

Sucedió cuando ella aún vivía a lo grande, aún intentaba hallar medios de disfrutar de sus inmensas riquezas, al menos un poquillo. Era un bicho raro, algo excepcional que todo el mundo deseaba fotografiar, capturar o atormentar de algún modo... o matar. La gente quería matarla por sus manos o por su dinero, pero también por venganza. La RAMJAC había devorado o destruido muchas otras empresas y había participado incluso en el derrocamiento de gobiernos de países pequeños y débiles.

Por eso no se atrevía a revelar su verdadera identidad más que a sus fieles mormones, y tenía que estar en continuo movimiento. Y en cierta ocasión, estaba alojada en la planta más alta del hotel de la RAMJAC en Managua, Nicaragua. En aquella planta había veinte suites de lujo, y las alquiló todas. Las dos escaleras que subían de la planta de abajo fueron cegadas con paredes de obra, igual que la arcada del vestíbulo del Arapahoe. Se establecieron controles en los ascensores para que sólo uno pudiese llegar arriba del todo, y ése lo manejaba un mormón.

En teoría, ni siquiera el director del hotel sabía quién era ella en realidad. Pero, desde luego, todo el mundo debía sospechar en Managua quién era realmente.

De todos modos, decidió salir a la ciudad sola un día, para saborear, aunque fuese brevemente, lo que llevaba años sin saborear: lo que era ser sólo un ser humano más en el mundo. Así que se fue a la calle con peluca y gafas oscuras.

Y trabó amistad con una norteamericana de mediana edad a la que se encontró llorando en un banco en un parque. La mujer era de San Luis. Su marido era maestro cervecero de la sección Anheuser-Busch de la RAMJAC. Habían ido a Nicaragua en una segunda luna de miel por consejo de un agente de viajes. El marido había muerto aquella mañana de disentería amébrica.

Así que Mary Kathleen se la llevó al hotel y la instaló en una de las suites no utilizadas que tenía, y dijo a sus mormones que dispusiesen lo necesario para trasladar al cadáver y a la viuda a San Luis en un avión de la RAMJAC.

Cuando Mary Kathleen fue a explicarle todo esto a la mujer, se la encontró estrangulada con uno de los cordones de las cortinas. Pero lo más horrible era esto, sin embargo: quien lo hubiese hecho había creído, evidentemente, que la mujer era Mary Kathleen, porque le habían cortado las manos. Nunca llegaron a encontrarse aquellas manos.

Mary Kathleen se fue a Nueva York poco después. Empezó a observar con los prismáticos, desde su suite de las torres Waldorf a las señoras de las bolsas de plástico. Por cierto que en el piso de arriba vivía el general Douglas MacArthur.

Ella nunca salía, jamás tenía visitas, nunca llamaba a nadie. Allí no se permitía entrar al personal del hotel. Los mormones subían la comida y hacían las camas y toda la limpieza. Pero, de todos modos, un día recibió una nota amenazadora. Estaba en un sobre rosa perfumado encima de su ropa interior más íntima. Decía que el autor sabía quién era, la hacía responsable del derrocamiento del gobierno legítimo de Guatemala. Y estaba dispuesto a volar el hotel. Mary Kathleen no pudo soportarlo más. Prescindió de sus

mormones, que sin duda eran leales, pero incapaces de protegerla. Y empezó a protegerse ella misma, con capas y capas de ropa que encontraba en cubos de basura.

—Si te hace tan desgraciada tu dinero —dije—, ¿por qué no prescindes de él?

—¡Eso hago! —dijo—. Cuando me muera, mira en mi zapato izquierdo, Walter. Allí encontrarás mi testamento. Dejo la RAMJAC Corporation a sus legítimos propietarios, el pueblo norteamericano.

Sonrió. Resultaba inquietante ver que unas encías descarnadas y uno o dos dientes podridos expresaban aquella felicidad cósmica.

Creí que se había muerto. Pero no se había muerto.

—¿Mary Kathleen...? —dije.

—Todavía no me he muerto —dijo.

—Ahora de verdad que voy a ir a buscar ayuda —dije.

—Si lo haces, me moriré —dijo—. Puedo asegurártelo. Ahora ya me puedo morir cuando quiera. Puedo escoger el momento.

—Eso no puede hacerlo nadie —dije yo.

—Las señoras de las bolsas de plástico sí que podemos —dijo ella—. Tenemos esa virtud especial. No podemos saber cuándo empezaremos a morir. Pero una vez que empezamos, podemos elegir el momento exacto. ¿Te gustaría que muriese ahora mismo, después de contar hasta diez?

—No, ni ahora ni nunca —dije.

—Entonces quédate aquí —dijo.

Me quedé, ¿Qué otra cosa podía hacer?

—Quiero darte las gracias por abrazarme —dijo.

—Cuando quieras —dije.

—Una vez al día basta —dijo ella—. Ya he tenido mi abrazo de hoy.

—Fuiste la primera mujer con la que hice realmente el amor —dije—. ¿Te acuerdas?

—Recuerdo los abrazos —dijo ella—. Recuerdo que decías que me querías. Ningún hombre me lo había dicho nunca. Mi madre sí me lo decía muchas veces... hasta que se murió.

Yo ya estaba empezando a llorar otra vez.

—Sé que nunca lo dijiste en serio —dijo.

—Claro que sí, de veras —protesté—. Oh, Dios mío... claro que sí.

—No te preocupes —dijo ella—. Tú no tenías la culpa de haber nacido sin corazón. Por lo menos, intentabas creer en lo que creía la gente que tenía corazón... así que fuiste un buen hombre, después de todo.

Dejó de respirar. Dejó de pestañear. Estaba muerta.

EPÍLOGO

Había más. Siempre hay más.

Eran las nueve de la noche de mi primer día completo de libertad. Aún me quedaban tres horas. Subí arriba y le dije a un policía que había una vagabunda muerta en el sótano.

Su oficio le había vuelto cínico. «Vaya novedad», me dijo.

Así que, hasta que llegaron los de la ambulancia, me quedé junto al cadáver de mi vieja amiga en el sótano, exactamente igual que habría hecho cualquier animal fiel. Tardaron un rato, pues ya sabían que estaba muerta. Cuando llegaron estaba quedándose rígida. Lo comentaron. Tuve que preguntarles qué acababan de decir, porque no hablaban inglés. Me explicaron que su primera lengua era el urdú. Los dos eran del Paquistán. Hablaban un inglés muy tosco. Si Mary Kathleen hubiera muerto en su presencia en vez de en la mía, habrían dicho, estoy seguro, que al final no había hecho más que balbucir cosas incomprensibles. Para calmar los sollozos que se me escapaban, les pedí que hablasen un poco en urdú. Dijeron que tenía una literatura tan amplia como cualquiera otra del mundo, pero que había empezado como un idioma artificial, feo y deficiente, inventado en la corte de Gengis Kan. Al principio, su objetivo era militar. Permitía a los capitanes dar órdenes que se entendían en todas las partes del imperio mongol. Más tarde, lo embellecerían los poetas.

Vivir para ver.

A la policía, le di el nombre de soltera de Mary Kathleen. También les di mi verdadero nombre. No estaba dispuesto a pasarme de listo con la policía. Ni estaba dispuesto a que alguien supiese ya que había muerto la señora de Jack Graham. Las consecuencias de esta noticia, sin duda serían una especie de avalancha.

Yo era la única persona del planeta que podía desencadenarla. Y no estaba dispuesto a hacerlo todavía. Como han dicho algunos, esto no fue inteligente por mi parte. Fue mi terror natural ante la posibilidad de una avalancha.

Fui andando hasta casa, un pequeño elfo inofensivo con sus zapatos mágicos de baile, hasta el Hotel Arapahoe. Aquel día se había tejido mucha paja convirtiéndola en oro, y se había tejido mucho oro convirtiéndolo en paja. Y el tejer no había hecho más que empezar.

Había un encargado nocturno nuevo, claro, pues Israel Edel estaba en casa de Arpad Leen. A este hombre nuevo habían tenido que reclutarle precipitadamente. Su puesto habitual era detrás de la mesa del Carlyle, un hotel también de la RAMJAC. Estaba exquisitamente vestido y acicalado. Y estaba sufriendo lo indecible por tener que tratar con putas y gente recién salida de la cárcel y del manicomio, etc.

Tuvo que contármelo: que en realidad, su lugar era, el Carlyle y que estaba haciendo una sustitución. Aquel no era su yo real.

Cuando le dije mi nombre, dijo que había un paquete para mí, y también un recado.

La policía había devuelto mis zapatos y había cogido las piezas de clarinete del armario. El recado era de Arpad Leen. Era hológrafo, como el testamento de Mary Kathleen, que yo llevaba en el bolsillo interior de la chaqueta... junto con mi título de doctor en coctelería.

Los bolsillos de la trinchera los llevaba llenos de otros materiales procedentes de los zapatos de Mary Kathleen. Abultaban como alforjas.

Leen me decía en su carta que era exclusivamente para mí. Decía que por el lío que se había organizado en su casa, no había llegado a ofrecerme un trabajo concreto. Me sugería que quizás me agradase su antigua sección, que era Down Home Record. Incluía además, *New York Times*, Universal Pictures, Ringling Bros, Barnum & Bailey y Dell Publishing, entre otras cosas. Había también una empresa de comida para gatos, decía, de la que no necesitaba preocuparme yo. Iba a transferirse muy pronto a la sección General Foods. Había pertenecido al *Times*.

«Si no le gusta esto —escribía—, encontraremos otra cosa. Me emociona muchísimo saber que tendremos entre nosotros un representante de la señora Graham. Dele usted, por favor, mis más cordiales saludos.»

Había una posdata. Decía que se había tomado la libertad de concertar una cita para mí a las once de la mañana siguiente con un tal Morty Sills. Me daba la dirección. Supuse que Sills sería un director de personal de la RAMJAC o algo así. Resultó que era un sastre.

Un multimillonario enviaba una vez más a Walter F. Starbuck a su propio sastre, para convertirle en una imitación convincente de un caballero perfecto.

A la mañana siguiente, aún estaba yo sobrecogido por la amenaza de la avalancha. Era cuatro mil dólares más rico y legalmente un ladrón. Mary Kathleen tenía cuatro billetes de mil dólares como plantillas de sus zapatos.

No salió nada en los periódicos sobre la muerte de Mary Kathleen... ¿por qué iba a salir? ¿A quién le importaba? Había una esquila de la paciente que había perdido Sarah Clewes, la enferma del corazón. Dejaba tres hijos. Su marido había muerto en un accidente de automóvil un mes antes. Así que ahora los niños eran huérfanos.

Mientras Morty Sills me tomaba medidas para el traje, me resultó insoportable pensar que nadie reclamase el cuerpo de Mary Kathleen. Allí estaba Clyde Carter también, recién salido del avión de Atlanta. También él estaba haciéndose un nuevo guardarropa, incluso antes de haber visto a Arpad Leen.

Estaba asustado.

Le dije que no se preocupase.

En fin, después de comer, fui al depósito de cadáveres y la reclamé. Fue todo muy fácil. ¿Quién iba a querer aquel cuerpecito? No tenía parientes. Yo era su único amigo.

Miré el cadáver por última vez. No era nada. Ya no había nadie allí. «Casa vacía.»

Encontré una funeraria a sólo una manzana de distancia. Hice que recogieran el cuerpo y lo embalsamaran y lo pusieran en un ataúd sólido. No hubo funeral. Ni siquiera yo la acompañé a la tumba, que era un nicho en una pared de hormigón llena de ellos, en Morriston, Nueva Jersey. El cementerio estaba anunciado en el *Times* aquella mañana. Cada cripta tenía una elegante puertecita de bronce en la que estaba grabado el nombre del inquilino.

Poco imaginaba yo entonces que el hombre que grabó la puerta sería detenido por conducir borracho dos años después y comentaría el nombre insólito del policía que lo detuvo. Sólo se lo había tropezado una vez antes... en su lúgubre lugar de trabajo. El policía, que en realidad era ayudante de sheriff del condado de Morriston, se llamaba Francis X. O'Looney.

O'Looney sentiría curiosidad por la mujer del nicho, querría saber si estaba emparentada con él.

Y, utilizando los escasos documentos del cementerio, lograría seguir el rastro de Mary Kathleen hasta el depósito de cadáveres de Nueva York. Conseguiría allí una copia de sus huellas dactilares. Por si alguna vez la habían detenido, o había estado internada en un manicomio, O'Looney mandó las huellas al FBI.

Así se desmoronaría la RAMJAC.

El caso tiene un extraño aspecto secundario. Antes de descubrir al fin quién era en realidad Mary Kathleen, O'Looney se enamoró de su imagen de ella, de joven. Una imagen totalmente falsa, por otra parte, ya que él la imaginaba alta y pechugona y de pelo oscuro, mientras que ella había sido baja y huesuda y pelirroja. Él la creía una emigrante que había ido a trabajar para un millonario excéntrico en una mansión fantasmal, y que se había sentido atraída y repelida al mismo tiempo por aquel hombre, y que él había abusado de ella hasta ponerla al borde de la muerte.

Todo esto salió a la luz en el proceso de divorcio iniciado por la mujer de O'Looney, de treinta y dos años, contra éste. Ocupó la primera página de los periódicos durante una semana o más. O'Looney era ya famoso por entonces. Los periódicos le llamaban «El hombre que levantó la liebre en el asunto de la RAMJAC» o variaciones sobre este tema. Su mujer afirmaba que un fantasma le había robado el afecto de su marido. Ya no dormía con ella. Ya no se lavaba los dientes. Llegaba siempre tarde al trabajo. Había tenido un nieto y no le importaba en absoluto. Ni le miraba siquiera.

Lo especialmente curioso en su conducta era que, después de descubrir cómo había sido realmente Mary Kathleen, siguió enamorado de su sueño original.

—Eso nadie podrá quitármelo —decía—. Es mi posesión más valiosa.

Le relevaron de sus funciones, según tengo entendido. Su mujer le ha vuelto a demandar, esta vez para reclamarle su porcentaje de la pequeña fortuna que él consiguió por los derechos cinematográficos de su sueño. La película va a rodarse en una vieja mansión fantasmal de Morriston. Si hemos de dar crédito a las columnas de chismografía, habrá una búsqueda de talentos para elegir la actriz que interprete a la chica inmigrante irlandesa. Al Pacino ha aceptado ya interpretar el papel del policía O'Looney, y Kevin McCarthy el de millonario excéntrico.

En fin, me divertí demasiado tiempo, y ahora debo volver a la cárcel, según dicen. Mis travesuras con los restos de Mary Kathleen no fueron delitos en o por sí mismos, ya que los cadáveres no tienen más derechos que las sobras de la cena de anoche. Sin embargo, mis acciones constituyeron un delito del tipo E, que, según la Sección 19030 del Código Penal del estado de Nueva York, consiste en ocultar ilegalmente un testamento.

Guardé el testamento en una caja de seguridad de la Manufacturers Hannover Trust Company, sucursal de la RAMJAC.

He intentado explicarle a mi perrita que su amo tiene que irse por una temporada... porque violó la Sección 19030. Le he dicho que las leyes están hechas para que las obedezcamos. Ella no entiende nada. Le encanta mi voz. Todas las noticias que le lleguen de mí son buenas noticias. Mueve el rabo.

La verdad es que viví a todo tren. Me compré un dúplex con un préstamo empresarial a un interés muy bajo. Hice efectivas las opciones de valores para comprar ropa y muebles.

Pasé a ser cliente asiduo del Metropolitan Opera y del Ballet de la Ciudad de Nueva York, adonde iba y venía en mi limusina.

En mi casa di fiestas íntimas para autores, artistas del disco, actores de cine y actores famosos de la RAMJAC: Isaac Beashevis Singer, Mick Jagger, Jane Fonda, Günther Gebel Williams, etc. Era divertido. Después, la RAMJAC adquirió la galería Malborough y Associated American Artists, y asistieron también a mis fiestas pintores y escultores.

¿Cómo me fue en la RAMJAC? Durante el tiempo que yo estuve, mi sección, incluyendo las subsidiarias bajo su control, tanto encubierto como directo, ganaron once discos de platino, cuarenta y dos discos de oro, veintidós oscars, once premios nacionales del libro, dos banderines de la Liga Norteamericana, dos banderines de la Liga Nacional, dos Series Mundiales y cincuenta y tres Grammys... y nunca dejamos de obtener un beneficio sobre el capital del veintitrés por ciento como mínimo. Me enredé incluso en luchas internas de la empresa, impidiendo la transferencia de la empresa de alimentos para gatos de mi sección a la General Foods. Fue emocionante. Disfruté de lo lindo.

Estuvimos varias veces a punto de conseguir otro premio Nobel de literatura, pero ya teníamos dos en realidad: Saúl Bellow y el señor Singer.

Yo, por mi parte, había aparecido en *Who's Who* por primera vez en mi vida. Se trata de un triunfo un poco deslucido, lo admito, porque mi propia sección controla Gulf & Western, que controla *Who's Who*. Lo puse todo allí, salvo la temporada de cárcel y el nombre de mi hijo: dónde nací, dónde estudié, los diversos trabajos que he hecho, el nombre de soltera de mi esposa.

¿Invitaba a mi propio hijo a mis fiestas... a charlar con tantos héroes y heroínas suyos? No. ¿Abandonó él el *Times* cuando yo me convertí en su superior? No. ¿Escribió o telefoneó para saludarme de algún modo? No. ¿Intenté yo ponerme en contacto con él? Sólo una vez. Fue en el apartamento de la planta baja de Leland y Sarah Clewes. Yo había estado bebiendo, cosa que no me gusta y que hago muy pocas veces. Y estaba tan próximo, físicamente, a mi hijo... Su apartamento estaba sólo diez metros por encima de mi cabeza.

Fue Sarah la que me hizo telefonarle.

En fin, marqué el número.

Serían aproximadamente las ocho de la noche. Contestó uno de mis nietos, y le pregunté cómo se llamaba.

—Juan —dijo.

—¿Y de apellido? —dije.

—Stankiewicz —dijo él. He de decir, por otra parte, que, según el testamento de mi esposa, Juan y su hermano, Geraldo, estaban recibiendo compensaciones de la Alemania Occidental por la confiscación de la librería del padre de mi esposa en Viena por los nazis después de la *Anschluss*, la anexión de Austria por parte de Alemania en Milnovecientos Treintaiocho. El testamento de mi esposa era antiguo, lo había hecho cuando Walter era pequeño. El abogado le había aconsejado dejar el dinero a los nietos para evitar una generación de impuestos. Ella preferiría hacer una buena administración del dinero. Yo estaba sin trabajo por entonces.

—¿Está tu papá en casa? —dije.

—Se ha ido al cine —dijo él.

Me sentí muy aliviado. No dejé mi nombre. Dije que ya volvería a llamar.

En cuanto a lo que Arpad Leen sospechaba de mí, era libre, como cualquier otro, de sospechar tanto o tan poco como quisiera. No hubo más mensajes con huellas dactilares de la señora Graham. El último confirmaba por escrito que Clewes y yo, Ubriaco, Edel, Lawes, Carter y Fender debíamos ser nombrados vicepresidentes.

Después, un silencio mortal... pero había habido silencios mortales anteriormente. Uno de ellos duró dos años. Mientras tanto, Leen operaba según lo ordenado en una carta que Mary Kathleen le había enviado en Milnovecientos Setentauno, que decía sólo esto: «Adquiera, adquiera, adquiera.»

De lo que no cabía duda era de que Mary Kathleen había elegido al hombre adecuado para el puesto. Arpad Leen había nacido para adquirir y adquirir y adquirir.

¿Cuál era la mayor mentira que le había contado? Que veía a la señora Graham una vez por semana y que ella era feliz y estaba bien y muy satisfecha de cómo iban las cosas.

Como declaré ante el gran jurado, él dio todas las pruebas de crearme, dijese lo que dijese yo sobre la señora Graham.

Me encontraba en una posición extraordinaria con respecto a aquel hombre, desde el punto de vista teológico. Yo podía aclarar todas las preguntas fundamentales que él pudiese querer formular sobre su vida.

¿Por qué teníamos que seguir adquiriendo y adquiriendo y adquiriendo? Porque su deidad quería dar la riqueza de los Estados Unidos al pueblo de los Estados Unidos. ¿Dónde estaba su deidad? En Morriston, Nueva Jersey. ¿Estaba satisfecha ella de cómo hacía él su trabajo? Ella no estaba jamás ni complacida ni satisfecha, puesto que estaba muerta del todo. ¿Qué debería hacer él pues? Buscar otra deidad a la que servir.

Me hallaba en una posición extraordinaria, desde el punto de vista psicológico, respecto a sus millones de empleados, puesto que él era para ellos una deidad, y sabía teóricamente qué era en concreto lo que él quería y por qué.

En fin, ahora todo lo ha vendido el gobierno federal, que ha contratado a veinte mil nuevos burócratas, abogados la mitad, para supervisar la tarea. Muchas personas creían que la RAMJAC era propietaria de todo en este país. Fue una especie de sorpresa descubrir que sólo poseía un diecinueve por ciento: ni siquiera una quinta parte. Aun así, la RAMJAC era enorme comparada con otras empresas. La segunda empresa multinacional en tamaño del mundo libre era sólo la mitad que la RAMJAC. Las cinco siguientes unidas sólo alcanzaban dos tercios del tamaño de la RAMJAC.

Hay dólares en abundancia, al parecer, para comprar todas las mercancías que puede vender el gobierno federal. El propio Presidente de los Estados Unidos se quedó atónito al ver la cantidad de dólares que se habían esparcido por el mundo a lo largo de los años. Era como si él hubiese dicho a todos los habitantes del planeta: «Rastrilla el jardín de casa por favor y mandadme las hojas.»

Ayer el *Daily News* publicaba en una página una foto de un muelle de Brooklyn. En el puerto había más o menos un acre de balas que parecían algodón. En realidad, eran balas de billetes norteamericanos procedentes de la Arabia Saudí, para una sucursal de la RAMJAC, Hamburguesas McDonald.

El titular del periódico decía: «¡AL FIN EN CASA!»

¿Quién es el afortunado propietario de todas esas balas?

El pueblo de los Estados Unidos, según el testamento de Mary Kathleen O'Looney.

¿Cuál fue en mi opinión el error que cometió Mary Kathleen en su plan para una revolución económica pacífica? Por una parte, el gobierno federal no estaba, en absoluto, preparado para controlar todos los negocios de la RAMJAC en beneficio del pueblo. Por otra, la mayoría de las empresas, concebidas sólo para obtener beneficios, eran tan indiferentes a las necesidades de la gente, como una tormenta, por ejemplo. Mary Kathleen podría haber dejado igualmente una quinta parte del tiempo meteorológico a la gente. Los negocios de la RAMJAC, por su propia naturaleza, quedaban tan al margen de las alegrías y las tragedias de los seres humanos, como la lluvia que cayó la noche en que Madeiros y Sacco y Vanzetti murieron en la silla eléctrica. Habría llovido de todos modos.

La economía es un sistema meteorológico desconsiderado... y nada más.

Darle algo así a la gente, es como reírse de ella.

La semana pasada hubo una fiesta en mi honor... una «fiesta de despedida», podríamos decir. Se celebró en ella la culminación de mi último día completo en el cargo. Los anfitriones fueron Leland Clewes y su encantadora esposa Sarah. No han dejado su apartamento de planta baja de Ciudad Tudor, y Sarah no ha abandonado su trabajo como enfermera particular, aunque Leland debe sacarse ahora unos cien mil al año en la RAMJAC. Gran parte de su dinero va al Programa de Padres Adoptivos, organización que les permite ayudar a niños concretos en circunstancias desgraciadas de varias partes del mundo. Están manteniendo a cincuenta niños, creo que me dijeron. Me enseñaron fotografías de algunos.

Para algunas personas, soy una especie de héroe, lo cual es una novedad. Yo sólo conseguí prolongar la vida de la RAMJAC algo más de dos años. Si no hubiese ocultado el testamento de Mary Kathleen, los de la fiesta nunca habrían llegado a ser vicepresidentes de la RAMJAC. A mí en concreto me habrían sacado de allí por las orejas... y me habría convertido en lo que espero ser, en realidad, si sobrevivo a mi nueva condena, y que es hombre de los de bolsas de plástico.

¿Estoy otra vez sin blanca? Sí. Mi defensa ha sido cara. Además, mis abogados de Watergate se me han echado encima. Aún les debo un montón por todo lo que hicieron por mí.

Clyde Carter, mi antiguo guardián de Georgia y ahora vicepresidente de la sección Chrysler Air Temp de la RAMJAC, estaba allí en la fiesta, con su encantadora esposa Claudia. Hizo una desternillante imitación de su primo el presidente, diciendo: «Nunca os engañaré» y prometiendo reconstruir Bronx Sur y demás.

Y allí estaba Frank Ubriaco, con su nueva esposa, la encantadora Marylin, que sólo tiene diecisiete años. Frank tiene cincuenta y tres. Se conocieron en una discoteca. Parecen muy felices. Ella dijo que lo que primero le había atraído de él fue que llevaba un guante blanco en una sola mano. Decidió que tenía que descubrir por qué. Él le explicó al principio que le había quemado la mano un lanzallamas comunista chino durante la guerra de Corea, pero más tarde admitiría que se lo había hecho él mismo con aceite hirviendo. Han empezado a hacer una colección de peces tropicales. Tienen una mesita de café con peces tropicales.

Frank inventó un nuevo tipo de caja registradora para la sección Hamburguesas McDonald. Siempre era un problema encontrar empleados que entendiesen bien los números, así que Frank quitó los números de las teclas de la caja registradora y los sustituyó por dibujos de hamburguesas y batidos de leche y patatas fritas y coca-cola, etc. Para obtener el total de una factura, bastaba ahora pulsar las imágenes de las diversas cosas

que había pedido el cliente y la caja lo sumaría todo por él.

Frank recibió una gratificación muy buena por eso.

Creo que los saudíes se lo quedarán.

Había un telegrama del doctor Robert Fender, aún en la prisión de Georgia. Mary Kathleen había intentado que la RAMJAC le nombrase también vicepresidente, pero no hubo forma de sacarle de la cárcel. La traición es sencillamente un delito demasiado grave. Clyde Carter le había escrito diciéndole que yo volvía a la cárcel y que iban a hacer una fiesta en mi honor, y que debía mandar un telegrama.

Esto era todo lo que decía el telegrama: «Ting-a-ling.»

Era de su relato de ciencia ficción sobre el juez del planeta Vicuna, no sé si lo recordáis, el que tenía que encontrar un cuerpo nuevo que ocupar, y que entró volando por mi oreja allí en Georgia, y se quedó adherido a mis sentimientos y a mi destino hasta mi muerte.

Según el juez del relato, así era como decían ellos tanto hola como adiós en Vicuna: «Ting-a-ling.»

«Ting-a-ling» era como el hawaiano «aloha», que significa también hola y adiós.

«Hola y adiós.» ¿Qué más puede decirse? Nuestro idioma es mucho más amplio de lo necesario.

Pregunté a Clyde si sabía en qué estaba trabajando ahora Fender.

—En una novela de ciencia ficción sobre economía —dijo Clyde.

—¿Te digo qué seudónimo va a usar? —le pregunté.

—«Kilogore Trout» —dijo Clyde.

Allí estaban también mi fiel secretaria Leora Borders y su marido Lance. A él acababan de hacerle una mastectomía total. Me explicó que sólo se hacía una mastectomía cada doscientos años a un hombre. ¡Vivir para ver!

Tenían que haber asistido a mi fiesta otros amigos de la RAMJAC, pero no se atrevieron. Temían que su reputación, y en consecuencia su futuro como ejecutivos, quedaran empañados si se sabía que eran amigos míos.

Hubo telegramas de otras personas que habían asistido a mis famosas fiestecitas: John Kenneth Galbraith, Salvador Dalí, Erica Jong, Liv Ullmann y los Flying Farfans, etc.

Recuerdo que el telegrama de Robert Redford decía así: «Tente tieso.»

Los telegramas no fueron del todo espontáneos. Según confesaría Sarah Clewes al ser interrogada, llevaba toda la semana pidiéndolos.

Arpad Leen envió un mensaje oral por mediación de Sarah, que iba destinado sólo a mis oídos: «Buen espectáculo.» Esto podía tomarse de un millón de formas distintas.

Arpad no presidía ya el desmembramiento de la RAMJAC, por otra parte. Le había contratado la American Telephone & Telegraph Company, que acababa de ser adquirida por una nueva empresa de Monaco llamada BIBEC. Nadie ha podido descubrir quién o qué es la BIBEC, hasta el momento. Algunos creen que detrás están los rusos.

Por lo menos esta vez tendré algunos amigos sinceros fuera de la cárcel.

Había un cuenco de tulipanes amarillos como centro de mesa. Era abril otra vez.

Estaba lloviendo. La naturaleza colaboraba.

Yo estaba sentado en el lugar de honor: a la derecha de mi anfitriona, Sarah Clewes, la enfermera. De las cuatro mujeres a las que he amado, con ella siempre me resultó mucho más fácil hablar. Puede que esto se deba a que jamás le prometí nada, y, por tanto, nunca la

depecioné. Oh, Dios mío... ¡Cuántas cosas les prometí a mi madre y a mi esposa y a la pobre Mary Kathleen!

También estaban en la fiesta el joven Israel Edel y su no-tan-encantadora esposa Norma. Digo que ella es no-tan-encantadora por la simple razón de que siempre me ha odiado. No sé por qué. Nunca la he ofendido, y es seguro que está muy satisfecha del giro que ha tomado la carrera de su marido. De no haber sido por mí, aún seguiría siendo vigilante nocturno de un hotel. Los Edel están reformando una casa de Brooklyn Heights, con el dinero que gana él. Aun así... cuando me mira, me siento como algo que el gato trajese por los pelos. Es exactamente esa sensación. Puede que esté un poco loca. Abortó mellizos hace más o menos un año. Esto quizás tenga algo que ver. Puede que, como consecuencia, tenga algún desequilibrio químico. Quién sabe...

De todos modos, no estuvo sentada junto a mí, gracias a Dios. A mi lado se sentó otra negra: Me refiero a Eucharist Lawes, la encantadora esposa de Cleveland Lawes, el antiguo chófer de la RAMJAC. Ahora es presidente de la sección Transico. Ella se llama así realmente: Eucharist. Significa *feliz agradecimiento*, y no sé por qué no hay más gente que le ponga ese nombre a sus hijas. Todo el mundo le llama «Ukey».

Ukey tenía nostalgia del sur. Dijo que la gente allí era más amable, más tranquila y más natural. Anda detrás de Cleveland para que se retire a Atlanta o cerca, sobre todo ahora que la sección Transico ha sido adquirida por Playgrounds International, que, como todo el mundo sabe es una pantalla de la Mafia. Aunque no pueda demostrarse.

Mi propia sección ha sido absorbida por I. G. Farben, una empresa de la Alemania Occidental.

—No será la misma RAMJAC de siempre —le dije a Ukey—. Eso es seguro.

Hubo regalos... unos tontos y otros no. Israel Edel me dio un helado de cucurucho de goma con un pito dentro... un juguete para mi perrita, que es una apso de Lhasa, como un dorado cepillo del polvo sin mango. Yo de joven nunca pude tener perros, porque Alexander Hamilton McCone los detestaba. Así que éste es el único perro al que he llegado a conocer bien... y duerme conmigo. Ronca. También roncaba mi mujer.

Nunca la he apareado, pero ahora, según el veterinario, el doctor Howard Padwee, está experimentando un falso embarazo y cree que el helado de goma es un cachorro. Lo esconde en los armarios. Lo sube y lo baja por las escaleras de mi dúplex. Está incluso segregando leche para él. Estamos poniéndole inyecciones para que deje de hacerlo.

Es curioso lo profundamente sería que la ha hecho la naturaleza respecto a un helado de cucurucho de goma: cucurucho de goma marrón, helado de goma rosa. Tengo que investigar qué compromisos igualmente ridículos he hecho yo con cosas inútiles. No es que importe en realidad. No estamos aquí por ningún fin, a menos que podamos inventarlo. De eso estoy seguro. La condición humana en un universo en explosión no variaría en absoluto si, en vez de vivir como vivo, no hubiese hecho más que llevar un helado de cucurucho de goma de armario en armario durante sesenta años.

Clyde Carter y Leland Clewes colaboraron para hacerme un regalo mucho más costoso: una computadora que juega al ajedrez. Es del tamaño aproximado de una caja de puros, pero la mayor parte del espacio lo ocupa un compartimento que es donde van las piezas. La computadora en sí no es mayor que un paquete de cigarrillos. Se llama «Boris». Boris tiene una ventanita estrecha y larga en la que anuncia sus jugadas. Puede bromea incluso con las jugadas que hago yo. «¿De veras?» dice. O «¿Has jugado antes a este juego?» O «¿Es una trampa?» O «Localízame una reina».

Son chistes típicos del ajedrez. Alexander Hamilton McCone y yo intercambiábamos

los mismos chistes aburridos sin cesar cuando, por una futura educación en Harvard, acepté ser su máquina de jugar al ajedrez. Si hubiese existido Boris por entonces, puede que yo hubiese ido a Western Reserve, y que me hubiera hecho asesor fiscal u oficinista de una serrería, o vendedor de seguros o cualquier otra cosa parecida. Pero soy, por el contrario, el estudiante de Harvard más desacreditado desde Putzi Hänfstaengl, que era el pianista favorito de Hitler.

Al menos doné diez mil dólares a Harvard antes de que vinieran los abogados y me quitasen otra vez todo el dinero.

Y me llegó por fin la hora, en la fiesta, de contestar a todos los brindis que se habían hecho en mi honor. Me levanté. No había bebido una gota de alcohol.

—Soy un reincidente —dije. Definí la palabra explicando que describía al individuo que suele reincidir en el delito o en la conducta antisocial.

—Es interesante conocer esa palabra —dijo Leland. Risas generales.

—Nuestra encantadora anfitriona ha prometido otras dos sorpresas antes de que acabe la velada —dije.

Resultaron ser la aparición de mi hijo y su pequeña familia humana, y la audición de un disco de una parte de mi declaración ante el congresista Richard M. Nixon de California y otros, mucho tiempo atrás. Había sido grabada a setenta y ocho revoluciones por minuto. Imaginaos.

—¡Como si no hubiese tenido ya bastantes sorpresas! —dije.

—No lo bastante agradables, viejo —dijo Cleveland Lawes.

—Dilo en chino —le dije. No sé si recordáis que había sido prisionero de los chinos durante una temporada. Lawes dijo algo que, desde luego, sonaba a chino.

—¿Cómo sabemos que no estás pidiendo cerdo agridulce? —dijo Sarah.

—De ningún modo —dijo Lawes.

Habíamos empezado el banquete con ostras, así que proclamé que las ostras no eran tan afrodisíacas como creían muchos.

Hubo abucheos, y luego Sarah Clewes me lanzó el golpe bajo de este chiste concreto:

—¡Walter se comió doce la otra noche —dijo— y sólo hicieron efecto cuatro!

Había perdido otro paciente el día anterior.

Más risas generales.

Y de pronto me sentí ofendido y deprimido por lo tontos que éramos. Después de todo, las noticias difícilmente podrían haber sido peores. Extranjeros y delincuentes y otros intereses financieros de codicia sin límites, estaban tragándose a la RAMJAC. El legado de Mary Kathleen al pueblo se estaba convirtiendo en montañas de papel moneda, que se derrochaba a su vez en una inmensa y nueva burocracia y en honorarios de los abogados y de los asesores, etcétera, etcétera. Lo que quedase, según los políticos, ayudaría a pagar el interés de la deuda nacional del país, y permitiría adquirir un porcentaje mayor de las autopistas y edificios públicos y armas modernas que tanto se merecían.

Además, yo estaba a punto de volver a la cárcel.

Así que decidí quejarme de nuestra frivolidad.

—¿Sabéis lo que va a acabar matando este planeta? —dije.

—¡El colesterol! —dijo Frank Ubriaco.

—La falta absoluta de seriedad —dije—. A nadie le importa ya un pimiento qué es lo que pasa en realidad, qué es lo que va a pasar, o cómo pudimos meternos en este lío.

Israel Edel, con su doctorado en historia, consideró esto como un indicio de que

estábamos haciéndonos aún más estúpidos, si tal cosa era posible. Así que empezó a hacer unos sonidos, *bips* y *bups*, que otros empezaron a imitar. Era un remedo de supuestas señales de seres inteligentes del espacio exterior, que se habían recibido por radiotelescopios precisamente la semana anterior. Era la última gran noticia, y de hecho había relegado el asunto de la RAMJAC a las páginas interiores. La gente andaba haciendo *bips* y *bups* y riéndose no sólo en mi fiesta sino en todas partes.

Al parecer nadie estaba en condiciones de explicar lo que significaban las señales. Pero los científicos decían que si venían de donde parecía que venían, tenían que tener una antigüedad de un millón de años o más. Si la Tierra respondía, sería el principio de una conversación muy lenta, desde luego.

Así que renuncié a decir cosas serías. Conté otro chiste y me senté.

La fiesta terminó, como dije, con la llegada de mi hijo y mi nuera y sus dos hijos, y con la audición del disco de los últimos minutos de mi declaración ante un comité del Congreso en Milnovecientos Cuarentainueve.

A mi nuera y a mis nietos les resultó natural y fácil, al parecer, otorgarme los honores debidos a un abuelo que, todo hay que decirlo, era un viejecito limpio, aseado y agradable. Supongo que el modelo que encontraron los niños para poder quererme fue Santa Claus.

Mi hijo me sorprendió. Me pareció tan vulgar y tan enfermizo; me pareció un joven con un aire muy desdichado. Era más bajo que yo y casi tan gordo como era su pobre madre al final de su vida. Yo aún conservaba casi todo el pelo, pero él estaba calvo. Quizás heredase la calvicie del lado judío de su familia.

Fumaba en cadena cigarrillos sin filtro. Tosía mucho. Tenía el traje salpicado de quemaduras de cigarrillo. Le miré mientras oíamos el disco y vi que estaba tan nervioso que tenía tres cigarrillos encendidos a la vez.

Me había dado la mano con la pulcra aflicción de un general alemán que se rindiese en Stalingrado, por ejemplo. Yo para él seguía siendo un monstruo. Su mujer y Sarah Clewes le habían forzado a venir, en contra de su mejor juicio.

Lástima.

El disco nada cambió. Los niños, que seguían allí después de bien pasada ya su hora de acostarse, estaban inquietos y adormilados.

El objetivo de poner el disco había sido el de honrarme, dejar que personas que no lo supieran, me oyeran y vieran qué idealista había sido yo de joven. La parte en la que yo traicionaba involuntariamente a Leland Clewes diciendo que había sido comunista estaba en otro disco, imagino. No lo pusieron.

Sólo mis últimas palabras me interesaron realmente. Las había olvidado.

El congresista Nixon me había preguntado por qué, siendo como era hijo de emigrantes que habían sido tan bien tratados por los norteamericanos, siendo un hombre que había sido tratado como un hijo y enviado a Harvard por un capitalista norteamericano, había sido tan ingrato con el sistema económico norteamericano.

La respuesta que le di no era original. Yo nunca he sido original. Repetí lo que había contestado mi héroe de otros tiempos, Kenneth Whistler, al mismo tipo de pregunta general, hacía mucho, muchísimo tiempo. Whistler había sido testigo en el juicio de unos huelguistas acusados de violencia. El juez había sentido curiosidad por él y le había preguntado por qué un hombre tan culto como él y de tan buena familia se había incorporado a la clase obrera.

La respuesta robada que di a Nixon fue ésta: «¿Por qué? Por el Sermón de la Montaña,

señor.»

Hubo una cortés ovación cuando los asistentes a la fiesta se dieron cuenta de que el disco había terminado.

Adiós.

W. F. S.